# En las selvas vírgenes del Brasil

1366
V

Por

**H. TAPIE**

El autor nos describe sus andanzas y peligros, al atravesar esas selvas inmensas, inexploradas, del Brasil; semanas y semanas viajando bajo bóvedas de verdura, tan espesas, que no permiten que pasen los rayos de un sol ecuatorial. Una temperatura eternamente tropical hace más fatigosa la marcha, excepto para los pieles rojas—antiguos cazadores de cabezas—, con los cuales convive el autor estudiando sus costumbres y su vida en las selvas y regiones inexploradas

**Edición completa, ilustrada con numerosas e interesantes fotografías, facilitadas por el autor**

3 [illegible]tas [illegible]mplar

PRECIO ESPECIAL PARA ESPAÑA

EDICIONES POPULARES

IBERIA

R. P. MARIE H. TAPIE

# EN LAS SELVAS VÍRGENES DEL BRASIL

EDICIÓN POPULAR DE TIRAJE LIMITADO
ILUSTRADA CON 26 FOTOGRAFÍAS

PUBLICACIÓN PERIÓDICA

Ediciones y Publicaciones IBERIA (Joaquín Gil, editor)
Muntaner, 180 - Barcelona

Primera edición, febrero 1929

Segunda edición, popular, noviembre 1931

Reservados todos los derechos de traducción, reproducción y adaptación para todos los países.

Copyright by Joaq. Gil, 1931

# AL LECTOR

*El relato de un viaje largo y peligroso a través del Brasil desconocido, ofrecerá ocasión para hablar de los pieles rojas.*

*Pero antes de presentar a los lectores los habitantes de las selvas vírgenes del Amazonas y de describir sus costumbres, vamos a dar una breve idea del inmenso y maravilloso escenario en que se mueven, de las regiones en que viven.*

*El Brasil, descubierto por Cabral en 1500 debe su nombre a la abundancia de madera tintórea de igual denominación. Disputáronse su posesión durante siglo y medio portugueses y españoles, quedando al cabo en posesión de los primeros.*

*Más que una nación es un mundo. Tiene una superficie de 8.550,000 kilómetros cuadrados, en la que caben casi 17 Españas. En sus territorios dilatados hay una región montañosa y feraz, la del Sudeste, parte de la cual está en la zona templada. El resto es una llanura vastísima, la cual, exceptuando el litoral y zonas relativamente reducidas que se dedica al cultivo de tabaco, café, cacao, caña de azúcar, maíz y todas las producciones propias de los países tropicales, está vestida de la pompa magnífica de la vegetación espontánea y eterna propia del ecuador y del suelo feraz, al que el calor y la lluvia abundante dan una fecundidad inconcebible, una fuerza renaciente y nunca agotada.*

*Esa llanura, regada por el Amazonas, el mayor río de la Tierra, que tiene afluentes más caudalosos que los grandes ríos de Francia y Alemania, se extiende desde la zona litoral del Atlántico hasta los límites de Bolivia y Paraguay, y desde el Yavary, en los confines del Perú, hasta las sierras de Tabatinga y Piauhy.*

*Bajo las bóvedas de verdura, que no permiten que penetren los rayos de sol ecuatorial y tropical, y que mantienen un calor de estufa, sofocante y muchas veces irresistible, miles de especies vegetales se desarrollan y multiplican, y a su sombra y entre sus ramas, tallos, hojas, raíces y troncos de robustez y altura desconocidas en Europa, existe y prospera una fauna admirable, variada, portentosa. Cuadrúpedos de todas las familias y tamaños, desde los felinos y cánidos hasta las alimañas diminutas; ofidios numerosos, desde las serpientes que alcanzan veinte metros, hasta las culebras que miden unos centímetros, desde las más venenosas a las inofensivas, desde las rojizas que se confunden con el color del suelo, hasta las que por su piel tornasolada y de colores vivos pueden competir con el más hermoso plumaje de las aves más bellas; pájaros de maravillosa belleza, aves trepadoras de deslumbrante ropaje, aves de rapiña, quirópteros pavorosos que devoran a los pájaros y aves pequeñas y una legión incontable de insectos que son el encanto de los ojos y el tormento del sueño, que pueblan el aire, corren por el suelo, habitan en la enramada, se esconden bajo el suelo, pelean de continuo, se reproducen y mueren a millones; pero nacen en número mayor y con empuje que el calor ambiente multiplica y convierte en un peligro para los hombres; arácnidos repugnantes y preciosos, grandes y chicos, representados en aquellas selvas por familias, géneros y especies desconocidos de los naturalistas; arañas de tamaño monstruoso que devoran pájaros, pelean con las serpientes, hacen frente a las aves trepadoras, las cuales evitan su encuentro y huyen de su presencia.*

*En esas selvas, en esa llanura, crece el árbol del caucho, se desarrollan todos los árboles de maderas preciosas, viven millares de hombres en estado salvaje. Hay en ellas extensiones tan grandes como Francia, que no han sido exploradas; encierran toda clase de minerales, desde el oro al carbón. Hay espacio para que vivan desahogadamente doscientos millones de habitantes. En el Brasil entero pueden cobijarse cuatrocientos millones y ¡sólo existen allí unos treinta mal contados!*

*Lo que vamos a explicar en las páginas que siguen, quizá no dé razón a algunas ideas preconcebidas y a lo que se ve en las novelas y en los cines.*

*Lejos está de nuestro ánimo, sin embargo, censurar lo que escribieron otros viajeros y exploradores. Nos limitaremos a contar lo que vieron nuestros ojos y aquello de que fuimos testigos y actores a veces.*

*Gracias a los Padres Dominicanos franceses de la provincia de Tolosa, misioneros en el Brasil, hemos podido ver a los pieles rojas a quienes evangelizan. Les visitamos en sus aldeas, acampamos con ellos a campo raso, durmiendo a su lado, en el suelo, en el límite de las selvas vírgenes misteriosas o en las orillas de los grandes ríos.*

*Hemos visto a esos pieles rojas tales como son en la actualidad, sin otro vestido que los rayos del sol, sin noción ninguna de nuestra civilización y ciencia, no sabiendo contar ni hasta veinte. Son, sin embargo, inteligentes y susceptibles de cultura intelectual y moral.*

*Se creen, sin embargo, superiores a nosotros, por la sencilla razón de que, entre ellos, en la inmensidad de esas regiones tan lejanas y desiertas, jamás nos nece-*

*sitan para nada y, en cambio, nosotros tenemos que recurrir de continuo a su fuerza o a su habilidad.*

*Si hay que atravesar, por ejemplo, un gran río a nado o en un tronco de árbol mal vaciado, evitando a un tiempo los remolinos y los escollos y los enormes cocodrilos que andan en busca de presa, los pieles rojas se burlan del peligro. Su fuerza y su destreza les prestarán mejores servicios que los que podría hacernos nuestra ciencia matemática.*

*Si se nos agotan las provisiones en el desierto o en la selva, allí donde toda nuestra literatura nos dejaría morir de hambre, el piel roja encontrará fácilmente frutos, raíces, tortugas, caza, y, en último extremo, monos que le bastarán para alimentarse.*

*Un día, a orillas del incomparable Araguaya, un piel roja miraba como procurábamos pescar unos pececillos. De pronto penetra en el agua, dispara una flecha, se chapuza y saca triunfalmente a la orilla un magnífico pescado amarillo y azul, que pesaba unas veinte libras.*

*—Vosotros cogéis a los peces que son bastante torpes para dejarse coger; yo escojo siempre el mejor, el mayor, y no se me escapa.*

*A esos hombres que no tienen morada fija, ni vestidos, que viven de la caza y la pesca, vayan ustedes a decirles que no nos son superiores...*

*Algunas peripecias de estas* Hojas de ruta *quizá parezcan muy extraordinarias, hasta inverosímiles. Afirmamos que son exactamente veraces.*

*No hemos querido «hacer literatura», sino solamente fotografía.*

*¡Ojalá puedan estas páginas instruir e interesar a los lectores, y puedan también hacer amar esta misión francesa en el Brasil!*

# CAPÍTULO PRIMERO

## Compra de mulos. — Formación de la caravana.

Nada diremos del viaje por mar desde Burdeos al puerto de Santos, y por ferrocarril desde allí a Uberaba.

En esta época, todos los viajes se parecen por su rapidez, y — digámoslo — por su monotonía y su banalidad. A medida que el genio del hombre multiplica la facilidad y rapidez de los medios de locomoción, mayores son las ansias de vértigo que experimenta. ¿Quién es aquel que nunca se ha lamentado porque un rápido acusaba algunos minutos de retraso? ¿Y quién no ha tratado poco respetuosamente de «botijo» a un tren que corre a sesenta kilómetros por hora? En el «Sertâo», en las selvas, cambian las cosas de aspecto: no se corre, en toda una jornada, lo que cualquier mixto en una hora, pero, sin embargo, nadie se queja, y todo el mundo se muestra satisfecho. La alegría es la compañera inseparable de los misioneros.

En cuanto a explicar lo que vimos y admiramos en las grandes ciudades brasileñas, tampoco lo intentaremos. En estos últimos días, varios conferenciantes ilustres, literatos prestigiosos y hasta eminencias políticas, han cruzado el Océano para ir a Sudamérica, con el fin de dar, tras una buena campaña de propaganda, algunas conferencias político-sociales. De regreso, explicaron cuanto habían visto o creído ver, y hasta en ciertas ocasiones, cuanto desconocían. Por eso, uno de los más renombrados, afirmó sin titubeos que los negros que en tan gran proporción se encuentran en el Brasil, son una raza indígena, cuando está incontestablemente probado que todos fueron llevados de Africa como esclavos, después de la conquista. Por igual causa, hicieron afluir al río Sâo-Francisco en el Amazonas, cuando se abre al Océano al este del Brasil, entre los 10 y 11 grados de latitud a más de dos kilómetros de la desembocadura del Amazonas, que vierte sus aguas también al Océano, pero al norte del Brasil muy cerca de la línea ecuatorial. Sería lo mismo que — a trueque de hacer poner el grito en el cielo a los gascones — afirmar que el Garona es un afluente del Rin o del Escalda.

Pero no asimos la péñola para poner de manifiesto error alguno. Queremos presentar a nuestros lectores lo que en ninguna otra parte hallarán. Los turistas y conferenciantes, se detienen, precisamente, a la entrada del «Sertâo», es decir, allí donde terminan las comodidades y seguridad, dando comienzo las privaciones, los peligros y los sufrimientos. Nuestra narración, empezará, pues, donde las otras acaban.

Uberaba es el primer puesto misional. Es una pequeña población relativamente moderna que hace unos veinte años — a duras penas — llamábase, no sin legítimo orgullo, la «Reina del Sertâo». Hoy, consideraríase ofendida si le aplicasen tal calificativo.

Como el brillante Macaon mostrábase sin el menor indicio de la crisálida, así Uberaba ha ido despojándose de todo cuanto la palabra «Sertâo» pudiera significar de inculto. Reina, todavía lo es por su panorama encantador, por su posición excepcionalmente favorable al comercio, por la amabilidad de sus habitantes, así como por sus escuelas, donde florecen todas las ciencias y todas las artes. Todos los adelantos modernos, son conocidos allí, e incluso, hasta las modas de gusto más discutible llegan en línea recta de París, un tanto exageradas por cierto, a causa de la travesía y los efectos del sol. Sus calles están alumbradas eléctricamente, y el telégrafo y el teléfono le unen a los centros principales. A la puerta de la estación, dos centinelas armados dan fe del orden que reina en el pueblo. Más allá, varios agentes con uniformes kaki, muéstranse, no solamente correctos, sino acogedores, solícitos para los extranjeros que llegan a Uberaba a comprar — a peso de oro — cuanto necesitan para emprender sus largos viajes a través del «Sertâo». En el pueblo, a decir verdad, de todo se encuentra como en las grandes poblaciones, aunque siempre a base de que la cartera del comprador se muestre bien repleta. En nuestra vida — ya un poquito larga — hicimos buen número de viajes, y nunca vimos fundirse el dinero con tanta rapidez como en el Brasil.

Para ir de Uberaba a Goyaz, deben los misioneros formar lo que se llama aquí una «conduçâo» (reata de animales). El ferrocarril, deteniéndose a una jornada de Uberaba, obliga a recorrer por espacio de veinte días, las selvas del «Sertâo», donde únicamente los mulos pueden avanzar.

No es nada banal la empresa de comprar y equipar a las caballerías, cuyo número y calidad deben estar en directa relación con el número de viajeros y bultos a transportar. Todo ha de ser cuidadosamente previsto. En el caso presente, juzgaron los Padres que serían necesarios veinticuatro mulos, ni más ni menos, todos ellos jóvenes y fuertes, puesto que algunos habían de recorrer 4.500 kilómetros, aproximadamente.

El Padre Reinaldo Tournié, que debía ser el jefe de la caravana de Uberaba a Goyaz, encargóse oficialmente de las compras. Bellísima persona, muy competente en el arte de distinguir los buenos burros de los

malos, si bien desde el primer momento evidenció el ilustre Padre — nacido en la ribera del Garona — más deseos de constituir una hermosa reata que de hacer economías. Nos permitimos hacerle nuestras observaciones, pero el tolosano demostró «ce» por «be» que nuestro interés consistía, precisamente, en adquirir mulos «novos» como dicen en el Brasil. Primero, por su buen rendimiento en la travesía, y después porque al revenderlos, podría obtenerse su mismo precio de coste o quizá algún beneficio. Muy posible todo ello, pero lo cierto, lo incontestable, era que, por el momento, debíamos ir pagando, para luego revender si era posible. Pero ¿qué hacer? Lo más sencillo, fué adaptarse a las circunstancias, y optamos por conformarnos con todo.

El Padre Reinaldo procuróse la ayuda de dos peritos en materia de compra y prueba de animales, los PP. Andrés y Sebastián. El primero, natural de Ariège, era hombre práctico por excelencia; los burros no tenían secretos para él, y, con seis meses de más o menos, era muy capaz de decir, sin equivocarse, la edad de todos los asnos del mundo. El segundo, nacido en el Aveyron, era el Superior de Uberaba (hoy obispo de Conceiçâo de Araguaya). Entre otras cualidades, poseía la en aquellos momentos preciosa, de ser un excelente caballista. Cuando probó la famosa mula «Africana» hízome recordar al general Boulanger sobre su famoso caballo negro.

Desde que se supo en Uberaba y en las «fazendas» de Minas Geraes que los dominicos compraban ganado, pagándolo todo en buena moneda contante y sonante, empezó a correr la fantasía; díjose que un Padre había llegado de Francia para comprar mulos, y, de todas partes, llovieron ofertas de animales cuyos propietarios alababan la genealogía, estado de servicio, y todas las cualidades que pueden adornar a un burro verdaderamente digno de tal nombre. ¿Cómo entenderse entre aquel chaparrón de ofertas? Para un inexperto, no hay nada que se parezca más a un burro bueno, que otro malo, sobre todo cuando el dueño de éste, jinete excelente, cabalga sobre él, haciéndole marchar al paso que le place. Pero cuando los tres Padres, Reinaldo, Andrés y Sebastián, se encargan de emitir el juicio; cuando han examinado los dientes, las orejas, ojos, patas y hasta el mismísimo pelo del rucio; cuando todos ellos han subido a sus lomos, haciéndole correr a trote corto y largo, al paso y hasta al galope, puede uno estar seguro de que si lo compran, es porque el animal es bueno.

Los brasileños del «Sertâo», que aman a sus burros como los caballeros de la Edad media a sus caballos, tienen sus aforismos populares para reconocer los mejores entre los excelentes. Véase lo que dicen entre otras cosas: cuando un burro tiene «pelho de rato, cabeça de pato, orelha de fouce, olho de jacaré, perna de gato e pé de cabra», es decir, pelo de ratón, cabeza de pato, oreja de hoz, ojo de cocodrilo, pata de gato y pie de cabra, puede uno estar seguro de que será, entre todos los mulos del «Sertâo», lo que el famoso caballo del arzobispo Turpin entre los caballos de la armada de Carlomagno. He aquí lo que reza la «Canción de Rolando» y reconoceremos en ella casi todos los detalles del aforismo brasileño:

El caballo es ligero y veloz,
De pezuñas pequeñas y patas bien lisas;
Cortos los muslos, la grupa bien ancha;
Largos los costillares y alto el espinazo;
Blanca la cola, blanca la crin;
Orejas pequeñas y testa leonada,
No hay caballo alguno que pueda igualarle.

Un buen día, un rapaz como de veinticinco años, compareció ante nosotros, descalzo, pero bien provisto de espuelas como todos los caballistas del «Sertâo», que no se enfundan en botas ni sandalias, sino que agarran el estribo valiéndose de los dedos de los pies con la misma habilidad que nosotros pudiéramos hacerlo con los de la mano. Montaba una soberbia mula, cuya adquisición nos propuso. Estábamos admirados.

— ¡Hermoso animal! — decían los Padres —, pero costará mucho, lo menos, lo menos, 600 francos, y eso es demasiado para nosotros. En fin, muchacho, ¿cuánto quieres por tu mula?

— Trescientos francos.

Era, pues, la mitad justa de lo que habíamos calculado. Quizá tuviera el animal algún oculto defecto, pero por más que se la inspeccionó, sólo cualidades pudieron apreciarse en él. Pagó, pues, el Padre Reinaldo los 300 francos, y dimos gracias a la Providencia que nos deparaba tal ventura.

Pero tres días más tarde, un «fazendeiro», presentóse ante nosotros, acompañado por dos agentes de policía, demostrándonos, sin lugar a dudas, que la mula era suya. El muchacho habíala sustraído de su fazenda, corriendo a venderla a los que sabía confiados compradores. «Res clamat domino.» Fué, pues, necesario devolver la mula a su propietario. La justicia encontró al ladrón, pero no los cuartos; sólo nos quedaba, pues, un recurso, hacerle encarcelar, pero con ello no hubiéramos vuelto en posesión de los trescientos francos, y preferimos usar la indulgencia, terminando el incidente con un asiento en los libros que decía: «Por compra de una mula robada que fué necesario reintegrar a su dueño: 300 francos y una serie de molestias.»

Una vez comprados y pagados los mulos, fué necesario proveerlos de arreos, lo que tampoco es cosa muy fácil que digamos, ya que surgen cada día nuevas cosas necesarias, cuya adquisición habíase olvidado el anterior, o no se había reparado en ellas; para este o el otro una silla, unas aguaderas para el de más allá; dragonas, estribos, bridas, bozales, cinchas, correas para sujetar los cargamentos, pieles de buey para cubrirlos, trabillas para la noche, etc., etc. En fin, el cuento de nunca acabar si nos propusiéramos enumerar y clasificar tanta bagatela.

Cuando ya creíamos que todo estaba a punto de caramelo, observamos que ¡todavía! nos faltaba adquirir una «madrinha». Sí, señores, una madrina le titu-

lan, y parece ser indispensable a toda caravana de mulos que atraviesa el «Sertâo».

Sepan ustedes que ahora una madrina no es ni más ni menos que un caballo blanco, también llamado «caballo ruço». Si alguien preguntara para qué se necesita este auxiliar, contestaríanle que los mulos, reconociendo la superioridad del caballo, le siguen durante el día y se agrupan en su derredor durante la noche, lo que hace que se les encuentre con mayor facilidad al momento de ponerse en marcha. ¿Qué hay de cierto en esta teoría? Fuera preciso saber cuanto pasa por la cabeza de un mulo para dar una respuesta concreta. Lo cierto es que la regla tiene muchísimas excepciones. Quizá haya ocurrido que, mientras el mundo progresa, los adelantos se hayan extendido hasta los mulos y que éstos se hayan dado cuenta — lo que no admite discusión — de que en el «Sertâo» resultan muy superiores al caballo, en cuyo caso poco o nada se preocupan de seguir a su «madrinha».

Cuando ya estuvieron los mulos comprados, enjaezados, y la caravana dotada de su correspondiente madrina, fué necesario herrar a los mulos y marcarlos al fuego con el monograma del nuevo propietario. Allá en el Brasil, son los negros los que, generalmente, se ocupan de estas faenas, lo que se me antoja que tal sea la causa de la aversión que el mulo siente hacia los hombres de color, y de ahí provienen las luchas homéricas entre herrado y herrador, en las que, corrientemente, lleva el segundo la peor parte.

Por fin, la única operación, y no la de menos importancia, es la de ir imponiendo nombres, ya que todo mulo que se estime en algo, debe usar un nombre propio.

Como buenos filósofos, los Padres buscaron el nombre de las caballerías tomando como base las cualidades del mismo y el papel a desempeñar. Luego procedieron a una concienzuda deliberación, y, finalmente, salieron a relucir los nombres elegidos, todos ellos muy lindos y oportunos; he aquí algunos de ellos: el más pequeño de la reata, pero no el menos ágil y espabilado, llevó el nombre de «Beijaflor» — colibrí — si bien tiene mucha más amplia expresión el nombrecito en portugués que en español, pues significa besea-flor. A otro, llamámosle «Canario», a causa de su pelaje amarillo-canoso, que recordaba la pluma de la simpática avecilla. No tardamos mucho en llamarle «Canalho» en vez de «Canario». Si el lector sabe que la «h» de la palabra significa duplicidad de la consonante «l», no necesitará de traducción. Otros, recibieron los nombres de «Chibante» — fanfarrón —, «Estrelha», «Barboleta» — mariposa —, «Andorinha» — golondrina —, «Maribondo» — avispa —, «Gaviâo» — gavilán —, que fué un soberbio animal tachonado, con su miajita de historia. La reina de la cuadrilla, sobre la que levantaba por lo menos diez centímetros, era una hermosa mula, de ocho años, pelinegra, y se llamaba «Africana». Era la que me destinaban mis colegas, teniendo que darme por muy satisfecho con aquella elección, pues el animalito, joven y valiente, poseía unos ojos vivísimos, oído muy fino, mucha sangre y mucho nervio, si bien con todo ello no dejaba de inspirar ciertos temores al autor, ya que un leve roce de la espuela era materia suficiente para que el animal emprendiera un vertiginoso galope. Los Padres, que la habían ensayado previamente, aseguraban que podía montarse con toda tranquilidad, repitiendo un adagio «Pisa no molle no duro, e seu Dono leva seguro», lo que significa: «en terreno blando, o en terreno duro, a su caballero lleva bien seguro».

Ya veremos en el próximo capítulo de cuánto era capaz tan precioso animal y de lo que no lo fué el pobre jinete.

## CAPÍTULO II

### La marcha. — Desbandada. — Las primeras desdichas.

Muy a menudo, se leerá en este verídico relato la palabra «camarada». Por lo tanto, hemos juzgado conveniente dar su verdadero significado, puesto que el que tiene allá en el Brasil es mucho más hermoso y amplio que el que le otorga el Diccionario de la Academia.

En aquel país, el «camarada» lo es todo a la vez: guía, compañero, furriel, botones, mozo de cuadra, remero, cocinero, médico-cirujano, criado, sacristán y monaguillo. Reúnase en un solo concepto y en una sola persona toda la significación de tales palabras, y sabrán lo que es allí un «camarada».

Y conviene advertir que todas las funciones enumeradas, las desempeñan a maravilla.

Durante el viaje, todo lo obedece, y, contra su voluntad, el señor más autoritario y apresurado, se verá obligado a marchar al paso del «camarada». La sola inercia de éste, basta para detener y comprometerlo todo. Aunque retribuído, es algo más que un criado, y en el «Sertâo», en las selvas o junto a los grandes ríos, por poco que el amo se preste a ello, se hace presto un amigo leal y decidido, en el que puede confiarse plenamente hasta el extremo de que llegada la ocasión, no vacilaría en sacrificarse por él.

Para ir de Uberaba a Goyaz necesitamos de tres «camaradas», a causa del número de nuestras bestias y de la importancia de la «conduçâo». Dos de ellos nos fueron enviados desde Goyaz por el padre Gabriel Devoi-

sins, y eran: Simeão, el «camarada» en jefe, mulato, como de unos cincuenta años, y Honorio, muchacho indígena todavía novicio en el difícil arte. El tercero, era el bravo Antonio, hércules negro, en plenitud de vida y fuerza, presentado por los Padres de Uberaba.

«Camaradas» y mulos nos esperaban en Araguary, en la «fazenda» del «mayor» Agustín Monteiro, excelente amigo de los Padres.

El jueves, 9 de marzo de 1911, salimos hacia mediodía de la estación de Uberaba, llegando al crepúsculo a la de Araguary, donde nos esperaban ya los «camaradas» con cierto número de mulos para conducirnos, con nuestros equipajes, hasta la «fazenda» del «mayor», situada como a cosa de una hora de la estación.

La noche se hace pronto en aquellas latitudes, sorprendiendo al europeo, acostumbrado a largos crepúsculos, y discutiendo la elección de cabalgaduras o el acomodo del equipaje, salimos de la estación siendo ya noche completamente cerrada.

Los «camaradas», tan hábiles en orientarse en medio del desierto y que saben reconocer unas huellas con su peculiar sagacidad de indios, perdíanse en las mal alumbradas calles de Araguary, hasta que al salir del pueblo, nos separamos en tres grupos, yendo cada cual por su lado. De nada sirvieron llamadas, gritos, ni toques de trompa; fué imposible reconocernos. El autor, encontrábase junto al Padre Reinaldo y otro dominico.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde están los «camaradas» y los otros mulos? — preguntó.

Luego, al cabo de un momento:

—¿Qué dirección debemos tomar para llegar hasta la «fazenda»?

Pero nadie supo dar respuesta.

—No preocuparse — dijo el Padre Reinaldo —, nuestras mulas vienen de la «fazenda» del «mayor» Justino; han sido bien tratadas, comieron maíz allá, y verán ustedes cómo saben dar con el camino. Vaya, dejemos las riendas y abandonémonos a su instinto.

Dicho y hecho, soltamos las bridas y henos ya cabalgando en la noche a través del bosque, sin otra guía que el instinto de nuestras mulas. Los otros dos grupos, debieron conducirse en igual forma, y una hora más tarde llegábamos todos casi al mismo tiempo, aunque por diferentes caminos, al gran corral de la «fazenda».

Allí nos esperaba el «mayor» de pie sobre una especie de escalinata de madera, sin parecer en absoluto preocupado por nuestro retraso y el desorden de la llegada. En el enorme corralón que fué necesario atravesar para llegar a la casa, había en aquellos momentos de siete a ochocientas vacas, rumiando, bramando o llamando a los ternerillos separados de ellas por una recia empalizada. Aquel jaleo prolongóse buena parte de la noche, sin que se diera libertad a unas y otros hasta después de haber obtenido la cantidad de leche necesaria a la elaboración de ciertos quesos incomibles para un paladar europeo.

Del centro de la vacada, emergían dispersas cierto número de jorobas muy semejantes a primera vista a las que lucen los camellos. Eran cebúes, los colosales torazos que los «fazendeiros» ricos importaban de la India para mejorar la raza de su ganado.

La cuestión de estos cebúes, todavía es muy discutida por los ganaderos brasileños. Mientras abogan los unos por su importación sin restricciones, no reconociendo en ellos más que cualidades, otros muéstranse francamente contrarios a tales teorías, sin querer ni hablar de cebúes por nada del mundo.

Por lo que hemos podido apreciar en el transcurso de nuestro viaje, creemos que la razón no asiste a aquéllos de manera absoluta. La introducción de unos cuantos cebúes en una «fazenda» mejora inmediatamente el tamaño y peso de los animales, que pueden ser vendidos antes y a mejores precios. Es, pues, desde este punto de mira, una gran ventaja, pero la calidad de las carnes resulta quizá algo más baja, sin que la diferencia constituya sin embargo una inferioridad notable para la venta. Mas viene el reverso de la medalla. En las «fazendas» situadas totalmente al interior de la región, por gozar en ellas de absoluta libertad, vuélvense los cebúes, al cabo de poco tiempo, salvajes, feroces y agresivos hasta para los mismísimos «vaqueiros». La fuerza, corpulencia y agilidad, hacen a estos animales sumamente peligrosos, y cuando en alguna «fazenda» tienen la humorada de revolverse, hácenla inhabitable al hombre, quien se ve imperiosamente obligado a matarlos a tiros lo mismo que si se tratase de algún jaguar.

En aquella ocasión, veíanse, como ya dijimos, algunos de estos animales entre las vacas del enorme corralón, lo que no era motivo de tranquilidad, precisamente, sobre todo porque para llegar hasta la casa éranos indispensable atravesar la legión astada, sin que nadie juzgase que los recién llegados tuviéramos nuestros más o menos fundados temores de recibir la caricia de alguno de aquellos cuernos. Las mulas, más habituadas a tales ejercicios, pronto nos sacaron de apuro, y «Africana», distribuyendo pródigamente coces y mordiscos a derecha e izquierda, logró abrirse paso, y en un santiamén estuvimos al umbral de la puerta.

Con la más cordial hospitalidad se nos acogió en la casa. Apenas echamos pie a tierra, nos sirvieron una taza de café al estilo del país, según costumbre generalizada que obliga a ofrecer a todo viajero recién llegado una taza de tal infusión, despidiéndole, al saltar sobre su cabalgadura, en igual forma. Luego, presentáronnos enormes recipientes, llenos de espumosa y humeante leche.

Dos noches y un día nos detuvimos en la «fazenda», lo que vino a ser como una transición providencial entre la vida del convento y la del «Sertão».

La hija del «mayor» Justino, la señorita Cotta, alumna de nuestras hermanas de Uberaba, fué la encargada de hacernos los honores, sirviéndonos a la francesa, con una sencillez, disposición y donosura, perfectas. Desde luego, allí, como en todo nuestro viaje, ni rastros hubo de pan y vino, siendo reemplazados en aquella hospitalaria mesa por unos bollitos de harina de manioc y cierto licor llamado de «genipapo», el cual,

1. — El autor, entre los indios kayapos

2. — Karajas, pescando con flechas los grandes peces del Araguaya

mezclado con el agua, no nos pareció del todo desagradable al paladar.

Transcurrió la jornada del viernes entre preparativos diversos, y el sábado por la mañana, antes de las seis, dispusiéronse las mulas en el corralón en espera de sillas o cargas. Con el fin de ahorrar tiempo, resolvimos — para siempre — ocuparnos personalmente de nuestras monturas, y así, mientras nos distraíamos en ponerles bridas y ensillarlas, los «camaradas» podrían ocuparse con mayor holgura de las bestias de carga. Alguien nos dijo que, a pesar de todo, no estaríamos dispuestos para iniciar la marcha sino tres horas después, al menos, ya que la primera maniobra resulta siempre difícil.

Diremos inmediatamente cómo se procede con estos animales de carga, por juzgarlo interesante para la prosecución de nuestro relato. Se cubren los lomos del animal con una especie de aguaderas llamadas «cangalha», y en cada uno de sus serijos cárgase una caja de peso igual, o añadiéndolo sobre la menos pesada, hasta nivelar. Sobre el cargamento, extiéndese luego una piel de vaca sin curtir, tan rígida como las baquetas de un tambor, determinando la operación al ajustar una correa que pasa desde encima del cargamento hasta bajo el vientre del animal.

Todo fué bien hasta que tocó el turno al mulo «Gaviâo» (milano). Era este individuo, después de «Africana», el más alto y fuerte del rebaño, y los «camaradas» habíanle juzgado el único suficientemente capacitado para soportar las dos cajas repletas de tejidos de lana, que iban destinadas a los conventos de la misión. Pero «Gaviâo» sentíase humillado al verse cargado con las aguaderas y no con la silla, y siendo imposible hacerle admitir la carga, fué necesario echar mano a los recursos de incontestada eficacia, tales como atarle las patas (para evitar que saltase y tirara coces), sujetarle y retorcerle el morro con ayuda de unos palos preparados al efecto, vendarle los ojos, etc., etc.

Cuando todo estuvo a punto, dieron los «camaradas» un respingo de satisfacción, pronto cortada por el animal, que, sintiéndose libre de ataduras, sin venda que cubriera sus ojos ni maderas que le atenazasen el morro, aspiró profundamente y resoplando lo mismito que un fuelle de fragua, arrastró al coloso negro y a Honorio, que intentaban retenerlo. Tras de haberse colocado a su antojo en el corral, hacer unas cuantas corvetas y encabritarse a discreción, terminó por dar un salto de carnero que rompió todas las ligaduras, yendo a parar las cajas a unos cuantos metros de distancia.

Ya enteramente libre, salvó de un salto la empalizada y partió a todo galope campo a través, por lo que se hizo necesaria la intervención de los vaqueros y sus lazos.

Era ello como una promesa, como un anticipo de las emociones inéditas que nos estaban reservadas. Cierto que era una satisfacción poseer mulas jóvenes y de sangre, pero que muy a menudo se paga cara. No tardó mucho «Africana» en hacernos comprobar la exactitud de tal criterio.

Por fin, volvieron los mozos con el célebre «Gavilâo», cazado a lazo, y tras no pocas tentativas pudimos dar como terminadas las operaciones preparatorias de la marcha. Eran al filo de las doce. Montamos a caballo y con un postrer saludo — más con el corazón que con la mano — salimos de la «fazenda».

Marchaba Honorio a la cabeza, montando a «Andorinha» y llevando por la brida al caballo blanco, la «madrinha», que según las reglas del país, debía servir de señuelo al resto de los animales. Pero como toda regla tiene sus excepciones, y nuestros mulos habían sido adquiridos de varios propietarios llegados del norte los unos, y los otros de occidente, mientras el caballo provenía sabe Dios de dónde, por ello no tuvieron ni tiempo ni buen acierto de trabar amistad con él, y, naturalmente, las bestias no estaban todavía «amadrinhadas» ni profesaban al caballo el respeto debido.

Todo fué bien durante los primeros kilómetros, pues el camino, hallándose dentro de la propiedad del «mayor», estaba bordeado a derecha e izquierda por fuertes estacas y espino artificial; mas al transponer el límite de la «fazenda», cesó el alambrado, y nos encontramos bruscamente en el «matto» — la selva —. En seguida, y como obedeciendo a un toque de clarín, inicióse una desbandada de animales que nos hizo recordar las palabras de Lhomond: «Alii alio dilapsi sunt». Cada cual por su lado.

Siguieron nuestros mulos en todas las direcciones de la rosa de los vientos, y entonces oímos lanzar por primera vez a los «camaradas» el grito de «Volta burro», mientras se lanzaban en persecución de los indisciplinados para volverlos al buen camino, en tanto que otros se hundían en la espesura y los más astutos aprovechaban la ocasión para desembarazarse de su carga, buscando éstos un paso entre dos árboles demasiado juntos para admitir el paso de otro bulto que el cuerpo del animal; rompíase, al chocar, el equilibrio, cedían las correas y rodaban las cajas por el suelo que era un contento, sobre todo para las bestias, que, sintiéndose libres, tomaban las de Villadiego cantando victoria. Fué una desbandada indescriptible, en pleno desierto y bajo un sol de justicia. Tras inauditos esfuerzos, volvimos a ver unido nuevamente el rebaño, por lo menos en su mayoría, pues resultaba punto menos que imposible tener reunidas a todas las bestias, atormentadas por el sol abrasador, las moscas y los retrasos, que espoleaban su impaciencia.

Cuando poco después remontábamos una pesada cuesta y marchaban las bestias en fila india, oímos exclamar al Padre Reinaldo:

— ¡Mis «canastras»! (cajas donde el misionero guarda su capillita y pobres efectos personales) —. ¿Dónde están mis «canastras»? ¿Dónde está «Canario», que las llevaba?

Ninguno supo dar respuesta. Probablemente el animalito habríase quedado en el bosque en vez de volver con sus descarriados compañeros. El «camarada» Antonio y el hermano converso Alejandro, excelente jinete, partiéronse en busca del fugitivo, al que, por

esta broma y la que después había de jugarnos, hubimos de cambiarle de nombre para llamarse «Canalho».

Proseguimos nuestra marcha con los dos «camaradas» que nos quedaron. El Padre Reinaldo, ya ducho en la materia, ayudaba a equilibrar los cargamentos; a «concertar», como se dice en el «Sertâo». Multiplicábase el excelente compañero corriendo incansablemente al punto donde su mano representara una utilidad. El hermano Domingo, con el autor, cerrábamos la caravana, ocupándonos en recoger los mulos perezosos o arreando a los atrasados.

De pronto apercibió el autor, en el suelo, el breviárium que al Padre Reinaldo habíale caído en ocasión de hallarse ayudando a los «camaradas». Echó pie a tierra para recogerlo, y, atando las bridas de «Africana» al tronco de un árbol, aprovechó la oportunidad para reajustar la cincha y tomar un punto de reposo. ¡Craso error!, pues «Africana», viendo alejarse la caravana y sintiendo las picaduras de las moscas, impacientóse más de la cuenta, y no fué posible retenerla quieta para volver a montar; sin embargo, tras de un esfuerzo titánico, pude al fin saltar de nuevo sobre sus lomos.

Lo que sucedió luego, aun no acierto a explicármelo. Solamente noté que el animal temblaba entre mis piernas cuando aun no estaba yo bien aposentado en la silla, y, sin esperar, partía a todo galope. Quise retenerla, y únicamente logré que se encabritase hasta perder el equilibrio, recobrado únicamente para lanzar fuertes pares de coces. Vime perdido, arrastrado por el animal en una desenfrenada carrera a través de la espesura, amenazado de romperme la crisma contra cualquier árbol, y por si ello fuera poco, a consecuencia de una brutal caída, tanto más temible cuanto mayor fuese la rapidez. Entonces, abandonando estribos y bridas, me dejé caer antes de que el animal corriese a mayor velocidad, intentando amortiguar los efectos de la caída con las manos. A pesar de tal precaución di en el suelo de cabeza, sintiéndola rebotar con sordo choque. Al incorporarme fué mi primer cuidado el de reconocer al tacto mi físico para comprobar posibles roturas, pero, gracias a Dios, nada había tronzado o maltrecho, y reemprendí la marcha a pie, siguiendo las huellas de «Africana», que, a galope tendido, habíase reintegrado al grupo.

El Padre Reinaldo, viéndola regresar desmontada, creyóme en alguna malandanza, reanimándose su rostro al verme comparecer, poco después, sano y salvo.

Entonces me fué explicada la razón de la calaverada de «Africana». Era que, asustado y sin experiencia, apreté las piernas de tal manera alrededor de su cuerpo, que las espuelas hundiéronsele en los flancos más de lo preciso, hasta hacer brotar sangre. ¡Hermosa bestia aquélla, incapaz de imitar a sus congéneres que tras de haber desmontado al jinete, suéltanle, con el mayor desprecio, una rociada de coces casi siempre más peligrosas que la caída! Ella, en cambio, habíase contentado con correr, hasta reunirse con la caravana. Bien se merecía, pues, vista su conducta, un poco de sal (de la que era muy golosa) y una caricia; desde aquel momento fuimos los mejores amigos del mundo. El cansancio progresivo de cada jornada ayudó también a pacificarla, mientras la práctica hacía a su jinete mucho más hábil.

Hacia las cinco llegamos a un paso difícil, constituído por una pendiente rocosa y punto menos que vertical, a cuyo lado izquierdo alzábase un terraplén cortado a plomo, mientras al opuesto abríase un barranco bastante profundo. Uno de los mulos de vanguardia, «Maribondo» (avispa), cayóse; intentó recobrar su posición normal, pero habiendo chocado contra el terraplén las cajas de que era portador, volvió a rodar aparatosamente. A causa del golpe cedieron las cuerdas y las cajas fueron botando de roca en roca hasta llegar al fondo del barranco, mientras «Maribondo», arriesgando romperse las patas, huía a toda velocidad. Uno de los «camaradas» lanzóse tras él, y pronto perdiéronse de vista. Entonces el otro «camarada» fué descendiendo tranquilamente al fondo del barranco, haciendo tiempo a que regresara su compañero para ayudarle a recargar las cajas.

Henos, pues, sin «camaradas». Por suerte contábamos con la experiencia del Padre Reinaldo, bajo cuyas indicaciones seguimos nuestro camino, llegando sin nuevas contrariedades al «pouso» hacia la entrada de la noche, vencidos por el cansancio y las emociones. ¡Cómo hubiéramos necesitado una buena cena! Mas era un desatino soñar en ella en tales circunstancias, y hubimos de contentarnos, quisiéramos o no, con una mezcla de «feijâo» (habichuelas negras) y arroz, salpicado con harina de manioc. Los brasileños encuentran exquisita semejante mezcolanza; para mí no era más que una especie de pasta que se adhería a las paredes de la garganta, sin permitirme tragarla totalmente. Sin embargo, hube de amoldarme a las circunstancias, y apechugar con todo, pues en lo sucesivo aquella bazofia constituiría nuestro alimento. Sin embargo, algunas veces quiso Dios acordarse de sus humildes servidores, permitiéndoles añadir algún que otro huevo y un trocito de cerdo salado, pues en el transcurso del camino de Uberaba a Goyaz, varias fueron las granjas que encontramos a nuestro paso.

Aquella noche, para que nos fuéramos acostumbrando mejor, no disponíamos de otra cosa que la pasta referida. Terminada la frugalísima cena, hízose necesario pensar en acomodarnos para dormir, y a falta de cosa mejor echamos mano de lo que sería nuestro dormitorio habitual a partir de aquel momento: el «palhol», especie de cobertizo donde se conservan las panochas de maíz sin desgranar, generalmente cubierto de rastrojo o con ramas de palmera, cerrando tres de sus lados una simple empalizada.

Mientras atábamos nuestras hamacas a los soportes de la empalizada, llegaron los dos «camaradas» con «Maribondo» y las cajas que, para haber dado tal cantidad de batacazos, no parecían demasiado deterioradas.

A los pocos momentos percibimos el sonido de un cuerno: eran los hermanos Alejandro y Antonio que, habiendo encontrado a «Canario», nos anunciaban de lejos su llegada triunfal.

Pronto estuvimos reunidos todos. Mientras los «camaradas» mitigaban su apetito, nosotros, tendiéndonos, completamente vestidos, formando un semicírculo con las hamacas, nos dispusimos a tomar un descanso que me permitiré juzgar tan merecido como necesario.

## CAPÍTULO III

### UNA «CASA» EN EL «SERTAO». — EL PASO DEL PARANAHYBA. — LOS GALLOS DE JOSÉ COLORADO.

Tras el descanso y las emociones de aquella primera jornada de marcha, nos acometió la tentación de continuar reposando hasta ya avanzada la mañana; pero en tales viajes, para ir de prisa es necesario levantarse tempranito.

El primer artículo de nuestro reglamento lo indicaba terminantemente: cualesquiera que fuesen los trajines de la jornada anterior, había que levantarse para celebrar la misa con la aurora. Los «camaradas» debían levantarse al mismo tiempo, a fin de ir en busca de las bestias, pues cada tarde, cuando se las libraba de la silla o de la carga, y tras de haberles propinado una cepillada, dejábaseles en toda la libertad que les permitían las ligaduras de las patas, para que fuesen a buscar en el bosque, a filo de dientes, el alimento necesario, mostrándose dichosas cuando, de tarde en tarde, pudimos regalarlas con un puñado de maíz.

De Uberaba a Goyaz encontramos en cada granja un «pasto fechado», vasto campo rodeado de espino artificial, donde, mediante una retribución módica, podíamos dejar pacer a los animales y encontrarlos con mayor facilidad al día siguiente. Por este lado, cuando menos, estábamos a cubierto de las desdichas y retrasos a los que se halla expuesto el viajero en el Norte.

Lo primero, cada día, era la celebración de la misa, a cuyo acto concurrían no solamente las gentes de la granja, sino personas llegadas de bastantes leguas a la redonda.

En efecto, en cuanto un Padre llegaba a cualquiera de aquellas granjas, inmediatamente y sin que fuera necesario decir una palabra, jóvenes y chiquillos partían a caballo para anunciar a los vecinos que por la mañana celebraríase el Santo Oficio «a romper do dia», y aquellas buenas gentes no vacilaban en cabalgar buena parte de la noche para llevar el aviso a sus vecinos, hasta a los más apartados, quienes, al llegar la ocasión, prestábanles el mismo servcio.

Y es que en el «Sertâo» solamente puede oirse misa y recibir los Santos Sacramentos allá de Pascuas a Ramos aprovechando el paso de algún misionero.

El altar erigíase por el propio oficiante en la única habitación de la casa destinada a los forasteros.

Por juzgarlo interesante, vamos a detallar lo que es una «casa» en el Sertâo» y lo que, cada mañana, era nuestra capilla, puesto que las casas europeas, hasta las más pobres, no pueden servir de punto de comparación.

Cuatro paredes bastante bajitas y un somero tejadillo; eso es lo que han dado en llamar una «casa». Cuando el propietario es rico, las paredes son de argamasa y el techo se halla recubierto de tejas, pero lo más corriente es que las paredes estén formadas por un burdo tejido de cañas o por estacas juntas, sin otra adición. El tejado es casi siempre de hojas de palmera, y el suelo, la misma tierra, que ni siquiera se cuidan de nivelar.

Las «casas» están divididas en dos piezas de aproximado espacio; la «varanda», accesible a todos, y el «interior», donde sólo entran los miembros de la familia.

Al penetrar en una de esas «casas» del Sertâo encuéntrase el viajero en la impropiamente llamada «varanda», si bien algún denominativo debía tener la estancia. Es una pieza cuadrilonga, cuyas dimensiones poco varían en todas ellas, cosa que no sucede con las disposiciones y el uso, que son, invariablemente, los mismos en todas ellas.

En uno de los extremos encuéntrase, adosada a la pared o empalizada, una mesa que más parece un alto banco, y que constituye el único mueble de la habitación. Suspendidos en las paredes o colgados de alguna estaca, la montura y demás arneses, la escopeta y alguna que otra piel de fiera; a veces también la carne desecada que sirve de provisión para largos viajes. Las «canastras» del viajero sirven de asiento mientras se cuelgan las hamacas.

En la pared o empalizada que separa las dos habitaciones, hay una puerta «muy a menudo sin puerta», como decía el centinela al hablar de la garita, constituyendo una simple abertura que permite la entrada desde la «varanda» al «interior», pero aquella abertura está más guardada por el respeto a las costumbres y a la tradición que si tuviera una puerta de encina, provista de fuertes cerrojos.

La habitación interior es la reservada a las mujeres. Lugar sacrosanto en el que, fuera de los familiares, ningún hombre tiene derecho a entrar, salvo el «compadre», del que ya hablaremos.

En el transcurso de nuestro viaje vimos a algunos «camaradas» extenuados, muriendo de sed, que no osaron entrar a tomarse un vaso de agua, esperando pacientemente a que los moradores de aquella casa les diesen de beber.

La prohibición y el misterio despiertan siempre la

curiosidad, que naturalmente, va en auge a medida que el tiempo transcurre. Confesaremos, pues, ingenuamente que todos nosotros estábamos intrigados ante aquel misterio y que no cesábamos de preguntarnos lo que podría haber tras de aquella puerta que nadie osaba franquear, hasta que un buen día nos permitimos — ¡no aventurarnos al interior, lo que hubiera sido un crimen, y para nosotros un escándalo! — sino a preguntar al dueño de la casa, cabeza de familia, si quería él acompañarnos.

Hízolo de buen grado, y, precedidos por él, dimos en una habitación absolutamente igual a la primera, es decir, vacía de todo mobiliario. Solamente un fogaril con una olla donde se cocían los «feijão», al cuidado de los cuales se hallaba la dueña de la casa rodeada de dos o tres chiquillos que huyeron al vernos entrar.

¿Dónde estaba, pues, el misterio? Es verdad, que tuvimos una pequeña decepción. ¿Para qué servían tales prohibiciones? Como protección moral para los débiles y salvaguardia para todos, acaso.

Asimismo, el uso y la tradición exigen del recién llegado a la puerta de la casa, que no se precipite a descabalgar, sino que grite primeramente: «¡oh de casa!», y por cansado que se halle y urgente necesidad que tenga de correr, debe quedarse en silla hasta que alguien aparezca para recibir la cortés pregunta: ¿puedo echar pie a tierra?, lo que no hará sino hasta que se le haya respondido: «puede».

Descabalgar antes de haber solicitado, y obtenido, permiso para ello, sería exponerse a un serio peligro, e incluso hasta a recibir un balazo; ello nos parece un formulismo exagerado, un formulismo oriental en medio del «Sertão».

Pero en tales casas — preguntará algún curioso, o que pare mientes en los detalles — ¿dónde están las camas?, porque, indudablemente, brasileño o misionero, cualquiera y por fuerte que sea, no puede permanecer siempre de pie, sino que tendrá necesidad de algunas horas de reposo y de sueño.

¡Camas!, ninguna existe; pero en el Sertão se conoce una maravillosa invención: la hamaca, útil para los más heterogéneos menesteres, siendo necesario haber pasado por algunas de aquellas casas o «palhols» para apreciar el artefacto en su justo valor.

Un lecho habitual sería demasiado caluroso, y principalmente un nido de toda clase de insectos y madriguera de toda la gama de animales a cual más nocivos que median entre las más peligrosas serpientes, pasando por los escorpiones o las tarántulas, hasta los «carrapatos» y hormigas de especies variadas y temibles y hasta el «formigão», cuyo picotazo causa fiebre por espacio de varios días.

Con la hamaca, instalada convenientemente, se está a cubierto de todos aquellos terribles enemigos.

El suspender la hamaca, «armar a rede», como dicen justamente los brasileños, es un verdadero arte. Los más cuidadosos toman dos recias cuerdas no de las corrientes, sino trenzadas con crines de caballo y erizadas de agudos pinchitos que se guardan muy mucho de cortar. El punto más bajo de la curva descrita por la hamaca, debe hallarse distanciado del suelo unos cincuenta centímetros y sus dos extremos atados a las estacas que sirven de base, por medio de las citadas cuerdas de crin, cuyos finos pinchos ningún insecto se atreverá a afrontar. De esta manera el durmiente se hallará suspendido en el espacio, aislado del mundo material y a salvo de los ataques de todos los seres trepadores o rampantes, lo que es algo verdaderamente apreciable.

No quedará ya, sino defenderse contra los mosquitos y los vampiros.

Además de sus condiciones como lecho, sirve también la hamaca para asiento, utilizándose de manera parecida a las butacas plegables, y hasta de reclinatorio, mesa, armario, etc. Es la cuna del recién nacido y féretro del que vuelve a la tierra.

En la «varanda» hubimos de celebrar la Santa Misa. El oficiante tenía derecho a decorarla y disponerla según su gusto, sintiendo más de una vez sobre su espíritu el peso del desaliento, al ver el sitio donde se veía obligado a ofrecer el Santo Sacrificio.

Con un lienzo de vivos colores que tuvimos buen cuidado de llevar con nosotros cubríase la empalizada, y sobre ella, suspendíanse las imágenes del crucificado, de la Santísima Virgen, de San José, Santo Domingo, etc., formando así un fondo de altar bastante aceptable.

La mesa, coja en más de cuatro ocasiones, afianzábase hasta hacerla inmóvil o poco menos, a fin de que pudiera recibir con la máxima garantía la sagrada piedra y todo cuanto es necesario para el Santo Sacrificio.

La piel de un toro extendida en el suelo, al pie del altar, hacía las veces de plataforma y alfombra bastante aceptables; de tal guisa, el suelo era menos desigual, y se salvaban el alba y las botas del oficiante, de las inmundicias repartidas por doquier.

La «varanda» siempre está abierta a todos los seres de la creación; de los que ladran a los que gruñen, todos tienen derecho de ciudadanos y se aprovechan de él. Sin embargo, durante la celebración del Santo Oficio, un muchacho con el «chicote» en la mano, se cuidaba de ahuyentarlos, prestando un servicio celoso y propinando temibles latigazos a los más atrevidos, que se alejaban exhalando gruñidos, a los que nadie prestaba atención. Algunos hubo que, más hábiles, consiguieron burlar la vigilancia, yendo a parar junto al propio oficiante, a quien semejante libertad irracional no asustaba lo más mínimo.

Después de la ceremonia, el amo de la casa ofrecía una taza de excelente café al Padre y a todos los asistentes, que pronto requerían sus caballos para volverse a su «fazenda». En tanto, los «camaradas» cuidaban de disponerlo todo para la marcha.

Todo esto, con ligerísimas variantes, vimos diariamente en el transcurso de nuestro viaje.

La primera mañana todo parecía estar resentido aún del cansancio de la víspera. Los «camaradas» no se mostraban muy espabilados, que digamos. ¿Era una necesidad impuesta por las circunstancias? ¿Sería un

pacto secretamente establecido entre ellos para procurarse reposo? Nada sabíamos. Tan sólo al acabar la misa nos hicieron saber que no podríamos reemprender la marcha durante todo aquel día, puesto que las correas y cuerdas, en su gran parte, estaban ya fuera de servicio y para procurarse otras nuevas hacíase indispensable ir bastante lejos, quizá hasta el mismo Araguary.

No poco sorprendidos quedaron los pobres muchachos al decirles que, contra viento y marea, teníamos que ponernos en camino y que aun en el mismo «Sertão» encontraríamos el medio de procurarnos algunas cuerdas. El hermano Alejandro, oriundo del norte del Brasil, era un «sertanejo» en toda la expresión de la palabra, y sabría sacarnos del apuro. En efecto, al apercibir unas pieles de toro puestas a secar al sol, nos dió la solución: comprólas, cortándolas luego en sólidas tiras, como si fuera ello un juego de niños, y pudimos considerarnos mejor pertrechados que al iniciar el viaje. Resultó algo caro el arreglo, pero «el tiempo es oro» hasta en el Brasil.

A las diez ya estaba todo listo para la marcha, en vista de lo cual, nos pusimos en camino. Los incidentes y los retrasos tampoco nos faltaron, y en particular uno, poco peligroso si se quiere, pero que al sufrirlo con notable frecuencia, no dejó de impacientarnos y retrasar la marcha.

La piel de toro que cubría las cargas, aunque bien apretada, terminaba por ir resbalando, casi siempre hacia adelante, hasta que en llegando a rozar las orejas de la bestia porteadora, hacíala correr desaforadamente y tras enviar a paseo la carga, venía el animal a sembrar con su galope el desorden en el resto de la manada. Entonces creímos que un simple cordelillo que sujetase el cuero impediría, seguramente, la repetición de tal caso, tal y como hacían los «camaradas» norteños, pero los del centro y mediodía contaban con otros sistemas, costumbres y orgullo. Ninguno se hubiera prestado gustoso a enseñanzas que se apartasen de sus hábitos, y el osado que quisiera imponerlas, arriesgaría perder más que ganar. Por tanto, lo mejor fué que tomásemos paciencia, lo que constituye, tanto en el nuevo como en el viejo mundo, un remedio inmejorable del que resulta muy ventajoso hacer buen acopio a la salida.

Llegábamos hacia las dos de la tarde a la orilla del Paranahyba, que se precipita ruidosamente al fondo de un profundo barranco. A pesar de su casi homonimia, no debe confundirse este río con el «Paranahyba do Norte», en el Estado del propio nombre, y con el Paranahyba en el de Piuahy, confusión que no cuidaron de evitar ciertos geógrafos, ni hasta los más modernos diccionarios.

Un puente colgante nos permitió ganar la orilla opuesta, sin más inconveniente que el de aligerar un poco el bolsillo, pues fué necesario pagar a tanto por mulo de silla y tanto por los de carga.

Hacia el crepúsculo llegamos a casa de «José Soldado». ¿Por qué llamaban así al hombre aquel? Imposible saberlo; mas no cupo la menor duda de que el hombre, ni lo era, ni podría serlo nunca, por razón de su edad respetable y sus tendencias pacíficas. Era un excelente hombre, hospitalario y dotado de un corazón tan grande como chica era su casa.

También era pequeño el «palhol», mas repleto de panochas de maíz, cuyos montones se deshacían para dejarnos paso. Por fin conseguimos suspender nuestras hamacas sobre aquellos montones, y poco después nos hallábamos todos sentados en ellas y columpiándonos como chiquillos en la cuna, mientras llegaba la hora de la cena, que, por cierto, prometíase fuera de todo lo corriente. a juzgar por el número de escopetazos que se percibieron: era «José Soldado» que tiraba sobre sus gallinas, con el fin de ofrecer a los Padres algo más que arroz y cerdo salado.

A la hora del ágape, nos sirvió el propio José una gran fuente de arroz con dos gallinas y un pollo, que fué necesario engullir en su integridad para satisfacerle.

Tras el café, que toda la familia tomó en nuestra compañía, nos contó José sus historias de caza y pesca, su buena y su mala suerte. Hubiésemos pasado la velada oyendo a aquel buen hombre, mas era necesario ir a descansar y hubimos de reintegrarnos al «palhol» para hacer noche.

Entonces pudimos constatar que durante nuestra ausencia había sido invadido por una verdadera legión de gallinas, sus moradores habituales durante las tinieblas.

En las estacas, sobre las traviesas, encima de nuestras pobres hamacas (alguna de las cuales mostraba ya evidentes huellas del paso de los bípedos), por todas partes había un pollo o una gallina.

Imposible, pues, pasar la noche en las hamacas sin exponernos a correr la suerte de Tobías, y aun peor, puesto que los grandes animaluchos de José Soldado resultaban mucho más temibles que las golondrinas de la Historia Sagrada.

El buen José vino en nuestro auxilio y con ayuda de un palo, sacudiendo leña a diestro y siniestro, hizo desaparecer a las gallinas, que se alejaron cacareando desaforadamente para volver en seguida a colocarse en el mismo sitio en que antes se encontraban. Nuestra perseverancia acabó por dominar su obstinación, y, tras una hora de combate en medio de tinieblas, quedamos dueños del campo de batalla; es decir, con las hamacas casi desembarazadas, con lo que creímos poder dormir en paz.

Pero hacia la media noche vino otro incidente a turbar nuestro sueño. Por lo visto, no eran solamente las gallinas los únicos habitantes del «palhol». Enormes ratas corrían de un lado a otro y trepaban por las estacas hasta el techo de paja, desde donde una de ellas dejóse caer bruscamente sobre la cabeza de uno de nosotros, quien, despertándose sobresaltado, hizo correr la alarma, creyendo en un enemigo más serio.

A obscuras nos fué bastante difícil darnos cuenta de lo sucedido, pero un poco de luz y un instante de reflexión bastaron para tranquilizarnos.

Era la una de la madrugada y todos teníamos ya

necesidad de reposo, y con las historias de José Soldado y el combate que hubimos de librar contra las gallinas, hízose bastante tarde para que pudiésemos descansar todo lo necesario.

Apenas restablecido el silencio, un viejo gallo a quien habíamos contrariado sus costumbres, obligándole a encaramarse en un árbol, entonó cuanto mejor supo el himno matinal. Diríase que aquel «Chanteclair» brasileño había jurado vengarse de nosotros, haciendo salir el sol más temprano.

Engañados por el llamamiento del viejo, los demás gallos que dormían junto a nosotros pusiéronse a cantar a más y mejor, dándonos un concierto que duró hasta el alba.

Inútil, pues, que pensáramos en dormir. Impacientarse, hacer como las criadas de la fábula, decir entre dientes: «Maldito gallo, te voy a retorcer el pescuezo», no nos daría remedio para el mal. Era muchísimo mejor tomarse la cosa por el lado bueno, reirnos de la aventura y aprovechar para cantar misa algo más temprano.

Al terminar el Oficio, el buen José ofreció a todo el mundo la consabida taza de café, añadiendo aquel día, en obsequio a nosotros, dos hermosos pollos asados, bien rebozados en harina de manioc, los cuales comimos a su salud en el próximo alto en la marcha, junto al río Verissimo.

Si bien es verdad que no habíamos dormido, comeríamos en cambio, sólo sea por aquello de «quien duerme come» aplicado a la inversa, en justa compensación.

## CAPÍTULO IV

DETALLES INÉDITOS. — EL PUENTE SOBRE EL CORUMBA. — ASALTO NOCTURNO DEL «PALHOL» POR LOS JABALÍES. — LLEGADA A BELLA VISTA.

Los días que siguieron fueron caracterizados por el cansancio y la monotonía, sin que pudiésemos registrar muchos accidentes notables. Parece ser que siempre sucede lo mismo: los primeros días muéstranse los mulos retozones, deseosos de correr, molestos bajo la carga; como la reata no está «amadrinhada», cada mulo tira por su lado — puesto que los «camaradas» no los conocen aún —, mientras los nuevos jinetes muéstranse faltos de experiencia y sangre fría ante el peligro. Todo junto es más de lo necesario para provocar frecuentes accidentes.

Cuando más avanzábamos hacia el interior del «Sertão» menos habitado lo encontrábamos. En las granjas en que hacíamos alto durante la noche, veíase todo menos habituado al contacto humano. Las vacas y los cebúes, entre medio de los cuales teníamos que abrirnos paso, eran mucho más salvajes, y debo confesar que no sin ciertos temores nos aventurábamos entre los rebaños de aquellos animales que saben valerse tan a maravilla de patas y cuernos. Mientras avanzábamos a lomo de nuestras caballerías, todo iba regularmente bien, y «Africana» se encargaba, por su parte, de la defensa de su jinete, pero, una vez pie a tierra, cambiaba radicalmente el aspecto de las cosas: la prudencia y circunspección eran de rigor.

Hasta los mismos perros parecían más salvajes y los cerdos, más que animales de corral, eran jabalíes.

La jornada del martes fué una de las más fatigosas.

Marchamos hacia las ocho de la mañana, y pronto empezó a faltarnos el agua. El sol era más ardiente que en los días anteriores. De trecho en trecho hallamos alguna charca donde croaban enormes renacuajos y pululaban insectos de todas especies. Los «camaradas» no vacilaron en beber, pero nuestra repugnancia fué invencible, no ya por delicadeza, sino por miedo a los microbios que tantas enfermedades acarrean, y preferimos padecer abrasadora sed antes que absorber aquel barro líquido.

La etapa fué mucho más larga que las cubiertas en días precedentes, y era ya entrada la noche cuando llegamos a orillas del río Corumba — uno de los afluentes del Paranahyba —, en el punto más abrupto que pudiera imaginarse.

El Corumba se precipita con ruido de lejano trueno, en el fondo de un precipicio cuyas paredes verticales están recubiertas de plantas y caóticos salientes rocosos, algunos de los cuales parecen mal asentados en su base, amenazando rodar al fondo del abismo.

A un último destello de claridad, contemplamos el paisaje, preguntándonos cómo podrían descender nuestras caballerías aquellas pendientes peligrosísimas sin tropezar con alguna de aquellas piedras movedizas y desencadenar una avalancha. Creímos lo más acertado descabalgar; mas pronto nos dimos cuenta de que los mulos tenían más firme el paso que nosotros y que no ponían una pata en falso, por lo que ¿no sería más ventajoso montar de nuevo y confiarse a la prudencia y habilidad de los animales?

Tan a plomo descendíamos, que a cada momento me parecía que iba a saltar por encima de las orejas de «Africana». Más tarde, cuando transcurrieran algunos meses de cabalgadas peligrosas, la costumbre nos haría indiferentes quizá, mas por el momento, siendo unos jinetes inexpertos, teníamos que recurrir a toda la fuerza de nuestras manos para permanecer fijos en silla.

Tras aquel peligroso descenso, llegamos a la casa del bravo José, quien había tendido, por su cuenta propia, un puente sobre el Corumba.

De primer momento nos pareció que aquel ponto-

nero voluntario escogió bastante mal el sitio, pues a no dudar era el más áspero y de más difícil acceso de aquellos contornos. A uno y otro lado, los declives iban suavizándose y las orillas del río resultan más asequibles. A nuestra exclamación de asombro, respondió José explicándonos cómo estaba seguro de haber obrado muy cuerdamente, y sin titubeos. En cualquier otro sitio, siendo el Corumba más ancho, exigiría un puente colgante como el del Paranahyba, y solamente el Estado puede acometer tales empresas. Allí, al estrecharse el desfiladero, obligaba al río a deslizarse entre dos rocas, y si bien era profundo, al ser el paso más estrecho, hacíase mejor indiscutiblemente, pues de tal manera bastó a José derribar tres o cuatro árboles corpulentos, tenderlos de una a otra roca, y luego de sujetarlos con sólidas traviesas, quedó formado el puente. Nos pareció irrefutable el argumento, y con verdadera satisfacción pagamos nuestro tributo al valiente pontonero.

Aquel buen hombre carecía de «palhol», pero tuvo la delicadeza de ofrecernos un lugar junto a su habitación, para suspender nuestras hamacas, en una especie de cobertizo adosado a la montaña y vuelto hacia el río. Aceptamos de buen grado y vimos que el cobertizo se abría a todos los vientos, si bien su tejadillo de hojas de palmera, nos preservaría en parte de la humedad de la noche.

Ni se habló de cena, por ser demasiado tarde ya para proceder a la cochura del arroz. Una buena taza de «cha do matto» vino a reemplazarla, y como nos encontrábamos rendidos de cansancio, pronto caímos todos en brazos de Morfeo.

Mientras venía el sueño, asaltáronme los más tétricos pensamientos. El sitio donde nos hallábamos estaba tan alejado del mundo civilizado; corría el agua en el fondo del precipicio con tal murmullo de amenaza, que una vaga inquietud vino a turbar mi espíritu. Un simple resbalón, cualquier nimiedad, y rodábamos al fondo del desfiladero, destrozados contra las rocas y arrastrados luego por la corriente. ¿Quién sabría nunca de aquella tragedia? ¿Quién se preocuparía de indagar lo sucedido? Todo se atribuiría a un simple accidente de montaña y el asunto caería en el saco sin fondo del olvido.

Indudablemente, los abrasadores rayos del sol habíanse abatido con demasiada fuerza contra mi pobre testa, lo que, sumado al cansancio de la jornada, dióme algunas décimas de fiebre, porque, si no, ¿cómo explicarse tales pensamientos? Ningún ser es tan hospitalario como el brasileño del «Sertão», y en parte alguna se halla tanta seguridad como bajo su techo. Esta reflexión devolvió la calma a mi espíritu, y cedí al sueño que me invadía. Del fondo del precipicio continuaba subiendo el murmullo de las aguas — ahora semiacunados — impetuosas, al chocar contra la ingente mole de granito.

Desperté hacia la una de la madrugada. Continuaba deslizándose el Corumba con el mismo ruido, mas brillaba la Luna en el firmamento y al filtrarse su luz por entre las ramas de los copudos árboles, proyectaba una débil claridad en el interior de nuestro mísero cobertizo. Paseé una mirada por la estancia, y hube de preguntarme si verdaderamente estaba despierto o no. Antes, bajo aquella techumbre, solamente nos contábamos el buen José y nosotros, en tanto que a la sazón, y muy cerca de nuestras hamacas, distinguí bien a las claras, echados en el suelo, hasta cuatro hombres de colosal corpulencia. Parecían todos sumidos en plúmbeo sueño y llevaban desnudo el torso, el hacha al cinto, y durmiendo a sus pies, dos enormes mastines. ¿Quiénes eran y de dónde venían? Tantas cuantas preguntas me hice en este sentido hubieron de quedar sin respuesta. ¿Qué hacer? Despertar a mis compañeros hubiera sido turbarles el mejor de sus sueños, y, por añadidura, perfectamente inútil, puesto que ninguno sabría más que yo. Opté, pues, por volver la cabeza a la hamaca, no mirar a ningún sitio, y, confiándome al Señor, reintegrarme al sueño, como única cosa razonable.

Por la mañana tuvimos la explicación de lo que nos pareció un misterio. Los cuatro hombres armados de hachas eran amigos de José y le ayudaban en la construcción del puente, aún no acabado del todo. Vueltos demasiado tarde, habíanse acostado en silencio para no despertarnos. Todos asistieron muy devotamente al Santo Sacrificio, y luego, uño de ellos, derribó de un tiro un voluminoso pajarraco, que sirvió para nuestro almuerzo.

Cuando hubimos transpuesto el puente, hízosenos necesario emprender la ascensión del escarpado muro del desfiladero. Los «camaradas» nos recomendaron que, sobre todo, permaneciésemos bien inclinados sobre el arzón de la silla, sujetándonos con ambas manos a las crines de las bestias, para evitar el peligro de una caída. A pesar de todas las precauciones tomadas, dos sillas, cuyas cinchas no fueron lo suficientemente bien sujetas, resbalaron, arrastrando en su caída al jinete. Por suerte los mulos desmontados, conscientes del peligro, no tuvieron la mala ocurrencia de cocear, y todo fué prontamente subsanado por los «camaradas». Este fué el único accidente del día.

Al caer de la tarde, llegamos a un pequeño grupo de casas, llamado «Serra das Caldas», por haber en aquellas cercanías un rico manantial de agua ebullente, cuyas burbujas se veían reventar por entre las rocas. El brazo de agua formado por aquella fuente, deslizábase sobre un lecho de piedra y bajo una bóveda de verdura que la preservaba de los rayos del sol y la ocultaba a las miradas indiscretas. Viendo en ello una indicación de la Divina Providencia, aprovechamos la oportunidad de tomar, con el menor gasto posible, un excelente baño sulfuroso.

Desde la «Serra das Caldas» puede irse a Goyaz por dos caminos diferentes: uno, más directo y más corto, es el seguido habitualmente por los «camaradas»; el otro, da un gran rodeo, pero ofrece la ventaja de pasar por Bella Vista, lugarcito donde se encuentran tres religiosas Dominicas de Monteils, y no supimos resignarnos a venir de tan lejos, y pasar junto a su estancia sin ir a visitarlas. En principio, hablando nu-

méricamente, alargábamos con ello el camino, mas en realidad, lo ahorraríamos. o por lo menos, llegaríamos antes a Goyaz gracias a la siguiente combinación: los «cargueiros» — mulos de carga —, que tanto nos retrasaban las etapas, seguirían el camino más recto a las órdenes del hermano Alejandro y de dos «camaradas», en tanto que nosotros, libres ya de equipajes, pasábamos con el tercer «camarada» por Bella Vista.

La mañana del jueves día 17 de marzo, partimos, bien temprano, muy satisfechos al vernos desembarazados de equipajes, y marchando a buen paso. A las doce y media, llegábamos a una casa que nos ofrecía la oportunidad de dar un punto de reposo a nuestras cabalgaduras y tomar nosotros un plato de arroz con un par de huevos. Salimos de esta casa a las dos, ya que, según las indicaciones del «senhor Francisco», no encontraríamos en el trayecto más que una sola casa para dormir, añadiendo: «Está muy apartada y no tienen minuto que perder si quieren llegar a ella antes que sea de noche.»

Debimos extraviarnos, sin duda, pues la noche se echó encima, cuando todavía estábamos en pleno bosque. Hasta una hora después, no haría su aparición el astro blanco y mientras tanto, habríamos de continuar sumidos en las tinieblas, obligados a hablar, a llamarnos a cada instante, a fin de no perder contacto y que alguno de nosotros pudiera quedarse rezagado. Hacer alto y atar los mulos a cualquier sitio en espera de que la Luna hiciera su aparición no merecía ni proponerse, puesto que algunos relámpagos lejanos nos advertían que una tempestad estaba preparándose, y no era prudente dejarnos sorprender por ella envueltos en la espesura.

Aquella hora de oscuridad, abandonados al instinto de nuestras cabalgaduras, rozándonos las piernas contra la corteza de los árboles al pasar demasiado próximos a ellos, o estropeándonos el sombrero al dar un cabezazo contra cualquier rama demasiado baja, nos pareció bien larga, ciertamente. De mí, sé decir que nunca pensé tanto en la Luna y deseado su aparición. Es necesario verse en el «Sertão» para apreciar los beneficios que nos otorga dicho astro. Finalmente apareció, y un suspiro de satisfacción escapóse de nuestro pecho. Hacia las diez llegamos a casa del «senhor Dionisio», donde todo descansaba desde hacía ya no poco tiempo.

Levantóse precipitadamente el buen hombre, al oir nuestra llamada, y mientras su esposa nos preparaba una taza de café, nos ayudó él a suspender nuestras hamacas en el «palhol». Apenas nos habíamos instalado, desencadenóse la tempestad, y pronto, aquel torrente de agua, pasando a través de las hojas del techo como entre el enrejado de un colador, inundó nuestras hamacas. A toda prisa, extendimos sobre ella las pieles de toro de que disponíamos. preservándonos mejor de la lluvia con esta segunda techumbre.

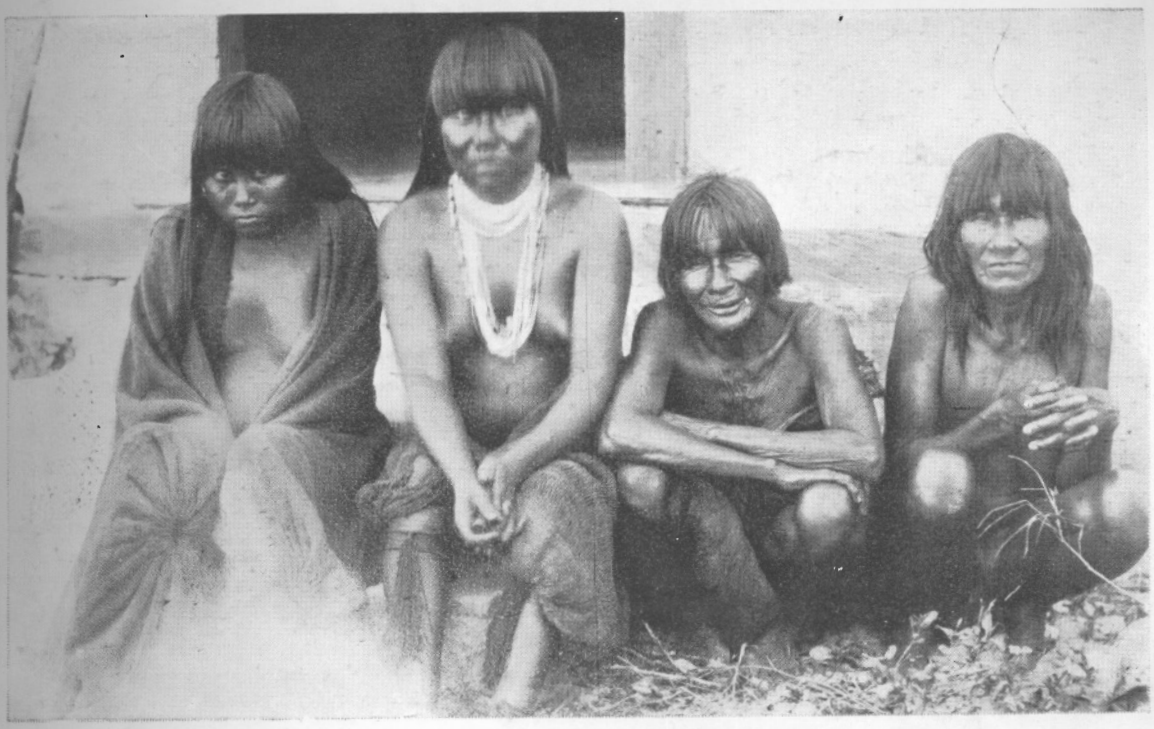
Casi al mismo tiempo, percibimos algunos gruñidos que partían de uno de los rincones del «palhol» invadido por seis cerdas con sus correspondientes catervas de lechoncillos. Pero, ¿no serían auténticos jabalíes en vez de «porcos de casa» aun semisalvajes por vivir siempre en el bosque? A la luz intermitente de los relámpagos, resultaba imposible distinguir su verdadera especie. Por lo demás, poco importaba distinguirlos, pues entre ambos mediaba poca distancia, siendo los unos casi tan peligrosos como los otros. Huyendo de la borrasca, dejaron el bosque para situarse allí junto a nosotros, separándonos únicamente la empalizada, cuya resistencia ignorábamos. En el rebaño había individuos de varios tamaños, pero ya sabíamos que todos aportaban igual coraje a la lucha. Unos, hacían retemblar el suelo con sus espantables gruñidos; otros, en tanto, apretábanse contra la empalizada, intentando pasar al través sus potentes quijadas. Un madero que cediese y estábamos a merced de unos invasores contra los cuales no llevaríamos la mejor parte, a buen seguro. En vista de ello, juzgamos prudente emprenderla a estacazos contra todo hocico que se aventurase por entre dos maderas. Las víctimas, alejábanse emitiendo sonidos, graves o agudos, según su edad, para volver inmediatamente a la carga, continuando aquel asedio en regla, hasta que hubo llegado el día.

A las tres de la madrugada, cesó la tormenta, volviendo a reinar la calma, pero la piara rugiente continuaba en sus trece. Habiendo cesado los truenos, el rugido del viento y el ruido de los árboles azotados por el huracán, el «senhor Dionisio», cuya casa apenas estaba distanciada del «palhol» como de unos cincuenta metros, apercibióse del fragor de la batalla y corrió en ayuda nuestra, presentándose todo confuso y asombrado de lo ocurrido, cuya explicación, por cierto, era bien sencilla.

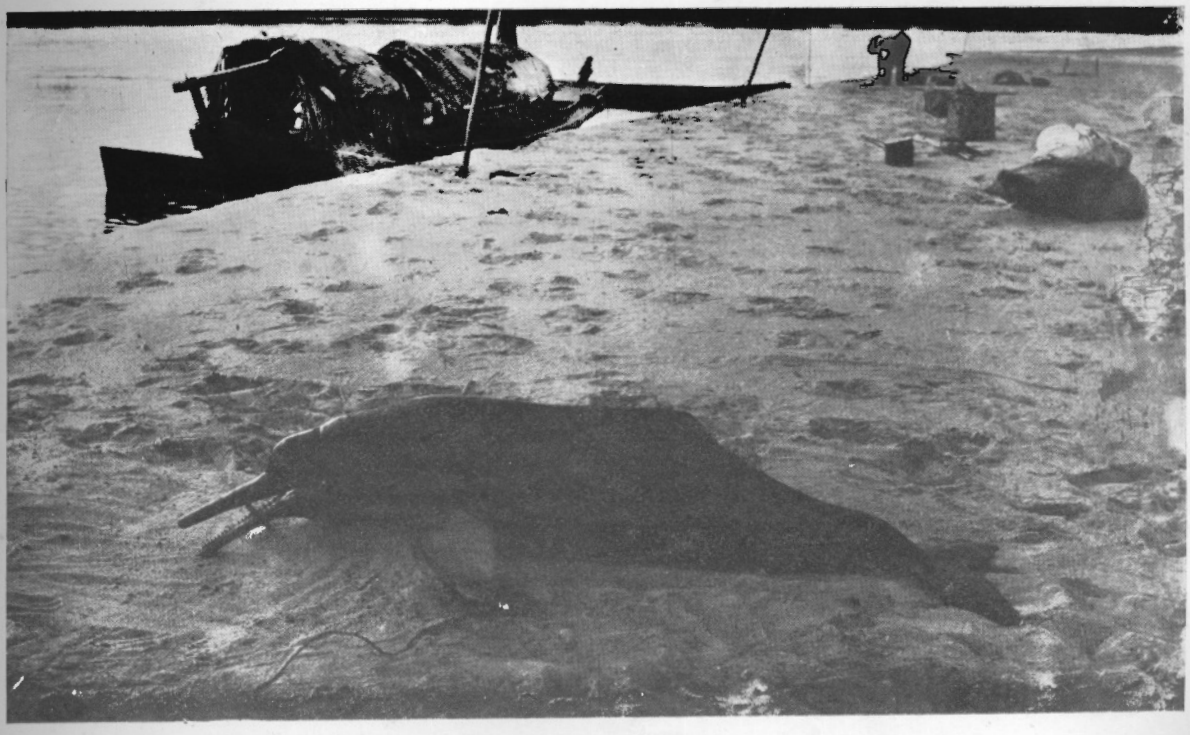
Junto al «palhol» hallábase una cerca donde habitualmente quedaban encerrados los becerros que debían permanecer separados de sus madres. La puerta que cerraba dicho cercado, hallábase dispuesta de tal forma que bastaba un débil empujón para abrirla, mas, cuando volvía a cerrarse, era imposible volverla a abrir. Huyendo de la tormenta, llegaron como una avalancha los «porcos de casa», logrando abrirla; una vez vuelto a cerrar, habíales dejado prisioneros; así, pues, lo que nosotros creíamos un asalto en toda regla, no fué sino una tentativa para recobrar la libertad, si bien para nosotros el resultado había sido el mismo. Ello sucede muy a menudo en la vida. El hecho concreto era que ya se había hecho demasiado tarde para intentar dormirse, y creímos preferible adelantar la hora de la misa para ponernos antes en camino, en espera de otra noche más tranquila, que Dios nos concedió, por cierto.

Marchamos muy de mañana, llegando tempranito a casa del «senhor Simeão», donde nos esperaba la hospitalidad más agradable. Los Padres raramente pasaban por aquellos parajes, sino que tomaban por regla general el camino más recto para ir a Goyaz; por lo tanto, el pobre Simeão no cabía en sí de gozo al pensar que a la mañana siguiente podría oir misa en su pobre morada.

Allí, como en casi todo el mundo, en señal de contento, dispáranse tiros de pólvora y cohetes, «foguetes». Mas en vez de tiros al aire, el buen Simeão, apuntó



3. — Indios karajas



4. — Boto (especie de marsopa) del Araguaya, flechado por los karajas

contra un magnífico ejemplar de gallo, que vino a adornarnos la cena entre un suculento plato de arroz.

Bajo las indicaciones del buen hombre, decidimos partir con el alba, a fin de llegar temprano a Bella Vista, primer pueblo que debíamos encontrar al cabo de ocho días de marcha a través del «Sertâo».

Sobre una plataforma elevada — una gran plaza cuyos costados forman lindas casitas blancas, bien alineadas — y como queriendo proteger todas las casas del pueblo, se yergue una hermosa iglesia: he aquí Bella Vista.

Tres hermanas dominicas francesas la cuidan, y un Padre Redentorista alemán oficia en ella de párroco. El convento de los Padres Redentoristas se halla como a una jornada de distancia, en «Campinhas», y los Padres van a girar una visita de inspección, cada mes, a la iglesia de Bella Vista.

En aquellos momentos, era el Padre Clemente quien atendía a las necesidades de la parroquia.

Nos recibió con los brazos abiertos. Cuando hubieron terminado los saludos, dijímosle que, aceptando gustosos el alojamiento que nos había ofrecido, queríamos, sin embargo, no desairar a nuestras queridas hermanas de hábito, privándolas de servirnos la primera comida. Si he de decir verdad, había en ello un poco de egoísmo y hasta quien sabe si algo, también, de deseos de regalarnos el paladar lo mejor posible, pues ya sabíamos que las hermanas se arreglarían para servirnos según las costumbres francesas.

En un trozo de papel, escribí: «Queridas hermanas en Cristo, hace ya ocho días que andamos por el desierto, y, desde esta mañana, nos hallamos con una simple taza de café por todo alimento, por lo que, si nos lo permiten, iríamos a sacar de apuro el estómago cuando se sirvan indicarnos la hora.» Poco después, recibí la siguiente contestación: «Vengan cuando gusten, pero creemos que cuanto antes mejor. Ya está todo dispuesto.»

Las hermanas lograron autosuperarse. La mesa, tan bien servida como en Francia, no acusaba la menor falta, ni siquiera la del pan, que no habíamos vuelto a ver desde nuestra marcha de Uberata. El vino corrió a cargo del Padre Redentorista, que tuvo la amabilidad de procurarnos dos botellas, a las que acompañaba una esquelita así concebida: «Beban sin temor, tenemos la fábrica en casa.»

## CAPÍTULO V

### La hospitalidad de los Padres Redentoristas. — Maravillosa receta de vino de Málaga. — Serpientes de cascabel. — Llegada a Goyaz. — Historia de la viña y del reloj de los PP. — El «ananghero» y la florecilla de los campos.

En la mañana del lunes, día 20 de marzo, marchamos de Bella Vista, y, hacia las dos de la tarde, llegábamos a la «fazenda» del senhor Olimpio», buen amigo de nuestros Padres. Inútil pensar en mayor avance; hubiéramos infligido un profundo disgusto al buen hombre al haber pasado por delante de su casa sin detenernos a celebrar misa en ella.

Además, empezaba a lloviznar y los caminos eran malísimos, por lo que la prudencia y la caridad nos aconsejaron detenernos en aquella casa acogedora.

De ella salimos a primeras horas de la mañana siguiente, llegando poco después de las doce a Campinhas, donde los Padres Redentoristas alemanes tienen una hermosa iglesia y un convento bastante aceptable. Ambos edificios fueron construídos por hermanos conversos, bajo la dirección de un Padre, haciendo, por su forma, disposición y adaptación a las exigencias de aquel clima de fuego, gran honor al arquitecto y a los obreros.

Los Padres, que estaban muy lejos de sospechar nuestra visita, recibiéronnos con gran contento, demostrando tal cordialidad y buen agrado, que nos afectaron profundamente. En parte alguna, ni aun entre nuestros Hermanos, creo que fuésemos mejor recibidos.

Al explicar el libro del Génesis el acogimiento que Rebeca y Labán, su hermano, dispensaron al servidor Abraham, el sacro historiador insiste varias veces en los cuidados que fueron dispensados a los camellos del mensajero, sin temor a tales detalles. Rebeca, dijo primero: «Yo acarrearé también el agua para los camellos, hasta que hayan satisfecho su sed», y luego: «en mi casa hay paja y forraje en abundancia, y aun otro para pasar la noche».

Llegó Labán, y sus primeras palabras fueron: «Ven, elegido del Señor, que he preparado la casa y un lugar para tus camellos», y poco después: «Labán libró de la carga a los camellos, y dióles paja y forraje.»

Es necesario haber viajado por el desierto para apreciar cuánta cortesía y delicadeza se encierra en tales detalles, que, a veces, nos parecen inútiles e insignificantes.

Cuando un misionero llega al fin de la jornada, extenuado por el cansancio, al punto donde debe pasar la noche, su primer cuidado ha de ser, indefectiblemente, para los animales de la caravana. Cualquiera que sea el grado de su fatiga, viene obligado a descargar en seguida a los mulos y darles una cepillada, curarles las mataduras que hubieran recibido por el camino, darles agua, y una vez terminado todo esto, ya le será permitido pensar en sí mismo; no antes. Proceder de otra

manera, sería procurarse no pocos enojos, exponiéndose a quedarse en el camino y perderse en el «Sertão».

Como el caritativo Labán, los Padres Redentoristas nos dijeron al vernos: «Sed los bien venidos, vosotros, enviados del Señor», añadiendo: «No os preocupéis de vuestros animales; nuestros hermanos conversos conocen ya todos esos menesteres y les descargarán y cuidarán convenientemente; no les faltará nada, y todo se hallará listo a la hora que fijéis para la marcha.»

Tras una visita a la iglesia y unas cuantas vueltas por los claustros, el Padre Superior nos condujo al refectorio, donde nos sirvieron una comida improvisada con tanto acierto como buena voluntad. Nada faltaba en la mesa. Algo hubo que llamó nuestra atención: nuestros Padres nos dijeron, y la experiencia nos había mostrado la imposibilidad de procurarse vino en el «Sertão». Los misioneros llevan la cantidad indispensable para el Santo Sacrificio, y deben administrarlo con el mayor tacto. Pues bien, allí nos sirvieron grandes botellas de vino, que, lejos de regatear, nos incitaban a ir consumiendo, los Padres. La primera impresión de nuestro paladar, nos hizo creer en que el vino en cuestión era de Málaga, salvo el color, y ¡cuál sería nuestra sorpresa al saber que todo ello no era sino composición de los Padres, premiada recientemente con medalla de oro en una exposición de Río de Janeiro!

Era fabricado con el fruto de una especie de palmera salvaje — el tucum — muy popular en las selvas brasileñas. Su coste era sumamente reducido, pues por cada veinte litros de aquel fruto salvaje recolectado a voluntad en el bosque, añadían cuarenta de agua, algunos kilos de azúcar y un poquito de aguardiente de caña.

Fué un hermano converso, alsaciano, quien, tras múltiples ensayos infructuosos, encontró la fórmula exacta, obteniendo patente de invención. Amablemente, nos regaló, por escrito, la fórmula, las dosis y la manera de hacerlo, autorizándonos, al propio tiempo, a comunicarlo a todos los establecimientos de nuestros Hermanos y Hermanas, lo que nos apresuramos a ejecutar. Quizá esto no lo hicieron perfectamente al primer ensayo, puesto que para todo se necesita cierta soltura de manos, que sólo se adquiere con la práctica, pero nunca dudamos de que se desanimaran, y que aun, como buenos franceses, tratasen de mejorar el invento.

Los Padres Redentoristas quisieron conservarnos en su compañía un par de días por lo menos, pero teníamos verdadera prisa por llegar a Goyaz, y comprendiéndolo, abstuviéronse de insistir.

Nos pusimos en camino el miércoles por la mañana, y antes de la puesta del sol, llegábamos a un grupito de casas, llamado Goyabeira. Los Padres Redentoristas iban también a esta aldea — por riguroso turno — cada sábado por la tarde, a fin de celebrar los Santos Oficios el domingo. Habíanse construído una somera habitación de recurso: cuatro paredes, y paren ustedes de contar; ahora bien, las paredes eran de ladrillo y el techo cubierto de tejas, lo que en el «Sertão» representaba un refinamiento de lujo. Allí pasamos la noche.

El «zelador» de la capilla, Josinho, nos ayudó a colgar nuestras hamacas, y terminada esta operación, dió comienzo al relato de la desdicha que acababa de sobrevenirle. Una nietecita, linda criatura de diez años, había sido enterrada la víspera, y el discurso fué pronunciado en tonos tan patéticos que la tristeza nos inundó el alma.

— Tres días hace que la chiquilla, fuerte, alegre, y rebosando salud, jugaba al amparo de estas sombras, con su hermanillo; de pronto, del agujero ese que ven ustedes a la derecha, salió un «cascavel», que fué a ensañarse en el cuerpo de la pobre criatura, quien había corido en auxilio de su hermano. Atraído por los gritos de mi nenita, vine corriendo y maté al «cascavel», mas no pude impedir que la nenita muriese unas horas después, en medio de terribles sufrimientos.

Todo esto nos dijo el pobre hombre con la mayor llaneza, ingenuamente, sin imaginarse que pudiera turbar nuestro sueño al decirnos que en el cobertizo donde habíamos de pasar la noche tenían su guarida tan peligrosos reptiles. Ni siquiera cruzó por su pensamiento la idea de que pudiéramos tener miedo, sino que fué a buscar, para ofrecérnoslo, el «chucalho», es decir, la cola de la serpiente de cascabel que dió la muerte a su nieta.

La extremidad de aquel crótalo era terminada por varios anillos entremezclados, que al agitarse con las ondulaciones del «cascavel» producían el sonido que dió origen a su nombre de «serpiente de cascabel». En estado habitual, los mencionados anillos no producen ruido alguno, y solamente se dejan oir cuando el crótalo, irritado, se dispone a lanzarse sobre su víctima, constituyendo un aviso fatal y, las más de las veces, tardío.

Comprenderán nuestros lectores que el descubrimiento no era el más a propósito para llevar la tranquilidad a nuestro espíritu, y a la débil claridad de una vela tuvimos buen cuidado de inspeccionar todos los rincones del recinto, cubriendo con dos piedras los agujeros señalados.

Reemprendimos el camino a primeras horas de la mañana del jueves, puesto que la distancia a recorrer era muy larga y Josinho había tenido la amabilidad de advertirnos que los caminos eran malos.

Poco antes de las doce, cuando el sol nos azotaba con sus torrentes de fuego, caídos casi a plomo sobre nuestras cabezas, nos vimos precisados a descender una montaña, siguiendo una vereda estrechita, bordeada, por un lado, de impenetrables malezas, y un precipicio abriéndose al opuesto. De pronto, «Africana», tan tranquila, tan segura desde hacía algún tiempo, dió un salto de lado, y marchando sobre el mismo borde del precipicio, dióse a correr a todo galope. Recoger bridas, apretar las piernas y encomendar a Dios mi alma, fueron una sola y misma cosa. Por suerte, «Africana» detúvose de pronto, sin duda bajo la influencia de las amables palabras que le prodigué, al tiempo que acariciaba su cuello; estaba el animal tembloroso aún. ¿Qué había podido sucederle? Lo ignoramos, pero el «camarada» pensó que, entre la maleza debía haber descubierto «Africana» alguna serpiente de cascabel o

un «jararacussu», cuya mordedura es siempre mortal, tanto para las bestias como para las personas. Lo cierto fué que estuve a punto de dejar mis restos en el fondo del barranco, puesto que yo no era todavía lo suficientemente buen jinete para no salir despedido al brusco salto del animal o al raudo galope emprendido sobre el mismísimo borde del precipicio.

Un poco más allá, nos sorprendió la tempestad en pleno bosque. Los mulos, oteando el peligro, apresuraron la marcha, y optamos por dejarnos guiar por su fiel instinto, que nos llevó a una marisma, en la que las bestias hundiéronse hasta media pata. Algo más lejos, enfocamos una pendiente resbaladiza y peligrosa, en la que dos mulos perdieron el equilibrio, arrastrando en su caída a sus respectivos jinetes, quienes solamente tuvieron tiempo de sacar el pie del estribo.

Finalmente, llegamos a la «fazenda» de Antonio Faria, uno de los más importantes «fazendeiros» de los alrededores de Goyaz, y muy leal amigo de nuestros Padres. En su casa recibió los más solícitos cuidados uno de nuestros religiosos de Goyaz, que se había dislocado una clavícula al caer en el peligroso paso que acabábamos de franquear.

Al día siguiente, viernes, salimos bien temprano, proyectando llegar pronto a Coralinha, desde donde sólo nos restaría una larga etapa hasta Goyaz. Gracias a la doble ración dada generosamente a nuestras cabalgaduras en la hospitalaria «fazenda», llegamos a Coralinha mucho antes de la hora prevista, y tras un corto descanso, aprovechamos para proseguir nuestro camino. Con ello, no hacíamos sino menguar la etapa siguiente, lo que nos permitiría llegar más pronto a Goyaz.

Llegamos a las cinco de la tarde, a casa de la señora María Aldes, amiga de todos nuestros Padres de Goyaz y ferviente devota de nuestro bienaventurado santo Domingo. La pobre «senhora» esforzóse en satisfacer hasta nuestros más leves deseos, y, a pesar de la satisfacción que demostraba esperando conservarnos más tiempo en su compañía, dióse maña en arreglar pronto el altar, a fin de que todo estuviera listo para nuestra marcha.

El sábado, antes de las seis, habíamos ya celebrado el Santo Sacrificio, y nos poníamos en camino. A las diez, llegábamos a unas alturas, desde las que se dominaba Goyaz, o, como allí se dice: «la capital de Goyaz». Media hora después entrábamos en el convento de los Padres Dominicos. Era el sábado, día 25 de marzo, fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen.

El convento de los Padres se halla muy distante de ser un modelo de construcción y comodidades para los que lo habitan. Pero — nos apresuramos a rectificar — ello no obedece a falta de los Padres, que han sabido sacar todo el jugo posible a una vieja casa prestada, y que luego pasó a ser de su propiedad. El huerto es pequeño, mas produce, sin embargo, suficiente cantidad de legumbres para el consumo de la comunidad, pues gracias al sol brasileño, todo surge pronto y bien.

En cuanto se hallaron en posesión del huerto, los hermanos conversos plantaron viñedos, ahora en pleno desarrollo y produciendo dos cosechas anuales. Cuando los habitantes de Goyaz vieron por primera vez aquellos hermosos racimos de uva, no pudieron menos de admirarse y creer en un milagro. Los jóvenes del país depusieron su amor al fruto prohibido, reemplazándolo por la admiración, produciéndose entonces una historia tragicómica no olvidable fácilmente.

La iglesia del convento está dedicada al culto de la Santísima Virgen del Rosario. Sin ser un modelo de arquitectura, resulta bastante aceptable, y se asemeja a todas las iglesias del centro del Brasil. Fué construída por los negros, aquellos pobres esclavos capturados en las selvas africanas, que. tras de una jornada de ruda labor — a veces bajo la férula de un amo duro y exigente —, se imponían unas cuantas horas de trabajo suplementario, por la noche, para construir una iglesia que les amparase y donde pudieran ir a rezar con entera libertad. En la fachada de la iglesia, se ve el cuadrante del reloj monumental, que también tiene su historia; fué comprado en Europa por Monseñor y destinado a la catedral, y cuando las cajas que contenían las piezas llegaron — a precio de oro — a Goyaz, ningún obrero del pueblo fué capaz de habérselas con aquellos rodajes, cuyo mecanismo ignoraban. Nadie pudo engranar las piezas y montarlo, por lo que las cajas quedaron durante largo tiempo allá, junto a la catedral, expuestas al sol y a la lluvia, hasta que un buen día, cansado ya de sinsabores, dijo Monseñor a los Padres:

— Quitad de mi vista el reloj; guardadlo y haced lo que os plazca, mientras no vuelva a oir hablar de él en los días de mi vida.

Había entonces en el convento un hermano converso que, durante su primera estancia en Salamanca, había servido en el noviciado como cocinero, jardinero, carpintero, yesero, zapatero y un poco de todo, salvo de relojero. Fué quien tuvo la ocurrencia de montarlo, fracasando al primer intento, pero sin que ello le hiciese desistir de su proyecto. Algunas de las piezas hallábanse torcidas o desniveladas, y, pacientemente, fué arreglándolas o substituyendo las que comprendió que faltaban, hasta que una hermosa mañana, los habitantes de Goyaz despertáronse como los hebreos en el desierto, diciendo: «¿manhu?» ¿qué es eso? Desde lo alto de la colina, donde se hallaba la iglesia y el convento de los Dominicos, una campana desgranaba armoniosamente sus notas, dando a los aires la medida del paso del tiempo.

Si la viña y el reloj de los Padres tienen su historia, el pueblo de Goyaz no carece tampoco de ella, siendo una de las más conmovedoras y poéticas. Hela aquí, tal y conforme nos la contó uno de los ancianos del pueblo: «En aquel tiempo (hacia la mitad del décimoséptimo siglo) aun no existía Goyaz; tan sólo una tribu de indios, de costumbres suaves y patriarcales, acampaba en las riberas del río Vermelho. Llamábanse «Goyaces», que quiere decir «florecilla de los campos». Todo fué bien hasta que un día, cierto aventurero del Estado de Sâo Paulo, Bartolomé Bueno, llegó

a explorar aquella región, acompañado por unos cuantos hombres. Al cabo de unos cuantos días observó el recién venido que las herraduras de los caballos mostraban indicios auríferos, y llegado que hubo a orillas del río Vermelho, comprobó que los Goyaces llevaban al cuello sendos collares hechos con pepitas del precioso metal. Ello era más que suficiente para excitar su codicia y la de sus compañeros, todos ávidos de riquezas y sin escrúpulos sobre el medio de obtenerlas; fueron a pedir indicaciones a los pieles rojas sobre el punto donde se hallaban los yacimientos; pero, recelosos los indios, como todos los de nuestra raza, o no contestaron o dieron falsas indicaciones a los intrusos.

Entonces, Bartolomé Bueno puso en juego una estratagema, que debía darle buen resultado: hízose llevar por sus amigos una enorme fuente llena de aguardiente de caña — deconocido hasta entonces de los pieles rojas — y prendióle fuego. Cuando apenas quedaba una gota, volvióse hacia el río Vermelho, y, con gesto amenazador, hizo ademán de prenderle fuego, como hizo con el contenido de la fuente, y secarlo hasta como a ésta, si no le indicaban el sitio donde los granos de oro se producían. En su idioma, llamaron a Bartolomé, el «ananghero» (viejo hechicero), quien, tras de haber hecho excelente acopio de oro, volvió a Sâo Paulo, muriendo poco después.

Su hijo, Bartolomé Bueno, «el Joven», vino con toda su familia a residir junto a los indios, a los que redujo a la esclavitud. Hízose de oro en abundancia, construyó una ciudad, a la que dió su nombre, pero nunca tuvo la bendición de Dios ni de los humanos. Todos sus familiares perecieron en una catástrofe, seguramente preparada por la mano vengadora de los indios. Ni su nombre sobrevivió mucho tiempo en la ciudad fundada por el tirano — sino que fué llamada como los pobres por él reducidos a esclavitud: Goyaz — y la «florecilla de los campos», hollada por la planta del invasor, revivió, y se mantendrá firme por mucho tiempo, ya que el porvenir más despejado se ofrece a la «capital de Goyaz».

## CAPÍTULO VI

VÍAS DE COMUNICACIÓN ENTRE GOYAZ Y CONCEIÇAO. — VÍAS TERRESTRES Y VÍA FLUVIAL. — SUS VENTAJAS E INCONVENIENTES. — ESPERANZAS Y DECEPCIONES. — LAS PROVISIONES A HACER. — «CARNE SECCA» Y PRINCIPIOS DE TEOLOGÍA ESCOLÁSTICA.

Conceiçâo de Araguaya es el puesto más avanzado y peligroso de la misión dominicana en el Brasil.

Tierra privilegiada, es la preferida de los hijos de santo Domingo, que son sus primeros apóstoles.

Cuando allí fueron a evangelizar, abandonaron el país con verdadero sentimiento, y aumentada su exaltación mística, sólo aspiran volver allá.

Dos caminos se ofrecen al viajero que deba ir de Goyaz a Conceiçâo. Uno, el terrestre, atravesando a lomos de las caballerías el «Sertâo» y los bosques, resulta el más largo, cansado y monótono, pero el que ofrece mayores seguridades. Al cabo de un mes de largas cabalgadas, llegóse a Porto Nacional, donde se hace obligación reposar algunos días, más por necesidad de las bestias que por la del hombre.

Conceiçâo do Araguaya se encuentra, aproximadamente, a unos quince días de marcha de Porto Nacional. En resumidas cuentas: si los ríos desbordados o los «atoleiros» no imponen grandes rodeos u ocasionan serios incidentes, llegaríamos a Conceiçâo do Araguaya al cabo de dos meses de marcha a través del «Sertâo».

La vía fluvial resulta considerablemente más breve y más agradable. Primero, no se tarda sino cinco o seis días en salvar la distancia que media entre Goyaz y Leopoldina, pequeño puerto situado en la ribera derecha del Araguaya. Desde allí, bastará dejar que la barca se deslice a merced de la corriente, y veinte o veinticinco días más tarde se llegará a Conceiçâo do Araguaya. Siguiendo este segundo camino, hay la gran ventaja de poder visitar las tribus indias acampadas a orillas del gran río y llegar con un mes de anticipación, cosas ambas que no tienen nada de despreciables.

Pero viene el reverso de la medalla: puede suceder, y así ocurre a menudo, que por querer ahorrarse un mes de viaje, se adopta esta vía y se pierde con ello dos meses y aún más, sin contar las molestias, disgustos y decepciones capaces de desanimar para tiempo al hombre más enérgico y más resuelto.

En aquel tiempo, no había organizado servicio alguno fluvial entre Leopoldina y Conceiçâo do Araguaya. Iba cada uno como y cuando quería, o, mejor dicho, podía.

Para nosotros, franquear la distancia entre Goyaz y Leopoldina fué algo así como un juego de niños; mas, una vez en el puerto, surgirán, seguramente, graves dificultades, a veces invencibles. ¿Encontraríamos una barca apta para poder deslizarse río abajo, y, aun admitiendo que ello sea factible, estará al alcance de nuestra exigua bolsa de misionero? Preguntas son ambas de capital trascendencia, que no pueden responderse sino en el terreno.

En Europa, el telégrafo, el teléfono o el correo, nos dan los detalles que sobre cualquier cosa necesitamos, por unos cuantos céntimos, pero allí no hay nada que se le parezca; a lo sumo, cuanto puede hacerse es en-

viar un «positivo» (correo), que empleará, lo menos, seis días en ir y otros tantos en volver, sin que haga otra cosa que arreglar el asunto a su albedrío; y cuando, según las indicaciones del «positivo», llegásemos con nuestras armas y equipajes a orillas del Araguaya, encontraríamos con que nada estaba previsto aún o solucionado concretamente. Quizá tuviera necesidad la barca de largas y costosas reparaciones; los «barqueiros» no habrían sido ajustados o no se hallarían conformes sobre la retribución, careceríamos de provisiones... en fin, nos encontraríamos faltos de todo lo necesario en una expedición, en la que es indispensable no omitir detalle alguno antes de ponerse en marcha, si se quieren evitar serios trastornos y hasta el peligro de morir de inanición en el camino.

Embarcarse — a título gratuito o no — en una barca fletada por cualquier comerciante o comisionado, no había ni que pensarlo, pues hubiera sido exponerse a considerables retrasos y amargas decepciones. Tras largas semanas de espera e impaciencia, en las que se consumiría buena parte del viático, se hallaría uno expuesto a no poder marchar, y precisado a reintegrarse al punto de partida.

Mas, a pesar de todos los riesgos, de todo cuanto se nos dijo y predicó, nos sedujo desde el primer momento la perspectiva de descender aquel hermoso río y poder así estudiar de cerca a los pieles rojas que lo bordean. Además, la idea de ganar un tiempo precioso, influyó muchísimo en nuestro ánimo.

Ante aquella perspectiva, desaparecían todas las objeciones. «Audaces fortuna juvat» dice el proverbio (la fortuna es de los audaces) o, siguiendo una variante de Virgilio, «en apoyo de los osados». La veracidad de aquel proverbio, basado en la ley que rige a los hombres y a las cosas, nos enardeció.

Establecido ya el plan, empezamos a preparar su ejecución. Propalarlo sería exponernos a objeciones, cuyo valor reconoceríamos, pero que nos exponían a disminuir las probabilidades de éxito al abrir la brecha en nuestra confianza.

Llamando aparte a un «brazileiro» de pura raza, hombre norteño, habituado a los viajes y que no temía ni al peligro ni al cansancio, hicímosle partícipe de nuestros proyectos.

— He aquí esta cantidad, una buena escopeta y pólvora para la misma. Id solo y a marchas forzadas hasta Leopoldina, haced lo imposible por descubrir y comprar una embarcación cualquiera, mientras sea capaz de llevarnos a Conceiçâo do Araguaya. ¿Comprende y acepta?

El hombre a quien demostrábamos tal confianza, reconcentróse un momento para decir luego resueltamente: — Comprendido y aceptado. Un buen jinete echa en el camino cinco o seis días, pero si quieren prestarme a «Africana», cuyas cualidades he podido apreciar prácticamente, les prometo que en dos días y medio estaré en Leopoldina, y, «a fe de brazileiro do norte» les prometo que tendrán una barca, aunque hubiera de hacerla yo mismo o no quedasen árboles en el bosque.

Toda esta escena tuvo lugar a la caída de la tarde, y a las dos de la madrugada partió el mensajero a lomos de «Africana», llevando al hombro una buena escopeta, cincuenta cartuchos en la bandolera y dos mil francos en el bolsillo.

Los Padres de Goyaz sólo supieron de nuestros proyectos y marcha del «positivo», ya entrada la mañana, cuando ya se había consumado el hecho. Los más avisados murmuraban entre sí, juzgando una imprudencia haber enviado un hombre solo cargado con tanto dinero y montando una mula que, por doquier, causaba admiración y excitaba la codicia de cuantos la contemplaban.

En el fondo de mi alma noté un leve — o quizá profundo — resquemor de intranquilidad, compartiendo la opinión de aquellos santos varones sobre el resultado de aquella maniobra.

Dos días más tarde vimos, con gran sorpresa, volver al enviado. ¿Qué habría podido acaecerle? ¿Fué, quizá, víctima de algún accidente? ¿Desvalijado acaso? ¿Habríanle robado a «Africana»? Todas aquellas preguntas atropelláronse en nuestros cerebros.

— ¡Oh! — nos dijo —; es imposible avanzar más. En veinticuatro horas había cubierto casi la mitad del camino, cuando fuí detenido por las aguas desbordadas del Araguaya y sus afluentes, que cubriendo toda la llanura semejan a un mar del que sólo emergen las copas de los grandes árboles, sin que se vean jamás las orillas. Fué, pues, necesario que hiciese marcha atrás, y aguarde ocho o quince días; entonces habrán ya bajado las aguas y podré volver a la carga.

Cuanto se nos había predicho empezaba a realizarse. Por de pronto nos veíamos obligados a esperar una o dos semanas hasta que el «positivo» pudiera volver a ponerse en marcha hacia Leopoldina. Allí encontraría o no una barca en venta o le prometerían preparar otra, pero eso es lo que menos cuesta en el mundo. Fiarnos en promesas y solamente lograríamos ir de retraso en retraso, de una en otra decepción; perderíamos un tiempo precioso, y, finalmente, nos veríamos precisados a renunciar a nuestro proyecto.

En amargas reflexiones nos hallábamos sumidos, cuando llegó al convento un habitante de Leopoldina, que deseaba ofrecer a la Santísima Virgen del Rosario tres misas en acción de gracias; para decirnos el motivo, contó, naturalmente, su historia.

Partido de Leopoldina para Goyaz, donde le llamaban graves y urgentes asuntos, José Sant'Anna habíase visto detenido por aquel mar que aparentaba el desbordado Araguaya. A pesar de todo, quiso proseguir su avance, pero habiendo perdido pie la mula, hombre y bestia no tuvieron más remedio que emplearse a fondo para ganar, a nado, lo que desde lejos se les antojaba tierra firme, a la que llegaron casi al propio tiempo, ya al límite de las fuerzas respectivas.

En aquellos momentos de angustia el bravo Sant'Anna encomendó a Dios su alma, prometiendo tres misas a la Santísima Virgen del Rosario por su intercesión, y una vez a salvo milagrosamente, corrió, feliz, a cumplir su voto en acción de gracias.

José Sant'Anna tenía por oficio el de constructor de botes, y acababa de terminar un «batelão», ni grande ni chico, sino de la justa medida que nos convenía. Ni hecho a medida hubiera resultado mejor. Pronto estuvieron cerrados los tratos, habiéndose encargado el mismo Sant'Anna de procurarnos, bajo su responsabilidad, cuatro buenos bogadores y un piloto experimentado. «Batelão» y remeros debían hallarse dispuestos a emprender el descenso en el día y hora indicados.

Ni aun los más optimistas pudieron creer jamás en tal feliz casualidad.

De tal manera habíanse arreglado las cosas, que el fantasma de los retrasos o incidentes inseparables a las expediciones del género de la nuestra, habían desaparecido.

He aquí nuestro plan:

Tras un descanso de tres semanas, el amado Padre Reinaldo — del que no sin pena teníamos que separarnos — iría con dos buenos «camaradas» y los veincuatro mulos, hasta Porto-Nacional, su convento de asignación. Desde allí nos enviaría, libres de toda carga, las veinticuatro bestias a Conceiçâo do Araguaya, pues a no dudar, nos eran indispensables para la continuación del viaje.

Nosotros, en tanto, gracias a la generosidad de los Padres de Goyaz, iríamos con la «conduçâo» del convento hasta Leopoldina, donde nos esperaba la embarcación de José Sant'Anna.

No nos quedaba, pues, sino dar los últimos retoques a los preparativos y hacer las provisiones necesarias, lo que en aquellas regiones no constituye poco trajín y menos gastos, sobre todo teniendo en cuenta que, por lo menos, habíamos de permanecer veinticinco días flotando en el Araguaya.

Fué necesario todo un ajuar.

Lo primero, una batería de cocina. ¡Oh!, bien sencillita: dos ollas, un fuerte cuchillo de monte, algunos platos de hierro, tenedores (ya que las cucharas de nada servían), vasos de asta y una cafetera con algunas tacitas, de hierro esmaltado como los platos. Todo tenía que ser irrompible, puesto que no habría manera de reemplazarlo; en cuanto a las servilletas o toallas, ni nos ocupamos, ¿para qué cargar más cuando las hojas de palmera, y sobre todo, las de plátano podían reemplazar a unas y otras ventajosamente?

La ropa de cama estaba también reducida a la más mínima expresión. Una recia tela, con dos estacas y una traviesa, formarían una tienda magnífica donde podríamos resguardarnos de la bruma de la noche, tan densa en el río, que sus efectos eran idénticos a los de la lluvia. La cama sería reemplazada por la hamaca, o, en ciertas ocasiones, por una simple piel de toro extendida sobre la arena de la orilla.

Las provisiones de boca debían ser superabundantes, ya que, según se nos advirtió, los aires del Araguaya comunicaban a los «barqueiros» un apetito insaciable. En vista de ello, adquirimos dos sacos de arroz, otros dos de «feijâo», varias arrobas de «rapadura», veinticinco kilos de café, cincuenta de azúcar, diez de sal, y todo por este orden.

Pero recuerdo que se me olvidaba algo esencial: unos cuantos kilos de manteca y la famosa «carne secca», manjar que tendremos el honor de presentar a nuestros lectores seguidamente.

También hubimos de pensar en algunos regalos para los indios, porque sin los unos, no tendríamos los otros, ya que siendo niños grandes, cuya mano se tiende siempre dispuesta a recibir, se marchan cuando ya no queda nada que darles. Juzgan el valor del misionero y su doctrina, por la cantidad y el valor de los obsequios que éste puede ofrecerles.

El Padre Francisco Bigorre, tan entusiasta de nuestra obra en Conceiçâo, por haber atravesado varias veces aquella comarca, era un maestro consumado en el arte de tratar a los indios, y sus informes nos fueron preciosos en todo momento. Por su indicación, adquirimos algunos «facâos», especie de sable de uso corriente en el Brasil y arma inseparable de todo viajero, hasta del religioso; cuchillos, algunos trozos de tela blanca o policromada, espejillos, rosarios con cuentas de cristal, que los indios lucían como collares de perlas, y, finalmente, algunos cientos de metros de tabaco.

En aquel país, luego de haberlas preparado convenientemente, unen las hojas de tabaco formando largas tiras como de cuatro centímetros de ancho, con lo que resulta muy fácil de conservar y acarrear. Cuando quiere liarse el cigarrillo, se corta un trocito de la tira, y, frotándolo entre las manos, se reduce a pequeñas partículas que luego se envuelven en una delgada hoja de maíz, que son la inmensa mayoría.

La Madre Santo-Tomás, superiora de las religiosas Dominicas de Goyaz, añadió a nuestras provisiones algunas cosillas agradables de las cuales tienen ellas el secreto bajo todas latitudes. Un poeta escribió, no sin cierta vis maliciosa:

> «Los refinamientos y atenciones finas
> nacieron — se dice — en las Visitandinas...»

Sería un error creer que las Visitandinas tienen monopolio. Meticulosas hasta para con ellas mismas, las hermanas del Brasil no van a la zaga de nadie cuando se trata de preparar el viático de sus hermanos en santo Domingo. Sin embargo, no hay que suponer que el pobre misionero se halle tan bien pertrechado como pudiera encontrarse al salir de su convento. Sin duda alguna que el corazón es el mismo en todas partes, o quizá más ardiente, más generoso allá que en Europa, pero a las dignas hermanas de la Misión, les falta muy a menudo la materia prima.

Creo recordar que santo Tomás de Aquino formula esta pregunta: *Utrum solius Dei sit creare?* (¿Sólo a Dios pertenece el don de crear?) Y responde afirmativamente, demostrando que una criatura nada puede por ella sola ni aun por propia virtud, ni siquiera como causa instrumental; su acción nunca puede ejercer sino sobre una materia preexistente. Como dije, esa materia falta muy a menudo, sin contar con que el sol abrasador de aquellas regiones funde o corrompe en se-

guida la mayoría de las substancias alimenticias, y, por consecuencia, la gama de refinamientos reposteriles es limitadísima.

Las hermanas Dominicas se exceden, sin embargo, en la preparación de pastas secas elaboradas con harina de manioc y una confitura inversible e incorruptible, preparada... ¡con patas de buey!... Sí, señores, con patas de buey, que hacen hervir durante unas horas. A la gelatina que se forma, le agregan un poco de leche y otro de azúcar, removiendo la mezcla cuidadosamente. Vierten luego el todo en moldes más o menos artísticos, y lo dejan enfriar.

A la vista, da la sensación de una pastilla de chocolate con leche; al paladar, resulta muy agradable y substancioso, pero... (siempre lo hay en todas las cosas) es necesario poseer unas mandíbulas fuertes y provistas de agudos maxilares, para masticarlo convenientemente. Por eso, lo más corriente es que uno se lo trague sin masticación preparatoria. Si tal se hace, no volverá jamás a incurrir en pecado de gula.

Mientras las hermanas de Goyaz se encargaban de la parte de adorno gastronómico, pudiéramos decir, el Padre Reinaldo, hombre ya avezado a tales excursiones, tomaba a su cargo lo positivista, lo práctico e indispensable: la «carne secca».

Adquirió media docena de bueyes, haciéndolos matar, limpiar y despellejar con el mayor cuidado, a fin de que la piel quedase intacta, ya que después una vez secas al sol, habían de prestarnos inapreciables servicios. Es necesario haber viajado por los bosques o sobre los grandes ríos, para darse cuenta exacta de la utilidad de una piel de toro.

En el camino, durante el día, sirve para cubrir los cargamentos y preservarlos de la lluvia o del sol. Durante la noche, extendida en el suelo, sirve, a la vez que de colchón, de sábana y manta. Durante las tempestades, de tienda y cobijo, y hasta, en caso de apuro, reemplaza a la barca con que se debiera cruzar un río.

Mientras las pieles se oreaban, deshuesábanse los bueyes con rara «maestría». Un piel roja no hubiera hecho ni más ni menos para apoderarse de la cabellera de su víctima.

Cuando oí hablar al Padre Reinaldo de seis bueyes para cuatro bogadores, un piloto, el hermano Antonino y mi modesta persona, poco habituada todavía a la «carne secca», no dejé de preguntarme si en ello no habría un poco de exageración y si aquel ilustre hijo de Gascuña no pretendería servirnos algo así como en las bodas de Camacho.

Luego de haber constatado que aun nos quedaba un buey deshuesado — como carne apta para convertirse en «secca» —, vi que, aun siendo algo respetable, la provisión no tenía nada de exagerado.

Con auxilio de finas hojas cortantes como un bisturí, se corta el buey a tiras de un espesor medio de dos a tres centímetros. Esas tiras, luego de rociarlas con sal, se las deja secar al sol, cuyos rayos — en aquellas latitudes — la dejan en tres o cuatro días lo mismito — y perdóneseme la comparación — que una momia egipcia, o, si se prefiere, que un cuero zurrado.

Un principio científico dice que las moscas no deben posarse sobre aquella carne saturada de sal, pero sin duda las de los trópicos deben tener otros principios que los nuestros y sin preocuparse de ello dan un mentís a la ciencia y corren a instalarse, con toda tranquilidad, sobre las carnes así tratadas, en las que depositan buena cantidad de huevos.

El sol hace las veces de incubadora y pronto se ve convertirse aquellos microscópicos huevecillos en gusanos blanquecinos que hormiguean por los repliegues de la carne hasta hacerla tomar ciertos reflejos verdosos o azulados de siniestra apariencia. Es la descomposición que se inicia. Por lo visto, los gusanillos la encuentran muy a su gusto, y si no se toma la sabia precaución de raspar con un cuchillo las partes demasiado contaminadas, de sacudir el resto para hacer caer aquellos huéspedes voraces, pronto no quedarían ni rastros de carne. Aquellos parásitos la devorarían en seguida.

Los antiguos, que sin duda no habían reparado en el trabajo preparatorio de aquellas moscas ponedoras, y que sólo veían gusanos — venidos no se sabía de dónde — hormiguear sobre toda carne en estado de putrefacción, creyeron en una generación espontánea: «Corruptio unius est generatio alterius», decían. La corrupción de uno es la generación de otro. A mi juicio, sería más exacto decir, invirtiendo los términos: «Generatio unius est corruptio alterius», o sea: La generación de uno es la corrupción de otro, pues aquella generación de gusanos pronto hubiera dado cuenta de todo y destruído todo.

Hay también cierto número de entre ellos que, más hábiles, más voraces o mejor armados para la lucha, quedan escondidos en los repliegues, continuando su obra de destrucción. Sin embargo, su hora les llegará también, sin que por ello varíe su suerte de la de sus congéneres. Día vendrá en que, a su vez, serán cocidos o asados con la carne y engullidos con ella, «y este será su castigo».

## CAPÍTULO VII

LA FIESTA DEL «DIVINO». — EL EMPERADOR Y LA «FOLIA». — PROMESAS Y VOTOS QUE PUDIERAN PARECER SINGULARES. — LA PALABRA DE HONOR DE L... — LA «BOTAFORA» O MARCHA. — CARRAPATINHOS EN VEZ DE PESCADOS. — LA INUNDACIÓN; LECCIÓN BIEN MERECIDA.

La partida fijóse para el martes de Pascua, 18 de abril, a las ocho de la mañana. Por nuestro gusto, nos hubiéramos puesto en camino el mismo lunes, mas era el día en que la «Folia» realizaba su primera salida por el pueblo, y ningún «camarada» hubiese aceptado seguirnos.

¿Qué era, pues, la «Folia» de que tanto se habla en el Brasil, y, especialmente, en el campo y el «Sertâo»? Si se recurre al diccionario, vemos: «Folia», baile o especie de baile alegre. En la práctica, resulta muy diferente, y describirlo aquí nos parece un tributo justo a la curiosidad de nuestros lectores.

Se dice que Elisabeth de Portugal era ferviente devota del Espíritu Santo, y que, a menudo, hacía Este milagros por la oración e intermedio de su servidora. Habiendo emprendido la piadosa reina la construcción de una iglesia dedicada al divino Parácleto, estuvo a punto de fracasar en su intento por falta de recursos para pagar a los obreros. Elisabeth, no queriendo dejar la obra sin terminar ni ser gravosa a su Real esposo, dióse a orar invocando en su ayuda al divino protector: al reincorporarse, ya había tomado una resolución. Cada mañana hacíase llevar por sus criadas una considerable cantidad de florecillas rojas, y a sus ruegos, el poder celestial cambiaba las flores en hermosas monedas de oro.

Acabóse la catedral felizmente, y pronto se terminaba su elevado campanario.

Aquella devoción al Espíritu Santo extendióse pronto en todo el reino, propagándola en el Brasil los osados navegantes que lo conquistaron.

Cualesquiera que sean sus orígenes, lo cierto es que esta devoción fué y está muy generalizada, mostrándose la República del Brasil muy orgullosa de ella. Llaman «O Divino» al Espíritu Santo, «el Divino» por antonomasia, y su fiesta — cuyo esplendor hace palidecer a las de Pascuas y Navidad — se celebra con unción simple e ingenua, con una fe y un entusiasmo como ya no se encuentran en nuestra vieja Europa.

Cada año, al crepúsculo de ese día, cuando los últimos cohetes revientan alegremente en el éter, sembrando el cielo de mil estrellitas tintilleantes de policromos colores, se reune el pueblo religiosamente para elegir un «emperador» para el año siguiente, llamándole con ese título aún bajo el régimen republicano, sin que éste se dé por ofendido.

El « emperador» elegido por libre sufragio de sus conciudadanos, dispone de todo un año para preparar la próxima fiesta, en la que pone todos sus sentidos a fin de que todavía resulte más brillante que las de sus antecesores. Goza de toda libertad, de la autoridad que le convenga, pero también pesa sobre sus hombros toda la responsabilidad y sus electores sabrán recordárselo si llega el caso.

Es el propio «emperador» el encargado de invitar al clero para los oficios y el sermón, de subvenir a los gastos del culto y de la solemnidad, de la ornamentación de la iglesia, del banquete popular, de la música, de las «foguetes», etc., etc.

En el día fijado para la celebración de la fiesta, va a buscarle el pueblo en masa, a su morada — si es que no se encuentra demasiado lejos, y si esta circunstancia concurriese, numerosos jinetes van a esperarlo a las afueras del pueblo para formar luego su escolta —. Llévanle hasta la iglesia procesionalmente a los alegres compases de la música y entre los aplausos y aclamaciones de la muchedumbre, que ve en el «emperador», sea quien fuere, el representante, el delegado, no ya del pueblo, sino del «Divino».

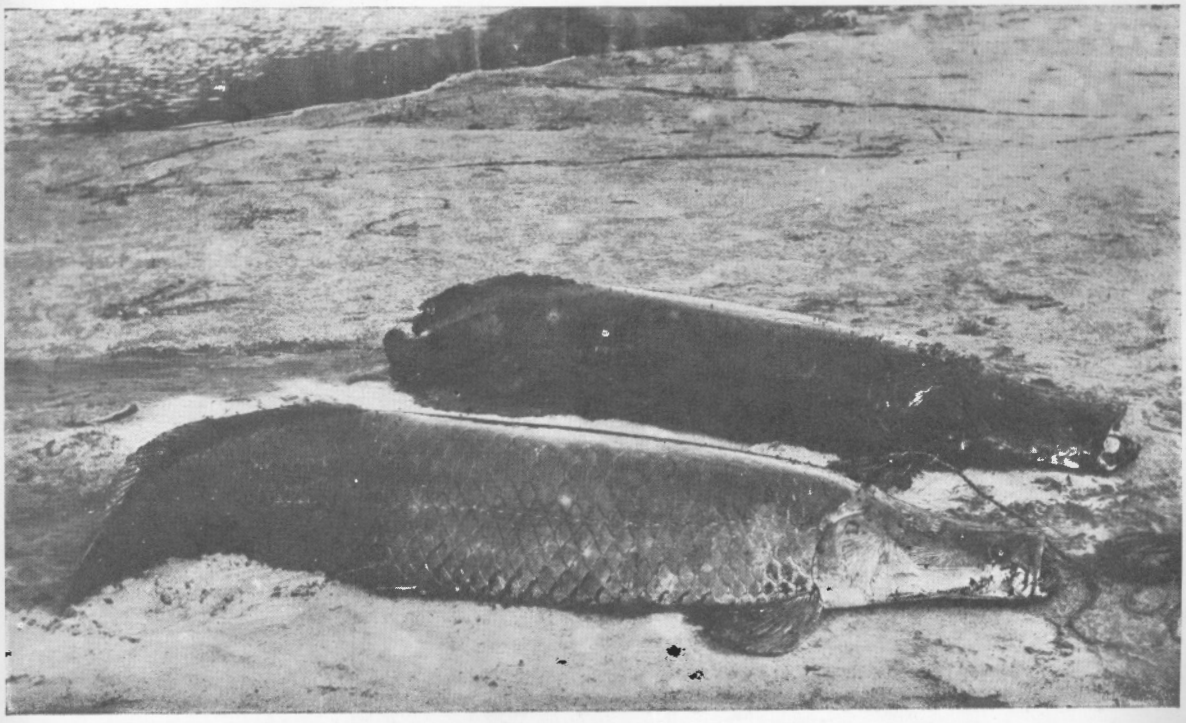
El clero le recibe a la puerta de la iglesia y lo inciensa religiosamente como si de un obispo se tratara, conduciéndole después, con igual solemnidad, al trono que se le tiene preparado en el santuario, junto al Evangelio, y todos los hombres se alinean militarmente a su alrededor.

El traje del «emperador» es de los más ricos, de los más brillantes, y sobre todo de los más variados, puesto que se le deja cierta libertad a su imaginación y a su buen gusto. Tres cosas se requieren imprescindiblemente, y es que no se concibe a un «emperador» al que faltare una de ellas: corona de plata, rematada por una paloma de oro, ciñendo sus sienes; en la mano, cetro de plata flordelisado en oro, y, por fin, una banda en la que brillan magníficos bordados en dichos metales, representando los varios atributos del «Divino», tales como una paloma y oriflamas. Aquellas insignias guárdanse cuidadosamente en la iglesia durante todo el año, siendo conservadas como los vasos sagrados, y confiadas en su día al nuevo «emperador», quien jura sobre su fe en el «Divino» conservarlas y hacerles el merecido honor.

Tiene el pueblo para tales insignias la misma veneración que para el propio Espíritu Santo, a quien representan, y ¡pobre del que osare faltarlas al respeto, o, simplemente, no compartir la misma fe y entusiasmo!

Que pueda mezclarse en aquellas ruidosas demostraciones algún abuso, alguna superstición, es posible, y

5. — Tipo de india karaja, con su collar de perlas y los adornos preferidos de la tribu en las pantorrillas y tobillos



6. — El «Pirarucu», pez de grandes dimensiones, del Araguaya. Su peso excede, muchas veces, de los 40 kilos

a buen seguro que ello sucede, pero, en el fondo, nada hay de censurable en tales sentimientos, nada que no se ajuste a la santa teología.

Al terminar la Santa Misa, el «emperador» es devuelto con gran ceremonia a su casa, donde se encuentran ya preparadas las mesas, a las que todo el mundo tiene derecho a sentarse para celebrar a la vez al «Divino» y a su «emperador». Durante los dos o tres días que la fiesta dura, aquélla será la casa del «Divino» y del pueblo; todos tienen derecho a entrar, comer y beber a discreción, y Dios sabe que se aprovechan las gentes de semejante prerrogativa. Por grande que sea la casa, siempre, día y noche, se encuentra llena. Durante las comidas, que duran indefinidamente, desgrana la música ciertas composiciones religiosas o nacionales, y al crepúsculo o durante las hermosas noches brasileñas, los bailes y fiestas populares suceden a los ágapes pantagruélicos, y hasta podríamos decir que, en cierto modo, los preceden, estimulando el apetito para el día siguiente.

Debe, pues, el «emperador», para justificar la confianza que en él se puso, preparar con anticipación las necesarias provisiones. En un pueblecillo que no contaría más allá de trescientas almas, he visto sacrificar seis enormes bueyes, sin contar los volátiles de todas clases y los hermosos pescados cogidos en el río.

Pero — quizá digan algunos lectores — ¿dónde está la «folia» que nos ofrecieron relatar? Un poco de paciencia, y en seguida se verán satisfechos; mas, para ello, eran indispensables los preliminares expuestos.

El «emperador», según hemos visto, goza de gran poder, pero también ha de soportar grandes cargas y hacer dispendios considerables, tanto para los gastos del culto, ornamentación, iluminaciones y música, como para los de la mesa. Tal honor, que nadie sueña en declinar, es a veces la ruina de una familia, y para cubrir — en parte — los cuantiosos gastos, hácese un llamamiento al pueblo.

En consecuencia, a partir del lunes de Pascua, uno o dos grupos de amigos, llevando religiosamente las insignias del «Divino» y precedidos por una charanga, recorren las calles del pueblo, penetrando una por una, en todas las casas, obligando a cada miembro de la familia a besar las insignias y a aportar su óbolo, que será escrupulosamente librado al «emperador».

Esos grupos alegres que recorren el pueblo y el campo, metiéndose por todas partes, disfrutando de todos los derechos, hasta de los más elevados, se llaman la «folia». Por desgracia, algunos graves desórdenes vienen a empañar, a veces, la fiesta, sobre todo en el «Sertão», y creemos que será mejor tender un velo sobre lo que podríamos llamar «una verdadera locura».

Todo esto dura desde la primera Pascua, la de Pentecostés, y aun pasa de ella, pues la fiesta del «Divino» se celebra en cualquier tiempo, sin tener día preestablecido; lo mismo da que sea por la Trinidad que por Pascuas o en los meses de agosto, septiembre u octubre. Lo necesario es que la «folia» tenga tiempo de recorrer toda la comarca, y luego, elegir el cura que ha de oficiar en la ceremonia, que, como ya vimos, es, más que nada, religiosa. Sucede que en muchas aldeas carecen de párroco y nuestros Padres no pueden pasar sino una vez al año por ellas. Calculan, pues, con anticipación la fecha aproximada en que pasará el misionero, y, tras un previo acuerdo, fíjase para aquélla la fiesta del «Divino».

Alrededor de las cuatro de la tarde del lunes de Pascua presentóse en Goyaz la «folia», siempre acompañada de la charanga, y cada religioso, luego de besar devotamente las insignias del «Divino», contribuyó con lo que pudo, feliz en su pobreza al aportar su granito de arena al esplendor de la próxima fiesta. Comprendí que por mi cualidad de extranjero y visitante debía ser doble mi óbolo, y confieso haberlo dado con verdadero placer.

Hay personas que por agradar al «Divino» y obtener de El una señalada gracia, hacen voto de acompañar a la «folia» a donde quiera que vaya. En tales casos, si se trata de una persona pobre, el «emperador» tiene obligación de vestirla decentemente de pies a cabeza para que haga honor al «Divino», lo que representa un medio de vestirse bien y barato. Debo advertir en honor a la verdad que esas razones bajas y mercantilistas sólo se encuentran muy de tarde en tarde en los que hicieron votos y promesas, siendo generalmente un motivo religioso — o capricho original — quien dicta aquellos votos.

Al capítulo de votos y promesas podríamos agregar algunos, hechos muy a menudo en las peregrinaciones celebradas en el Brasil, mucho más singulares todavía: hay quien promete dar nueve vueltas al santuario, marchando de espaldas. Por escaso que sea el número de personas congregadas en las naves, para contemplar a su gusto el espectáculo, forman un apretado racimo humano, viniendo entonces los codazos, pisotones y caídas. Otros, ofrecen dar solamente tres vueltas al recinto, llevando atadas alrededor de la cabeza finas candelitas encendidas. El calor de aquellas regiones tropicales funde pronto la cera, casi siempre de mala calidad, y va resbalando en ardientes y pringosas lágrimas, por los cabellos. la frente y los hombros, y si no se interviene a tiempo, las velas amenazan muy seriamente con achicharrar la cabeza al portador. Sin embargo, nadie osará mofarse ni correr en su auxilio, puesto que sería considerado como un sacrilegio el hecho de impedir el cumplimiento del voto, sino que todo el mundo se limitará a decir devotamente: «fez a promesa».

Otros, en fin, prometen seguir la peregrinación a pie, lo que en el «Sertão» significa una gesta heroica, y allá va sujeto por el cuello con un ronzal — como si se tratase de un vulgar mulo — el marido tras de su mujer o ésta de su esposo. Ya se les puede ver dando las vueltas alrededor de la iglesia con el aire más servil que imaginarse pueda, o bien oir misa con la camisa sobre el pantalón, que nadie se extrañará por ello, al contrario, y dirán todos a una: «fez a promesa».

¡Qué costumbres más raras! — pensará el lector —; en verdad que están atrasados en ese país. ¡Cómo se deja ver la proximidad de los pieles rojas! — dirán

los otros —. Por nuestra parte, no nos precipitaremos a emitir juicio, y mucho menos condenatorio, pues creemos que podríamos equivocarnos. Cada país tiene sus costumbres; cada pueblo sus hábitos, ¿por qué los del Brasil no pueden ser tan apreciables como los nuestros? Lo que pasa es que tenemos una marcada tendencia a encontrar bien cuanto hacemos, y mal, todo lo de los demás. Ya lo dice el refrán:

«Vemos la paja en el ojo ajeno...»

No se crea que exageramos y que nos complace hallar bien todo cuanto en el Brasil se haga, hasta hacernos encontrar lógico y no escandaloso el hecho de que — en plena iglesia — lleve un individuo la camisa fuera de los pantalones.

Al regresar del Brasil nos detuvimos en Florencia, ciudad cultísima, y no solamente pueblo de flores o flor de pueblos, sino patria de las artes y santuario del buen gusto. Pues bien, en una de sus más bellas iglesias, Santa María Novel-la, que Rafael llamó su esposa y donde gustaba ir a orar, meditar e inspirarse, vimos, durante una ceremonia, a algunos señores pertenecientes a la alta aristocracia de la ciudad, tomar asiento en el santuario, luciendo encima de sus vestiduras una especie de cogulla blanca y un trozo de tejido blanco igual que una servilleta. colgado, con bastante poco gusto por cierto, a sus espaldas, probablemente para simular el capuchón. Aquellos señores iban y venían por el santuario, ante el Santísimo Sacramento expuesto, servían a los sacerdotes... y nadie encontró raro todo aquello.

Y ahora pregunta el autor: ¿qué diferencia media entre la camisa del brasileño y la cogulla blanca del florentino?

A mi juicio, se parecen como dos gotas de agua; quedan las dos encima del pantalón, y si bien el nombre y las medidas cambian, ello no basta a constituir una diferencia esencial que permita razonablemente hallar edificante la una y escandalosa la otra. Son tal para cual. ¿Qué pasaría si, desde Florencia, saltásemos al mediodía de Francia, al verdadero mediodía? Pues veríamos, en las grandes fiestas, penitentes blancos, azules o negros cuyos trajes y costumbres nada tendrían que envidiar a los más pintorescos del Brasil.

Seamos, pues, indulgentes, y no nos apresuremos a juzgar lo que no conocemos.

Pero no prosigamos en nuestras disquisiciones filosóficas y volvamos al relato de nuestro viaje.

Como dije, habíamos fijado la marcha para el martes de Pascua, en cuanto el famoso reloj del convento de los Padres — que regulaba el tiempo en la capital de Goyaz — dejase oir las ocho campanadas.

El Padre Beltrán Olleris debía acompañarnos hasta Leopoldina y regresar con la «conduçao». Era un ordenado muy joven, amable, previsor entre los más, y que desempeñaba a maravilla sus funciones. El Padre Enrique Abadie, también joven, excelente profesor de griego e historia en el liceo de Goyaz, quiso acompañarnos en la primera etapa. Un grupo bastante numeroso de adolescentes y chiquillos vino también con nosotros dando la guardia de honor al hermano Antonio, quien iba a abandonarles para irse a Conceiçâo do Araguaya.

Por lo tanto, nuestra partida — compuesta de unos treinta jinetes — constituyó un «botafora» sensacional. Nada faltaba para merecer este calificativo. En la plaza mayor habíase dado cita general para las ocho menos cuarto; iniciamos la marcha avanzando en filas de cuatro al frente, al trote, mientras los más jóvenes hacían caracolear a sus caballitos.

Los Padres de Goyaz, que se dignaron prestarnos su «conduçao», quisieron, en aquella circunstancia, darnos lo mejor, lo más hábil, inteligente y fiel de los «camaradas» de toda la región. Nadie había capaz de enjaezar un mulo, como él; ningún secreto le reservaba ya el «Sertâo». Cocinero sin par, buen conservador, era, al mismo tiempo, el más agradable de los compañeros y el más útil. En fin, una verdadera joya de inapreciable valor llamada por las orillas del Río Vermelho el decano de los «camaradas». Su nombre, L..., contentándonos con la inicial solamente para evitar envanecimientos y faltar a la caridad.

L... y su hijo debían ser nuestros «camaradas» debiendo, por nuestra parte, considerarnos dichosos de que se hubieran dignado aceptar la dirección de nuestra «conduçâo».

L... venía a vernos muy a menudo, habiendo terminado los preparativos el sábado de Gloria para respetar la santidad de la Pascua.

En este día nos hallábamos paseando por los claustros hacia la una y media, cuando se presentó a nuestra vista el buen L..., todo endomingado, y, tras de las frases de rigor nos dijo:

—Yo, señores, venía a pedirles un favor, un pequeño favor; ¡oh, nada!, y más para ustedes que para mí, puesto que lo hago en su propio interés. Es para no tener yo preocupaciones y poder dedicarme por entero a ustedes durante los días del viaje.

Intrigado por aquel exordio insinuante, pregunté qué deseaba, pensando se trataría, de fijo, de alguna cuestión económica, un adelanto sobre la cantidad convenida, y me dispuse a escucharle. Antes que guardar el dinero, improductivo, exponiéndome a perderlo, era preferible prestar un servicio a un hombre honrado que tanto lo merecía. Pero me equivoqué, no se trataba de eso.

L... continuó:

—A algunas leguas de aquí — nos dijo —, y en las márgenes del río Vermelho, tengo una pequeña «roça», y en ella un arrozal a punto de madurar. La idea de que pueda pasarse, o quizá pudrirse, en mi ausencia, me persigue sin cesar, y desearía ir a venderlo al «roceiro» vecino; así, libre ya de preocupaciones, podré ser suyo y de la «conduçâo» enteramente. Mas para hallarme de regreso mañana al mediodía, me hacen falta dos buenas mulas: una para mí y la otra para llevar una pequeña carga hasta la «roça». ¿Querrán ustedes prestármelas e iré yo mismo a buscarlas al «pasto»?

El discurso iba dirigido a los Padres de Goyaz;

era, pues, a ellos a quienes tocaba dar la respuesta.

—Veamos — dijéronle —. L..., formalmente, ¿está usted decidido a acompañar al Padre o es un pretexto para volverse atrás?

L... protestó de su buena voluntad y de la pureza de sus intenciones. Era en nuestro propio interés que el obraba así, animándose a medida que hablaba, mostrándose elocuente... hasta que los Padres fueron convencidos.

Intervine a mi vez:

—L..., debemos marchar en la mañana del martes, a las ocho; todo Goyaz lo sabe y el menor retraso sería una vergüenza para nosotros. Es, pues, indispensable, para que podamos ponernos en marcha a la hora fijada, que usted y las mulas estén aquí mañana a mediodía. Claramente, ¿he de buscar otro «camarada» o puedo contar con su palabra de honor?

¡Qué hube dicho! A la palabra «honor» el viejo negro (que así era su tez) irguióse cuanto pudo, indignado:

—¡Ay, Padre! — me dijo —, bien se ve que es usted extranjero y no conoce el valor de la palabra de un «camarada». Cuando yo la doy, la mantengo, y antes vería las aguas del río Vermelho correr hacia su nacimiento, que desdecirme de ella. Mañana, al mediodía, estaré de regreso — y con olímpico gesto prosiguió —: Si mañana, a la última campanada de las doce, no me ven comparecer, digan: «L... ha muerto destrozado por las garras del jaguar o ahogado por el succuriu, y recen por mi alma.»

Luego, arrogante como nunca, fuese hacia el «pasto» haciendo resonar sus recios esperones y chascar su «chicote» de cuero.

A primeras horas de la mañana del lunes supimos que L... a fuer de hombre entendido, había tomado para su excursión a «Relámpago» y «Trovâo», los dos mejores mulos de la «conduçâo» de Goyaz con que debíamos partir al día siguiente. La verdad era que con aquellos animales no cabía el temor de un retraso, pues ambos justificaban plenamente sus nombres de «Trueno» y «Relámpago».

Sonaron al fin las doce campanadas del mediodía, y L... brillaba por su ausencia. El recreo, más largo que de costumbre, terminóse; eran cerca de las dos de la tarde y L... no aparecía por parte alguna. Nadie se extrañó, sin embargo, ni se abrigó la menor inquietud, a pesar de la solemne promesa y la frase épica del «camarada»: «Si a la última campanada de las doce no me ven comparecer, digan: «L... ha muerto destrozado por las garras de un jaguar o ahogado por el succuriu, y recen por mi alma.»

Los habitantes de los países cálidos se asemejan mucho a nuestro mediodía, y saben recurrir a la hipérbole como nadie. La causa de ello es el sol, que todo lo agranda, como hace dilatar y subir el mercurio en el termómetro.

Dieron las siete de la tarde. En aquellas latitudes la noche había ya cerrado, y todavía continuábamos sin noticias de L... Por encima de todo, habíamos de marchar, imponiéndose una resolución inmediata.

Un fiel amigo del convento, el doctor P..., quien ya nos había prestado algunos servicios, encargóse de facilitarnos un «camarada» para el día siguiente.

A las cuatro de la mañana estábamos ya de pie. La campanilla de la puerta resonaba precipitadamente y exhalamos un suspiro de satisfacción. A no dudar, era L... que anunciaba triunfalmente su llegada. ¡Oh decepción! Tratábase de un pobre negro enviado por L... a decirnos que no contásemos con él y entregarnos a los mulos «Relámpago» y «Trovâo» en lastimoso estado, medio derrengados, molidos e incapacitados para reemprender la marcha, siendo preciso reemplazarlos por otros que se hallaban muy distantes de valer lo que ellos.

Era inútil indagar en qué habían sido empleados, la carrera desenfrenada que les obligaron a sostener, dónde había estado L... Ni teníamos tiempo ni humor de ello ¿para qué? tan sólo hubiéramos conseguido retrasarnos. Lo mejor, era dejarlo al cuidado de los Padres de Goyaz y activar los preparativos de la marcha...

El doctor P... había cumplido su palabra, y, a las ocho de la mañana llegaba el nuevo «camarada» Simeâo, el mismo que nos había acompañado desde Araguary a Goyaz. Un viejo amigo, cuya presencia nos causó verdadera alegría.

La marcha inicióse con una sola hora de retraso y fué de las más brillantes, gracias a los adolescentes y chiquillos del orfeón del convento, que acudieron a escoltar al hermano Antonino. Por todas las ventanas que daban a la plaza, surgían rostros curiosos y sonrientes. Nada mejor pudiera ofrecerse a aquellos muchachos, ávidos de exhibicionismo y de mostrar sus cualidades de caballistas. Daba gusto verles dar una galopada o espolear sabiamente a sus potros para hacerles caracolear y encabritarse, en tanto se daba la señal de marcha. La alegre pandilla, nos acompañó hasta una decena de kilómetros fuera de Goyaz, y bien a pesar suyo, cedieron a nuestros reiterados consejos de hacer marcha atrás, no sin haber propinado sendos apretones de mano al hermano Antonino y hacerle prometer frecuente correspondencia y pronto regreso (1).

Al atardecer, llegamos a La Barra, pequeña localidad al cuidado de los Padres de Goyaz. Como el sol hallábase todavía bastante alto, gozamos de un espectáculo particular de La Barra, del que se nos había hablado mucho. Allí se unían el río Vermelho y el Bugre, y parece ser que en ciertas épocas, en la conjunción de ambos ríos, hay tal cantidad de hermosos pescados, que para cogerlos no se necesita de caña ni de cualquier otro instrumento por el estilo. Basta con una pala de mango un poco largo, y, desde lo alto de la pasarela tendida sobre el río, se les manda a expirar a la orilla. También, inclinándose sobre el bor-

(1) El buen Antonio marchó entonces para no volver más. Cuando estalló la guerra, encontrábase entre los pieles rojas y no vaciló en realizar un viaje de los más largos y penosos para correr a defender el patrio suelo. Unos cuantos meses después de su regreso a Europa, caía gloriosamente en Bois-le-Prêtre.

de, pueden cogerse a manos o a cazuelas llenas. En verdad que valía la pena de ser presenciado el espectáculo.

Pero nuestra curiosidad salió defraudada, y hasta castigada también. No vimos nada, quizá por no haber coincidido con el día y la hora en que los peces del Bugre y del Vermelho se muestran propicios a dar el espectáculo de ir a trabar amistad con la sartén. Pero, si de pescados no vimos ninguno, tropezamos, en cambio, con otra cosa que por allí pululaba en abundancia.

Fuimos asaltados por una legión de insectos, y, en particular, de «carrapatinhos» — pequeños animalejos de color gris verdoso, muy parecidos a los pulgones —, cuya cabeza de estos animales, muéstrase dura, afilada y rematada por terribles mandíbulas en forma de tenazas. En cuanto el «carrapatinho» logra hundirla bajo la piel comienza a succionar tranquilamente la sangre de su víctima, causando una insoportable comezón, que produce los efectos de una quemadura. Lo peor es que no hay manera de librarse de tan pesados visitantes, y cuanto más se tire de ellos para arrancarles, con más fuerza se clavan sus pinzas; podrá separárseles la cabeza del tronco, pero aquélla continuará hundida en la piel. De ellos hablaremos en el capítulo dedicado a los «bichos», y sólo los hemos aludido aquí para decir que si no vimos ni logramos hacer presa en los peces del río Vermelho, en cambio lo fuimos nosotros de los temibles «carrapatinhos».

De vuelta a casa del sacristán, hubimos de limpiarnos, y, echando tabaco sobre las llameantes brasas, ahumarnos como arenques y frotarnos todo el cuerpo con la «cachaça» saturada de «fumo», único medio de desembarazarnos de aquellos animalitos. Sin embargo, no todos sucumbieron al tratamiento, y alguno quedó para poner a prueba nuestra paciencia durante la noche.

Desde La Barra a Leopoldina, el viaje resultó muy parecido al de Araguary a Goyaz, por lo que nada diremos sino de lo acaecido el último día por habernos separado de los «camaradas», a fin de ganar tiempo, lo que estuvo a punto de costarnos quedar en el camino y beber más de lo que hubiéramos deseado.

Nos pusimos en marcha a primeras horas de la mañana, el Padre Beltrán Olleris, el hermano Antonino y yo, dejando a los «camaradas» el cuidado de los «cargueiros». De tal manera, les precederíamos en unas cuantas horas en Leopoldina. El Padre Beltrán, conocía el camino o casi casi; los zurrones de nuestras sillas, estaban bien provistos de comestibles, el hermano Antonino y yo, llevábamos cada uno una escopeta en el arzón... nada, pues, había que temer. Podíamos correr bastante, lo que no dejaba de gustarnos.

Todo fué viento en popa hasta la una del mediodía. En aquel momento apercibimos claramente en el terreno, reblandecido por la inundación, las frescas huellas del «onça», el jaguar del Brasil, cuya corpulencia, fuerza y ferocidad son idénticas a las del tigre. El descubrimiento no era para asustarnos, ni, digámoslo francamente, para tranquilizarnos tampoco. Sin duda que el hermano Antonino era un fuerte mozarrón y un tirador formidable, pero, la verdad, para un primer ensayo, hubiéramos preferido cualquier otra cosa que no fuera un jaguar, puesto que de no acertarle mortalmente al primer disparo, podíamos dar por seguro que el animal no erraría el golpe que nos dirigiese en pago. Un solo zarpazo del jaguar, aun herido de muerte, basta para hacer pasar al cazador a mejor vida.

Sin embargo, el verdadero peligro debía venirnos por otro lado. El suelo, iba haciéndose húmedo por momentos. Allí donde el jaguar había dejado tan visibles huellas, nuestros mulos, más pesados, hundiéronse hasta media pata. Para colmo de males, la vereda que seguíamos nos llevaba a un bosque bastante tupido, donde los animales quedaron sumergidos en el agua hasta el vientre o poco menos, y en el que apenas si llegábamos a distinguirnos unos a otros. La cosa empezaba a ponerse seria; si el primero daba un paso en falso o se hundía demasiado, los otros sabríamos a qué atenernos.

Llegaba el agua hasta la cruz de las bestias, que avanzaban con suma dificultad; por nuestra parte, éranos imposible reconocer dónde nos hallábamos. Retroceder, no significaría sino complicar la situación; avanzar, era peligroso; por fin, al cabo de dos horas de mortal angustia, pasadas meditando sobre los peligros que nos amenazaban o en decimos que a cada momento nos exponíamos a caer en un precipicio, salimos del bosque y desembocamos en la pradera, aunque poco de esto parecía, sino que más bien un gran lago, cuyos contornos perdíanse de vista. La inundación habíala invadido y todo se hallaba cubierto por las aguas.

Evidentemente, nos habíamos extraviado. ¿Dónde estaba el Araguaya, que debíamos evitar para no ser arrastrados por su corriente? ¿A dónde Leopoldina, nuestro puerto de salvación? Imposible saberlo. Un «camarada» que conociese bien su oficio, hubiera observado la posición del sol en el cielo; después, escrutado el horizonte, y, por signos imperceptibles a nuestra poco experimentada vista, hubiera determinado nuestra posición, no tan científicamente, pero con la misma seguridad que el oficial de guardia hace sus cálculos para determinar la situación de su buque en medio del Océano. Pero lo malo era que nosotros no disponíamos de ningún «camarada».

Pero allá donde la ciencia abandona al hombre, el instinto se agudiza en el animal. Tras un cambio de miradas elocuentes, decidimos confiarnos al instinto de las bestias y abandonamos libremente las riendas. Al cabo de un momento de vacilación — de reflexión, iba a decir — los inteligentes animales torcieron hacia la derecha, marchando al paso, que fué haciéndose progresivamente seguro. Media hora más tarde, la profundidad del agua había disminuído considerablemente, evidenciándose que los pobres animales habíanse orientado bien y avanzaban hacia la tierra firme. El que marchaba a la cabeza, relinchó alegremente, respondiéndole, allá a lo lejos, otros relinchos semejantes. Eran los mulos que conducían nuestros «camaradas»,

y con los que pronto debíamos hallarnos reunidos.

Fué entonces cuando pudimos apreciar que habíamos dejado el buen camino al internarnos en el bosque, donde habíamos errado a la aventura, lo que nos retrasó considerablemente y estuvo a pique de ser nuestra perdición. Con ello aprendimos a no separarnos jamás de los «camaradas».

Y todos juntos llegamos a Leopoldina, donde nuestra presencia fué celebrada con alegres disparos de «foguetes».

## CAPÍTULO VIII

### La ciudad de Santa Leopoldina en el Araguaya. — Impedimentos de matrimonio en el «Sertao» y arras de una mujer del pueblo del mediodía de Francia. — Misa accidentada. — Matrimonios y bautizos.

Leopoldina — como dicen los que saben «Santa Leopoldina» — está admirablemente situada en la ribera derecha del Araguaya, un poco por encima de la embocadura del río Vermelho y mucho más abajo del «Faro do bananal».

En su vida, todavía corta, ha conocido Santa Leopoldina diversas fortunas, pero a la sazón todo hacía creer en que su prosperidad iría en auge, asegurándola un brillante porvenir.

Primero, fué sólo una simple avanzada militar, un «presidio», destinado a contener y reprimir las incursiones de los indios, a veces demasiado agresivos y siempre dispuestos a cosechar lo que no habían sembrado. Pero un buen día, el «presidio» surgió de su letargo y por un momento pudo creerse que Santa Leopoldina llegaría a ser una importante y hermosa ciudad, y, ¿quién sabe si hubiera llegado a destronar a Goyaz, constituyéndose en capital del Estado?

El gobernador, Couto de Magalhães, había tenido un sueño hermoso: bajo su impulso genial, el Estado de Goyaz, cuya superficie es mucho mayor que la de Francia, convertíase en uno de los más ricos y florecientes del Brasil, y hasta de toda la América. Su suelo, y más aún que éste, el subsuelo, encerraba riquezas inagotables, hasta minas de oro capaces de dar un kilo del mismo por tonelada de mineral. Por desgracia, los medios de comunicación y transporte no existían, y todos aquellos tesoros quedaron inexplotados a ras del suelo o enterrados en el mismo. Couto de Magalhães, que ni dispuso de los hombres ni del capital necesario para abrir carreteras y establecer redes ferroviarias, hubo de echar mano de un recurso bien sencillo y notablemente eficaz.

Cada brazo de agua, es un camino que se ofrece, hase dicho, y si bien Couto de Magalhães nunca leyó ni había oído hablar de ello, su genio intuitivo supo adivinar los inmensos servicios que podrían dar a la agricultura y ganadería, al comercio y la industria unos ríos como el Araguaya y el Tocantíns cuyo curso alcanza cerca de cuatro mil quilómetros y algunos de anchura.

— Una flota de vaporcitos surcará esas aguas y llevará hasta el Océano, y desde éste a la vieja Europa, las riquezas de este país joven. Las riberas del río y el interior de la región, se poblarán rápidamente. De todas partes acudirá la gente a cultivar aquellos campos, talar sabiamente los bosques de caucho — cuyos límites se extienden hasta el infinito — y explotar las minas hasta ahora desconocidas, cuyas riquezas son inagotables.

Sus conciudadanos le bendijeron, proclamándole padre del Estado, y su nombre pasará a la posteridad aureolada de gloria.

En ese nuevo estado de cosas, Santa Leopoldina sería la capital del nuevo Estado, y el Araguaya proclamado el más rico y el más hermoso de los ríos.

Era, en verdad, un bello sueño, que el genio de Couto de Magalhães quiso trocar en realidad, pero, por desgracia, es más fácil concebir planes gigantescos que realizarlos, y sólo Dios posee un poder de acción idéntico al del pensamiento.

Sin embargo las dificultades no desanimaron al gran patriota, y todo pareció responder — en principio — a los deseos de Couto de Magalhães. La proyectada flotilla de ligeras naves surcó el río, llegando hasta a franquear con éxito las famosas «cachoeiras» del Tocantíns, y propaló por toda la región una prosperidad más ficticia que verdadera.

Construyóse una escuela en Santa Leopoldina, donde se dió educación a los indios de ambos sexos, con la idea de civilizar todas las tribus y formar un pueblo tan laborioso como valiente.

Fué aquella la edad de oro de Santa Leopoldina, en la que, si no llegó a ser capital, fué, cuando menos, una coquetona ciudad, orgullosa de sus blancas casitas, de su colegio, de su río y de sus riquezas.

Pero los hados quisieron que aquello no perdurase. Los indios no son capaces de soportar la *obligación*, y como para ir de prisa y obtener en seguida los resultados, habíanse «razziado» todas las tribus, tomando por la fuerza los chiquillos para encerrarlos en el colegio, sucedió lo que inevitablemente había de ocurrir a cuantos se empeñan en torcer el carácter de las cosas.

Sin embargo, mientras vivió Couto de Magalhães, su genio, sus liberalidades y su férrea mano, mantuvieron las cosas en el estado en que él las había colocado. La flotilla de vapores, subvencionada por el real go-

bierno, continuó tajando las rojizas ondulaciones del Araguaya; sostúvose el colegio, dando resultados que nadie supo apreciar, y Santa Leopoldina siguió alegre y sonriente en medio de sus riquezas y de sus flores, pensando — ¡por desgracia! — más en la diversión que en el trabajo y la virtud.

Tras la muerte del gran hombre, vino la ruina, rápida y completa, y de la obra colosal realizada a costa de tantos años de trabajo y perseverantes esfuerzos, no quedó nada en poco tiempo. Santa Leopoldina volvió a ser pobre y desierta, haciéndole más pesada su miseria y aislamiento el recuerdo de las pasadas grandezas.

A nuestro paso creímos ver como Santa Leopoldina renacía de sus escombros. El movimiento ascensional, seguramente más lento que bajo el dominio de Couto de Magalhâes, nos pareció mejor basado y por ende, más duradero. Desde que los Padres Dominicos crearon Conceiçao do Araguaya, Santa Leopoldina recobró ánimos, y su prosperidad parece más íntimamente ligada a la de la nueva ciudad de la Inmaculada Concepción, que acababa de ser elevada a la dignidad de obispado y capital de provincia. Todo ello es para Santa Leopoldina un motivo seguro de vida y de éxito.

Como creo haber dicho, es el puerto principal del Araguaya, y en ella se construyen las diversas embarcaciones destinadas a navegar hacia Conceiçâo do Araguaya e, incluso, llegar a Pará. Cuando yo pasé por allí no eran ya, como en los tiempos de Couto de Magalhâes, vaporcitos construídos en el extranjero y llevados a fuerza de oro, sino toscas embarcaciones, que por la misma razón, resultaban más aptas para navegar por el Araguaya y el Tocantíns, sobre todo, en su parte superior.

No había puestos a orillas del río ni en el interior de la comarca, donde fuera posible reavituallarse o reparar la más ligera avería, quedando el viajero a merced de la Providencia; podían recorrerse más de dos mil kilómetros sin hallar donde procurarse, aun a peso de oro, la esencia necesaria o la materia prima o el herramental para cualquier reparación, y ello sin hablar de accidentes más serios, que tan fácilmente y a menudo acaecían: una rotura en cualquier pieza secundaria o una simple torsión, un cilindro que reviente, un simple remache o tornillo que se pierda, ya allá se queda la embarcación o motor, y el viajero en la necesidad de alquilar, si puede, una «igarite» o un «ubá» para llegar a su destino.

En cambio, con las primitivas embarcaciones construídas en Leopoldina, se halla uno a cubierto de todos esos peligros; si un remo o una cuerda se rompen, allí está el «matto» cerquita del río, donde, con la sola ayuda de su cuchillo, el «barqueiro» encontrará la madera o los juncos necesarios para substituirlos al instante.

Santa Leopoldina es evangelizada por los Padres Dominicos de Goyaz, que la visitan una o dos veces al año, para predicar la santa doctrina, celebrar los oficios divinos y administrar los Santos Sacramentos.

Cuando fuimos nosotros, acababa de crearse una escuela gratuita, dirigida por los propios Padres, siendo santos Terciarios y fervientes Rosaristas, quienes, por una mínima retribución dada a los Padres, enseñan a los niños de ambos sexos a leer y escribir. Los Padres que, al dirigirse hacia Conceiçâo, pasaban por Santa Leopoldina, aprovechaban para evangelizar el pueblo, cosa que ejecutamos nosotros cuanto mejor supimos hacerlo.

Como habíamos previsto, llegamos a Santa Leopoldina el sábado, 22 de abril, José Sant'Anna, que nos vendió el «batelâo» y nos prometió tener todo preparado para nuestra llegada, había cumplido su palabra. Nos recibió en una «casa», donde hallamos la doble ventaja de estar solos y cerca de la iglesia. No era lujosa, pero ¿de qué nos servían los lujos? Como todas las demás, la «casa» no tenía sino una sola pieza, limitada por cuatro paredes, y éstas, rematadas por un techo de hojas de «burity».

Algunas anillas sujetas a los marcos de la puerta o ventanas, constituían todo el mobiliario. A las anillas, atamos las hamacas, haciendo servir de asiento las cajas, si no dábamos preferencia a las anteriores, aun durante el día, lo que resultaba más poético y permitía tomar el fresco mientras nos balanceábamos, cuando no había visita alguna que lo impidiese.

Hallándonos solos en la casa que nos fué destinada, hubimos de ir a comer a la de una devota Rosarista, que nos sirvió con gusto, pulcritud y delicadeza tales, que nada dejaron que desear. Nos faltaban, como en todas partes, el pan y el vino, constituyendo la base de los menús el arroz cocido en agua, los «feijâo» y la «carne secca», pero nuestra anfitriona sabía poner con buen acierto, frutos variados y, a veces, algún pollo guisado, no al estilo del país, sino bien asadito a la francesa, según la receta facilitada, probablemente, por algún misionero.

Desde nuestra llegada, tañían las campanas a intervalos iguales, para anunciar que por la tarde, al crepúsculo, había función religiosa.

Mientras tanto, sentados sobre nuestros bagajes, aun envueltos en las pieles de toro, por temor a los «carrapatinhos» y a otros bichos por el estilo, recibimos las visitas oficiales. Fueron primero los eminentes del lugar a saludarnos, a informarse del estado de nuestra salud y de nuestros proyectos de viaje; luego, José Sant'Anna, quien nos presentó al piloto y los cuatro remeros encargados de llevarnos a Conceiçâo, de los que volveremos a hablar para presentárselos al lector. Después vinieron los chiquillos y las mujeres que, en su pobreza, encontraron, sin embargo, el medio de ofrecernos plátanos, naranjas, ananas y hasta un magnífico par de pollos. A propósito de ellos, observamos en Leopoldina algo que ya nos había llamado la atención en otras granjas brasileñas; y es que en los corrales había, contrariamente a lo que en Europa sucede, más gallos que hembras. ¿Cuál podía ser la causa del fenómeno? Lo preguntamos, pero debemos confesar humildemente que no supimos asimilar la respuesta. Lo cierto es que tales multitudes de gallos en

los corrales no favorecen la «paz» durante el día, ni el «silencio» por la noche.

Un gran periódico católico, al señalar los atropellos actos de vandalismo cometidos en Londres por las mosísimas sufragistas, buscaba, con verdadera filosofía, las raíces, creyendo haberlas encontrado. Como en todas las civilizaciones ultrarrefinadas — decía — en el número de nacimientos, el contingente femenino supera el masculino. De ahí — proseguía — que legadas a la edad de tomar estado, millones de muchachas que no encuentran con quien casarse, buscan en la política y la acción callejera una compensación a su exceso de vitalidad.

Confesamos también no haber entendido mejor la explicación del periodista, que la del granjero brasileño. Lo evidente era que si los pollitos excedían del número conveniente, además de la paz de las granjas del «Sertâo», «ellas», turbaban la paz de las calles y de las plazas públicas.

Detrás de aquellas visitas, recibimos las de los padrinos y madrinas de los chiquillos, a quienes debíamos bautizar al día siguiente, y las de los muchachos y muchachas a quienes uniríamos en el lazo matrimonial. Ninguna dificultad hallábamos para los bautizos: bastaba tomar el nombre y la edad del niño, y los nombres de sus padres, y, sobre todo, el de los padrinos, pues en el Brasil, el «compadre» y la «comadre» empeñan un papel muy importante en la familia. Disfrutan de todos los derechos y de todos los privilegios, sin que, a su vez, puedan rehusar nada. La ceremonia de los bautizos, por ser la más sencilla, corrió a mi cargo, en consideración a ser el menos experimentado, dejando al Padre Olleris el cuidado de desmarañar los casos difíciles para los matrimonios.

Para la administración del bautismo, fijamos la hora de las diez de la mañana del día siguiente, recomendando, sobre todo, puntualidad, pero sin que nos hiciéramos ilusiones sobre el resultado de nuestras advertencias.

En cuanto a los matrimonios, era ya muy otro el cantar y el teólogo más sutil, el moralista más perspicaz, hubieran sufrido lo indecible para desenredar la madeja de los grados de parentesco, de impedimentos diversos, y todo para incurrir seguramente en algún error. Muy a menudo, todos cuantos allí se reunían, padres, novios, testigos, parientes y amigos, etc., no tenían sino una sola misión: la de callar los impedimentos que pudieran hacer necesaria una dispensa, temiendo aligerar con ella la bolsa de unos cuantos «milreis», lo que sería — piensan — tanto más para el Padre, tanto menos para la fiesta.

Nuestros lectores sentirán tentaciones de gritar: ¿pero esas personas son unas ignorantes, que no saben que al ocultar tal o cual grado de pareneco, el matrimonio será nulo y que la bendición del Cura no les servirá de nada?

No nos precipitemos, pues una cosa es la teoría y otra la práctica. Sin duda alguna, los brasileños del «Sertâo» son tan buenos teólogos como la generalidad de los europeos del campo y de las grandes ciudades, pero la lógica no es siempre de la misma rigurosidad en la materia, y el deseo de economizar falsea muy a menudo el juicio. En todas partes sucede lo mismo.

—

Recuerdo que cuando joven, daba largos paseos por una de las más hermosas catedrales del mediodía de Francia, mientras preparaba las pláticas sagradas que debía pronunciar pocos momentos después. Una vez, distrájome una interpelación bastante viva, que, en el más pintoresco de los lenguajes, dirigió una mujer del pueblo al vicario de semana. Aquella señora, presentando a su hija, de unos veinte años de edad, y a punto de ser madre, suplicaba del vicario una bendición matrimonial. El interpelado, que seguramente no se encontraba en el primer caso, permaneció impasible y sin responder al diluvio de palabras que se le dirigían ni hacer el menor signo de bendición. De momento, fuí no poco sorprendido ante la poca presteza del vicario en responder a la llamada, pensando inocentemente que ya perdida la primera ocasión de bendecirlo a tiempo, no debía perderse la segunda.

El impertérrito vicario debió leer en la fisonomía el fondo de mis pensamientos, ya que, aproximándose, me dijo afablemente:

— Padre, no le extrañe mi actitud, ya que esta mujer no está sino casada civilmente, ante el juez, y si llego a bendecir el anillo de unión, se creerá casada por la iglesia e irá publicándolo por doquier.

A pesar de cuanto me preocupaba mi sermón, quise demostrar a la madre que semejante bendición de anillo no serviría para nada a su hija. Entonces ella, que había contado de antemano con mi intervención, al ver que me declaraba de parte del vicario, irguióse, y, flameándole los ojos, casi en estado ignívomo, díjome con el más puro acento del Mediodía:

— ¡Ah! bien se ve que, cualquiera que sea el color de sus hábitos, todos los hombres sois lo mismo. Ven, hija mía, ya encontraremos la bendición, a pesar de todo. Tu anillo será «puesto en salsa» en la pila del agua bendita, y con un «pater» y un «avemaría» podrás darte por casada.

Pero en fin; volvamos a los bautismos y matrimonios de Santa Leopoldina.

Comprobamos que debían celebrarse, en el inmediato domingo, doce sacramentos bautismales y diez matrimonios, habiendo fijado así el orden del día:

A las cinco y media, misa para todos los fieles, con una corta homilía sobre el evangelio correspondiente. A las siete, misa de casamientos, con plática del Padre Olleris sobre el matrimonio católico y obligaciones de los desposados. A las diez, bautismo de los niños, precedido de la corta y sencilla explicación de las principales ceremonias del sacramento y los deberes del cristiano.

La bendición del «batelâo» no tendría lugar sino a las cuatro y media de la tarde, seguida de un paseo de prueba por el Araguaya.

El domingo, antes de las cuatro de la mañana, ya estábamos en la iglesia.

Aquellos viejos templos, donde las ceremonias te-

nían lugar una o dos veces al año, eran, muy a menudo, madriguera de murciélagos, que, dueños absolutos del local, no esperaban que nadie fuese a perturbarles, disputándose la libre posesión del mismo. En cuanto penetramos y brillaron algunas luces, alumbrando medianejamente el interior del edificio, armóse una zarabanda infernal. Diríase que de cada teja salía un murciélago, que hendía el aire con sus gritos agudos, sin querer volver a la quietud hasta el día. En cuanto llegamos ante el altar, para la celebración del Santo Sacrificio, corrieron hacia allí, atraídos por la luz de los cirios, y les sentimos rozarnos con sus alas, preguntándome, en vista de ello, si mi pobre cabeza, reluciente y desprovista de cabellos, no les parecía algo comestible y de su gusto. Durante el Prefacio cayó un cirio, quedando apagado otro por la bandada infernal e intimidable; por lo mismo, tras la consagración, y rúbricas aparte, juzgamos conveniente y acertado cubrir la Santa Forma y sujetar aquélla y el cáliz, concienzudamente con la siniestra mano. Además de aquel enojo, percibíanse continuamente agudos chillidos, a los que acompañaba una lluvia mezclada de granizo, que nada tenía de agradable para los fieles. Afortunadamente, habíamos recibido de nuestros Padres la advertencia de tender sobre el altar una tela cualquiera; sabia precaución que libró al Santo Sacramento y al oficiante de la mencionada lluvia.

Para la misa de siete, o sea la de los matrimonios, tuvimos ya luz del día, y todos aquellos animales habíanse reintegrado a sus guaridas; algunos se veían pegados a las rinconeras, pero no se movían de su sitio, que era cuanto deseábamos.

Alrededor de la hora indicada, el templo fué invadido por los futuros esposos, sus padres y sus amigos, que se apretujaban por llegar los primeros. Lucían trajes de los más abigarrados colores, haciéndose difícil a unos ojos tan poco habituados como los nuestros, cuáles eran entre ellos y ellas, los que venían a unirse en lazo matrimonial.

El Padre Olleris, que había instruído la causa, llamaba por sus nombres a los contrayentes, encargándome yo de alinearlos por turno ante la mesa de comunión. Las oraciones generales fueron las mismas para todos, haciéndose particulares, tan sólo las preguntas y ceremonias esenciales.

Mi papel, en principio, era bastante sencillo:

— Veamos, Cecilia, ¿quiere usted tomar por esposo a Domingo?

— Sí, Padre.

— Pues bien, permanezca usted a su lado, sin moverse.

Veamos, Flora, ¿es usted la que viene a contraer matrimonio con Francisco?

— Sí, Padre.

— Pues vaya usted a reunirse con él y no se mueva de su lado...

Y así, hasta el último.

Mas ¡ay!, padres, amigos, testigos, apretujábanse, queriendo todos verlo todo; pedir a aquellas buenas gentes habituadas a la vida en pleno campo, que permaneciesen inmóviles en su puesto, encerradas en una iglesia, cuya atmósfera les ahogaba, era solicitar un imposible. Aun no habíamos reunido la sexta pareja, cuando las primeras comenzaron a separarse, mezclándose, cruzándose...; Cecilia no estaba ya al lado de Domingo, sino hablando con Francisco y cogiéndole por la mano, en tanto que la novia de Francisco charlaba con Domingo.

Era para volverse loco.

A veces — nos aseguraron — que tras la ceremonia, las pobres muchachas derramaban algunas lágrimas; la gente joven se lamentaba al apercibirse de que habían dado el «sí, Padre» para otros que no eran sus prometidos. Afortunadamente, llegamos a tiempo de hacer aquello de «borrón y cuenta nueva», y poniendo a prueba nuestra paciencia, volvimos a empezar, consiguiendo, esta vez, no cometer error ninguno en el momento del «conyunge», y todos se volvieron tranquilos y contentos.

Para los bautizos, si bien es verdad que tropezamos con algunas dificultades, nada fueron para las que pudieron haber surgido.

Eran doce los chiquillos a quienes teníamos que administrar el Sacramento, variando sus edades entre los tres meses y los cinco años. Ello no obedecía, en modo alguno, a negligencia paterna, sino a que en el «Sertão» no siempre se hace lo que se desea.

Una vez por faltar el Padre para administrar el bautismo, y cuando el Padre pasaba por la «desobrida», el «compadre» o la «comadre» están imposibilitados de concurrir, y la ceremonia debe aplazarse. Hemos de recordar que, en realidad, los padrinos desempeñan en el Brasil un papel muy importante: disfrutan de todos los derechos y privilegios, y aun de unos cuantos más.

Como primera providencia, fuimos alineando junto a la mesa de comunión, a todas las criaturas — un tanto chillonas por cierto — y empezamos por preguntar los nombres que debía imponerse a cada una. Esta cuestión no resulta empresa fácil en el «Sertão», pues el «compadre» y la «comadre», que oyeron un bonito nombre — o así lo creían —, distinguido, sonoro y altisonante, pugnaban por imponerlo al catecúmeno, sin preocuparse de que fuera el de algún santo, o simplemente el de algún grande hombre o hasta el de una ciudad o una batalla. Intentar sacarles del proyectado error sería perder el tiempo y palabras, sin otro resultado que pasar por un Padre poco o nada complaciente. Mis colegas vencieron hábilmente la dificultad, pronunciando, en efecto, el nombre pedido pero junto a él, uno de un santo cualquiera, bien auténtico y canonizado por la Iglesia.

En aquella ocasión, tuvimos la suerte de poder aceptar todos los nombres. Hubo, sí, una chiquilla de tres años a la que se pretendía decir «Reina de Portugal», pero, a no dudar, era de toda evidencia que la pretensión era la de imponerle el nombre de Santa Isabel de Portugal, habiendo quedado tan sólo en pie la primera parte del nombre, de común acuerdo.

Añadimos la segunda, claro está, y ninguno de nos-

7. — El «Boto», curioso pescado del Araguaya

8. — Nido de huevos de tortuga (entre el nido y la orilla del río se notan las huellas dejadas por la tortuga)

9. — El «Capitâo Alfredo», jefe karaja

otros osaría afirmar que la criaturita no se diga ahora composamente Reina de Portugal.

Otro dificultad, pero esta de orden materialísimo, vino a surgir como consecuencia de las observaciones que se les hicieron a las criaturas sobre el Padre que llegaría a bautizarlas y confirmarlas. Tienen allí la costumbre de amenazar a los niños con el Padre, como aquí se hace con el coco. Saben los chiquillos, por otra parte, que una vez al año se reune a todos los animales jóvenes para imponerles, en la punta de la oreja y en la frente, las marcas de la «fazenda» y las cifras del amo, y no acertamos a comprender por qué se les había comparado el bautismo y la confirmación al suplicio aquel, diciéndoles que ambos Sacramentos eran la marca del cristiano; fácilmente comprendimos el terror que se amparaba de sus almitas cuando nos acercábamos a los mayorcitos para derramar sobre ellos el agua bautismal. Todos no tenían la misma santa resignación de aquel chiquillo de siete años que llegó a postrarse a los pies del Ilmo. Domingo Carrerot, de Conceiçâo do Araguaya, y, juntando sus manitas en actitud de súplica, dijo:

— ¿Verdad que pinchará con cuidadito?

Estaba convencido de que iba a practicársele un agujero en la frente. Y váyase lo uno por lo otro.

En Santa Leopoldina, tuvimos una verdadera dificultad con un muchachito de cinco a seis años. En cuanto nos vió aproximarnos para proceder con él a las diversas ceremonias y unciones, dióse a gritar y debatirse en forma tal que pensamos no conseguir nunca verter sobre su cabeza el agua purificadora y pronunciar, al mismo tiempo, la fórmula esencial del bautismo.

El problema no era de los de fácil solución. Llegado el momento, cuando el que le precedía en turno fué bautizado, nos detuvimos un instante, como si no quisiéramos acercarnos a él, pero dispuestos a operar de improviso, y, aprovechando la ocasión en que la criatura desvió un punto la vista, le asimos por el cuello inmovilizándole la cabeza, en tanto que la diestra mano derramaba sobre ella el agua sacramental y nuestros labios murmuraban las oraciones rituales. Antes de que el chiquillo volviera en sí de la sorpresa o emitiera un leve grito, ya estuvo bautizado.

Tras la ceremonia, les obsequiamos con algunos bombones llevados de Francia, y con ellos nos hicimos los mejores amigos del mundo.

## CAPÍTULO IX

FIESTA FAMILIAR. — BENDICIÓN DEL «SANTÍSIMO ROSARIO». — PASEO DE PRUEBA POR EL ARAGUAYA. — UN HUÉSPED DEL QUE GUSTOSAMENTE PRESCINDIRÍAMOS. — VISITA DE CAPICHAO Y SU FAMILIA.

Después de la ceremonia de los bautizos y casamientos, padres, testigos y amistades fueron disgregándose por Santa Leopoldina. y a la religiosa, vino a suceder la fiesta familiar.

El brasileño del «Sertâo», es generalmente sobrio; bástanle un poco de arroz y «carne secca», o un plato de «feijâo». Con ello, su salud es inmejorable y las alteraciones y dolencias del estómago o las digestiones difíciles, resultan cosas rarísimas, por no decir desconocidas, en el «Sertâo», por lo que la alegría corre en abundancia, ya que — dícese — no hay cosa que turbe el ánimo tanto como sufrir del estómago. No hay ser más alegre que el «sertanejo». ¡Qué bien se comprende allí cuán relativo es todo en este mundo, hasta llegar a ser regalo de unos lo que para otros fuera motivo de sufrimiento! En efecto, pongamos a uno de nuestros gastrónomos frente a un plato de arroz hervido con agua, y un trozo de carne «secca»; veréis cómo se le alarga la cara y se creerá perdido. Un «sertanejo», en vez de padecer con ello, pedirá la prosecución.

Sin embargo, en aquella circunstancia, en honor a los recién casados habíase agregado a aquel menú de espartanos, algún suplemento nada despreciable.

El Araguaya proporcionó hermosos pescados de carne fina y delicada, los cazadores trajeron del bosque aves tan grandes como pavos, y los granjeros no vacilaron en sacrificar pollos y gallinas en cantidad suficiente para satisfacer a doble número de comensales.

Por lo que respecta a la bebida, ningún temor cabía de que faltase, como en las bodas de Canaá en Galilea, pues el Araguaya estaba allí al lado, ofreciendo la riqueza de su inmenso cauce. El agua del río era, en efecto, la bebida de los días festivos y de los de trabajo, sin que nadie se quejase de ello, sólo sea por la ventaja de no subirse a la cabeza ni hacer daño a nadie. ¡Ah! ¡qué agua más excelente la de aquellos ríos del norte! Es necesario haber viajado bajo un sol de justicia, para apreciar su buen gusto.

Algunos días después de su consagración, Monseñor Domingo Carrerot, primer obispo de Conceiçâo do Araguaya, luego de haber tomado agua del Garona, concienzudamente filtrada, me dijo:

— ¿Ha observado usted, hermano mío, qué rica es el agua de estos ríos brasileños en comparación de las de Europa, e, incluso, con la del Garona?

Debí, pese a mi amor por Francia en general y por el Garona en particular, confesarle que ya hice la misma observación al reintegrarme a la madre patria.

¿Encontrarían los químicos alguna diferencia esen-

cial entre las aguas de nuestros ríos y la del Araguaya? Lo ignoro. A decir verdad, creo que todas las aguas son, específicamente, las mismas, pero lo que las hace tan agradables en aquellos ríos brasileños, aun cuando se muestren rojizas, tibias o algo calientes, es el sol abrasador, que, excitando la sed, dispone el paladar a encontralas inmejorables.

De todas formas, hemos de apuntar que en aquella ocasión, muchos, o casi todos, adicionaban a las aguas del río, buenos vasos de «cachaça» (aguardiente de caña). ¿Qué es en Francia aquel aguardiente en estado purísimo? Lo ignoramos. Unicamente podemos decir que habiéndonos impulsado un día la curiosidad a tomar una copita de «cachaça» creímos seriamente haber ingerido un veneno corrosivo, pero no todo el mundo debe juzgarlo igual, por cuanto los «camaradas», y especialmente los «barqueiros» mostrábanse muy lejos de despreciarlo.

Tomado en cantidad, se sube a la cabeza, pero con moderación tiene la particularidad de exaltar la alegría y volver locuaces hasta a los más graves y silenciosos, que es lo que sucedió aquella jornada en Santa Leopoldina.

A las cuatro y media, el repique de las campanas, y el disparo de los cohetes, nos anunciaron que la hora del bautizo de nuestra embarcación había sonado, y un momento después, el pueblo en masa de Santa Leopoldina se congregaba en la ribera del Araguaya.

No era para aquellas gentes, a la vez sencillas y vivarachas, un hecho corriente la ceremonia del bautizo de una embarcación destinada a viajar hasta Conceiçâo do Araguaya ¡y quién sabe si hasta el mismo Belem de Pará, luego de afrontar las «travessoes» y las «cachoeiras» del Araguaya y del Tocantíns!

El pequeño «batelâo», que había de llevar el nombre de «Nuestra Señora del Rosario», estaba allí, balanceándose grácilmente sobre las aguas del río. En su proa, terminaba de clavarse una plancha de madera, en la que un artista, el Padre Reinaldo, había dibujado en grandes y bellos caracteres «Santísimo Rosario». A popa, el patrón había plantado un bambú fuerte como un mástil, en cuyo extremo había de ondear, poco después, el pendón con los colores de la Inmaculada, pintado por la excelente Madre Tomás, superiora de Goyaz.

Para la ceremonia de la bendición, o bautismo, como hase dado en decir, lo primero que necesitamos fué un padrino y una madrina. Como yo era nuevo en el oficio y a nadie conocía, escogió el pueblo, y yo confié en que el «compadre» y la «comadre» elegidos desempeñarían bien su papel, mostrándose generosos en la distribución post-bautismal, no de confites, como en Europa, sino de otras chucherías. Luego supe que la gente aguardaba que el Padre repartiese medallas, rosarios y tabaco a discreción.

No hubo un alma, hasta los karajas (pieles rojas), que habiendo tenido noticias de cuanto iba a celebrarse, no se hubiera presentado en la fiesta, para participar de ella en toda la extensión de la palabra. Entre nosotros, contábanse hasta una docena, armados todos con sus arco y flechas y vestidos a la usanza nacional, es decir, envueltos ni más ni menos que en un rayo de sol. Era la primera vez que los veíamos de cerca, y nos produjo singular efecto verles pasearse flemáticamente por en medio de los grupos, sin pronunciar una sola palabra. En Santa Leopoldina, estaban ya acostumbrados a verles, y nadie hizo el más leve ademán de extrañeza o el propósito de indicarles que una hoja de palmera o de plátano, les sentaría muy requetebién. ¿Lo comprenderían ellos, acaso, o se mostrarían tan extrañados como nosotros mismos? Ya volveremos a poner la cuestión sobre el tapete, y a referirnos a tan importante cuestión. Por el momento, nos contentamos con anotar el hecho, pero de paso.

La ceremonia comenzó con el canto del «Magnificat», al que añadimos un canto popular sobre la música del «Ave» de Nuestra Señora de Lourdes, donde todos, grandes y pequeños, pudieron lucir su voz, reemplazando por la fuerza y acuidad de los sonidos, lo que faltaba en punto a suavidad de los mismos.

En seguida vino la bendición del «batelâo», que entonamos, primero en latín, como la liturgia ordena, traduciéndola después al idioma del país, con gran satisfacción de la multitud.

Vueltos hacia la parte baja del río, adivinando allá en lontananza a Conceiçâo do Araguaya, entonamos el cántico en tono capaz de conmover hasta a los propios «jacarés» (cocodrilos) del Araguaya. Al «Amén», una salva de cohetes nos advirtió que el paseo de prueba iba a tener efecto, y todos se precipitaron hacia la embarcación, poniéndola en peligro inminente de hundirse, aun antes de iniciar la marcha. Reinaba un desorden indescriptible.

Felizmente, el patrón, José Sant'Anna, nos sacó del apuro, empezando a calmar los ánimos, al decir que todos tendrían parte en los regalos, y terminando por manifestarles que, en el viaje de prueba, únicamente los Padres, los padrinos y él, con los tripulantes del «batelâo», irían en el «Santísimo Rosario».

Nuestra embarcación sólo debía llevar cuatro remeros y un piloto, sin que contemos con nadie más para llegar hasta Conceiçâo do Araguaya, mas para la prueba, pusiéronse doce y de los más hábiles, a fin de darnos la mejor muestra de la calidad de la embarcación. Mientras se discutía para saber quiénes serían los felices elegidos, y todos alababan sus cualidades de bogador, seis karajas, de ciclópea contextura y para nada molestos por su vestido, saltaron a la embarcación y empuñaron los seis remos de la parte de proa.

Intentar desembarcarlos no hubiera sido ni fácil, ni prudente. José Sant'Anna no pareció sorprendido ni descontento; ¿quién sabe si acaso estaba ya en combinación con aquellos hijos del río? Nadie, en efecto, es capaz de manejar las palas como los karajas y sólo con el solo esfuerzo de aquellos titanes, podría volar nuestra embarcación por encima de las aguas. Añadiéronse, no obstante, otros seis bogadores, seleccionados entre lo mejor, y no faltó ya sino el piloto. Quien debía conducirnos hasta Conceiçâo, reclamaba, naturalmente, sus derechos para aquel viaje de prue-

ba, y en verdad que convenía al hombre darse cuenta, por sí mismo, del valor del «batelão» y su obediencia a la impulsión, que se le imprimiera, mas un viejo ciudadano de Conceiçâo do Araguaya, Domingo, muy amigo de nuestros Padres, empeñóse en llevar el timón. Nos traería suerte — dijo — el hecho de que un amigo de los Padres, un hijo de la Inmaculada Concepción, y por añadidura, Domingo, estrenara el «batelão».

José Sant'Anna, que a decir verdad, era persona de recursos y poseeedora de todas las cualidades necesarias a un jefe, cortó la discusión.

— Padre — me dijo — ese honor corresponde a usted. Quien guía a los hombres por el Océano del mundo, haciéndoles evitar los mortales obstáculos, sabrá conducir una sencilla embarcción sobre las aguas de un río.

E, imponiéndose a todos, instalóme al timón. Luego, añadió por lo bajo:

— No tema nada, el Araguaya está tranquilo y yo, aquí, para indicarle si ha de torcer a derecha o izquierda.

A un signo que hizo, los doce remos hundiéronse simultáneamente en el agua, llevándose al «Santísimo Rosario» entre los aplausos de la muchedumbre.

En pocos minutos nos hallamos en medio del cauce, donde la corriente era muchísimo más fuerte, y entre su acción y la fuerza de los doce bogadores, hicieron correr al «Santísimo Rosario» con la rapidez de una flecha.

Pronto nos apercibimos de que el agua penetraba por todas las ensambladuras, como acostumbraba a suceder con la mayoría de las embarcaciones, debido a que el herramental primitivo de los constructores no les permitía hacer barcos completamente estancos; por esta razón, disponíanlas en forma conveniente para que todo el líquido afluyese hacia el centro del bote, donde los remeros se ocupaban, uno a uno por orden riguroso, en irla extrayendo con ayuda de media calabaza — llamada «cuya» en el país —, como humana bomba de achique.

Todos los remeros sostenían un verdadero pugilato de entusiasmo y de fuerzas, y ninguno de ellos quería abandonar el remo para ocuparse de la calabaza, por cuyo motivo subía el agua por minutos, en tanto que la embarcación, sobrecargada, iba hundiéndose hasta emerger sólo unos centímetros por encima del nivel del río, cuyo enorme cauce íbamos descendiendo con vertiginosa rapidez. Como piloto improvisado que era, no contaba yo con las aptitudes y el valor de uno del oficio, y esforzábame en hacer desesperados ademanes para tratar de correr menos y hacer que se devolviese al río el agua que inundaba el «batelão». Nadie me escuchó, y seguimos corriendo a más y mejor de cara a la hecatombe. Un karaja que bogaba junto a mí, debió leer en mi rostro el pánico que se había enseñoreado de mí e hízome seña de permanecer tranquilo siempre, ya que — de ser necesario — ya me llevaría a hombros hasta Leopoldina. Me consideré igualmente seguro sobre el espinazo de aquel indio, que a caballo sobre un delfín, y confieso que malditas las ganas que me acometieron de realizar el experimento. José Sant'Anna, decidióse a ejecutar aquello a que los remeros se negaban, y poniéndose valientemente a la labor, consiguió en poco tiempo que la barca remontase, con gran satisfacción mía desde luego.

Al cabo de una media hora — que, debo confesarlo, me pareció extremadamente larga —, José Sant'Anna encargóse del timón por algunos momentos. Bajo su dirección los remeros ejecutaron un viraje impecable, y henos ya haciendo proa a Santa Leopoldina, donde nuestro regreso fué saludado con exclamaciones de alegría, aplausos y salvas de «foguetes».

Era el momento de los obsequios, y distribuimos pródigamente rosarios, estampas y tabaco. Los remeros tuvieron doble o triple ración, y todos se alejaron gritando: «¡Viva el Santísimo Rosario, viva la Inmaculada!» Fué imposible evitar que inmediatamente gritasen: «¡Viva el buen Padre!» Los karajas, que habían recibido porción doble de tabaco, también gritaban a más y mejor, siéndonos imposible comprender lo que decían.

Corría el sol hacia su ocaso, empurpurando el horizonte y las aguas del río Araguaya, y creímos demasiado precipitado, por no decir imposible, fijar la partida para el día siguiente. Era indispensable que, durante toda la noche, el «Santísimo Rosario» quedase sumergido, para que la madera hinchase y las grietas desapareciesen, o, cuando menos, menguasen. Luego, sería necesario ponerlo a flote, secarlo, limpiarlo, distribuir la carga y ponerle la «tolda», para lo cual no sobraría tiempo con toda una jornada. En vista de ello, fijamos la partida para las ocho de la mañana del martes siguiente, aprovechando la jornada del lunes para descansar e ir preparando nuestro largo viaje sobre el Araguaya, al que empezamos a querer casi tanto como nuestros Padres de Conceiçâo.

Apenas llegábamos a nuestra «casa» y habíamos tomado asiento en las hamacas, vimos aparecer ante nosotros un enorme karaja, llevando por todo vestido, no ya un rayo de sol — que desde hacía tiempo habíase ocultado —, sino un cigarrillo en la boca y un tizón en la mano. Comprendimos la presencia del cigarrillo, pero ¿de qué serviría el tizón? ¿qué se proponía hacer? Tranquilamente sentóse en el umbral de la puerta — más pronto dentro que fuera —, dejando a mano el tizón, sin pronunciar una sola palabra.

Por otra parte: ¿qué tendría que decirnos? Ni una sola palabra sabíamos de su idioma, y él, por su parte, se hallaba en igual circunstancia con respecto al nuestro. Vímosle apoyar los codos en las rodillas, y el mentón entre las manos, en actitud de hombre que medita, ya que los indios son meditativos por naturaleza.

Tan clarito como el agua, nos vimos prisioneros e imposibilitados de salir de nuestra casa ni cerrar la puerta sin molestar al karaja, cuyo rostro y tizón no nos inspiraba la mayor tranquilidad.

Por mi parte, no las tenía todas conmigo, puesto que la obscuridad sería completa dentro de pocos momentos y hubiese preferido hallarme solo. Más tarde

habríamos de dormir tranquilamente, rodeados de indios, pero, por el momento, faltábanos la costumbre y...

Creyendo contentarle y que ello le decidiría a marcharse, obsequiámosle con una respetable cantidad de tabaco, aceptada y puesta junto a sí en el suelo, volviendo luego a la meditación. Parecía no tener prisa ninguna. ¿En qué pensaría? ¿Qué deseaba? Nada logramos adivinar; quizá ni él mismo lo sabía. Además, ¿qué le importaba pasar la noche en el umbral de la puerta o a la orilla del río? La situación iba haciéndose embarazosa. ¿Si le hiciésemos señal de que se marchara?... Pero, ¿la entenderá? Y aun en caso afirmativo ¿cómo se lo tomaría? Por nada del mundo hubiéramos querido molestarle, primero por él, y luego porque debíamos atravesar numerosas tribus de karajas durante nuestro viaje. Sin embargo, el tiempo iba apremiando; antes de un cuarto de hora, cerraría la noche y aquel tizón, sobre el cual soplaba el indio de vez en cuando para no dejarlo apagar, no nos decía nada bueno.

Por suerte, en aquel momento nuestro piloto — del que más tarde hablaremos — pasó por allí cerca. Le llamamamos, y al momento estuvo a nuestro lado, y pudimos hacerle partícipe de nuestros apuros y temores.

— ¡Oh!, tranquilícense — nos dijo —. Estos karajas no disponen de cerillas ni de sitio donde guardarlas en caso de que se las den; por eso lleva ese tizón, para encender los cigarrillos, que irá consumiendo uno tras otro hasta dar cuenta de la última brizna de tabaco. En cuanto a irse, creo que se encuentra mejor donde está que a la orilla del río y no querrá abandonar su sitio; sin contar con que ese buen karaja está en su casa a dondequiera que vaya, y sólo espera una taza de café del que ustedes tomen mañana.

— ¡Oh! Con mucho gusto le daremos, no una, sino dos o tres «jícaras» de café, pero, por favor, que nos deje solos durante la noche. ¿No podría irse a dormir a otra parte?

— Sí, desde luego — respondió el piloto —. De grado o por fuerza se irá a dormir a otra parte, me encargo de ello.

El joven piloto dijo estas palabras con tal firmeza, que la confianza volvió a nosotros, aunque junto al coloso, él pareciese un chiquillo. Pero los habitantes de Leopoldina están ya familiarizados con los karajas, los conocen y saben hacerse obedecer por ellos. El piloto puso la mano en el hombro del indio, diciéndole:

— Vamos, karaja, ¿hace un poco de «rapadura» y de «cachaça?

El indio levantóse, como accionado por un muelle, y siguióle dócilmente. En seguida, cerramos la puerta de la casa y pudimos considerarnos a salvo. Entonces rezamos nuestras oraciones y, poco después, nos dormíamos tranquilamente sobre nuestras hamacas.

Hacia las once, vino a despertarnos una bandada de murciélagos, que, tras de haber invadido la casa, revoloteaban junto a las hamacas, posándose sobre las cuerdas que las sostenían y amenazándonos con algo todavía peor. ¿Quién sabía si no eran de aquellos que gustan de absorber la sangre de los que duermen? Nos levantamos, yendo en busca de cerillas, que no supimos encontrar, y a tientas, envueltos en las tinieblas, nos vimos precisados a colocar mosquiteros sobre las hamacas, a fin de preservarnos de las mordeduras y succiones de los murciélagos. De tal suerte, pudimos dormir hasta las cuatro de la madrugada.

Hacia las ocho, recibimos la visita del «capitão Capichão», jefe de la pequeña aldea karaja de Santa Leopoldina, y un antiguo alumno del colegio de Santa Isabel. Cuando se dispersaron, quedóse a orillas del río, donde estableció una «aldeia» de costumbres suaves y correctas. Iba vestido como todos los brasileños del «Sertão» y hablaba bastante correctamente el portugués, lo que nos permitió entendernos con él perfectamente. Nos traía un pescado de regular tamaño, capturado en el Araguaya, con la deliberada intención de ofrecérnoslo con algunas «ananas» para el viaje. Depositó a nuestros pies cuanto traía, pronunciando la palabra sacramental: «Agrado». Era un regalo, pero que deberíamos pagar no con dinero, sino con otros objetos.

En efecto, poco después, entraban su mujer y sus hijos y nueras, correctamente vestidas. En aquella ocasión, habían extremado los refinamientos de tocador: en los desnudos brazos y piernas, veíanse, no tatuajes, sino pinturas rojas y azules representando anchos brazaletes, cuyo efecto resultaba muy original. Una de aquellas mujeres no pertenecía a la tribu de los karajas, sino que fué tomada en la guerra y llevada cautiva, pera ser dada como esposa a uno de los hijos del Gran Jefe. Su cautiverio no merecía el nombre de tal, y, salvo que no podía volver a su tribu, gozaba de todos los derechos, privilegios y libertades de las mujeres karajas. A buen seguro que debía ser hija o esposa de algún Gran Jefe, según eran sus modales depurados. Cuando le dimos, como a las otras, un rosario de cuentas de cristal para que lo pusiera alrededor de su cuello, tomó nuestra mano y llevóla graciosamente a los labios; luego, haciéndose unos cuantos pasos atrás, hízonos una reverencia como las sabían hacer sólo en la corte de Luis XIV.

Aprovechamos la ocasión para dirigir al buen «Capichão» algunas preguntas y tomar nota sobre las diversas tribus de «karajas» que hallaríamos a lo largo del río. Supimos también que tendríamos el honor de saludar a la hermana de Capichão, mujer del «capitão» Irqué.

Luego de haber ofrecido una «jícara» de café a toda aquella familia, despedímosles cortésmente, ya que de irse por espontáneo deseo no parecían tener la menor idea. Los karajas nunca tienen prisa. ¿Para qué? El río les da buena provisión de pescados, que sus flechas saben ir a buscar en el momento oportuno, en tanto que el sol madura frutos que ningún trabajo les cuesta recolectar.

Pasamos el resto de la jornada en revistar el «bate-

jão» y cuidar de que todas las provisiones fueran embarcadas convenientemente y colocadas en orden en el «Santísimo Rosario».

Como fué convenido la víspera, la partida quedó fijada, definitivamente, para las ocho de la mañana del martes.

## CAPÍTULO X

LAS VARIAS EMBARCACIONES USADAS EN EL ARAGUAYA: «UBÁ», «MONTARIA», «IGARITE», «BATELAO» Y «BOTE». — PRESENTACIÓN DEL «SANTÍSIMO ROSARIO» Y DE SU TRIPULACIÓN. — EL ADIÓS A SANTA LEOPOLDINA Y A LA ALDEA DE CAPICHAO. — PRIMERA COMIDA SOBRE EL ARAGUAYA. — FE Y AMOR DE UN PATRIARCA.

El martes, día 25 de abril, al clarear el alba, nos dirigimos al puerto, donde flotaba el «Santísimo Rosario» sobre el rojizo Araguaya, más bien pesada que fácilmente. Piloto y remeros ya estaban en sus puestos, pero mucho más distraídos en charlar con parientes y amigos que en colocar ordenadamente los objetos, y, sobre todo, en pensar sobre lo por venir.

Será necesario que presentemos a nuestros lectores la embarcación y sus tripulantes, con los que apenas dejásemos Leopoldina, constituiríamos una familia aislada del resto de la humanidad, perdida en el infinito y obligada a bastarse a ella misma durante largos días, sembrados de incesantes peligros, de los cuales era el menos temible el que pudieran representar los cocodrilos que pululaban por el río y los jaguares de la selva.

El «Santísimo Rosario» era una embarcación burdamente construída, llamada «batelão», y que representaba el tipo medio entre las grandes y las pequeñas naves del Araguaya.

Voy a decir lo que son aquellas embarcaciones primitivas que hicieran sonreir a cualquiera de los constructores europeos, y que, sin embargo, afrontan peligros tan temibles como los del Océano.

Viene primera el «ubá», embarcación favorita de los indios ribereños, y, especialmente, de los karajas. Es cuanto puede imaginarse de más rudimentario al par que más liviano y rápido, e insumergible; el «ubá» tiene, a mi juicio, un solo defecto — capital para nosotros, ya que resulta inutilizable para quien no haya nacido karaja.

No debe confundirse la palabra «insumergible» con «estable». En cuanto a lo primero, el «ubá» no tiene que desear nada, y puede tenerse la seguridad de que, aun yéndose con él al fondo del río, siempre volvería por sí mismo a la superficie. Estable, es una cualidad que no reza con tales embarcaciones, a las que el más leve movimiento hace volcar. Un tronco de árbol echado al río siempre flotará en el agua y será completa su estabilidad en sentido de largura, pero en cuanto al de ancho, un débil soplo bastará para poner debajo lo que antes iba encima, y viceversa. Como el «ubá» no es sino esto — y no de los más corpulentos — he aquí la razón de su inestabilidad.

La piragua de los negros de Dakar, por liviana que sea, no puede servir de comparación a los «ubá» de los pieles rojas. El karaja toma el tronco del árbol conforme lo encuentra, limitándose a vaciarlo someramente, y lanza su embarcación al río, seguro de que no ha de hacer aguas y de que — al impulso de su pala — surcará las aguas con la rapidez de una flecha. Los que vimos en el Araguaya, medían de largo entre cinco a diez y hasta doce metros, sin que el ancho rebasara los sesenta y cinco centímetros al exterior y el hueco practicado más de cuarenta centímetros; lo justito para las posaderas (y aun no siendo demasiado voluminoso el tripulante). También es verdad que la «carne secca» y el sol brasileño se encargan de volver a las justas proporciones hasta a los más obesos.

Una vez, intentamos atravesar el Araguaya a bordo de un «ubá», pero, sentados o de rodillas, nos íbamos del centro de gravedad y la embarcación se volcaba. Fué necesario que nos tendiésemos en ella y permaneciéramos inmóviles. En cambio, los karajas no guardan todas estas precauciones y, de pie, manejan el arco y las flechas lo mismito que harían en tierra firme.

Tras el «ubá» viene la «montaria», que es, con pocas diferencias, la piragua de los negros africanos. Construída también de un tronco de árbol, pero más corto y más ancho que los «ubás». Sin llegar a ser perfecta, la estabilidad de estas embarcaciones es mucho mayor, y desplazando más cantidad de agua en el sentido de anchura, dista mucho de conseguir la rapidez del «ubá».

El «igarité» es una embarcación de formas alargadas y elegantes.

El «batelão» resulta menos elegante que el anterior, pero mucho más sólido que aquél. Las maderas burdamente trabajadas de que se compone, están simplemente yuxtapuestas y unidas entre sí con recias traviesas y tornillos de grandes aristas y anchas cabezas. Los machihembrados, desconócense en el país, con lo que, acaso, gane la embarcación, pues requiere ser de una solidez a toda prueba para arrostrar las «travesões», «cachoeiras» y saltos del Araguaya o el Tocantíns.

El «bote» es mayor y más pesado, y, quizá también más sólido que el «batelão». Todas estas embarcaciones, salvo el «ubá» y la «montaria», son inestancadas a más no poder, obligando a uno de los remeros a dejar su trabajo cada hora (o antes, en muchas ocasiones) para extraer el agua que recarga la embarcación y

pronto la hundiría. En el «ubá» y la «montaria» se boga con una sola mano; en las otras embarcaciones, se utilizan largos remos terminados en forma de pala, y que tienen su punto de apoyo en la borda de la embarcación.

Como ya dijimos, el «Santísimo Rosario» era un «batelão» más pronto pequeño que grande; medía unos doce metros de largo por algo más de tres de ancho. Las cajas, a cuyo contenido no afectaba la humedad, estaban apiladas a proa. Sobre ellas, colocamos las provisiones, y en particular, la «carne secca». Para preservarla de los fuertes calores y de las lluvias, tanto como de las moscas e insectos de toda especie, la cubrimos con pieles de toro. Los remeros, sin preocuparse de ello lo más mínimo, sentábanse encima, para bogar con más libertad. Cierto era que un poco de su calor y sudor, penetraban hasta la «carne secca», pero, ¿qué importaba ello? Aquellos bravos «barqueiros» son filósofos sin saberlo, y decían, con la escolástica: «Plus et minus non mutant speciem» (el más o el menos, no cambian la especie). Por ejemplo, aquellos cueros habían servido para múltiples fiestas y batallas, como lecho, sábana, manta y otras varias cosas; estuvieron en contacto con todos los mulos del «Sertão» y estaban saturados del sudor de los animales y hasta de la sangre de sus llagas; así, pues, ¿qué importaban el calor y los sudores de los remeros? Conviene advertir, para tranquilidad de los estómagos delicados, que antes de hacerla hervir, lavábamos un poco la «carne secca».

El centro de la embarcación, quedó libre de toda carga y de todo obstáculo, de forma que fuese más fácil a los «barqueiros» darse cuenta de la presencia del agua que se acumulaba, y verterla en momento oportuno. A popa, se hallaban los objetos más delicados: la capillita de la misión, las cajas más frágiles, etcétera. Entre ellas, nos instalamos bajo un toldo de hojas de palmera, bastante más eficaz que una lona para preservarnos de los ardores del sol.

Completamente a popa, figuraba una pequeña plataforma, en la que el piloto, siempre aferrado al palo del timón, mostrábase constantemente de pie, escrutando el horizonte para prevenir cualquier peligro.

Detrás, al alcance de nuestra mano, iba ondeando el pabellón con los colores de la Inmaculada, haciendo refulgir al sol el nombre de «Santísimo Rosario», bordado en rojo y oro por las hermanas dominicas de Goyaz.

Esta era, en resumen, nuestra pobre embarcación, sobre la que habíamos de ir descendiendo por el Araguaya en un trayecto de unos dos mil kilómetros aproximadamente. No era ni grácil, ni rápida, ni cómoda, viéndonos obligados a permanecer constantemente agachados o mal sentados sobre las cajas; mas no podíamos exigir nada: tan sólo que fuese recia y apta para soportar las corrientes y saltos.

La tripulación estaba en consonancia con el barco: formábanla cuatro remeros y un piloto. Este, llamado Jerónimo, era un muchacho negro, de unos veinticinco años. Seguramente que por sus venas corrían algunas gotas de sangre india y brasileña, a juzgar, no sólo por su tez sino por sus costumbres, ademanes y noble orgullo. Sabía leer, escribir, contar y poseía una rara delicadeza de sentimientos. En todas las ocasiones, mostróse atento y cumplido ejecutor de nuestros deseos, hasta los más leves. Su envergadura quizá sobrepasaba el tipo mediano; estaba muy bien musculado, dando la impresión de hallarse dotado de fuerza y agilidad. Había realizado ya varias veces el mismo recorrido, siendo perfecto conocedor del Araguaya; con él, como dijo Sant'Anna, nos hallábamos a cubierto de peligro.

El primer bogador, Juan, era brasileño de pura sangre, y poseía todas las cualidades de su país. A penas tenía veinte años; sus miembros no eran tan robustos como llegarían a serlo unos cuantos años — cuatro o cinco — más tarde, pero su habilidad y destreza reemplazaban en él, con ventaja, a la fuerza que era — digámoslo — bastante regular. Lo que en él no tenía límites era el buen humor, el optimismo, su valor y su audacia que, en ciertas ocasiones rayó en la temeridad; tuvimos pruebas en una épica lucha contra un cocodrilo enorme. Hijo del río, conocía todas las canciones de los «barqueiros», y nunca se mostró avaro de su repertorio.

Manuel era el segundo bogador de vanguardia. Algo mayor y más fuerte que Juan, pero sin el buen humor y disposición de su compañero, cuya habilidad igualaba. ¿Era ello por efecto de su carácter? ¿o una añoranza por cuánto dejaba en Leopoldina? Dos días antes, habíamosle unido en matrimonio con una prima suya — el domingo por la mañana —, y he aquí que para no desperdiciar una buena ocasión, había marchado en viaje de novios el martes inmediato por la mañana, pero solo, dejando con su familia a la joven Rosinha. Tiene la vida exigencias que no son las más propicias para llevar la alegría a los corazones, y se comprende que Manuel no se hallase continuamente con las mismas disposiciones para la risa y el canto que su compañero.

Julián, el tercer remero, contaba veinticinco años, y era el más fuerte y de más recia complexión de todo el equipo. Reemplazaba con sus fuerzas lo que, posiblemente, le faltaba de habilidad, siendo el único para las oportunidades que se nos presentaban de tener que levantar un gran peso o llevarse una pesada caja al hombro. Era un apasionado por la pesca con caña, siendo gustoso nuestro profesor hasta tanto no le reemplazase algún piel roja.

Dejamos como proel al más viejo de toda la tripulación, llamado Manuel, pero, de común acuerdo, resolvióse decirle Patricio, para distinguirle entre el segundo de los remeros de la pareja de popa. Patricio era el buen chico por excelencia. Ni la tierra ni el río produjeron nunca otro muchacho más dócil, alegre y de carácter fácil, siempre sonriente, siempre dispuesto a servirnos hasta la abnegación. Acaso no fuera tan buen remero como los demás, pero, en cambio (y no era cosa despreciable) sabía cocinar a las mil maravillas, amando su profesión muy de veras. Solamente un de-

fecto le encontramos, y era que la «cachaça» le atraía demasiado, y, pérfida amante, jugábale algunas malas pasadas al privarle momentáneamente de la libertad del cerebro y de las piernas.

El piloto y los tres primeros bogadores, fueron los más puntuales a la cita, y, como dijimos, estaban ya poniendo un poco de orden en el cargamento del «batelão»; el pobre Patricio permanecía ausente, sin que sus compañeros se preocupasen por ello lo más mínimo, pues ya sabían donde encontrarlo cuando llegase el momento de partir. También sabían que una vez en viaje, descartada, pues, la ocasión, Patricio sería el mejor y más abnegado de los compañeros.

Se recordará que la salida quedó fijada para las ocho. A las siete y media todo estaba ya a bordo del «Santísimo Rosario», y su pabellón, flotando al soplo de la brisa del Araguaya, entusiasmaba a la muchedumbre, que se acercó a besarlo con religioso respeto.

Todos los parientes y amigos de los «barqueiros» hallábanse congregados a la orilla; hasta la joven esposa de Manuel, en la que no vimos mayor tristeza que sobre cualquiera de los demás concurrentes. La súbita interrupción de la luna de miel y la marcha de su esposo, no parecían haberla emocionado grandemente. Quisimos excusarnos por haberla arrebatado a su marido:

—¡Oh! — nos dijo sonriente — es para poco tiempo, somos muy jóvenes todavía y el porvenir es para nosotros. Yo estoy muy contenta de verlo al servicio de los Padres; cuando vuelva, vendrá santificado y con el bolso repleto de milreis. Esos serán los primeros dineros de nuestra casa, y constituirán nuestra felicidad.

Mientras Sant'Anna dirigía las últimas recomendaciones al piloto, me despedí del buen Padre Olleris, y, sintiéndome vencido por la emoción, hice un supremo esfuerzo para sustraerme a su abrazo y saltar al «batelão», enjugándome — con el revés de la mano — una furtiva lágrima. Pronto íbamos a decir adiós al mundo civilizado para internarnos entre los pieles rojas, que solamente conocíamos por los relatos de los viajeros, que entusiasmaron y emocionaron nuestra adolescencia, y, con la ayuda de Dios, hicieron nacer en nosotros la vocación misional.

Durante mucho tiempo, no podríamos dar noticias nuestras ni recibir las de los otros. Si un accidente se produjera en nuestro camino, estábamos completamente perdidos, como Robinson, no en desierta isla, sino en la inmensidad, convertidos en presa codiciada y fácil para los «jacarés» del río y los jaguares de la selva.

Todo estaba ya listo para la marcha, faltando sólo Patricio, que, en aquel preciso momento presentóse a nuestros ojos llevado por dos amigos, pues la «cachaça», nuevamente, habíale traicionado. Todos le conocían, era amigo de todos y nadie se extrañó al verle en aquel estado. Rieron, bromearon, hasta que sus amigos, echándole como un fardo en el «batelão» me afirmaron que de todos los «barqueiros» sería de él, precisamente, de quien quedaría más satisfecho.

A una señal del piloto, los remos se levantaron, volviendo a caer una y otra vez, cadenciosamente, y en seguida nos encontramos en medio del río, donde la presión del agua era mucho mayor. En tanto, desde la orilla, seguían agitándose numerosos pañuelos en señal de adiós, mientras la muchedumbre gritaba: «¡Buen viaje! ¡Que Nuestra Señora de Conceiçâo les proteja! ¡Adiós!...»

Corríamos de veras, pero mucho menos que durante el paseo de prueba. Puestos de pie, besamos fervorosamente la bandera de la Inmaculada, y, con el buen hermano Antonio, rezamos el rosario. Pronto, los habitantes de Santa Leopoldina, que permanecieron junto a la orilla, se nos aparecieron como simples puntos negros, que dentro de pocos momentos desaparecerían, a su vez, tras un recodo, que nos los ocultaría para siempre.

Queriendo aprovechar aún aquellos instantes, empuñé mi catalejo, pudiendo aún ver al Padre Olleris que, fielmente, permanecía en el mismo sitio, agitando su blanco escapulario en señal de adiós. Otro tanto hice yo, más con el corazón que con la mano, y me despedí del Padre Olleris y de cuantos le rodeaban, para siempre. El «proeiro», en aquel instante, llevóse a los labios un gran cuerno de toro, a guisa de megáfono, emitiendo un sonido grave y prolongado: el adiós último a las familias y a los amigos. Siguiendo el curso de la corriente, el «batelão» viró a estribor, y Santa Leopoldina desapareció totalmente de nuestra vista.

Juan, el más alegre de todos, fué el primero en romper el silencio, declarando solemnemente que, a partir de entonces, formaríamos un mundo aparte, del que él, Juan, y el piloto, Jerónimo, serían los jefes supremos, a quienes todos deberían rendir vasallaje. Insistió en sus bromas, pero pronto decayó la conversación y todos volvimos a quedar sumidos en nuestras reflexiones.

Por suerte, cruzábamos a la sazón por una «aldeia» de indios, establecida en la orilla derecha. Eran los pieles rojas de Capichâo, que habían acudido allí en masa — hombres, mujeres, niños y viejos — para desearnos un feliz viaje y decirnos adiós (y... quién sabe si, también, con sus miajitas de interés). Chillaban todos, contorsionábanse, cada uno expresaba sus deseos a su manera... entre aquel guirigay pudimos observar que el niño de la mujer extranjera, educado seguramente por la madre, llevábase sus manitas a los labios y nos enviaba muchos besos. ¡Pobre angelito! Siempre he lamentado no haberle podido devolver sus cariñosas demostraciones, derramando sobre su cabeza el agua bautismal. Pero, en fin, creo que nuestros Padres de Goyaz, no habrán dejado de hacerlo.

De pronto, una ligera «ubá» destacóse de la orilla y bogó rápidamente hacia nuestro «batelão», a cuya banda se vino a colocar con gran facilidad. Era el más joven de los hijos de Capichâo, que se acercaba, en nombre de su tribu, a ofrecernos magníficas orquídeas, tan corrientes en el Brasil, «batatas» y «ananas» en su mejor punto de madurez.

Aquella generosidad la motivaba el deseo de venir

con nosotros hasta Conceiçâo, ofreciéndoseme como proveedor de pescado, «marisqueiro»; me mostró sus arcos y flechas, como para darme a entender que estaba listo para seguirnos sin necesidad de volver a la «aldeia».

¿Qué hacer? ¿qué responderle?

Jerónimo, adivinó el apuro en que nos hallábamos, y apresuróse a contestar, cortésmente, pero sin lugar a dudas, que no era posible acceder a sus deseos, pues éramos ya bastantes para procurarnos cuanto necesitábamos. Di, no obstante al indio, algunos trozos de «rapadura», un puñado de sal y un rosario de vidrio, separándonos muy amigablemente.

Cuando hubo desaparecido, me explicó Jerónimo con aire solemne:

— Padre, confieso que he engañado a este muchacho, pero fué por el bien de todos y creo haber realizado una buena acción, por la que usted me bendecirá. Necesitaremos de un indio con sus arco y flechas para que nos procure buen pescado y nos aconseje, pero estos pieles rojas de la «aldeia» de Leopoldina están ya demasiado civilizados; hay que pagarles más y dan menos de sí. Les molestan los vestidos, y son menos fuertes, menos aptos para la lucha. ¿Qué adelantábamos con apresurarnos? Pronto hallaremos pieles rojas que nunca supieron de civilización, karajas de pura sangre, y entonces verá usted la diferencia que hay entre ambos. Cierto es que están desnudos como los gusanos, pero ello es una gran ventaja para la pesca. Quizá sean algo huraños, pero pronto se acostumbrará usted a ellos y lo tratarán como a nosotros mismos...

No me pareció descabellada su opinión, y creí que para tener a un indio por compañero, sería preferible un tipo auténtico que pudiera servirnos de estudio, a otro mixtificado.

Pronto el pobre Patricio, de quien nadie hacía caso y que roncaba sonoramente, despertóse, aún turbado por los vapores de la «cachaça». Poco a poco fué esclareciéndose su cerebro hasta permitirle reconocernos y emitir algunas palabras, lo que no era poco. Patricio tenía, no digamos la embriaguez, pero sí el vino, religioso. Reconocióme, y quieras que no, solicitó confesarse en el momento, ingresar en la Cofradía del Santísimo Rosario, etcétera, etc. Me esforcé en hacerle comprender que no era el momento propicio, sino que ya lo haríamos cuando llegásemos a Conceiçao, donde podría comulgar; todo en vano. Con obstinación levemente cómica, púsose de rodillas y haciendo un gran signo de la cruz, empezó:

— Confiéseme, Padre...

Temí seriamente que nos espetase allí toda una relación de sus pecados graves, e hiciese una confesión pública más o menos edificante.

Por suerte perdióse en el «yo pecador» al llegar a «por mi culpa, por mi grandísima culpa...», habiéndose visto precisado a repetir varias veces el intento, con gran satisfacción por parte de sus compañeros, a quienes aquello divertía y no poco. Hicimos como los demás, riendo todos de muy buena gana, al no ver ni sombra de mal en el espíritu de aquel muchacho. Juan bromeó diciendo:

— Vaya, Patricio, haz una buena confesión y todos tus pecados quedarán perdonados... pero ¿qué es eso? ¿ya no te acuerdas ni del «yo pecador»? ¡Será posible! ¿Acaso te volviste incrédulo o piel roja? Mira, si no puedes purificar tu alma por la confesión, cuando menos, purifica tu cuerpo con un buen baño; haz como yo... Y quitándose el pantalón, sin que ello le preocupase poco ni mucho, zambullóse en el agua. Con gran temor vimos que Patricio le imitaba, y segundos después hallábanse los dos haciendo competencia a los peces. Al cabo de un rato volvieron a la embarcación, ya completamente despejado Patricio, pues el esfuerzo de las brazadas y los repetidos chapuzones habían disipado los últimos vapores del alcohol, que fué lo que Juan se propuso.

A partir de aquel momento, hasta nuestra llegada a Conceiçao, fué Patricio, como ya dijimos, el mejor y más caritativo de los compañeros, hallándose siempre dispuesto a prestar un servicio y a sacrificarse por cualquiera.

Llegadas las doce, tras el primer Angelus sobre el Araguaya, hubo un rato de descanso completo, y una excelente comida. Inútil preocuparse en preparar un arroz, ya que disponíamos de fiambres en cantidad para preparar un menú capaz de tentar a los más exigentes: pollos asados envueltos en harina de manioc, naranjas, plátanos y, para terminar, algunas rodajas de ananas. ¡Oh, esas ananas brasileñas maduradas bajo aquel sol! ¿Cómo dar una idea de ellas?

Las recolectadas verdes y traídas luego a Europa no pueden, de ninguna manera, darnos una idea de lo que son aquellas otras, maduradas en la planta, como un pimiento no pudiera tampoco facilitarla de lo que es un melón. Las ananas que comemos en Europa, siempre tienen algo de dureza, semejando muchas veces a trozos de madera en los que los dientes no pueden hacer mella, siendo comestibles únicamente a costa de azúcar y coñac. Allí es todo lo contrario: el corazón de la anana queda tierno hasta deshacerse en la boca igual que mantequilla o un plátano bien maduro. Añádase a esto un perfume suave y un gusto exquisito y se comprenderá que no sepamos explicar nuestro deleite, habiéndonos de limitar a aconsejar a los aficionados que vayan a probarlo a sus tierras de origen. La mismísima cáscara de la anana era empleada para preparar, por las noches, el «cha», tisana de bastante buen gusto y febrífuga por añadidura.

Aquella primera comida sobre el Araguaya fué, en verdad, encantadora. Los remos en banda, permitían al «Santísimo Rosario» deslizarse muellemente sobre las aguas, bastando un poco de cuidado al timón para mantenerlo en medio del cauce y llevarlo en la dirección deseada. Nosotros, sentados bajo la «tolda» al abrigo de los rayos del sol, comimos con excelente apetito, charlando animadamente y admirando sin cesar el Araguaya — el río incomparable — y las selvas vírgenes que lo bordeaban.

De vez en cuando llegaban a nuestros oídos como

10. — Las «Ariranchas», las terribles nutrias del Araguaya

11. — Cabaña de los indios karajas. Los loros que se ven sobre la cabaña de la derecha, hacen las veces de perro guardián. Con su penetrante vista ven de muy lejos al extranjero, que anuncian a sus amos con gritos chillones

Algunos gruñidos de jabalí, seguidos de un ruido propio de un cuerpo pesado que cayese al agua. Eran los «botos», especie de terneros de agua, que iban a respirar a la orilla y que al apercibirse del «Santísimo Rosario» se reintegraban al líquido elemento.

Despachada la comida, los bogadores volvieron a empuñar los remos, entonando Juan (con bastante buena voz) una canción que aceleró los movimientos.

Hacia las dos pasamos frente a una «fazenda», desde donde nos hicieron señal de atracar. Era que habían reconocido a un Padre y deseaban aprovechar la oportunidad para confesar a un verdadero patriarca de luengas barbas blancas, que por espacio de varios años no había podido ver junto a sí a ningún ministro del Señor. Circunstancias más fuertes que su voluntad, habíanle impedido ir a Leopoldina en tiempo de la «desobriga»; después había estado enfermo durante mucho tiempo, inmovilizado por las fiebres.

Oíle, pues, en confesión, y, no pudiendo hacer otra cosa, dile a besar el pie del cáliz. Llevó el vaso sagrado a sus labios con toda unción, manteniéndolo fuerte y amorosamente contra ellos durante algunos momentos. Repentinamente animáronse sus pupilas y llamando por dos veces a sus nietos, jóvenes de diez y ocho a veinte años:

— De prisa — les dijo —, preparad la «montaria», y ya que mis viejas piernas no pueden sostenerme, llevadme hasta ella; luego remontaremos el río hasta Leopoldina y mañana por la mañana comulgaré durante la misa, y después no me importará nada la muerte.

Mis ojos se humedecieron al comprobar aquella fe y exaltación mística hasta el punto que de no haber temido un revuelo entre los «barqueiros», hubiérame arrodillado ante aquel nuevo Simeón, y hubiera solicitado sus bendiciones.

Volví al barco, y el «Santísimo Rosario», gracias a la fuerza de la corriente y al esfuerzo de los remeros, corrió a una velocidad de que no le hubiéramos creído capaz. Pronto dejamos atrás el pequeño grupo de Sâo José do Araguaya y a las seis de la tarde, cuando algunos relámpagos empezaron a surcar el solio azul, abordamos en la playa escogida para pasar la noche.

## CAPÍTULO XI

LAS DOS ESTACIONES DEL BRASIL: LLUVIAS DE VERANO Y SEQUÍA DE INVIERNO. — EL FUEGO, ÚNICO MEDIO DE DESEMBARAZARNOS DE LOS «BICHOS» Y HACER REVERDECER EL «SERTAO». — LO QUE DEBE SER LA PLAYA PARA UN BUEN CAMPAMENTO DE NOCHE. — HURACÁN Y BAUTISMO DEL RÍO. — POR QUÉ EL AGUA ES CALIENTE DESPUÉS DE LAS TEMPESTADES. — HISTORIA DE DOS GENERALES SORPRENDIDOS POR LA TORMENTA.

Nuestra primera jornada de viaje sobre el Araguâya no debía terminar sin que recibiésemos el «bautismo del río».

En el Brasil, y particularmente en las regiones tropicales del Araguaya y el Tocantíns, no hay más que dos estaciones: la de las lluvias y la de la sequía.

Contrariamente a lo que el europeo creyera, es durante la estación de las lluvias cuando rigen los más fuertes calores, el verdadero estío astronómico.

Es precisamente en la época del año en que los calores resultan más insoportables, cuando la atmósfera queda refrescada por lluvias torrenciales bastante regulares y, siempre, muy abundantes. Extendiéndose como un velo inmenso las nubes protegen entonces la tierra de los abrasadores rayos del Sol, que se halla a la sazón en su cenit. En muchas regiones — sobre todo en el alto y medio Araguaya — las lluvias no son continuas y raramente duran todo un día. Por lo común, se inician por la tarde, y es que durante la noche y la mañana la atmósfera no tuvo tiempo suficiente de saturarse de vapores, pero al caer de la tarde, cuando ya el aire no puede absorber más humedad, estalla la tormenta con una fuerza y violencia que asombran a los extranjeros, pillándoles por lo general desprevenidos.

En ciertos puntos del Brasil tropical, las horas tormentosas están reglamentadas en forma tal, que según la expresión de un sabio geógrafo, pueden darse citas para cuando la lluvia termine, como quien las diera para la caída de la tarde.

En las horas que dura la tempestad cae del cielo una cantidad de agua tan considerable, que forma verdaderas trombas que el suelo — ávido por su parte de recibirlas — no alcanza, sin embargo, más que a tragar una pequeña cantidad. La mayor parte forma torrentes que van a desembocar a los riachuelos, que, tras de haberse dado la mano, constituyen los numerosos afluentes de los grandes ríos. Algunos de los del Araguaya, desconocidos por nuestros geógrafos — tales como el Arrayas o el Pâo d'Arco —, llevan una cantidad de agua muy superior a la del Garona.

Pronto el gran río, aumentado por aquellos ramales de agua que sobre él descargan a decenas, crece rápidamente y en su curso inferior impide el paso a los otros afluentes, los cuales, no pudiendo dar suelta al exceso de agua que llevan, remóntanse hacia su origen y se extienden por la llanura y los bosques, haciéndolos inaccesibles al paso del hombre más audaz.

A veces sucede hacia el fin de la estación de las lluvias, que las aguas de los ríos o de «igarapés» se

reunen en la llanura inmensa, convirtiéndola en un mar de agua dulce. Eliseo Reclus estima en unos trescientos kilómetros, aproximadamente, el curso inferior del Amazonas, en los momentos de las grandes crecidas, estando quizá esta cifra algo por debajo de lo cierto.

Sin duda, el Araguaya y el Tocantíns están lejos de tal importancia, pero, sin embargo, sus desbordamientos resultan imponentes. Varios geógrafos, eminentes algunos de ellos, equivocados por estas inmensidades de agua de las desembocaduras del Amazonas y el Tocantíns, pretendieron que éste y el Araguaya eran tributarios del primero. ¡Craso error!, pues que el Araguaya y el Tocantíns unen sus cauces cerca de Sâo Joâo do Araguaya, entre los sexto y quinto grados de latitud, y, tras de recorrer como buenos hermanos unos ochocientos kilómetros aproximadamente, desembocan en el Océano, cerca de Belem, capital de Pará, conservando así hasta el fin de su curso un nombre y una libertad de la que se muestran orgullosos, constituyendo para ellos una humillación el hacerles tributarios de otro río, aunque éste sea el Amazonas.

Las lluvias regulares empiezan generalmente en noviembre, para terminar en marzo. Sin embargo, no es nada extraño ver algunas borrascas en octubre y horribles tempestades en abril. A estas últimas se les llama comúnmente «a despedida da chuva» y diríase que las tormentas y las lluvias, descontentas de tener que ceder el sitio a la sequía, reunen todos sus esfuerzos para librar un último combate a la nueva estación y obligarla a recular. ¿Acaso no sucede lo propio en nuestra vieja Europa, donde vemos a veces en el mes de septiembre calores más fuertes que durante los de julio y agosto, y en abril fríos más intensos que durante los de diciembre y enero? Es la eterna lucha de los elementos, vencedores y vencidos. Diríase que los elementos combatientes tienen su alma, o bien, alargando un poco el principio, que si los seres animados luchan por la vida, los inanimados luchan por la existencia.

La estación de las lluvias y las tormentas debía, sin embargo, ceder definitivamente su sitio a la de las sequías y la quietud. Entonces vendrían siete u ocho meses de sol, sin que del cielo proviniese una sola gota de agua, o haya raras excepciones a esta regla, pero lo corriente es que se desconozcan en absoluto.

Esta época de sequía, llamada «secca», es el verdadero invierno astronómico, por cuya causa los calores son menos fuertes. El termómetro que llevábamos en la silla de nuestros mulos llegó a marcar, sin embargo, 58° centígrados, y esto, para una estación de invierno, era ya algo respetable.

Lo que hace llevadero este calor de varios meses consecutivos, es la frescura y duración de las noches, que en aquellas latitudes alcanzan de las once a las once horas y media. Durante la noche cae del cielo una bruma abundante que refresca la atmósfera y reanima las plantas quemadas por el sol de la jornada. Aquella bruma es a veces tan abundante en las orillas del Araguaya y del Tocantíns, que parece lluvia enteramente. Nuestras hamacas quedaban mojadas como si las hubiéramos sumergido en el río.

No empleamos más allá de media hora en celebrar el Santo Sacrificio al aire, incluyendo el tiempo de improvisar el altar con nuestras cajas y de recoger y guardar los ornamentos, luego de terminado el oficio. A veces nos ocurrió que mientras oficiábamos — y esto sucedía entre las cuatro y las cuatro y media de la mañana — quedaban tan húmedos los ornamentos, que nos veíamos precisados a exponerlos al sol para impedir que se pudriesen en la maleta.

Sin embargo, por abundante que fuera la humedad, vino a resultar insuficiente para contrarrestar los rigores del sol, y las hierbas se secaron, las plantas fueron inclinando sus ramas, y éstas desnudándose de hojas. Momentos de verdadera dificultad en el «Sertâo», puesto que los mulos, no encontrando la necesaria cantidad de hierba para nutrirse, claro está que no pueden soportar fácilmente las fatigas del viaje. Entonces los valientes animales hubieron de suplir aquella insuficiencia o falta de hierba, oteando por los caminos los hojas tiernas de palmera o una especie de cañas muy corrientes en el Brasil, de las que a veces encontrábamos en nuestro camino verdaderos bosques, las cuales son muy parecidas a la de azúcar, donde nuestras pobres bestias hacían su agosto, pues eran para ellas lo que un oasis para el viajero.

Hacia el final de la «secca» los pocos, los rarísimos habitantes de aquellos parajes, prendieron fuego a las hierbas desecadas por el sol. El incendio creció en pocos momentos, propagándose a una inmensa extensión de terreno, consumiendo todo a su paso y deteniéndose únicamente cuando no hubo ya materia de que hacer pasto. Aquellos gigantescos incendios del fin de la «secca» tenían un doble aspecto beneficioso que quizá no se apreciaba justamente. Al par que desembarazaba el suelo de hierbas secas y de todos los cuerpos muertos, recubríala de una espesa capa de cenizas, que representaban un excelente abono, al par que destruía buen número de serpientes, de insectos nocivos, «bichos» de todas clases: «carrapatos», hormigas, escorpiones, etc., etc., cuya multiplicación hubiera hecho aquella tierra inhabitable y los viajes imposibles.

Nada hay tan triste como aquellas inmensas llanuras abrasadas por el sol primero, y luego calcinadas por el incendio. Diríase que la muerte reinaba como dueña y soberana, sin que jamás pudiera surgir el menor rastro de vida. Pero no: allí la muerte es el principio y, si se quiere, el preludio de la resurrección de la Naturaleza.

A las primeras lluvias renació todo con gran vigor. Como en el prado que sègó la hoz, la hierba subió pronto, más fuerte y jugosa que antes, y así, bajo la mordedura del incendio, el verdor del «Sertâo» volvió a crecer, a la primera lluvia, más abundante que nunca. Con ella renacieron también, por desgracia, los bichos, a quienes el fuego no destruyó totalmente, pues los más fuertes habían encontrado el medio de ganar en rapidez para no ser molestados por el fuego. Eran los

mejor predispuestos para la lucha y la reproducción de las especies cuyas funciones desempeñaban harto bien y contra la manifiesta voluntad de los pobres viajeros.

Dadas estas explicaciones para que pueda comprenderse bien nuestro relato, volvamos a él, precisamente.

Al distinguir los primeros relámpagos, precursores de la tempestad y los sombríos tonos que iban tomando las aguas del Araguaya, el piloto pareció intranquilo, y, escrutando el horizonte, frunció el ceño, adoptando un gesto que nada tenía de tranquilizador. Era necesario atracar en seguida y ello desbarataba sus planes. De Santa Leopoldina a Conceiçâo do Araguaya no existe nada que merezca llamarse un atracadero propiamente dicho, y no era cosa de arrimarse a cualquier sitio donde los llevaran las circunstancias o la fuerza de los remeros.

Precisamente, en la elección de los campamentos nocturnos, es donde se revela la ciencia del piloto y sus conocimientos del río y sus orillas.

Aquel día escogió una playa de suave declive, aunque no demasiado, sin embargo, puesto que era necesario que el «batelâo» llegase casi a terreno seco. A un momento determinado abandonaron todos los remos; el «proeiro» (proel), armóse de una recia «vara» (pértiga) y realizando un esfuerzo prodigioso, llevóse la embarcación hacia delante. Pronto chocó la proa contra la arena, y pudimos saltar al suelo sin mojarnos los pies. El piloto no había equivocado la maniobra... Con las debidas precauciones, bajamos la capilla de misionero, la tienda, las provisiones para la comida de la noche y sobre todo armas y municiones, que, bastante a menudo, necesitábamos.

Si el declive hubiera sido demasiado suave y el piloto hubiese equivocado la maniobra, la barca hubiera tocado tierra demasiado pronto, habríamos tenido que descalzarnos y levantarnos los hábitos y someternos a un pediluvio más o menos prolongado. Tal ejercicio no hubiera tenido nada de desagradable con los calores tropicales, pero ¡ay!, hubiéramos tropezado, seguramente, con algún peligro oculto en la arena apenas recubierta de agua, destacando entre ellos las terribles «arrayas», de las que hablaremos más adelante, y cuya mordedura produce una muerte espantosa o cuando menos desgracia para toda la vida. En tales casos, resultaba más prudente montar a horcajadas sobre las espaldas de cualquiera de los fuertes bogadores, que ya sabían avanzar con las debidas precauciones para substraerse al terrible enemigo. Los remansos, las aguas dormidas, también debían ser evitadas por el piloto, ya que servían de guarida a enormes saurios, siempre hambrientos y en busca de una presa.

Finalmente, no debía encontrarse la playa demasiado cerca del «matto», ya que, de noche, la vecindad de las selvas no resultaba muy segura. Por ellas campaban multitud de serpientes de las especies más peligrosas; jaguares, temibles como tigres, y multitud de otros «bichos» que, aun no siendo temibles como los anteriores, resultaban una compañía muy poco agradable. En cambio, distanciándose 3 ó 400 metros de la selva, nada había que temer. El fuego del campamento mantenía a raya a tan poco recomendables vecinos, y si alguno de ellos, más osado o más hambriento que los demás, llegaba a acercarse demasiado a pesar de todo, cualquier «barqueiro» tenía tiempo de apuntar y enviarle una bala con la suficiente precisión para detener instantáneamente al atrevido.

Como se ve, la ciencia de escoger un buen campamento no era de las más asequibles, constituyendo la piedra de toque de los pilotos.

Para la primera noche, no tuvimos dificultad en la elección; entre los dos peligros que nos amenazaban, tratábase de escoger el menor y más incierto. La violencia del aire aumentaba a cada instante, y el Araguaya se rizaba progresivamente, haciendo balancearse a nuestra pobre embarcación como si fuera un muñeco de paja, hasta el punto de que, en un momento dado, dejó de obedecer al timón, en vista de lo cual, para evitarnos ir a fondear bajo las aguas, optamos por caer sobre la playa lo más de prisa y menos mal posible.

Nos favoreció la Providencia, permitiendo al valiente Jerónimo atracar en un remanso donde las aguas permanecían menos agitadas, y donde el «Santísimo Rosario» estaría más al abrigo del viento. Además, la playa pareciónos bastante acogedora: hacia arriba estaba limitada por el bosque, pero en sentido inverso, alejábase constantemente hasta llegar a un punto donde sólo se distinguía en un lejano impreciso. En el sitio escogido para el vivac, la selva se encontraba a unos 100 ó 150 metros de distancia; lo bastante para garantizarnos contra las bestias malignas, siempre que nosotros velásemos para evitar una sorpresa.

En cuanto el «Santísimo Rosario» hubo tocado tierra, dió el piloto sus órdenes con rapidez y precisión tales, que hubieran hecho honor al comandante de un acorazado.

—Nunca he atracado en este sitio, pero la playa me parece bastante buena y, sobre todo, no hay que entretenerse en cavilaciones; la tormenta va a estallar y será terrible por cierto. Tomemos, pues, nuestras precauciones para guardarnos de la selva y del río.

»Tú, Joâo, que eres el más espabilado, cuídate del Padre y de la Capilla; erige la tienda, con cuidado de poner lo más fuertemente las estacas y la menor cantidad de tela posible, pues me parece que la tempestad va a ser horrorosa: como de «despedida da chuva».

»Vosotros, Manuel y Juliâo, id a buscar leña al bosque, mientras queda un poco de luz, y sobre todo ojo avizor y «façao» a la mano por lo que suceder pudiera. Cuando volváis del bosque, preparad unas tazas de café para calentarnos el cuerpo.

»Yo me quedaré con Patricio para amarrar fuertemente el «Santísimo Rosario» e ir sacando las provisiones y las armas necesarias para la noche.»

Aun no se había extinguido el eco de la última palabra del piloto, cuando ya estaban todos manos a la obra.

El hermano Antonio y yo colaboramos con el buen Joâo a levantar la tienda; de pronto estalló la tormenta con una violencia y brusquedad que nos desconcertaron. Las estacas de la tienda, todavía no bien clavadas, fueron arrancadas por el viento, y Joâo, ayudándose con los pies y las manos, tuvo el tiempo justo para cavar un hoyo en la arena y hundir hasta la mitad la maleta que encerraba la capilla.

— Siéntense encima y no tengan miedo, que yo estaré siempre al cuidado; voy a echar una mano al piloto para sostener la barca.

Caía la lluvia a torrentes. Lo mismo nos hubiera sido colocarnos bajo una cascada, soportando el aluvión sobre las espaldas y la cabeza descubierta; ya que para evitar que el aire se lo llevara, nos vimos precisados a guardar el sombrero entre las piernas. Las gotas de agua eran proyectadas con tal violencia, que sobre el rostro y las manos nos causaban el efecto de granos de arena lanzados con fuerza. En fin, que recibimos gratis, en el desierto, y a noche cerrada, una ducha que no olvidaremos fácilmente. Durante aquel tiempo no dejaron de oirse los rugidos de los truenos, sordos y prolongados a veces, otras, como brusco e impetuoso estampido que atemorizaba a los más valientes.

Sucedíanse los relámpagos, rasgando las tinieblas de la noche con inmensas lenguas de fuego. A su fulgor siniestro vimos inclinarse toda la selva, lo mismo que si hubiera estado constituída por una masa. Hubiérase dicho que, conscientes del peligro, los árboles se aproximaban unos a otros, se unían, mezclando sus ramas par formar un todo e inclinaban sus altas copas a fin de no atraer sobre sí el rayo. Sin embargo, en los momentos en que quedaba siniestramente iluminada la selva, veíamos caer gigantescos árboles fulminados por la centella; entonces huían algunas sombras, que venían a pasar ante nosotros en verginoso desfile: ¿eran ciervos, los pecaris, «guaras», o jaguares fugitivos? Imposible distinguirlo.

¿Obedecimos a un sentimiento medroso? ¿Fué, acaso, prudencia? No sé; quizá el deseo de encontrarnos más acompañados nos indujo a levantarnos y acercarnos al río y a nuestros compañeros, a quienes vimos hundidos en el agua y la arena hasta la altura de la rodilla, tirando con todas sus fuerzas de la cuerda que sostenía la embarcación, para impedir que fuese arrastrada por la corriente. Lanzarnos vestidos y calzados al agua y colaborar en la obra, todo fué la misma cosa. El instinto de conservación corrió más que el razonamiento silogístico, yendo directamente a la conclusión sin detenerse en detallar. Para nosotros aquella barca lo era todo o casi todo, pues guardaba los víveres, las arms y proyectiles; arrastrada por las olas, ¿en qué situación quedaríamos? Pues convertidos en nuevos Robinsones abandonados en aquellas playas desiertas, o peor quizá que el héroe de Daniel Foe, puesto que, a pesar del número, nuestro fin hubiera sido sucumbir al hambre o servir de pasto a las fieras. A veces, una oleada más fuerte o una rachada de aire más violenta nos hacíain perder pie y arrastrada unos cuantos metros la embarcación, teniendo luego nosotros un trabajo ímprobo para reconquistar el terreno perdido. Y así transcurrieron varias horas de angustia, en las que no cesamos de preguntarnos si la amarra no acabaría rompiéndose y si las planchas del «batelâo» no iban a desunirse bajo la presión del viento y de las olas. Finalmente una claridad más intensa iluminó el horizonte: no era ya un relámpago; ni cien de ellos hubieran producido tal efecto luminoso, sino una inmensa capa de fuego que iluminaba el firmamento y descendía a torrentes sobre la tierra, mientras sobre nuestras cabezas rugía el trueno pavorosamente, haciendo temblar el suelo bajo nuestros pies. Luego todo volvió a quedar tranquilo. La tempestad acabó sin transición, tan de súbito como se había presentado: cedió el viento, apaciguáronse los embates de las olas y brillaron las estrellas en el firmamento lo mismito que si nada hubiera sucedido.

Entonces me di cuenta de que el agua del Araguay estaba caliente, mucho más que durante el día. Dijéronme los «barqueiros» que siempre acaecía lo mismo al terminar la tempestad, añadiendo que el rayo calentaba las aguas del río. No quise intentar desengañarlos; tan convencidos se mostraban de ello, que hubiera sido perder lastimosamente el tiempo y el trabajo, precisamente cuando más teníamos que hacer. En efecto, si el agua del río mostrábase tibia, la avalncha que descargó sobre la tierra era todo lo contrario, y nuestros hábitos, pegados a la piel, nos daban una sensación de frío bastante intenso. Entonces tuve la convicción de que el Araguaya no estaba ni más ni menos caliente que en el transcurso del día, pareciéndolo únicamente por oposición al frío que nos azotaba en el resto del cuerpo.

Luego supe que los muchachos estaban en lo cierto — parcialmente cuando menos — equivocándose únicamente al atribuir una causa diferente al insólito calor de las aguas del río. He aquí lo que dijo el sabio geógrafo Eliseo Reclús: «Durante ciertos huracanes, el viento pasa de su velocidad normal para alcanzar los 45 metros por segundo, o sean, 162 kilómetros por hora. Esta rapidez formidable, y la consecuente frotación de las moléculas aéreas, explican perfectamente, *como Cicerón lo hizo observar hace dos mil años*, por qué la temperatura del agua es más elevada después de las tormentas (*De natura deorum*).

Sin filosofar sobre los orígenes de las cosas y los efectos de la tempestad, decidimos que, lo primero que se necesitaba, era poner a secar nuestras vestiduras. La recolección de leña pronto estuvo hecha, pues el huracán había llevado al límite del bosque todas las ramas secas que en él había. Encendió un gran fuego el piloto, y entonces los valientes «barqueiros», que no tenían por vestido más que la camisa y los pantalones, encontraron muy natural quitárselos simultáneamente y ponerlos a secar al amor de la chispeante llamarada. Mientras procedían a tal operación, cantaban y bailaban alrededor de la hoguera como verdaderos pieles rojas, sin que les pa-

sara por la imaginación la idea de que pudiéramos encontrar un tanto raro aquel vestido prehistórico.

Por nuestra parte, juzgamos preferible operar sucesivamente y por secciones, lo que si bien era un poco más largo, nos pareció más civilizado. Guardando, pues, los vestidos interiores, nos desnudamos de nuestros hábitos, suspendiéndolos encima de la hoguera, a lo que todas las manos se prestaron gustosamente. La llama y el aire caliente inflaron la estameña como un globo, y en pocos minutos estuvo completamente seca; en vista de ello volvimos a ponernos los hábitos, dando la vez a las ropas interiores.

Cuando todo estuvo bien seco, notamos que el apetito se había desarrollado con las emociones y las fatigas, y los «barqueiros» hicieron asar algunos trozos de «carne secca», comiéndoselos a dos carrillos luego de haberlos rebozado con harina de manioc. Yo me contenté con una buena taza de café, y me tendí a descansar sobre una piel de toro, mientras escuchaba las historias que los «barqueiros» explicaban, a cual más asombrosas.

— Aquí — decía uno —, durante una tempestad, el rayo aniquiló toda una «conduçâo», hombres y bestias. Allí — agregaba un segundo — fué todo un rebaño de bueyes que huían del huracán, los que cayeron par no levantarse más. Pues más abajo — proseguía el tercero — fué arrancado de cuajo todo el bosque por la violencia de la tempestad.

Era cosa de ver el gesto de convicción de los narradores y los ademanes ampulosos con que acompañaban sus palabras. Me acometieron ganas de sonreir, pero ello hubiera constituído una ofensa para los pobres muchachos, sin contar que, lo visto recientemente, prestaba ciertos visos de verosimilitud a cuanto ellos decían.

Cuando todos hubieron contado sus historias, quise, a mi vez, echar un cuarto a espadas y explicar algo leído, no en un romancero ni cosa por el estilo, sino escrito por un explorador célebre. Tan sólo — y esto lo confieso ahora — para hacer más animado el relato, y de más actualidad — hice a dos generales brasileños héroes del mismo, en vez de otros dos peruanos y desarrollándose la escena en el «Sertâo» en vez de los Andes. La substitución, además, no tenía nada de extraordinario, puesto que las tormentas del Brasil serían, ni más ni menos, como las del Perú, y no digamos nada en cuanto a los hombres, que por muy generales, soldados o simples rancheros que fuesen, por todas partes son idénticos.

He aquí lo dicho por el mencionado explorador, dando un idea de lo que son aquellos vendavales:

«Dos generales, partidos de Lima, atravesaban juntos los Andes. Bruscamente descargó sobre ellos una tempestad de granizo; la centella surcaba el espacio a cada instante, y la tierra, puesta en contacto con la electricidad del éter, despedía sendas llamaradas. En fin, el azote del viento llegó a ser tan fuerte, que ambos generales creyeron verse arrastrados con sus monturas, por lo que buscaron ansiosamente un abrigo, sin que sus ojos lo hallasen por ninguna parte.

»Junto al camino extendíase un dilatado estanque.

»— Mira — dijo uno —, quizá dentro del agua estaríamos mejor. Cuando menos al abrigo del viento y de los rayos.

»— Excelente idea. compañero — respondióle el otro —. Entre dos males, optemos por el más leve.

»Sin más, echaron pie a tierra y hundiéronse ambos generales en el agua, hasta quedar solamente con la cabeza fuera del líquido, con lo que su protección no resultaba tan absoluta como hubieran deseado. Sumergíanla también a cada exhalación, envidiando a los míseros habitantes del estanque, a quienes la necesidad de respirar no les obligaba a reaparecer en la superficie.

»El terror de nuestros hombres redoblóse al ver caer, fulminadas por el rayo, a sus monturas, no lejos de donde ellos habían encontrado tan húmedo retiro. Al creerse perdidos, quisieron encomendar a Dios sus almas.

»Temblando sus voces, pusiéronse a orar, acompañando sus rezos con frecuentes «mea culpa».

»Aunque resignados a morir, nuestros dos viajeros hacían muy a menudo más o menos prolongadas inmersiones de cabeza. De cara a la muerte, volvieron a sentirse creyentes como en la niñez. Por fin cesó la tormenta sin que el rayo hubiera causado en sus personas el más leve daño. Sin embargo, quedaban sin caballos, sin víveres ni vestidos para cambiarse, debiendo recorrer a pie, en el estado lamentable en que se hallaban, leguas y leguas, antes de llegar a la primera vivienda de humanos. Cuando franqueaban la puerta, eran ya completamente blancos sus cabellos: una sola tempestad habíales envejecido más que diez batallas.»

— Es cierto — exclamó Joâo —. Si hubiésemos acertado a meternos en el agua, ningún peligro habríamos corrido y por ello no habríamos quédado ni más ni menos mojados que ahora.

— Pero — contestó el piloto — el Araguaya crecido no es ninguna «lagôa», y antes de dos segundos se nos hubiera llevado la corriente. A mí me parece que vale más que le mate a uno el rayo que perecer ahogado; ¡es más limpio y más rápido!

— Gracias a Dios, dije a mi vez, ni fuimos ahogados ni fulminados, por lo que debemos dar las gracias a la Santísima Virgen que tan manifiestamente nos ha protegido. Creo que ya es hora de que recemos y de tomarnos luego un punto de reposo.

Nos arrodillamos, entonando el «Salve Regina», mirando a las estrellas. Poco después, envueltos en las pieles de toro, dormíamos uno junto a otro, para no despertarnos sino hasta la mañana.

## CAPÍTULO XII

ALTAR DE MISIONERO. — OLVIDO E IMPREVISIÓN. — POESÍA Y PROSA DEL ARAGUAYA. — GRANDES... FLAMANTES ROSAS. — NIDOS DE TORTUGA Y DE COCODRILO. — NUBES DE MOSQUITOS. — SUPLICIO DE TÁNTALO, IMPOSIBILIDAD DE TOMAR NI UN BAÑO DE PIES EN EL RÍO. — DOS ENEMIGOS TERRIBLES: LOS «PYRANHAS» Y LAS «ARRAYAS».

Miércoles, 26 de abril —. Empezaba el sol a surgir en el horizonte, cuando nos despertamos. Después del cansancio de la víspera y de las emociones causadas por la tempestad, dormimos cuatro horas sobre la arena, sin que nada viniese a interrumpir nuestro sueño.

En el «Sertâo», en los bosques o en las riberas de los grandes ríos, pronto se halla uno arreglado, puesto que religiosos, «camaradas» y «barqueiros» dormíamos siempre vestidos y, a veces, calzados y todo. Por lo demás, resulta más cómodo y más limpio, tratándose como entonces de dormir sobre pieles de toro y hamacas ya utilizadas por varias generaciones de durmientes.

En un santimén pusimos mis dos maletas, una sobre otra, cubriéndolas con una manta de viaje a grandes cuadros rosa y azul, formando así un altar. Sobre el mismo colocamos la piedra sagrada con los mantelillos estrictamente reglamentarios y todo estuvo dispuesto para el Santo Sacrificio. La crucecita que habitualmente llevan al pecho los misioneros — en este caso, la mía — fué suspendida al extremo de un hilo de caña de pescar, y ésta clavada en el suelo. Entonces comencé la Misa, vuelto en dirección de la corriente, o sea, la de Conceiçâo do Araguaya, que era nuestra tierra de promisión. Los «barqueiros», devotamente arrodillados en la arena, asistían al Santo Sacrificio y echaban una mano al fuego o al café.

La misma operación fuése repitiendo hasta el término del viaje.

Al terminar la misa guardamos cuidadosamente lo que había servido para la celebración del Oficio Divino, en total veintisiete objetos que no debían sufrir extravío ni deterioro, pues cualquier distracción podría privarme de celebrar la Santa ceremonia en los días sucesivos.

Cuando todo estuvo bien contado y colocado, me uní a los «barqueiros» para tomar una taza de café que en nada se parecía al que tomamos en Europa. ¿De dónde provenía aquella diferencia ventajosa para el Brasil?

¿Acaso los granos eran más frescos y mejorados al no haber sido almacenados años y años de uno a otro sitio? ¿Era porque la tomábamos en seguida que se hacía? ¿Era la manera de prepararlo, propia de los «camaradas» y los «barqueiros»?... ¿o simplemente porque los pobres misioneros, faltos de todo y extenuados por el cansancio, estábamos dispuestos a encontrarlo bueno? No sabría decirlo, pero sí afirmar que en parte alguna me pareció el café tan exquisito como en el Brasil. Cuanto en Europa se bebe comúnmente denominado café, no se parece más al brasileño que una botella de mal vino, a otra de puro néctar malagueño.

Mientras saboreábamos una, dos y hasta tres «jícaras» de aquel café, charlábamos animadamente con los «barqueiros», de los incidentes de la víspera.

De pronto Jerónimo, el piloto, púsose repentinamente serio, y acercándose a mí, dijo respetuosamente:

— Padre, he cometido una falta de la que ahora me doy cuenta, y arrepentido, quiero confesarla. Vencidos por el cansancio y el sueño, nos dormimos sobre la arena, sin curarnos de alimentar el fuego necesario ni tomar las armas y proyectiles, que se quedaron en la «canoa», mientras nosotros nos hallábamos expuestos a sorpresas bastante desagradables.

¿Qué habríamos hecho sin fuego y sin armas, si una «onça» (jaguar) se acercaba a visitarnos o si un «jacaré» se aventuraba en la playa? Todo ello contravenía el primer artículo del reglamento de viaje, y todos debíamos cuidar de que no se repitieran olvidos que podían costarnos caros.

Pero Joâo, que parecía haber regado su infancia con agua, no del Araguaya, sino de cualquiera de los ríos más conocidos en Europa, respondióle en seguida:

— No te preocupes, Jerónimo. Tú me conoces y sabes que no me gusta «darme lustre»; pues bien, yo te prometo que si un jaguar nos acosara, estas manos que ves aquí le retorcerían el pescuezo lo mismo que a una gallina. En cuanto al cocodrilo, de un revés de «facâo» le habría cortado la cola y hubiéramos tenido un buen plato para el almuerzo.

(No se extrañe el lector. Según parece, la cola de los saurios es en aquellas latitudes un manjar muy buscado.)

Joâo habló con tal naturalidad, talmente convencido, que nadie pensó en mofarse ni protestar.

— No importa — concluyó Jerónimo —; se ha cometido una imprudencia y yo soy el responsable. Padre, es la primera vez que esto me sucede y por mi honor de piloto del Araguaya, prometo que será la última.

Cuando hubo dicho lo que antecede, dió la señal de partida, y el «Santísimo Rosario», al aire su her-

moso pabellón, hizo proa hacia Conceiçâo do Araguaya.

Aquella y las sucesivas jornadas, se sucedieron sin incidentes de importancia. Sin embargo, hice aquella mañana un descubrimiento que no tenía nada de halagüeño en cuanto a la seguridad de la prosecución del viaje.

Interrogando a los «barqueiros» sobre lo que podría suceder si la embarcación había sido perjudicada por la tempestad, supe, con gran estupefacción, que ninguno de ellos había previsto nada en tal sentido, ni llevado herramienta alguna para reparar cualquiera deficiencia, ni un clavo, ni nada, absolutamente nada, ni siquiera un trozo de cuerda o un poco de algodón para cerrar una vía de agua, ni un trozo de madera, ni un hacha o un martillo. Sin embargo, bien sabían todos que teníamos para veinte o veinticinco días de navegación sobre un río desbordado y a través de una región en la que era de todo punto imposible procurarse lo más mínimo. Entre los «barqueiros» el proceder así no significaba olvido, sino despreocupación, costumbre, y, naturalmente, los muchachos mostráronse sorprendidos en extremo.

Nos hallábamos, pues, a merced de cualquier eventualidad desdichada. Que la quilla de la embarcación fuese a tropezar con cualquiera de aquellas rocas traicioneras ocultas por el agua de las grandes crecidas, o, simplemente, que chocara con cualquier tronco de árbol a la deriva, que las planchas mal unidas se desprendieran, y podríamos encomendar a Dios nuestras almas.

Como para justificar nuestros temores, abrióse una pequeña vía de agua bajo el esfuerzo de los remeros y la presión de la corriente. Para cegarla hubimos de hacer tiras un par de pañuelos que pasamos al piloto, a fin de que éste cubriese la grieta. Poco después cedió una de las traviesas principales, cosa muchísimo más grave que la anterior, por cuanto dependía de ella todo el armazón del «batelâo»; con cuatro buenos tornillos hubiérase arreglado todo a maravilla, pero ¿dónde hallarlos? Ni siquiera teníamos un clavo miserable. Mientras tanto, el tiempo corría, aumentando el peligro, ya que si la traviesa llegaba a ceder todas las planchas se desunirían y, claro está, el baño hubiera sido inminente.

Pero la necesidad aguza el ingenio, y con presteza notable pusimos la hoja de un «facâo» entre las maderas de un cajón destinado a transportar estatuas, y logramos arrancar una de ellas lo suficientemente bien provista de clavos para permitirnos echar un remiendo a la traviesa. Nos faltaba martillo y las cachas del «facâo», ayudadas por el tacón de los zapatos, hubieron de llenar las veces de aquél; pero, en fin, pudimos subsanar los desperfectos, por los medios empleados en la chapuza.

El orden del día en nuestras jornadas, quedó así establecido para todas las que nos quedaban de viaje por el Araguaya:

Por la mañana, a primera hora, celebración de la Misa, toma de café y marcha. Hacia el mediodía, tomaríamos tierra para que los «barqueiros» tuviesen más facilidad al cocer el arroz y la «carne secca». A la una y media reemprenderíamos la marcha, que terminaría con la puesta de sol, en una playa bien escogida por el piloto, en la que pernoctaríamos. Tal forma de viajar tiene aparentemente sólo atractivos y no diré lo contrario, en parte.

Nuestra embarcación resbalaba majestuosamente sobre el Araguaya. Con hábiles maniobras manteníala el piloto en medio de la corriente de forma que los remeros no tenían sino que hacer un leve esfuerzo para imprimir al «Santísimo Rosario», una velocidad notable.

A derecha e izquierda extendíanse corrientemente inmensas selvas vírgenes, pobladas de pajarracos de rico y vistoso plumaje. Sobre la playa, veíamos pasearse gravemente centenares de zancudas, ibis, flamencos rosas y otras grandes aves cuyos nombres ignoramos, todas blancas como la nieve de nuestras montañas. Otras veces eran legiones de gaviotas blanquinegras que se abatían contra las aguas, lanzando agudos chillidos; en ocasiones fueron los patos salvajes — de tamaño aproximado al de las ocas — los que se cernieron sobre nuestras cabezas, en fila india, emitiendo su grito monótono bien conocido: marrac-marrac, marrac... del cual, por onomatopeya, les proviene el nombre de «marrecas» en vez del de patos. Se nos aproximaban en tal cantidad, que no se necesitaba ser un tirador prodigioso para derribar unos cuantos de un solo tiro, constituyendo los caídos un suplemento agradable para la «carne secca» ingerida forzosamente mientras el viaje durase.

Del cauce del río veíamos surgir los cocodrilos, que, de lejos, parecían como enormes troncos de árboles que flotasen. Cuando nos acercábamos a ellos, inmergíanse con sordo murmullo, yendo a aparecer en seguida a dos o tres kilómetros de distancia. De vez en cuando aparecían enormes cabezas de peces — parecidos a los toros de mar —, que subían a la superficie para aspirar el aire y dar un vistazo como escrutando el horizonte. En cuanto cualquiera de nosotros iniciaba el ademán de echarse la escopeta a la cara, hundíanse lanzando una especie de gruñido, merced al cual los karajas dieron en llamarles «bouhaa».

Cerca de las riberas, en los sitios donde la profundidad era ya regular, y los ribazos cubiertos de abetos, anidaban grandes nutrias («ariranhas»), de especie desconocida en Europa, cuando menos por su tamaño. En efecto, medían hasta un metro y medio — y más quizá en ciertos ejemplares — de la cabeza a la cola. Parecían estar constituídas en grupos o familias, y eran las más voraces y temibles vecinas del río. Nada ni nadie podía resistirlas, por cuya causa los indígenas denominábanlas «ariranhas». Eran curiosas por naturaleza, y gustaban de ver cuanto en el río pasaba, pero todavía eran más recelosas y veloces. Manteníanse a respetable distancia de nosotros, y como quiera que no se podía disparar sobre ellas sino con bala, resultaba muy difícil darles caza. Jerónimo con-

siguió, sin embargo, matar una de ellas, pequeñita de tamaño y de edad, e inexperimentada por lo mismo. Su piel ha sido evaluada en Francia en más de quinientos francos.

Un día presenciamos un hecho bastante singular. A la orilla del río, en un sitio donde las aguas parecían dormir, toda una familia de «ariranhas» jugueteaba plácidamente, persiguiéndose, desapareciendo en la profundidad, para reaparecer algo más allá, divirtiéndose, en fin, como chiquillos en días de holganza. En la misma orilla, una boa enorme, medio enroscada al tronco de un árbol, observaba tranquilamente a su presa, hasta que de pronto la mitad anterior de su cuerpo extendióse como una tira de goma y sus temibles dientes fueron a clavarse en una joven nutria que había cometido la imprudencia de pasar demasiado cerca del reptil. ¡Pobre boa!, ¿qué hizo? Sin duda tuvo una mal inspiración, pues, en efecto, a los gritos de la imprudente, púsose toda la familia en plan de batalla, y rápidas como el rayo, antes de que la boa tuviera tiempo de prevenirse y volver al árbol, cayeron despiadadamente sobre ella y a dentellada limpia despedazáronla como una salchicha vulgar, a pesar de sus escamas. Unos instantes duró solamente la tragedia; los indios no se equivocaban al decir que las «ariranhas» eran las terribles «onças» del Araguaya.

Sobre el mismo río distinguíanse también numerosas tortugas de diversas especies y tamaños. Pequeñas las unas, vestidas en colores naranjo o encarnado, otras, enormes, cuya caparazón medía más de un metro, su peso iba más allá del centenar de kilos, constituían un plato delicioso, siempre que se supiera prepararlo.

En la estación propicia reuníanse dos o tres de ellas para depositar sus huevos en el mismo nido, es decir, en el mismo agujero practicado en la arena de la playa, donde el sol brasileño hacía las veces de incubadora. El número de huevos depositados en el mismo nido oscila de uno a dos centenares, y los colocan con tal acierto, que si se llegaran a sacar del escondite, resulta imposible hacerlos caber luego en el mismo agujero. Ya puede uno devanarse los sesos, hacer las mil y una combinaciones, que nunca llegará a ponerlos cual estaban. Como las abejas hallaron desde el primer momento — transmitiéndola después de una a otra generación — la figura geométrica que les permite ocupar el menor espacio posible en la colmena, así pasa con las tortugas respecto a sus huevos. Y — se nos ocurrirá preguntar — ¿cómo es que la tortuga, desmañotada en apariencia, molesta por su caparazón, puede colocar sus huevos en orden tan perfecto? No somos nosotros quienes podamos explicarlo.

No es tan sólo por la matemática disposición de sus huevos que se manifiesta el instinto de la tortuga, sino en el procedimiento empleado para esconderlos, substrayéndolos a la avidez de sus numerosos enemigos, entre los cuales figura el hombre como uno de los más temibles.

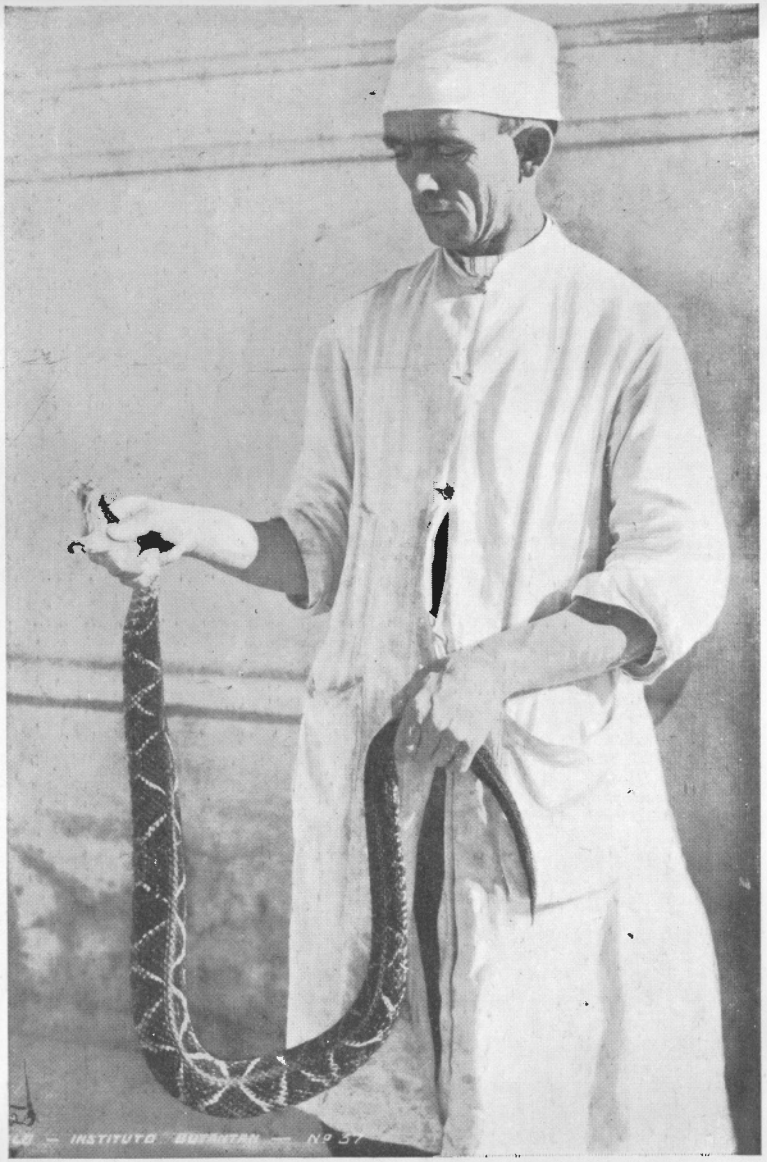
Luego de haberlos cubierto con una capa de arena, paséase sobre el nido hasta nivelar absolutamente el suelo de manera que ni el ojo más experimentado, ni aun los de los propios indios, conoce el punto donde se halla oculto el tesoro. Sin duda las huellas dejadas por la madre al arrastrarse hacia el río, debieran marcar al hombre el sitio aproximado en que se halla el nido, pero no sucede así. El instinto del animal provee una estratagema para desorientar a sus enemigos, y la tortuga, en vez de dirigirse directamente al agua, corre en todas direcciones, y, como el conejo en la nieve, enredará de tal manera sus huellas, que ni el más hábil y práctico logra dar con su paradero. El buscador se verá, pues, obligado a tomar un bastón y hundir la contera en la arena para saber, si acaso, el punto donde fué removida recientemente.

En cuanto el sol, que hace las veces de incubadora artificial, ha fecundado los huevos, las tortuguitas empiezan a agujerear la cáscara del huevo, asistimos a otra maravilla del instinto maternal. Junto al huevo fecundado, del que nació la tortuga infante, su madre puso otro cuya albúmina sirve de alimento — de leche, digamos —, para la recién nacida, a la que cualquier otra cosa fuérale indigesta. En cuanto el animalito absorbe aquel alimento, cuenta ya con bastantes fuerzas para desafiar los peligros de la vida; en cualquier sitio y de la forma que haya nacido, oriéntase inmediatamente con mayor seguridad que el mejor astrónomo, yéndose derechita al río, sin equivocar jamás el camino.

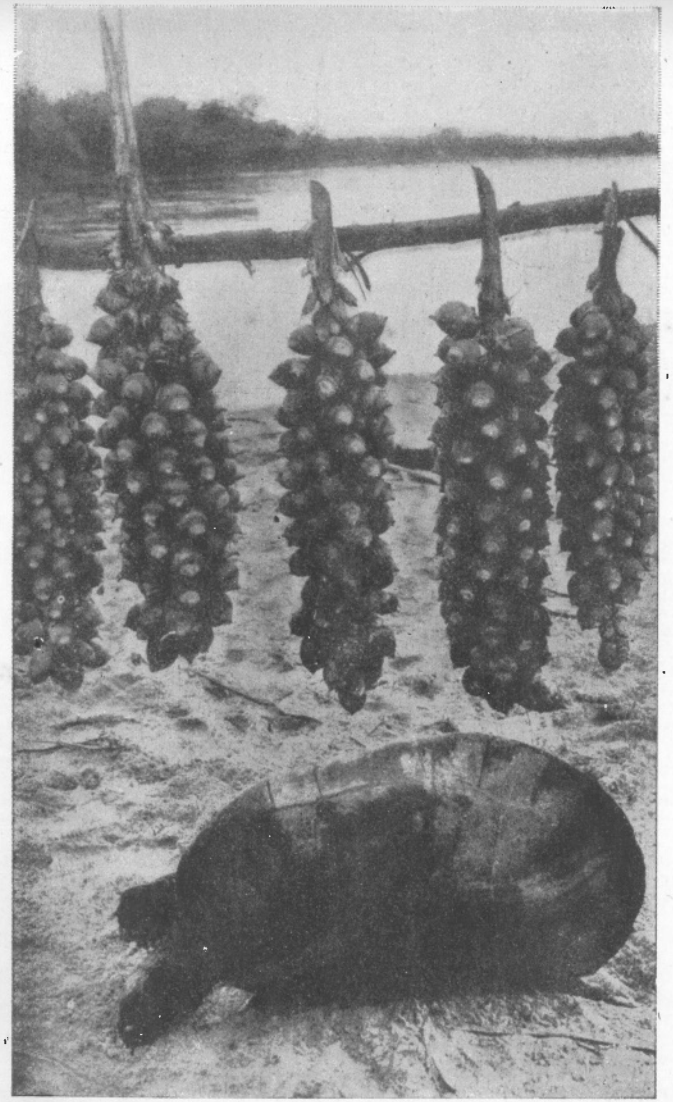
En aquellas admirables playas del Araguaya, no tan sólo eran las tortugas quienes nos daban lecciones de arte, de prudencia y previsión maternales. También los cocodrilos podían dar lecciones a los criadores más experimentados.

Los «jacarés», si bien es verdad que habitualmente viven en el río, van a poner sus huevos en tierra firme; mas para aquellos óvalos de recio caparazón estriado como la lima de un herrero, los rayos de Febo no resultan eficaz incubadora. En efecto, hundidos en la arena, el calor del sol llega hasta ellos lo bastante debilitado para que los futuros anfibios no puedan desarrollarse totalmente. Por otra prte, caso de abandonarlos simplemente sobre la arena, durante el día los quemaría el sol, resultando excesiva la temperatura, lo que con el brusco salto al régimen fresco de la noche, sería el aniquilamiento del nuevo germen de vida. ¿Qué hace, pues, el «jacaré» en tal circunstancia? Por sí mismo está imposibilitado de incubarlos, ya que su pesado cuerpo tan sólo serviría como apisonadora, sin que su fría corteza pudiera prestarles ni un ápice de calor. Pero lo que no puede hacer con el cuerpo lo hace con los ojos, como decían los muchachos. ¿Con los ojos? — se me preguntará —. ¿Acaso los de los saurios brasileños tienen la propiedad de lanzar llamas en vez de ir derramando lágrimas? ¡De ninguna manera! Y la explicación es bastante sencilla.

Quedamos en que el cocodrilo tiene por costumbre ir a depositar sus huevos sobre la arena de la playa, en sitio bien expuesto al sol. En seguida cúbrelos con ho-




12. — La terrible y venenosa serpiente «jaraca» o «jararacuçu»



13. — Racimos de cocoteros o grandes palmeras de la selva. Una tortuga de grandes dimensiones

jarasca medio putrefacta y con detritus de toda clase, no por una arbitrariedad, sino obedeciendo ya a un plan preestablecido. Los detritus impiden que durante el día llegue el calor del sol con demasiada intensidad y abrase los huevos, al tiempo que durante la noche el calor que se desprende de todas aquellas materias en putrefacción los guard en una temperatura suficiente.

¿Y los ojos, para qué le sirven? Pues muy sencillo. El pequeño montículo formado por la hojarsca recela el sitio donde se hallan los huevos, constituyendo un punto de atracción para los enemigos; por esa causa la digna mamá se coloca a unos cuantos metros del nido, dando la guardia sin pestañear hasta el fin de la gestación de sus hijuelos: por eso dicen los karajas que los incuban con los ojos.

Desgraciado del que osare — hombre o animal — acercarse al nido así guardado. Pronto harían presa en él las terribles quijadas del saurio, y lo convertirían en perfecto picadillo.

Así, pues, tales viajes a lo largo del Araguaya son tan instructivos como interesantes y agradables. No sé de nada más hermoso que dejarse resbalar sobre la corriente, protegido de los ardores dèl sol por una «tolda» de hojas de palmera y admirando todas las maravillas de la creación, cuyos aspectos cambian a cada instante. Nada existe que reuna los encantos de un vivac sobre la playa, y dormirse arrullado por los murmullos del caudaloso río, mezclados con los de la selva, contemplando las estrellas de aquel cielo, entre las que destaca la fulgente «Cruz del Sur», que se yergue sobre la cabeza del viajero ofreciéndole protección y bienaventuranza.

Pero ¡ay!, que esta medalla también tiene su reverso, y junto a la poesía encontramos la prosa triste y ramplona de todos los días y todos los momentos, que en la mayoría de las ocasiones impedíanos contemplar a nuestro sabor tales maravillas.

Durante el día tuvimos que contar con espesas nubes de moscas — pequeñas como cabezas de alfileres —, que se ponían traidoramente sobre nuestras manos y rostros, o allá donde podían hallar un trozo de epidermis al descubierto. Inmediatamente afluía una gotita de sangre al pinchazo, notándose como una sensación de quemadura, con la agravante de sernos imposible rascar o frotar la parte afecta, ya que sólo se lograba con ello aumentar el escozor y producirse una llaga de difícil curación, o algo peor todavía.

Los mosquitos parecen querer competir con aquellos otros insectos, y todos succionan a más y mejor la sangre del pobre viajero, cuyos rostros y manos pronto semejan una espumadera. El sol no hace más que aumentar la sensación de quemadura causada por los mil picotazos recibidos, por lo que — a pesar de las temperaturas de 54 y hasta de 58 ó 60 grados centígrados — hay que aguantarse y envolver cara y cuello lo mismo que para recorrer las estepas siberianas. Lo único susceptible de mitigar la quemazón es la saliva, razón por la cual se halla el viajero constantemente obligado — lo que no es muy poético, en verdad — a llevarse el dedo a los labios y humedecer la parte afecta por los malditos insectos, «bichos damnados», como los llaman los indígenas.

A la puesta del sol desaparecen los primeros como por encanto, dando pie para creer en un descanso merecido, pero ¡cuán poco duran las ilusiones en este mundo! En cuanto se salta a la playa, los mosquitos se hacen más numerosos y agresivos. Son verdaderas legiones zumbantes que se meten por todas partes: boca, oídos, narices... haciendo imposible e inútil la defensa. Ya puede uno propinarse buenos cachetes sobre la cara, cabeza o las manos, queriendo aplastar contra ellos a los insoportables huéspedes, que sólo se obtiene abofetearse bonitamente sin llegar a alcanzar a los astutos animaluchos. Además, para cada uno que se logre dejar fuera de combate, hay un millar que viene de refresco. ¿Qué hacer? Sin embargo, es necesario conciliar el sueño. Los «barqueiros» cavaron un hoyo en la arena y allí se hundieron vestidos, lo mismo que en una tumba, cubriéndose luego la cara, manos y pies con las más recias telas que pudieron hallar.

Nosotros hubimos de contentarnos con dormir sobre la hamaca, bien cubiertos por una gasa a modo de mosquitero, con lo que pudimos contener bastante el ataque de los obstinados enemigos, quienes no se resignaban, a pesar de todo, a la pérdida de su presa. Hasta la media noche aproximadamente, hubimos de soportar un zumbido similar al que se percibe junto a una colmena. Algunos, incluso, hallaron el medio de perforar con su afilado aguijón el fondo de la hamaca. los hábitos y demás ropas con que nos cubríamos, llegando así, traidoramente, hasta las partes carnosas y nos despertaban como si hubiésemos sido pinchados por una aguja de acero.

Hacia la una o las dos de la madrugada, el fresco adormece un poco a los «bichos damnados», dando un punto de reposo al viajero.

Además, el calor tropical pronto determina una erupción en todo el cuerpo, y particularmente en brazos y piernas, donde surgen infinidad de granitos rojizos que, uniéndose a las picaduras de los insectos, dan la sensación de hallarse envuelto en un cilicio recubierto de puntas de alfiler; a esos granitos llámanles en el país «brotoejas».

En tales condiciones, tomar un baño en el Araguaya hubiera sido un gran alivio para nosotros, mas ello era imposible, a menos de rodearse de las precauciones que solamente los indios o los «barqueiros» sabían tomar. Un novicio como nosotros, debía temerlo todo de las «piranhas». En cuanto llegamos a la isla do Bananal, nos advirtieron los «barqueiros» cuán arriesgado era tomar un baño en el río, erizado por mil peligros en aquellas regiones.

Ellos procedían en la siguiente forma: con sus ojos experimentados escrutaban primeramente las aguas, y luego, cuando juzgabn oportuno el momento, dejábanse caer, manteniéndose fuertemente asidos a la barca, sobre la que volvín a colocarse haciendo una rápida y fuerte contracción muscular. ¿Quién era aquel ene-

migo mucho más respetado que los propios cocodrilos? Pues nada más que las «piranhas».

Un día, cerca de las doce, mientras los «barqueiros» preparaban la comida, fuíme, provisto de una caña y bien calzado, a la orilla del río, esperando que algún pescadito incauto fuese a gustar el cebo que le ofrecía. Apenas cayó el anzuelo al agua, capturé un hermoso pez escamado en blanco y rosa, por el estilo de las truchas de nuestro Pirineo. Muy satisfecho de la victoria, dispúseme a colocar el inquieto animal sobre la arena de la playa, con intención de asirlo convenientemente y entregárselo al buen Patricio — jefe de cocina de la expedición — cuando el piloto, que adivinó mis intenciones, colocóse junto a mí de un salto prodigioso, y asiéndome por la muñeca, contuvo mi gesto.

— ¡Por favor, no lo toque! ¡Es una «piranha» — me dijo.

A mi vez, miré al piloto con gran extrañeza, mientras le decía:

— ¿Una «piranha» ese lindo pez? Así, pues, no son unos animales tan fuertes y terribles como dieron en presentármelos.

— ¡Oh, no se fíe usted, Padre! — continuó Jerónimo —. Mire, fíjese.

Asestó un formidable golpe de remo, dejando medio muerto al pescado, que tomó luego en su mano diestra con mil precauciones, en tanto que con la izquierda presentábale una rama gruesa como el dedo de un hombre y de una madera «durísima», como dicen allá en el Brasil. De un solo dentellazo seccionó la «piranha» el trozo de madera, igual que hubiese podido hacerlo el filo del hacha de un leñador.

Me crei viendo visiones, y sin poder dar crédito a mis ojos.

— Observe — me habló Jerónimo — que está medio muerta y no goza de entera libertad de movimientos. ¿Qué hubiera hecho con su mano, Padre, si usted se hubiese atrevido a cogerla vivita y coleando?

Aquellos argumentos no ofrecían réplica, y hube de aceptar la evidencia de su razonamiento.

Entonces comprendí el justificado pavor que inspiran las «piranhas» al hombre indígena.

Estos animalitos tienen las quijadas provistas de doble hilera de afilados dientes, recios como el acero, que engranan perfectamente unos contra otros y cortan de tajo, no ya la carne, sino hasta los más duros huesos de sus víctimas. Cuanto alcanzan es inmediatamente seccionado y engullido. Viven por grupos, y atacan a cuantos pobladores del río se les antoja. Hasta las mismas «ariranhas» temen a estos peces, y les dejan libre el campo. Ello no quiere decir que las terribles defensas de las «ariranhas» no den buena cuenta de las «piranhas», pero ¿cómo luchar contra el número? Mientras una de aquellas grandes nutrias mata cierto número de peces, centenares de éstos caen sobre aquélla, y, llevándose cada uno su parte, les basta con unos cuantos minutos para no dejar ni rastro de la enorme «ariranha». Es preciso ver a las «piranhas» en acción, para creer en su fuerza y voracidad.

Monseñor Domingo Carrerot me explicaba que habiendo derribado un enorme pájaro, de un tiro, fué a buscarlo a la orilla del río donde cayó. Anduvo hasta encontrarse a veinte o veinticinco pasos del ave; su presa, era, pues, cierta, de no haber estado por allí las «piranhas», que, atraídas por el ruido de la caída y la vista de la sangre, se precipitaron sobre el pájaro. Cada uno llevóse un trozo, y cuando Monseñor Carrerot fué a cobrar la pieza, tan sólo quedaban unas cuantas plumas; diez segundos bastaron a aquella legión de «piranhas» para destrozar y zamparse el pájaro.

Monseñor Carrerot añadía que en cierta ocasión una «piranha», aislada, perdida en uno de los afluentes del Araguaya, fué instrumento de la justicia divina. A orillas de aquel afluente vivía un colono poco virtuoso, cuya más bien mala conducta era la desesperación de su esposa e hijos. Un día en que atravesaba la corriente a nado para ir a una cita criminal, oyóse proferir una exclamación de dolor en el preciso momento que conseguía la orilla opuesta. Cayó pesadamente en la arena de la playa, perdiendo la sangre a borbotones por una herida que una «piranha» infirió, al nadador, los dientes de la cual llevároнse con la mayor facilidad el trozo que más le convino. Todos los auxilios fueron inútiles, y una hora más tarde moría el desgraciado, no sin haber pedido antes al Señor y a su familia perdón por todos sus yerros.

La carne de estos pescados tiene un gusto exquisito, parecido al de nuestro conocido salmón, por cuya causa los «barqueiros» gustaban de entregarse a su pesca en las riberas del Araguaya. Escogido el sitio, empiezan por batir el agua con la caña, echando después el anzuelo, que ni siquiera necesita llevar un cebo. Al percibir el ruido, las «piranhas» creen que alguna presa cayó al agua y corren formando apiñados grupos hacia el sitio donde creen hallarla, encontrándose con el anzuelo, que tragan, por lo general, instantáneamente; una vez conseguido esto, sólo queda al pescador izar la caña y depositar el animal en la arena.

Es necesario cuidar de que el hilo de la caña sea de acero precisamente, ya que sin tal precaución la «piranha» lo segaría, como hace hasta con el hilo de cobre.

Los «barqueiros» toman además la precaución de darle un buen tajo de «facâo» y separar la cabeza del resto del animal, con lo que se deja en situación de no hacer daño a nadie. Por mis propios ojos vi un día al buen Patricio cómo procedía con una «piranha» en la forma relatada, pero sin la precisión debida, por lo cual tan sólo perdió el pescado la quijada superior y un trozo de la cabeza. Según su costumbre, Patricio puso la «piranha» sobre la arena, dándose a raspar concienzudamente sus escamas con un cuchillo de cocina. Cuando tuvo limpia una parte, volvió el pescado según su costumbre, sin la menor precaución, y entonces la «piranha» que sólo esperaba el momento propicio, dió un fuerte coletazo, alargóse, y luego de haber hecho presa en la mano del cocinero con sólo

sus dientes inferiores, saltó al río, en cuyas aguas desapareció nadando como si tal cosa hubiérale sucedido. Miró el chico su mano ensangrentada, el río donde la «piranha» acababa de desaparecer, y fuése a tocar el trozo de cabeza y quijada que cerca de nosotros había quedado, para convencerse que no era víctima de una pesadilla.

Así, pues, compréndese lo sumamente peligroso que resulta bañarse en lugares frecuentados por las «piranhas». Pensamos que, cuando menos, siempre nos sería dable tomar un baño de pies a la orilla, en sitio donde la profundidad fuera escasa y por lo tanto, exento de las visitas de los temibles peces. Tampoco esto nos era dable, ya que andar descalzo por aquellas playas, equivale a buscarse un peligro mucho mayor que el de las «piranhas», pues allí donde no alcanzan aquéllas, escondíanse pérfidamente las temibles «arrayas».

Estos animales, son las rayas de agua dulce, comúnmente ocultas en la arena casi a flor de agua, siendo imposible a un profano adivinar su presencia. En el extremo de su cola, llevan el arma que las hace tan temibles, ya que rara vez se escapa con vida de sus ataques. Su cola, verdaderamente diabólica, termina en una especie de punzón como de siete a ocho centímetros, afilado como las delgadas tijeras de que se sirven las bordadoras. En realidad, al arma tiene más de esto que de lo primero y cada uno de cuyos palos está erizado de finas puntitas como de aguja, y fuertes como el diamante. ¡Desgraciado de aquel que llega a pisar uno de aquellos animales! En cuanto la «arraya» siente el contacto de un cuerpo, endereza su cola como un duro muelle, y hunde su arma en la pierna o en el tobillo, tras lo cual, abre las pinzas cuanto puede y las retira bruscamente, desgarrando con los pinchos de que están erizadas, carne, tendones, nervios y hasta los huesos, todo en menos de un segundo. Las heridas así abiertas, difícilmente se cierran, o quizá no cicatrizan jamás, llevando entre horribles sufrimientos a la invalidez y generalmente a la muerte.

Estos son los enemigos a los que continuamente se halla uno expuesto al pasear por las más hermosas playas del universo, por culpa de los cuales, a pesar de aquel régimen tropical y de las ininterrumpidas erupciones que nos cubrían el cuerpo, hubimos de resignarnos al suplicio de no podernos bañar en el río a causa de las «piranhas» ni pasearnos por la playa sin llevar puestas las botas de montar, en previsión de las «arrayas».

## CAPÍTULO XIII

DISTRACCIONES Y CACERÍAS DURANTE LOS DESCANSOS. — LA SERPIENTE «JARARACUÇU». — UN HERMOSO TIRO A LO TARTARÍN. — APARICIÓN DE LOS KARAJAS. — SU VESTIDO NACIONAL. — CONTRATO DE UN JOVEN KARAJA; SU FORMA DE PESCAR. — TOALETAS DE PIEL ROJA Y DE GRAN SEÑORA.

Exponerse a los enemigos más temibles, pero que se muestran, tales como el cocodrilo, el jaguar o la boa, contra los cuales puede uno defenderse y combatir, a veces, resultó una distracción para todos nosotros, invadiéndonos el contento cada vez que aprovechábamos una bala para desembarazar el país de seres dañinos. En cambio, nada tan molesto y desesperante como sentirse atacado por un enemigo invisible, cuya presencia nada revela, y que en un momento dado puede causar una herida mortal o quizá peor que si lo fuera. A fuer de sincero, he de confesar que jamás nos atrajo tal deporte, razón por la cual me paseé constantemente cubierto de cuero hasta los muslos, con lo cual, el ir y venir por la playa, pronto se me hizo cargante.

¿Qué hacer, pues, a mediodía y por la noche, mientras los «barqueiros» preparaban su yantar? Quedarse junto a ellos, expuesto a un sol achicharrante, no resultaba muy agradable que digamos ni prudente. Lo mejor era tomar la carabina e irse hacia los lindes del bosque, derribar — si era dable — algún pajarraco del que nuestro jefe de cocina pudiera sacar un buen plato, y saborear luego la victoria en toda la extensión de la palabra y el hecho. Sin embargo, aun armado hasta los dientes, no podía permitirme demasiado largas excursiones, a fin de no perder nunca de vista a los «barqueiros», y sobre todo, para no aventurarme en el «matto». ¿Quién sabe los enemigos que podrían asaltarme entre aquellas selvas vírgenes de la ribera del Araguaya?

En la segunda jornada de travesía, mientras los «barqueiros» preparaban la comida, nos adelantamos prudentemente presta la escopeta a disparar hacia los límites del bosque. De pronto, apercibimos enroscada sobre sí misma, y calentándose al sol, una gran serpiente de la que ni el nombre ni la especie nos eran conocidos; no ignorábamos sin embargo, que en aquellas regiones, la mayoría de los reptiles guardan un veneno peligroso. Llamamos a los «barqueiros».

— ¡Venid, venid pronto! ¡Hemos encontrado una serpiente enorme!

Al instante los tuvimos junto a nosotros. En tanto nos habíamos cercado cautelosamente, andando de puntillas, y cuando sólo nos separaban del animal unos cuatro o cinco metros, apuntamos nuestras armas, aguardando para disparar a que el reptil descubriese

la cabeza, oculta hasta entonces entre los anillos del cuerpo. El piloto, que fué el primero en llegar, me dijo:

— Padre, tire usted prontito y asegurándose bien para no errar; se trata de un «jararacuçu», es decir, de una de las peores serpientes que se conocen. Su veneno es tan activo como el de la serpiente de cascabel, y mata en pocas horas.

La serpiente en sí me pareció más temible que aquel crótalo, en virtud de su corpulencia muchísimo mayor, y de tener más ligereza y agresividad. Jerónimo, que a su vez se había acercado a nosotros y buscaba obstinadamente el punto vulnerable del animal, no cesaba de murmurar:

— No falle el tiro, Padre; ¡duro y a la cabeza!

No deseaba otra cosa yo, pero ¿dónde estaba la cabeza? Esperé un momento, sintiendo que durante el mismo empezó a temblar mi mano. Finalmente adivinamos dónde se hallaba el blanco y apreté el gatillo, pudiendo apreciar la exactitud de nuestros cálculos y de mi puntería. No se desperdició ni una sola de las postas de la carga, con lo que excuso decir el estado en que dejé la cabeza del pobre bicho e intentar describir las características de aquel amasijo de carne en picadillo.

Regresamos entonces junto a la olla, donde continuaban su cochura el arroz y la «carne secca», y, cual todo cazador novato que se ha lucido en una ocasión, esperé las felicitaciones.

— Padre — me dijo el piloto con bastantes vacilaciones —, no quisiera producirle ninguna contrariedad, y por si acaso, le pido perdón para cuanto voy a decirle; sin embargo, creo que tuvimos miedo en balde.

— ¡Caramba! ¿Sería una simple boa meliflua en vez de un tremebundo «jararacuçu»?

— No, Padre, de eso estoy bien seguro; se trataba de la más temible de las serpientes... y de los más grandes «jararacuçus» que vi; pero...

— ¿Qué sucede? ¿Acaso no apunté bien? ¿Ha temblado mi mano? Porque me parece que ni un mal trocito de plomo se ha perdido, según se vió por el estado de la cabeza del animal.

— Cierto, Padre, pero... se me antoja que el animal debía estar enfermo, si no muerto... Ya vió usted que no hizo ni el menor movimiento ni ha desenroscado su cuerpo, ni se estremeció siquiera...

— ¿Pues qué querías que hiciese? Ya viste cómo le dejé la cabeza, y como las serpientes encierran en ella el hálito de vida que las anima, al deshacérsela debió sobrevenirle la muerte instantánea, fulminante, para decirlo con exactitud.

— Sin embargo, Padre, yo me he encontrado en el caso de haber decapitado a un «jararacuçu» y buen rato después de haberle separado la cabeza del tronco, seguía removiéndose, enderezándose, y hasta recorriendo un trozo sobre la arena. Este, en cambio, ni se movió.

— Etonces, buen Jerónimo, ¿quién te parece a ti que mató al reptil?

— No lo sé a punto fijo, Padre; pero sí puedo decirle que hay por esos bosques un ave que es el enemigo innato de las serpientes venenosas. En cuanto distingue una, se abate sobre ella, dando comienzo a una lucha titánica, sin cuartel, de la que casi siempre resulta vencedor el pájaro. Con su pico afilado y duro como el acero, busca la cabeza del invertebrado, hasta llegar al cerebro; en tanto, la serpiente, sin dejar de esconder la cabeza, trata de coger al pájaro entre sus repliegues, o herirle con sus dientes, vehículo del veneno mortal. A veces ocurre que el pobre pájaro, a pesar de sus alas, queda preso entre los lazos formados por el reptil con asombrosa rapidez, y entonces sobreviene para él la muerte inmediata, quedando ahogado, reventado en pocos momentos. Otras veces tan sólo resulta herido y atacado por la ponzoña, en cuyo caso abandona la lucha para internarse en el «matto», donde, sin equivocarse, halla siempre la hierba que le sirve de contraveneno; al cabo de algunos minutos vuelve el intrépido luchador al combate, que termina casi siempre con la perforación de la cabeza del reptil.

Luego, como rematando lo dicho, terminó Jerónimo:

— Estoy casi seguro de que si hubiéramos podido examinar la cabeza de la serpiente habríamos encontrado en ella un agujerito que alcanzaba hasta el cerebro, y por el cual habíase escapado la vida antes de nuestra llegada.

Aquel razonamiento, sumado a la inmovilidad absoluta del reptil antes y después del tiro, parecían algo incontestable, y sin embargo, mi amor propio no quería darse por vencido. Ello no quiere decir que la duda no hubiese germinado en mi espíritu, y al terminar la comida — mientras los «barqueiros» preparaban todo para la marcha — fuíme solo a inspeccionar el «jararacuçu». Ayudándome de una rama, desenrosqué el cuerpo totalmente, para poderlo examinar más a gusto, ¿y qué dirán ustedes que descubrí? Pues nada menos que bajo el vientre, en la parte que se hallaba en contacto con el suelo, un agujero del tamaño de la mano, del que salían multitud de gusanillos, prueba manifiesta de que el reptil estaba muerto, al menos, desde hacía cuarenta y ocho horas, a juzgar por el estado de descomposición. Fué, pues, necesario que me rindiese a la evidencia y deponer mi vanidad. Tartarín supo disparar un magnífico escopetazo sobre un burro escondido tras un matorral, creyendo hacerlo sobre un auténtico león; pero de todas formas, el burro estaba todavía con vida. Yo, en cambio, acababa de disparar sobre una serpiente... muerta, por más señas. Lo mejor era tomarse las cosas por el lado cómico, y riéndome de aquella hazaña que motivó una lección de historia natural de parte del piloto, volví a reunirme con el resto de la expedición. Sin embargo, prometíme a mí mismo no meterme en lo sucesivo en tales aventuras y hallar el sistema de patentizar a los «barqueiros» la calidad de los tiradores europeos. Pronto nos fué deparada la ocasión de ponernos cara a cara con un cocodrilo enorme,

rebosante de vida y de ganas de saborear nuestras carnes. Pero no nos precipitemos, ya tendré ocasión de relatar el hecho.

Al tercer día empezamos a distinguir algunos karajas a la orilla izquierda. No eran tribus de indios, sino familias aisladas, teniendo de común entre ellas la miseria, soberana en toda la región. Allí estaban, haciendo secar algunos pescados al sol. No disponían ni de una miserable cabaña de ramaje; dos sencillas estacas, de las que pendían grandes hojas de plátano salvaje, servíanles de amparo contra los calores del día y el rocío nocturno. En cuanto nos divisaron vinieron hacia nosotros para saludar al «Papai Grande» — como ellos llaman a los misioneros — y pedirle regalos de paso. Un poco de tabaco y algunos trozos de «rapadura» dejáronles contentos y marcharon exhalando gritos y bailoteando como chiquillos.

Cuando ya tenía erigido el altar para celebrar la misa en la mañana del cuarto día de viaje, y me disponía a revestirme las galas sacerdotales, vimos surgir de la selva como una docena de karajas, arco en mano y provistos de flechas. Nos habían descubierto, y al reconocer mis blancos hábitos vinieron directamente a saludar al «Papai Grande» y pedirle los consabidos regalos. El piloto, que sabía hasta una docena de palabras karajas, contestóles que era preciso aguardar un poco, puesto que el tabaco se hallaba en una de las maletas que servían de altar. Ayudándonos con el gesto y los más amplios ademanes, hicímosles comprender que no les faltaría ni el tabaco ni el arroz, pero bajo la condición de que permaneciesen tranquilos durante la Santa Misa.

Medianamente nos comprendieron, y dejando en el suelo arco y flechas, sentáronse junto al fuego. Iban de caza, seguramente; mas por lo que se veía, ninguna prisa les animaba, y ante la esperanza de una taza de café o unas miajas de tabaco, hubieran preferido aguardar todo el santo día.

Para ellos todos los días son iguales; el tiempo no significa nada por una razón tan sencilla como poderosa: no saben contar. Como ya se dirá cuando hablemos de sus costumbres e idioma, la numeración es, entre ellos, de lo más rudimentario. Los más inteligentes y bien dispuestos llegan a contar hasta diez, y muy raramente consiguen llegar hasta una veintena, incluso ayudándose con los dedos de las manos y los pies. Detrás del veinte se presenta para ellos el infinito, lo ignoto. Para dar una somera idea de un número que sobrepase la veintena, y tanto si se trata de veinticinco o treinta como de un millón, tanto si se refieren a los huevos de tortuga depositados en un nido, como a los granos de arena de la playa o a las estrellas del firmamento, no tienen más recurso que llevarse las manos a la cabeza y hacer ademán de rascarse o mesarse los cabellos.

Los karajas que nos visitaban eran todos altos, de perfecta construcción física y vestidos con su traje nacional. Los cabellos, cortados a rape o dejando un mechón por delante y los demás caídos sobre los hombros. Sobre los pómulos dos pequeñas rondelas marcadas a fuego e imborrables, por lo tanto; era el signo distintivo de los karajas. En el labio inferior un trocito de madera como de unos diez a quince centímetros de largo por tres o cuatro de ancho, atravesando el labio de parte a parte para ir a caer sobre el mentón.

En cuanto a sus vestiduras, a pesar de lo que hayan dicho ciertos exploradores de estar por casa, puedo asegurar que brillan por su ausencia. Los verdaderos karajas no llevan ni un trozo de tela, por pequeño que sea. Niños y hombres mostrábanse allí junto a nosotros tal cual vinieron al mundo; un rayo de sol doraba, o por mejor decirlo, bronceaba su piel, constituyendo toda su vestimenta, so pena de que allí cambie la significación de las palabras y se conceda la denominación de vestido a una estrecha cinta como de medio centímetro de espesor. En tal caso, un hombre provisto de una sortija cualquiera estaría archivestido. Sobre el empleo y significación moral de aquellos trozos de tejido, hablaremos en el momento conveniente, dando una explicación latina para los etnógrafos y los teólogos.

En cuanto me revestí de las galas de oficiante, levantáronse los karajas — curiosos como chiquillos —, aproximándose a tocar cuanto les chocaba, observarlo, olerlo incluso, a lo que, quieras o no, hube de resignarme. Mi gran casulla dominicana, cuyos hermosos bordados, en los que se representaba la vida de nuestros santos, caían suavemente sobre los brazos, fué lo que más atrajo su atención. Tomáronla con ambas manos, repalpándola para asegurarse que los pájaros que la servían de adorno eran puramente ficticios y no seres vivos; a buen seguro que hicieran como el oso de la fábula, matar la mosca, pero agujereando, de paso, la cabeza de su amigo: habrían traspasado con sus flechas el pájaro de la casulla y al portador de la prenda, ya que tenían tan buena puntería como mal razonamiento.

Antes de empezar, hicímosles comprender nuevamente que debían permanecer quietos, junto a los «barqueiros», a espaldas mías.

Componiéndose el altar de dos maletas que a duras penas alcanzaban los noventa centímetros de altura, y teniendo por dosel y fondo el mismo cielo y la vasta llanura, respectivamente, se comprenderá que no nos afectase la vista de aquellas gentes en vestido paradisíaco.

Hasta el Prefacio todo marchó bien; volvíme, según el rito hacia los fieles (e infieles), al Dominus vobiscum, al Gloria, al Credo y al Orate Fratres, pero en el Prefacio, viendo que dejaba de darles la cara, empezaron a impacientarse los buenos karajas, intrigados por el asunto y encendido su deseo de saber cuánto pasaba en el altar. Al momento de la consagración, y no pudiendo resistir más, uno de ellos vino a colocarse junto a mí, tanto, que extendiendo el brazo hubiera podido tocarle. Pronto siguieron los otros su ejemplo, y antes de llegar al Pater, ya los tenía a todos delante formando un retablo — un cortinaje humano compuesto por doce o quince karajas arma-

dos — que no perdía ni uno solo de mis movimientos, si bien permanecían respetuosos, inmóviles y callados, como se les recomendó.

Nunca pintor o escultor medioeval o creador de danzas macabras hubiera podido imaginar una misa con tal decoración. Cuanto sobrepujare el genio de los artistas habíase convertido allí en realidad tangible. Fugúrense ustedes lo que sucedería si en Europa hubiese un cura, un religioso capaz de oficiar con semejante retablo: ¡qué gritos, qué escándalo, qué abominación! ¡Ese pobre hombre está loco! — se diría —. Ni siquiera conoce los rudimentos de la teología, de la moral y del derecho canónico. Es necesario, no ya prohibirle el sacrificio, sino hasta recluirlo en una casa de salud.

¡Santo Dios! La verdad es que resulta sumamente fácil emitir palabras, juicios (más o menos equivocados) e interpretar las leyes, cuando se halla uno ante su mesa de trabajo y preservado de cualquier accidente desgraciado, por los códigos y los agentes encargados de hacerlos respetar.

Creo saber, puesto que yo mismo lo he enseñado, cuanto exige la sagrada teología al entrar un excomulgado en la iglesia durante la celebración de la Misa; creo saber lo que procede en tales casos con respecto a los herejes, infieles y paganos. Pero sé también que *contra la fuerza no hay resistencia.* La práctica me demostró que el medio de convertir a aquellos pieles rojas era, precisamente, mantenerlos lo más cerca posible de nosotros, y no el de meterles una onza de plomo en la cabeza a cambio de que ellos nos atravesaran el corazón de un flechazo, lo que no tardaría en suceder en cuanto un misionero hiciese ademán de brutalizarlos o bien de imponerles un alejamiento.

En cuanto a vestirlos de grado o por fuerza, diré que es preciso no querer empezar por el fin. La táctica de mejores resultados es hacerse su amigo, convencerles con nuestros razonamientos y convertirlos a nuestra religión, y luego, en último caso, vestirlos... si se puede.

Hacia el fin del último Evangelio, y como si hubiera comprendido que ya tocaba la ceremonia a su término, uno de los karajas saltó al río, disparó una flecha y poco después vino a obsequiarnos con un hermoso pescado.

Dimos a cada uno su porción de tabaco, un puñado de arroz y hasta les invitamos a tomar café con nosotros — en la misma taza — y en pocos momentos fuimos los mejores amigos del universo. Convencido estoy de que no olvidarán fácilmente la visita del «Papai Grande».

Cuando ya iban a marcharse, acercóseme el piloto para decirme:

— Padre, es el momento de contratar uno de estos indios para que nos acompañe en su «ubá» hasta Conceição, dándonos instrucciones y procurándonos pescado. Precisamente hay entre ellos un muchacho como de veinte años, que habla un poquito el portugués, lo que me permitió interrogarle y saber que no está casado ni tiene hijos, y que se muestra dispuesto a seguirnos.

— Perfectamente, buen Jerónimo; veo que pensáis en todo. Llama a ese joven y estatuiremos condiciones.

Pocos instantes después compareció ante nosotros el referido. No era de los más corpulentos, pero sí bien musculado; la soltura y la — en cuanto quepa — elegancia de sus movimientos, indicaban al individuo acostumbrado a los ejercicios corporales. Se llamaba, bien nos lo dijo: «Yacupere» (golondrina), pero en seguida le hicimos comprender que entre nosotros sería llamado Domingo; y empezó el interrogatorio:

— ¿Cuánto quieres por seguirnos y proveernos de pescado durante un mes?

— ¡Oh! — exclamó Jerónimo —. Es inútil hablarle de meses, ya que no conoce ni la palabra ni el significado. Permítame que le hable yo.

Hizo entonces ademán de seguir el curso del río, hacia abajo, con dirección a Conceição, luego de acostarse en el suelo y dormir, acompañándolo con suaves tirones de pelo. Quería decir con ello que era necesario pasar muchas noches de viaje, hablando así en virtud de que los karajas cuentan por noches y no por días. El súbito fulgor de los ojos de Domingo hízonos comprender que había logrado asimilar cuanto se le dijo, y que estaba muy satisfecho de poder marcharse con nosotros.

— ¿Qué quieres a cambio de tus servicios?

— Un espejo — contestó.

Es el primer objeto que pide un karaja.

— Está bien; lo tendrás. ¿Qué otra cosa se te ofrece?

— Un «facão» — nos dijo al cabo de un momento de reflexión.

— También te lo daremos, y de los más fuertes y grandes, y además del precio te regalaremos un rosario.

Nuestros misioneros habían enseñado ya a los indios el significado de esta palabra, distribuyendo multitud de ellos, que los pieles rojas lucían al cuello como un adorno.

— ¿Qué más quieres? Di.

El pobre Domingo no acertaba a dar crédito a sus oídos. Nada menos que un espejo, un «facão» y un rosario; ¿y todavía se le preguntaba qué más deseaba? La verdad es que era para volverse loco.

Sucedió que excitaba su avidez por las promesas, o lo que es más probable, que el muchacho no supiera cómo expresarse mejor, acabó diciendo:

— Todo, todo quiero.

— Bueno, hombre. Está bien.

Y cerramos la conversación, al tiempo que Jerónimo le daba un regular espaldarazo.

Domingo no cabía en sí de gozo. Reía — mostrando un par de hileras de blanquísimos dientes —, gritaba, cantaba, hasta que, al fin, luego de haber cambiado algunas palabras con sus compañeros (quizá un recado para su familia y una frase de adiós), tomó su arco y sus flechas y fue a colocarse de un salto felino en el «ubá» de Jerónimo, haciendo señales de hallarse dispuesto a iniciar la marcha.

¡Algunas ventajas habría de tener la vida salvaje!, y ésta es una de ellas: la de no verse obligado a servirse de maletas ni tener que soportar las molestias que ellas aparejan siempre. Todo su equipo de viaje, como decimos, consistió en el arco y unas cuantas flechas. Descartando así todas las molestias, pero llevándose cuanto necesitaba.

Desde el primer momento advertimos que el karaja, montando en el «ubá» de Jerónimo, corría mucho más que nuestro «Santísimo Rosario». Quizá ponía en ello el muchacho un poquito de amor propio, queriendo darnos desde el principio una elevada idea de su fuerza y su destreza. Sentado a popa del «ubá», paleteaba fuertemente imprimiendo a su embarcación una velocidad prodigiosa, por lo que pronto le perdimos de vista. Poco después volvió junto a nosotros, con igual rapidez, para recibir las órdenes del piloto y preguntarle el sitio donde tenía que esperarnos con el pescado «flechado» al paso.

Aquellos karajas ribereños son todos excelentes arqueros y nadan como peces, sin que les infundan temor los terribles habitantes del Araguaya, y en ocasiones, llegan a desafiar hasta a los mismos «jacarés». Para tomar el pescado, permanecen de pie sobre el «ubá» como un alambrista en el circo, esperando el momento propicio, llegado el cual disparan su flecha, que, invariablemente, hace blanco. Sin embargo, no es nada fácil divisar los peces en el Araguaya, cuyas aguas, por regla general, son rojizas y turbias, de modo que a tres o cuatro centímetros de profundidad ya no se distingue nada. Pero los karajas no necesitan ver el pez para disparar una flecha certera; cómo se las arreglan para precisar la situación del pescado, no sabríamos decirlo exactamente, ya que se nos antoja cosa parecida a exigir de un cazador que derribase una golondrina en noche cerrada.

El karaja no ve al pescado, pero le adivina, le olfatea como si dijéramos. En efecto, en ciertas ondulaciones del agua, en pequeños detalles que para nosotros pasan inadvertidos, el indio ve con matemática precisión el punto donde se halla el pescado, su tamaño y hasta su clase, puesto que sabe, incluso, los movimientos particulares de cada uno. Con una ojeada le basta: parte la flecha y simultáneamente el indio se sumerge, volviendo poco después con aquélla y el pescado, que deposita en el fondo del «ubá». Esta operación se repite tantas cuantas veces fuere necesario, hasta completar la provisión necesaria para una comida.

Con su risa de buen chico, Domingo, cuando ya hubo cobrado confianza con nosotros, nos repitió lo que sabíamos se opinaba en la «aldeia», de nuestras cañas y nuestros anzuelos.

— Ustedes cogen los peces — decía — por casualidad, los que son lo bastante idiotas para dejarse coger. Nosotros, en cambio, los escogemos; nuestra flecha va directamente a aquel que nos conviene tomar y no a su vecino. Dejamos que los pequeños crezcan y formen una familia más en el río, porque estamos seguros de volverlos a encontrar en el momento que nos dé la gana.

Domingo, como todos los de su raza, estaba convencido de la exactitud de sus teorías y de su ventaja racial sobre nosotros. El hecho concreto es que conviene más, tanto en el río como en el bosque, ser karaja que europeo.

El río es grande, y no en todas partes se encuentra el pescado que se quiere y cuando se desea. Hay lugares donde se reúnen grandes cantidades, y horas en que se acercan más a la superficie para cazar los insectos que apetecen; así, pues, era necesario conocer los lugares, los momentos y no desperdiciarlos nunca; por eso nos precedía siempre Domingo en calidad de explorador. Para encontrarnos en la inmensidad del río, el piloto le indicaba, levantando los brazos al cielo:

— ¿Ves? Cuando el sol esté a tal o cual altura, te detendrás para aguardarnos, pero ya provisto de pescado, porque si no, ¡adiós tabaco y café! Nada tendrá Domingo.

— ¡Oh, sí, sí — contestaba el valiente muchacho —, mucho pescado, mucho pescado! Yo no errar nunca ni miedo por «ariranhas» o «jacaré»; nunca miedo yo.

Domingo supo cumplir siempre su palabra, y gracias a él jamás carecimos de pescado. A mediodía y por la noche nos aguardaba, satisfecho, con tal cantidad de peces, que no sabíamos cuáles tomar, viéndonos obligados, la generalidad de las veces, a volverlos a echar al río.

Un día — cosa rara — Domingo nos recibió triste y malhumorado; en el fondo de su embarcación había buen acopio de pescado, mas no el que hubiese querido regalarnos el muchacho. Había flechado un «pirarucu», enorme pez del Araguaya, cuyo peso excede muy a menudo del quintal. Fué certera la flecha, y el karaja sumergióse como de costumbre para recogerla con el pescado. No pudiendo asirse a él directamente a causa del volumen del mismo, y procurando, por otra parte, ahorrarse una dentellada, quedóse cogido el muchacho a la extremidad de la flecha, impidiendo así que el pez volviera a hundirse, yendo tras él, a nado, hasta conseguir que el animal se rindiese. Pero ¡ay!, el «pirarucu», muy poco amante de tal juego, dió un fuerte coletazo derivando hacia la izquierda, seguido por el karaja, que no soltó por ello su presa; la flecha rompióse bajo la brusca sacudida, quedándose un trozo entre los dedos del indio y llevándose el resto el codiciado pescado, que en un instante desapareció de su vista para no volver más.

El pobre karaja, en una pantomina expresiva, nos dió a entender — más que nos dijo — cuanto acababa de sucederle, mostrándonos como prueba el trozo de caña guardado. Sin duda que lamentaba en el fondo de su alma la pérdida del pescado, pero de fijo que aun le pesaba más la rotura de la flecha. Durante la comida permaneció triste, cabizbajo, apenas tomó bocado, y muy a menudo le vimos amenazar al río con el puño. Por suerte, aquel estado de tristeza no debía prolongarse mucho.

La misma noche, antes de llegar al puerto escogido para vivaquear, encontramos al pobre muchacho lleno el «ubá» de pescado, cantando, riendo a carcajada lim-

pia, y parloteando después como si hubiere interpelado o provocado a un enemigo. ¿Qué le sucedía? La respuesta la encontramos al desembarcar.

Simplemente, había encontrado «urucu» y hecho la mejor «toilette» india. El caso es que lo hallamos tan metamorfoseado que a duras penas si le conocimos.

Sus ojos brillantes mostrábanse enmarcados en negro, mientras que el resto de la cara desaparecía bajo una capa de bermellón. El buen Domingo no había escatimado la pintura, sino que la prodigó por todo su cuerpo, incluso en la lengua, que nos enseñó sumamente satisfecho. El torso había pasado por la misma práctica y en sus brazos aparecían sendos círculos burdamente pintados, imitando pulseras, lo mismo que en los tobillos.

Para nosotros, aquel muchacho tan bello con su broncíneo color, que se nos antojaba como una estatua clásica, parecía en aquel momento un diablo escapado del infierno. El, en cambio, mostrábase más que satisfecho de su hazaña, rebosándole de la satisfacción por todos lados. Cantaba, gritaba, corría de un lado para otro, ejecutando de tanto en tanto arriesgadas piruetas y haciendo bruscos ademanes como si le provocase un enemigo imaginario. Sin detenerse, blandía su maza o ejecutaba con ella terribles molinetes, o bien disparaba flechas al aire, que, instantes después, venían a hundirse en la arena, precisamente en el sitio preindicado por el karaja. Era — nos comunicaron los «barqueiros» — un simulacro de combate, y Domingo se esforzaba en demostrarnos sus cualidades de perfecto guerrero.

Lo que daba a nuestro indio aquella inspiración belicosa, era la pintura con que se cubría, costumbre generalizada para lanzarse a la batalla. En efecto, los karajas emplean tal humorada en los días de fiesta solemne o bien para presentarse ante el enemigo, quizá juzgando tener así un aire más marcial o espantable. Ello fué que la fisonomía de Domingo, así cambiada, no tenía nada de tranquilizadora.

Dicen los exploradores de ocasión, y algunos diccionarios a la moda, que los indios se pintan con tierra encarnada, lo que ha dado origen al remoquete de «pieles rojas»; pero yo me permito afirmar que no siguen tal práctica los indios brasileños, sino que emplean unos botoncillos rojos producidos por un arbusto llamado «urucu». Desde que tales botones — grandes como guisantes (los mayores) — llegan a su completa madurez, basta prensarlos entre los dedos para que rezumen un líquido de hermoso tono bermejo.

Los karajas no lo escatiman, gustando de untarse con él todo el cuerpo, tal cual hizo Domingo. Para que resalte mejor el encarnado de la cara, píntanse primero con ayuda de un tizón las cejas y los párpados, aplicando cuidadosamente el rojo por todo lo demás, incluso en la lengua, que aparece así como un ascua, entre las dos hileras de blanquísimos dientes.

«¡Qué gusto más raro!», exclamarán algunos lectores; mas ¿quién no conoce aquel proverbio: «De gustibus et coloribus non est disputandum»? Luego, veamos desapasionadamente: ¿es ello algo tan extraordinario? ¿es necesario trasladarse al corazón del Brasil para ver casos análogos? ¿es algo sumamente raro encontrar en Europa, en cualquiera de sus ciudades, algún ejemplar de la más bella mitad humana, que, no encontrándose lo suficientemente hermosa, vacile en recurrir a estos medios de piel roja? Bien se las ve por calles y paseos como se sombrean los ojos y se ponen colorete en el rostro y en los labios, conque... ¿dónde está la diferencia que originó el asombro?

Si alguna existiera, creo que estaría de parte de los indios, puesto que el «urucu» es bastante preferible a todos los afeites, ya que sólo cuesta el trabajo de cogerlo y en vez de perjudicar el cutis con el uso, lo vuelve más fresco y suave, y su color es bello y duradero, sin que desaparezca jamás, aun sometiéndolo a elevadas temperaturas.

Por mera curiosidad se me ocurrió pasarme alrededor de la muñeca izquierda uno de aquellos botoncitos. Pues bien, a pesar de la temperatura tropical y de copiosos lavados con jabón, el brazalete formado se obstinaba en permanecer; algo así como la célebre mancha sangrienta de Macbeth.

Sin decir con igual terror que aquélla: «¡Vete, mancha maldita, vete!», me pregunté con cierta inquietud si no tendría que volver con aquel endiablado adorno a Europa; mas al fin desapareció la pulsera, y con ella mis ganas de curiosear con el «urucu».

## CAPÍTULO XIV

DISTINTIVOS Y ORNAMENTOS DE LOS KARAJAS. — DIVERSAS APRECIACIONES. — NUBES DE MOSQUITOS. — PRECAUCIONES DE LOS «BARQUEIROS». — TEMOR A LOS PIELES ROJAS DESCONOCIDOS Y ANTROPÓFAGOS. — RAZONAMIENTO DEL PILOTO, SIMPLEMENTE PRUDENTE.

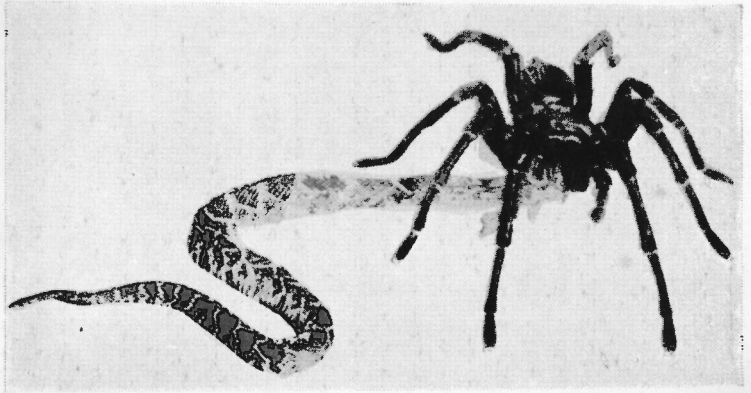
En la noche del 28 al 29 de abril, varias legiones de mosquitos, con su zumbido infernal y sus acerados aguijones, hicieron de todo punto imposible que conciliásemos el sueño, y a las tres de la madrugada ya se había celebrado la Misa. Nos faltaba tiempo para abandonar aquel campamento sumamente agradable a la vista, pero nada hospitalario.

Hacia el mediodía llegamos a la desembocadura del río Crixas, uno de tantos afluentes del Araguaya, que al mezclar sus aguas con las de éste les comunica un tinte aún más rojizo. A lo lejos distinguíanse varios karajas empleados en secar pescado al sol.

Desde aquel momento podíamos considerarnos de pleno en territorio de indios, cuya vista se nos ofrece-

14. — Un soberbio ejemplar de las serpientes del Brasil

15. — Indios tapirapés



16. — Una araña gigante (Grammostola Longimana) devorando a una pequeña serpiente de cascabel (Crotalus Terrificus)

ría cotidianamente; no quiero decir que fueran tribus de ellos, sino familias aisladas que vivían de la casualidad junto a la playa, y más o menos en contacto con la «aldeia».

El signo distintivo de los karajas consiste en uno o dos pequeños círculos — del tamaño de cinco o diez céntimos —, impresos en los pómulos, cerca de los ojos. El acto de imprimir tales signos indelebles a un chiquillo, es origen de fiestas en la familia y hasta en la «aldeia», y consiste, primeramente, en adelantarse el padre de la criatura y acercar al rostro de ella el coco ardiente que le sirve de pipa, dejando así marcada una huella perfectamente circular; luego, con la punta de una flecha, profundiza el operador la marca, hasta dejarla en carne viva toda ella. Con la sangre que brota, mezcla después el jugo de una planta que hará la cicatriz perennemente azulada, y hecho lo cual, puede ya considerarse a la criatura karaja perfecto de los pies a la cabeza. En lo porvenir, no podrá ya nada borrar aquella señal.

Además, llevan los indios colgando del labio inferior, un trocito de madera, y digo «los indios» porque ya dejó de ser esto un signo particular de la tribu ya que ahora lo emplean otras varias, entre ellas y muy especialmente, los «kayapos».

He aquí como se procede a tan dolorosa operación que muy fácilmente podría revestir graves peligros; cuando el chico alcanza ya cierta corpulencia — no diremos cuando tiene cierta edad (ocho o diez años) pues aquellas felices criaturas ignoran lo que es y ninguna de ellas sabe los años que tiene — se reune a la familia para proceder a lo que llaman perforamiento del labio. Con la mano izquierda, toma el operador el del paciente, y, apartándolo cuanto es posible de las encías, le traspasa de parte a parte con un hueso de pescado convenientemente dispuesto y oculto en la derecha. Durante la ceremonia, toda la familia danza, grita, canta, gesticula de modo que ahogando el grito de dolor que lanza la víctima se le hace creer (y lo creen ellos al mismo tiempo) que la criatura no sufrió lo más mínimo.

Es lo mismito que hacen los charlatanes en las ferias cuando arrancan los dientes con la punta de un sable a los incautos que tienen la mala ocurrencia de confiarles sus mandíbulas. Una vez en el potro de tormento que es la silla, ya puede el paciente desgañitarse, que el ruido atronador de los tambores y la chillona voz del clarín, sabrán impedir que sus gritos lleguen a oídos de nadie y una vez en libertad, ya se guardará bien de confesar que ha sufrido, porque todo el mundo se reiría de él.

Sigamos. Cuando el labio está ya agujereado, introducen en el orificio un trocito de madera bien redondo, para impedir que las carnes vuelvan a juntarse. Al cabo de unos cuantos días, aquel primer taco es reemplazado por otro de mayores dimensiones, introducido a la fuerza, con ánimo de agrandar la herida. El segundo pronto es reemplazado por otro, aun mayor, puesto por igual procedimiento, y así, hasta que el agujero sea considerado bastante grande. Los karajas adultos, en aquel agujero que nunca deberá cerrarse, introducen un pedazo de madera redondo y bien pulido por el extremo que roza el labio, y aplastado por el opuesto. Aquel extraño aditamento mide unos diez a doce centímetros de largo y la parte introducida a presión en el labio, puede muy bien tener hasta el diámetro de una moneda de dos pesetas.

Los karajas en plan de guerra, empleados en ejercicios violentos, o cosa por el estilo, substituyen el trozo de madera — cuyo balanceo les molestará — por una piedra de vistosos colores, que les sirve de adorno e impide que la herida cicatrice.

Tales adornos únicamente son permitidos a los hombres; ellas, en justa reciprocidad, perfóranse el lóbulo de las orejas, introduciendo en el agujero rondelas de madera, cada vez mayores. Yo he podido ver a una nena, todavía en los brazos de su madre, que ya lucía en las orejitas pedazos de madera del mismo volumen que mi puño. La criatura, no parecía sufrir con ello; tenía muy buen aspecto, abultados mofletes y sólo pedía ir continuando así.

Por lo general, llevan las muchachas jóvenes pequeños palitos como de veinticinco a treinta centímetros, que en los días de fiesta reemplazan por algunos pomos de flores entre las que surge muy graciosamente el rostro. A mi juicio, el hecho de agrandar tan considerablemente el orificio lobular, no obedece sino al deseo de poderse poner más flores.

¡Gustos e ideas salvajes! — diríamos —. ¿Para qué desfigurarse perforándose bárbaramente el labio y agrandar desmesuradamente el lóbulo de las orejas? ¿No es afearse y hacerse espantable a capricho? Nuestras lectoras pueden estar seguras que no es tal el propósito que anima a las jóvenes karajas a proceder de tal guisa. Tanto a orillas del Araguaya, como de las del Tajo, el Sena, el Rin o el Danubio, la vanidad tiene sus caprichos que no siempre son los consejeros del buen gusto...

Como vestidos ya dijimos que los hombres karajas van envueltos en un hermoso rayo de sol, cuando lo hace; pues lo mismo sucede con los dos sexos en la tribu de los kayapos. Las mujeres karajas lucen ya un principio de algo que no sabríamos cómo llamar, y que consiste en una trenza de tejido, ancha de tres o cuatro dedos, lo que no es demasiado en verdad y de la cual parte una segunda trenza algo más ancha, desde delante de la cintura hasta las rodillas, o, más corrientemente, pasa entre las piernas para ir a juntarse al cinturón por la parte posterior. En realidad, no supera en mucho a la clásica hoja de pámpano.

Hombres y mujeres llevan los cabellos cortados a rape o con un mechón hacia la frente y largos por el resto de la cabeza, cayendo hasta el cuello y los hombros. También vi que algunos hombres peinaban su cabellera. no en trenzas, sino arrollada metódicamente a una cuerda o junco, preservando así todo el pelo del que sólo se perciben las puntas. Quizá es menos elegante, pero resulta mucho más cómodo para correr por el bosque o sumergirse en el río.

Como peine, hombres y mujeres utilizan un trozo de madera, liso, en el que clavan fuertemente recias y agudas espinas.

El pelo de los karajas acostumbra a ser largo y fino, más, quizá, que el de los europeos, con la particularidad de que allá no encontramos ni un solo calvo, ni tampoco nadie que mostrase el más leve asombro de bozo o de pelusa en todo el cuerpo. Quizá por esa razón los Padres Dominicos que allá van a catequizarlos, dejan crecer sus barbas, pues para aquellos hijos del río, constituyen motivo de respeto. ¿A qué se deberá que aquellos ribereños, a pesar de sus cabelleras, no tengan bigote ni barba? Seguramente que no obedece a influjo del sol, ya que precisamente observé que la mía se desarrollaba de manera inquietante. En fin, ahí queda la pregunta para que los sabios naturalistas tengan algo más en que distraerse.

El color de los karajas es bronceado como el de las estatuas antiguas, y rojo sólo por efecto de la pintura de la que abusan al prepararse para marchar a la guerra o quererse hacer bellos; deseo que les acomete con bastante frecuencia.

Esto es cuanto se relaciona con el exterior, con lo que todo el mundo puede ver, tocar y apreciar, sin que las dudas, hipótesis ni discusiones puedan caber de ningún modo.

Por la parte moral e intelectual, su idioma, costumbres, principios y religión, si tanto se esfuerza uno en hallar vestigios de ella, se nos antoja preferible hacer un relato aparte, ya que no se trata de asuntos merecedores de ser tocados de refilón. Creo que no se pueden abordar tan graves cuestiones si no es para dedicarse a ellas del todo, pues hacerlo así, de paso, equivale a exponerse a los mismos errores lamentables que propalaron ciertos novelistas e incluso algunos historiadores y geógrafos.

Por ahora, me limitaré a dar una idea de los principios morales de los karajas, citando, sin asumir la responsabilidad y a título meramente documental, cuanto dice el último y quizá el único explorador de aquellas regiones.

Un ingeniero francés, hombre de gran talento y valor a toda prueba, encargado por el rico Gobierno de Pará en 1897, ha sido el único europeo que ha remontado el Tocantíns y Araguaya desde Belem a Leopoldina. Al decir el «único», naturalmente que excluyo a los religiosos misioneros, que muy a menudo hacen dicha travesía, no por cuenta del Estado, sino con los únicos recursos de que disponen en su pobreza. Tres de entre ellos, murieron víctimas de sus entusiasmos; uno, ahogado en las represas del Tocantíns y los otros dos, minados, consumidos por las fiebres, a orillas del río.

Oigamos al explorador: «...Estos karajas me parecieron mucho menos interesantes que a mis antecesores habíanseles antojado. La decadencia de la tribu es una explicación suficiente del aminoramiento de aquel interés que pudieron, antaño, presentar los karajas, que «acaso fueran los más hábiles de todos los indígenas brasileños (1)». Aquéllos, en realidad, no eran los mismos karajas de hoy, tan poco industriosos como pueda imaginarse. Su «destreza singular para el manejo de las canoas» que hizo creer en la posibilidad de que los karajas fueran los mismos que los viajeros del Brasil occidental denominaban «canoeiros» no tiene hoy punto de comparación con la demostrada por los civilizados ribereños. Los karajas independientes, que se distinguen de sus hermanos de raza, incapaces de rebajarse con la hipocresía o la mentira, que son en tal punto observadores de la fe conyugal como para instituir un «marido de las viudas», son vestigios del pasado.»

Estos karajas industriosos, deportistas, caballerescos, heroicos y castos, no existen ya, podría decirse. Los de hoy, son sucesores de aquéllos como la noche lo es del día, guardando el mismo parecido, respectivamente.

Y como prueba de sus aseveraciones cita el caso de ciertos karajas que en el año anterior habían perseguido a un grupo de civilizados a lo largo del Araguaya, y habiéndoles alcanzado, hicieron con ellos la más imponente sarracina.

Entonces — dirán nuestros lectores — si el único europeo que visitó aquellas regiones habla así de los karajas ¿por qué razón escriben ustedes en sentido tan opuesto? Sencillamente: el relato del mencionado explorador, data de 1897 y en aquella época, los Padres Dominicos apenas si acababan de instalarse a orillas del Araguaya, por cuya causa, la influencia bienhechora de sus doctrinas no había tenido tiempo de propagarse. Además, como dice bien la escolástica: «Qualis est unusquisque talis finis viedetur ei», lo que traducido a correcto español, significa: «todo es según el color del cristal con que se mira» y es indudable que el del misionero, es muy otro que el del explorador. En aquellos indios en los que sólo ve el misionero su obligación de catequizarlos, de instruirlos, de ganarlos a las tinieblas intelectuales para ofrecer a Dios un alma pura y fiel. Sólo ve en ellos criaturas dignas de todo el amor de su corazón virgen de cualquier otro sentimiento terrenal. Los indios, son los hijos de su alma, y por eso está siempre inclinado a encontrarles cualidades y decir con el pájaro de la fábula:

...Son mis hijos los primeros;
fuertes y bellos, como nadie entre sus compañeros.

La verdad me obliga, sin embargo, a confesar que en ninguna parte vi tanta miseria reunida como entre aquellas pobres tribus. Por doquier, ya sea en los relatos de los misioneros o en el diario de los exploradores, nunca he hallado nada que pudiera, ni aun de lejos, compararse a tan espantoso despojamiento.

. . . . . .

En la tarde de este día que relato, llegamos poco

(1) Esta cita, como las siguientes, fueron tomadas de la *Geografía Universal*, de Eliseo Reclus, que reproduce los asertos de Couto de Magalhaes y de Lomonaco.

antes de la puesta de sol a una vasta playa, donde había grandes zancudas, zorzales, flamencos rosas, y grullas que, escondiendo una pata entre las plumas y la cabeza bajo las alas habían adoptado ya su habitual posición para pasar la noche; pero lo que más atrajo nuestra atención, fué el vuelo de una bandada de patos salvajes, que vino a ponerse en la playa. Su plumaje gris era, evidentemente, inferior en estética a los rosados flamencos, pero su carne resultaba mucho más apetitosa que la de aquéllos, en vista de lo cual nos disponíamos a dar cuenta de un par o tres de éstos, en cuanto menguase la respetuosa distancia que mediaba entre nosotros, ya que una perdigonada tan sólo habría conseguido espantarles; al fin, disparamos con posta, viéndonos ya, por lo menos, uno en el asador.

Por desgracia, la distancia del plato a la boca, era demasiado grande en aquella ocasión.

Habíamos omitido contar con los «bichos damnados» de la playa, y apenas hubimos sentado en ella nuestros reales, nos vimos asaltados por verdaderas nubes de «marisocas» — mosquitos de afilado aguijón — que nos sacaron de la cabeza la idea de la caza. Imposible permanecer quieto con el rostro o las manos al descubierto, con lo que ya imaginará el lector el programita que se nos presentaba para la noche, pasada, en efecto, en continua lucha contra la zumbante nube; propinándonos conzienzudamente sendos cachetes por todo el cuerpo, de los que si bien escapaban generalmente los malditos bicharracos, la parte afecta no podía decir otro tanto, sino que mostraba a las claras las huellas de nuestra impaciencia. En fin, hacia las cuatro de la mañana, las brisas del amanecer y la abundancia del rocío, adormecieron a los mosquitos, concediéndonos algunos momentos de reposo, que, excuso decirlo, aprovechamos ávidamente. Pero al satisfacer nuestra materia, perjudicamos la parte espiritual con un retraso de una o dos horas, si bien se me antoja un pecadito perdonable en tales circunstancias.

A las cinco y media, tocamos diana, disponiéndolo todo para la celebración de la Misa, la cual dió comienzo con toda solemnidad a las seis, cuando todos nos hallábamos bien ajenos de cuanto había de sucedernos.

El sol, que había empezado a mostrarse en el horizonte, seguía su curso ascensional rápidamente, recalentando y desentorpeciendo a los mosquitos que inmediatamente volvieron a la carga con ardor sin igual como si quisieran recuperar el tiempo perdido. Al comprender el peligro que nos amenazaba, apresuramos todas las operaciones cuanto nos fué posible, pero no lo bastante para adelantarnos al completo despertar de los mosquitos.

A la consagración, zumbaban ya como una colmena, asaltándonos por todos lados y de todas partes a la vez como si comprendieran que nuestras manos eran impotentes para combatirlos. Toda la superficie que de nuestra epidermis quedaba al descubierto, hallábase plagada por los importunos visitantes que nos invadían orejas, narices, ojos, frente, manos... ocupándose a porfía en traspasar la piel e ir chupando nuestra sangre. Los «barqueiros» esforzábanse en ahuyentarlos del altar agitando un trozo de tela, pero sin resultado alguno, por lo que hubimos de resignarnos y llegar a la comunión y al final de la misa, cuanto antes.

Transcurrió la mañana — y perdónesenos la franqueza de confesarlo, si bien ya lo hemos hecho — maldiciendo de aquellas terribles «marisocas» al paso que frotábamos con saliva la parte afecta por sus aguijones, no limitada por manos y rostro, sino que llegaba a otras partes ocultas, pues aquellos terribles mosquitos, supieron encontrar el medio de sorbernos la sangre a través de los vestidos.

A las tres de la tarde, apercibimos en lontananza, la punta de la «Ilha do Bananal», rodeada por los dos brazos del Araguaya, que separa en un recorrido de quinientos a seiscientos kilómetros; como uno y otro brazos de agua tienen un curso bastante sinuoso y describen mil y un recodos, hubimos de apartarnos de dicha isla, e irla costeando por espacio de 7 u 800 kilómetros, durante los cuales siguieron siempre los «barqueiros» la orilla izquierda, por ser la que ofrecía mayor facilidad de avance y más seguridad.

Poco antes del Furo do Bananal, diríase que el río mostraba su alma. Dudan las aguas antes de dividirse, describiendo grandes curvas, como si les doliera la temporal separación.

Junto a la punta de la isla, divisamos hasta unos cincuenta cocodrilos, cuyas cabezas monstruosas emergían del agua como troncos de añosos árboles que marchasen a la deriva, siguiendo la corriente. Una detonación llevó el temor a los saurios, que hundiéronse simultáneamente, desapareciendo de nuestra vista. A distancia, nos hizo estremecer el ruido siniestro de sus mandíbulas, que al cerrarse produjeron un espantable chasquido con sus enormes dientes.

A las cinco y media, abordamos en la orilla izquierda, en una playa hermosísima y que nos pareció bastante segura, pudiendo comprobar que ningún mosquito venía a molestarnos. Entretanto, no sabemos por qué, los «barqueiros» examinaban concienzudamente la playa, el bosque y el río, tomando precauciones desacostumbradas, y haciendo mayor provisión de madera para la noche. Al terminar la cena, vímosles verificar minuciosamente sus armas — en silencio, contra su costumbre — poner una docena de cartuchos de bala en el Winchester, utilizando la culata del mismo, como almohada.

Intrigado por aquella prolijidad de precauciones, interrogué al piloto:

— Padre — me dijo — estamos en el país de los jaguares, y bueno será que no lo olvidemos.

La explicación, dada en un tono poco seguro, no me pareció del todo satisfactoria, pues si bien era verdad que los jaguares brasileños tienen idéntica fuerza y ferocidad que los tigres de Bengala, no era menos cierto que los «barqueiros» temían a este enemigo muchísimo menos que para justificar tanta precaución. Al contrario, muy gustosos, aplicábanse a darles caza,

sin que jamás desaprovecharan la oportunidad de presentarles batalla, con el fin de limpiar el bosque de tan malignos enemigos, y, de paso, cobrar la piel de la fiera, que luego vendían a buenos precios. Sin embargo, me confié a cuanto se me dijo, y, acostándome entre dos «barqueiros» no tardé en conciliar el sueño.

Me desperté hacia la una, y cuál no sería mi sorpresa al ver uno de los muchachos tendido junto al fuego — bien provisto de leña — fija la mirada en el bosque y haciendo curada guardia. Al ponerme de pie y hacer ademán de avanzar algunos pasos, me dijo:

— No, Padre, no se aleje usted de nosotros. Pronto, échese en la arena; cese de permanecer así, de pie junto al fuego, porque los jaguares podrían apercibirle.

Entonces tuve la evidencia de que se me ocultaba algún peligro, que no eran aquellas alimañas a quien se temía; pero, sin embargo, no era la ocasión de penetrar en el misterio. Demostrando creerlo, y empuñando a la vez mi carabina, dije parodiando al Cid:

— Vengan jaguares, «onças», leopardos y toda la fauna que el «matto» produce.

Y me dormí buscando el consonante, que por cierto no afluyó a mi cerebro.

En la madrugada del lunes día 1.º de mayo, antes de las cuatro, estábamos todos en pie y yo celebraba Misa vuelto hacia Coinceiçâo do Araguaya. Al terminar la ceremonia, dije algunas palabras sobre la devoción del mes dedicado a la Santísima Virgen y los «barqueiros» entonaron algunos cantos.

Mientras tomábamos café, surgió un ciervo de la espesura, para irse muy tranquilamente a abrevar en el río a través de cuatrocientos metros más allá de nuestro campo. Al darse cuenta de nuestra presencia, nos miró con asombro, pero sin temor. Ni él ni ninguno de sus ascendientes, vieron jamás otra figura humana que no fuese envuelta en una piel cobriza; ningún fenómeno atávico podría sugerirle el más leve temor. Sabía que a tal distancia, las flechas de los pieles rojas no eran temibles, por lo que, tras de habernos inspeccionado a su sabor, bebió tranquilamente, sin precipitaciones, irguiendo de vez en cuando la cabeza para observarnos y escudriñar el horizonte. ¡Pobre animalito! no había contado con el Winchester de los remeros, que sembraba la muerte hasta a dos mil metros de distancia. Joâo, que fué el primero en tomar el arma, echó rodilla a tierra y apoyando el cañón de la misma en una maleta, esmeróse en la puntería y el ciervo rodó para no levantarse más. Presto fueron tomadas las patas traseras del animal, con las que tendríamos comida para algunas refacciones un poco variadas de lo que constituía nuestro menú habitual, sí que también significaba una tregua para los peces del Araguaya y los patos salvajes.

El campamento del mediodía fué establecido muy cerca del bosque, y mientras comíamos, distinguimos, en el ramaje, magníficos «ararás» rojiazules, cuya cola no mediría menos de setenta a ochenta centímetros de largo. Para mí, aquello era una tentación irresistible, y puse en la escopeta dos cartuchos de perdigones aun convencido de que mi habilidad de tirador estaba muy por debajo de la de los «barqueiros». Hecho esto, fuíme a paso de carga hacia el bosque, mas apenas avancé unos metros, me gritaron:

— No, Padre — era el piloto quien se me dirigía, suavemente —. No se acerque usted al «matto», podría ocurrirle alguna desgracia.

Tales palabras, trajeron a mi mente el recuerdo de lo visto y oído la noche anterior.

— Veamos, Jerónimo — dije —, ¿por qué me ocultáis vuestros temores? Yo sé que vuestros consejos obedecen a otras causas que no puedo precisar, pero no al miedo a lo jaguares. ¿Cuál es el enemigo tan profundamente recelado? Os pido que me digáis toda la verdad. Ya ves que soy, como todos los que nos rodean, hombres de corazón al que ni la verdad ni los peligros asustan, y que, además, mi condición de eclesiástico me autoriza a caberlo todo.

— Padre, contestó el interpelado, quisimos ocultárselo para evitarle preocupaciones inútiles, pero ya que usted lo adivinó, confesaremos que lo que nos infunde temor no son los jaguares ¡de ninguna manera! y bien pronto nos verá usted cómo nos despachamos con ellos. Lo que tememos ahora son ciertos indios, no como los karajas, a los que llamamos «chavantes», sin que nadie sepa quiénes son. Dicen que se dan a la antropofagía, pero lo innegable es que resultan unos enemigos muy temibles, tan hábiles tiradores como astutos y valerosos, y pobre del viajero que no sabe mantenerse en guardia y les permite que se acerquen a un tiro de flecha de su campamento. Sólo tendrá tiempo de hacer acto de contrición, pues que no podrá escapar a sus garras. ¿Se lo comen luego esos feroces indios? ¿se contentan con darlos como pasto a los cocodrilos del río luego de haberles arrancado bonitamente la cabellera? Poco importa saber lo que se hará con uno cuando haya muerto. Lo esencial es no intentar la experiencia, por cuya razón hemos tomado tales precauciones, y lo que es por ahora, no nos permitiremos acercarnos al bosque para nada, ya que detrás de cada árbol podría surgir un indio y atravesarnos con sus flechas antes de que hubiésemos tenido tiempo de echarnos el arma a la cara. Durante la noche, nos vamos turnando en la guardia con el fin de no ser sorprendidos.

— Entonces, ¿habéis disparado o dispararéis sobre el primer indio que se nos acerque sin darle tiempo de parlamentar, sin saber quién es y lo que desea?

— Naturalmente, Padre, y de muy buena gana, luego de haber apuntado cuidadosamente al corazón para no errar el tiro. Con ello estoy seguro de hacer una obra meritoria que Dios me tendrá en cuenta el día que haya de comparecer ante su tribunal, puesto que los indios de estos parajes son «bichos malos» de peor calaña que el jaguar o el cascabel, y dejar libre de ellos la tierra, es una virtud.

— Pero, muchacho, eso no es legal. ¿No comprendes que disparar sobre una persona que se halla demasiado lejos para que sus flechas puedan causar daño,

no es ni acto noble ni propio de hombres siquiera, ya que las almas no son iguales? Además, esos no son medios para granjearnos la confianza de esas tribus, de mejorar sus costumbres y atraérnoslas para catequizarlas y llevarlas por la senda de nuestra santa religión. Creedme, no se ganan las almas a tiros sino a fuerza de sacrificios y abnegación.

— ¡Ay, Padre! esas razones son muy buenas para teólogos y hombres sabios, pero para nosotros, pobres ignorantes, no, señor. Con todo mi respeto, Padre, le diré que sobre ese punto quizá pudiéramos, sin embargo de lo dicho, conocer algo más que usted, sólo sea por aquello de «la experiencia es la madre de la ciencia», y ha sido ella, precisamente, quien nos ha enseñado que el indio de estas regiones es «bicho mão» al que se ha de aniquilar si no se quiere ser exterminado por él. Uno de estos días, quizá mañana mismo, veremos el «río das Mortes» salir del Matto Grosso para internarse en el Araguaya; pues bien ¿sabe usted de qué le proviene tal nombre de «río de las muertes»? Pues de que todos cuantos han penetrado en estas regiones para explararlos o levantar planos, cayeron bajo las flechas de esos indios. Tan considerable ha sido el número de muertos que las aguas del río se llevaron, que desde entonces lo conoce todo el mundo con el nombre de «río das Mortes».

Quise insistir en apoyo de mi tesis, mas Jerónimo, acariciando la culata de su carabina, me interrumpió.

— Padre, es inútil que insista; lamentaría tenerle que desobedecer. Aquí soy el responsable de la vida de usted y de la de todos mis compañeros; por lo tanto, me corresponde el mando y dispongo que al primer «chavante» que divisemos se le meta media libra de plomo en la cabeza, porque vale más matar al demonio que morir a sus manos.

Al ponernos en marcha, me recomendó mi jefe cuidado especialísimo en estos parajes, contándome que no hace mucho unos cuantos «garimpeiros» (buscadores de diamantes) que tuvieron la imprevisión de dormirse en estas playas sin haber dejado un centinela, fueron bárbaramente despedazados por esos feroces «chavantes». Durante la noche los indios se aproximaron a rastras como las serpientes, y cuando sólo se hallaban distanciados por un tiro de flecha, lanzaron el grito de guerra. Despertáronse sobresaltados los buscadores de diamantes, pero aun no estaban completamente en pie, cuando volvieron a caer sus cuerpos asaeteados por estos salvajes que nada tienen de común con las karajas.

— ¿Pero cómo — aventuré — pudieron conocerse todos esos detalles si los «garimpeiros» fueron víctima de los indios y nadie pudo entrar en comunicación con estos últimos?

— Eso, Padre, ya se lo preguntaré a mi jefe cuando regrese a Leopoldina; mas para que yo pueda lograrlo, es indispensable que tengamos a distancia a esos salvajes disparando sobre el primero que se atreva a acercarse, porque, ya lo he dicho: vale más matar al diablo que morir a manos de él. Sus mismas recomendaciones, Padre, nos inducen a ello; recuerde que nos aconsejó de tener siempre a distancia al enemigo; que no accediésemos a parlamentar con él si no queríamos perecer a sus manos. Pues bien, no hacemos ni más ni menos que eso.

Comprendí que todo razonamiento, sería completamente inútil, por cuya razón, sin querer saber ni una palabra más de todas aquellas historias de asesinos — esta es la palabra —, opté por guardar silencio y dejar al piloto y jefe de expedición que ejerciera libremente su autoridad.

Al anochecer pasamos frente a la desembocadura del Cristalino, de aguas frescas y límpidas como las de los torrentes pirenaicos, pero que, por desgracia, en vez de comunicar sus cualidades a la corriente cálida del Araguaya, pronto adquirían su temperatura y color, demostrando una vez más la influencia del mal sobre lo bueno.

Hacia las cuatro y media, cuando todavía nos quedaban un par de horas para navegar, los «barqueiros», obsesionados por la idea de que los «chavantes» podían descubrirnos, decidieron no avanzar más, y aprovechar, para el campamento de la noche, una vasta playa que permitía vigilar fácilmente la selva que lejos de ella comenzaba. Igual que la víspera, cargaron sus armas con doce balas, sirviéndose de las culatas como almohada, en tanto que el «barqueiro» de guardia vigilaba nuestro sueño.

Los mosquitos se encargaron de mantenernos despiertos durante toda la noche; en el estado de enervamiento producido por el continuo zumbido de los insectos y las picaduras de aquellos «bichos damnados», rogamos por la aparición de algún jaguar u otro animalito cualquera que sirviese para distraernos.

A las seis ya estábamos embarcados y descendíamos el Araguaya, entreteniéndonos en frotar con saliva las numerosas picaduras de insectos que se habían sumado a las de la antevíspera, maldiciendo los mosquitos y muy lejos de pensar en la importante decisión que tomaríamos en la propia mañana.

## CAPÍTULO XV

UNA DECISIÓN IMPORTANTE, CON SUS VENTAJAS E INCONVENIENTES. — HOMÉRICA BATALLA CONTRA UN COCODRILO, E INCREÍBLE AUDACIA DE JOAO Y DEL KARAJA. — EL MUERTO RESUCITA Y NOS ENSEÑA LOS DIENTES. — EL «SANTÍSIMO ROSARIO» EMBARRANCADO. — EL «CAPITAO» IRQUÉ, SU ESPOSA Y SU FAMILIA; CÓMO TRATABA A SUS AMIGOS. — DISTRIBUCIÓN DE TELAS A LOS NIÑOS. — PREVISIÓN Y AMOR MATERNAL EN UNA MUCHACHA. — SIGUE A LA DERIVA EL «SANTÍSIMO ROSARIO». — DONDE SE EXPLICA QUE SI LOS VIGÍAS DUERMEN, ES PARA DESCANSAR MEJOR.

Martes, 2 de mayo —. De común acuerdo con los «barqueiros» tomamos una determinación que, a más de abreviar considerablemente el tiempo de viaje fluvial, tenía la ventaja de substraernos durante la noche a las molestísimas picaduras de los mosquitos, cosas ambas de un valor inapreciable.

Claro es que tal acuerdo tenía, como es lógico, su lado málo. En todas las cosas terrenales pasa lo mismo. El «pero» estribaba en que nos exponíamos a zozobrar o hundirnos en cualquier momento, más particularmente por la noche, y servir luego de pasto a los cocodrilos o a cualquier otro de los pobladores del Araguaya. Sin embargo, aquel temor desaparecía completamente, eclipsado por las ventajas ante las cuales fué unánimemente acordado, a entera satisfacción de todos, no pararse nunca, sino proseguir el avance noche y día.

Durante la noche, los mosquitos de las playas hacían imposible — o punto menos — el reposo, mientras que en el río, manteniéndonos alejados de las orillas, nos dejarían en paz sus picotazos y zumbidos, tan molestos unos como los otros, si bien aquéllos resultaban más temibles por acarrear muy a menudo la fiebre. El Araguaya tiene tal anchura, que los mosquitos no se atrevían a franquearlo, permaneciendo prudentemente sobre las orillas.

Claro es que los «barqueiros» dejarían los remos durante la noche, mas el «Santísimo Rosario» continuaría deslizándose a merced de la corriente, y así, uniendo los minutos y sumando las leguas, nos encontraríamos al amanecer con una respetable cantidad de camino hecho sin el menor esfuerzo.

Un inconveniente había en esta manera de viajar sobre el Araguaya: chocar contra cualquier tronco de árbol que la corriente llevase, o que la propia embarcación fuese a tropezar contra cualquier obstáculo imprevisto, cosas ambas más que suficientes para que nos fuésemos directamente al fondo del río, en cuyo caso ya podría darse por satisfecho el feliz mortal que supiera nadar lo bastante bien para ganar la orilla y substraerse a las quijadas de los «jacarés». Para prevenir una catástrofe de tal especie, los «barqueiros» se turnarían en la dirección del «Santísimo Rosario», manteniéndolo siempre en el buen terreno y tratando de rasgar con la vista las tinieblas de la noche para evitar así cualquier tropezón funesto.

Todo ello era un trabajo suplementario, acreedor a una recompensa, por cuya razón, espontánea e inmediatamente, prometí cien milreis «extra» al piloto y a cada uno de sus compañeros si llegábamos a Conceiçâo el 10 de mayo en vez del 20 o el 25 como teníamos calculado.

La tripulación quedó satisfechísima con la promesa, y el piloto puso inmediatamente manos a la obra, redactando el orden del día para los que nos quedaban de viaje.

— Tú, Domingo — interpeló al muchacho karaja —, también tendrás tu parte de recompensa; el Padre te regalará un magnífico rosario de cuentas blancas y rosadas para tu hermana o tu mujer, cuando te cases. Además, te daremos un segundo «facâo» si paleteas más de prisa y vas a esperarnos a donde yo te diga, siempre con buena cantidad de peces, ya preparados y encendido el fuego.

— De esta manera — prosiguió — no tendremos más que preocuparnos de cocer el arroz; total, una hora a mediodía y otra por la noche; es decir, quedarán veintidós, bien larguitas, para que el «Santísimo Rosario» vaya descendiendo el río, doblando y, si es posible, triplicando las etapas. En efecto, cada noche, cuando volvamos a la embarcación después de haberse puesto el sol, bogaréis dos o tres horas más con todas vuestras fuerzas y sin temer a nada, a pesar de la obscuridad, pues yo conozco el Araguay como la palma de mi mano, y me encargo de llevarlo por buen camino.

— Por la mañana, de tres a cuatro, fondearemos para dar lugar a la celebración de la Misa, mientras los mosquitos permanecen atontados por el fresco de la madrugada. ¿Entendido, muchachos? — terminó diciendo a los «barqueiros».

— Sí, sí, entendido — exclamaron todos al unísono —: bogaremos un rato después de la puesta del sol, velaremos por turno al timón, y, si Dios quiere, llegaremos antes del ocaso del día 10 a la playa de Conceiçâo do Araguaya.

El valiente karaja no había podido asimilar todo, pero, sin embargo, asocióse a la satisfacción general. Unicamente supo que si paleteaba todavía más de prisa y cogía muchos peces e iba a buscar leña al bosque para tener preparado el fuego cuando llegásemos nosotros, le regalaríamos un collar y un «facâo» con

los cuales no contaba. De fijo que por mucho menos hubiéramos seguido hasta el fin del mundo.

A mediodía ya nos esperaba Domingo con el pescado limpio y lavado, con igual pulcritud que hubiera podido ejecutarlo el más hábil cocinero. El fuego estaba ya encendido, faltando pues únicamente la cochura del arroz y del pescado. Mientras procedíamos a ella, otros asaron un trozo de muslo del ciervo cazado la víspera.

Por la tarde, a las cinco, también nos aguardaba el karaja, fiel a la consigna. En cuanto saltamos a tierra, nos llevó hacia un remanso formado por el río. Allí, en las aguas durmientes, veíase emerger a veinte metros de la playa la enorme cabezota de un viejo cocodrilo. Domingo había comprendido mi satisfacción al poder tirar sobre uno de aquellos saurios, y mostrábase la mar de satisfecho al ofrecerme tal placer.

El «jacaré», consciente de su fuerza o de la resistencia de su caparazón, quizá meditaba sobre la exquisitez de nuestras carnes; ello es que no le inmutó nuestra presencia, continuando inmóvil allá en la superficie, de la que únicamente emergían su enorme cabeza y sus quijadas espantosas.

Con sus ojos alargados, que no se apartaban ni un instante de nosotros, mirándonos de través ciertamente como únicamente saben hacerlo aquellos animaluchos. Todo se prestaba a una caza poco arriesgada, por lo menos, en apariencia. En efecto, sería preciso la mayor ineptitud para — disponiendo de armas como las nuestras — no derribar del primer tiro al bicharraco, el cual, con su inmovilidad absoluta, parecía desafiarnos diciéndonos: «Tirad, si os atrevéis, que aquí os espero. Acercaos, si sois valientes, y os enseñaré lo que valen unas quijadas y unos dientes como los míos.»

Recuerdo haber leído en los relatos de las grandes cacerías en Africa, y particularmente en las llevadas a cabo por el célebre superhombre Roosevelt, que una bala bien colocada en un ojo de cualquier caimán o cocodrilo bastaba para enviarle a mejor vida; pero no así en el resto de sus cuerpos, cuyas escamas actuaban de coraza protectora. En cambio, a través del ojo, llegaban al cerebro en derechura, a lo que nada me es dable oponer, habiendo de creerlo a pies juntillas y no dejar en entredicho sus proezas.

En vista de todo ello, sin molestarme en parlamentar con el monstruo, a estilo de los héroes homerianos, y como todavía lo hacen los toreros españoles antes de dar al toro el golpe de gracia (la que no supe ver por ninguna parte), me arrodillé con el fin de asegurar la puntería todo lo posible. Ajusté, hice presión en el gatillo, y partió la bala — provocando una serie de lejanos ecos allá en el bosque — y pude ver cómo el cocodrilo se hundía bruscamente, dando tan formidables coletazos, que las aguas por él impelidas llegaron hasta la playa.

Al cabo de unos instantes reapareció en el mismo sitio, volviendo tranquilamente a su posición de durmiente o de observador, como si tal cosa no hubiera pasado. Quedé un tanto asombrado y algo escocido en mi amor propio, juzgando haber fallado un tiro a menos de veinte metros; pero el piloto, que ya sabía sus miajillas con respecto a tales cosas, mostróse de otra opinión:

— Ya lleva lo suyo, y bien puesto, por cierto. Si no ha caído le falta muy poco, porque le hirió usted de muerte.

Parece ser que, en efecto, el cocodrilo, herido simplemente, se sumerge para no reaparecer, o en todo caso. muy lejos, a través de tres o cuatro kilómetros. En cambio, cuando la herida es mortal, vuelve a la superficie en el mismo sitio donde se sintió herido, como si, viendo próximo su fin, rehuyese morir en el fondo, prefiriendo caer de cara a sus enemigos, y aun moribundo, triturarlos entre sus formidables quijadas si llegan a cometer la imprudencia de acercarse.

Disparé nuevamente, y el cocodrilo volvió a las andadas, pero volviendo a la superficie más pronto y algo más lejos, en vista de lo cual, no viéndome segura la puntería, entregué la carabina al piloto. Joâo tomó a su vez su Winchester, y disparando los dos a una señal dada, sus balas fueron a hundirse en el monstruo con matemática precisión y aquél hundióse una vez más, pero dando ya coletazos mucho más débiles que los anteriores, prueba inequívoca de que las fuerzas se le escapaban por momentos. Llevaba ya cuatro balas en la cabeza, con lo que el fin no podía hacerse esperar.

Pasaron unos instantes, al cabo de los cuales, en ciertos manejos de la bestia, para mí desconocidos, comprendieron los «barqueiros» que el monstruo expiraba y entonces fuí testigo de una escena que jamás hubiera podido admitir como real, si mis ojos no lo hubieran presenciado.

Joâo y el karaja saltaron al «ubá», yendo a popa el indio, que manejaba la pala en tanto que Joâo se mantenía de pie a la proa, empuñando un remo. Bordearon el remanso con presteza, acercándose al moribundo, que todavía con una dentellada era capaz de hacer pagar cara su vida.

Quise hacerles volver atrás, pero fué inútil advertencia; únicamente obedecían a los mandatos de su audacia extraordinaria y de su instinto de intrépidos cazadores.

— No tenga miedo, Padre — exclamó Joâo —; ya sabemos cómo esquivar los dientes del «jacaré». Basta con que le hagamos hundirse para que podamos acarrearlo hasta la orilla.

Mientras así hablaba, propinó formidables golpes de remo a la cabeza del pobre cocodrilo, que se vió precisado a enfrontar la orilla en la dirección obligada por el hombre.

A veces el «jacaré», poco amante de aquellas bromas, daba formidables coletazos en el agua, intentando volcar el «ubá», resultando ineficaces sus golpes por cuanto el karaja, que preveía las consecuencias, desviaba la embarcación en el momento preciso. Otras veces abríase la boca del saurio lo bastante para dar paso a un toro (en efecto, sus mandíbulas, de más de

ochenta centímetros de largo, formaban un ángulo imponente que al cerrarse producía siniestro crujido), perdiéndose en el vacío sus dentelladas. Joâo y el indio sabían, como vulgarmente se dice, nadar y guardar la ropa.

Levantóse nuevamente el remo, y el choque contra la cabeza de la fiera produjo el arrancamiento de un trozo de la cubierta de ésta, grande como la mano de un hombre. Por si ello fuera poco, el piloto asió el revólver de reglamento e hizo dos disparos casi a quema ropa sobre el cocodrilo, el cual, tras de un movimiento convulsivo, dejó caer la cabeza, permaneciendo absolutamente inmóvil. Era el fin, la muerte.

Con ayuda de los remos volvimos el monstruo patas arriba y procedimos a medirle: ocho metros y medio de cabeza a cola; no estaba mal. Su cabeza, dos veces más larga que ancha, sobrepasaba el metro, y pudimos contar hasta treinta y ocho formidables dientes en la mandíbula superior; en la otra lucía una hilera igual o poco menos.

Como recuerdo de la hazaña, cortó Joâo la punta de la cola, hecho lo cual, satisfechos de nuestra victoria, fuimos a ocuparnos de la cena.

Una hora después, mientras engullíamos el arroz, la «carne secca» y el pescado, percibimos un ruido como si un cuerpo muy pesado cayera contra la arena. Miramos, y ¡oh sorpresa!, vimos que el «jacaré» había logrado ponerse otra vez sobre sus patas y trataba de andar. Levantó la cabezota monstruosa, de la que salía una espuma sanguinolenta, mas no pudiéndola sostener, cayó pesadamente en la arena, significando que nos habíamos equivocado al suponerle muerto. Ninguno de nosotros podía dar crédito a sus ojos.

Fuimos hacia él: cuando nos tuvo cerca, abrió cuanto pudo sus fauces imponentes, y Joâo, rápido, pasó a traves de ellas un remo. Cerráronse las mandíbulas, cogió la madera bajo la presión de los dientes y el muchacho no pudo ya retirar el palo. Unimos nuestros esfuerzos a los suyos, pero en balde, puesto que el «jacaré» se dejaba arrastrar por la playa, pero no soltaba su presa.

—¡Pobre Joâo! — exclamó el piloto — ¿dónde estaríamos a estas horas si mientras le medíamos y le volvíamos patas arriba se le hubiera ocurrido al bicho este, que no estaba muerto como ves, sino atontado y gracias, abrir la boca y cogernos por un brazo o una pierna como ahora hizo con el remo? Malamente lo hubiéramos pasado todos juntos, y quien hubiese actuado de víctima, claro está, mucho peor, ya que siendo imposible abrir la boca a la bestia hubiera sido necesario cortar el miembro para salvar la vida, lo mismito que ahora tendremos que hacer con el remo si queremos salvar la pala que necesitamos.

Pensativo quedé al ver aquello, invadiéndome un sudor helado al pensar el peligro que habíamos corrido sin saberlo. ¿Qué sería necesario para matar *de veras* a uno de aquellos monstruos que forman legión en las aguas del Araguaya? Con el jaguar, amo de las selvas brasileñas, una bala bien dirigida a la cabeza o al corazón, bastaba para fulminarlo, pero ¿qué requerían aquellos animales que soportaban seis o siete balas de arma de guerra disparadas a poca distancia? Tres de ellas, cuando menos, habíanle perforado el cerebro; los golpes hicieron saltar un trozo de hueso entre los ojos, del tamaño de la mano, y a pesar de todo, vivía y atacaba. ¿Querrán decirme, pues, los naturalistas dónde guardan la vida aquellos saurios?

Respondo de la exactitud de cuanto precede. Ni una palabra, ni el más nimio detalle, apártanse de la verdad. Me asombra la facilidad con que ciertos cazadores dicen haber enviado al otro mundo uno de esos bichos, al primer disparo. No soy quién para comprobar sus afirmaciones ni dudar de ellas, pero ha de extrañarme hallar contradicha mi experiencia.

Quizá los cocodrilos africanos no sean lo mismo que los del Araguaya; además, los cocodrilos alcanzan — con las tortugas — la mayor longevidad conocida en el reino animal, consiguiendo en muchas ocasiones pasar de los trescientos años y acaso los referidos cazadores habrán encontrado solamente saurios jóvenes. El que matamos nosotros era ya viejo y duro de pelar; tan aferrado a la vida estaba, como esas encinas añosas que a medida que el tiempo transcurre van profundizando en la tierra con sus raíces hasta formar un mismo cuerpo con ella.

De todas maneras, la lección fué para mí excelente, y como el ratón de la fábula decía al gato enharinado:

«De nada te sirve ser harina,
porque aun cuando fueras saco, no me acercaría a ti».

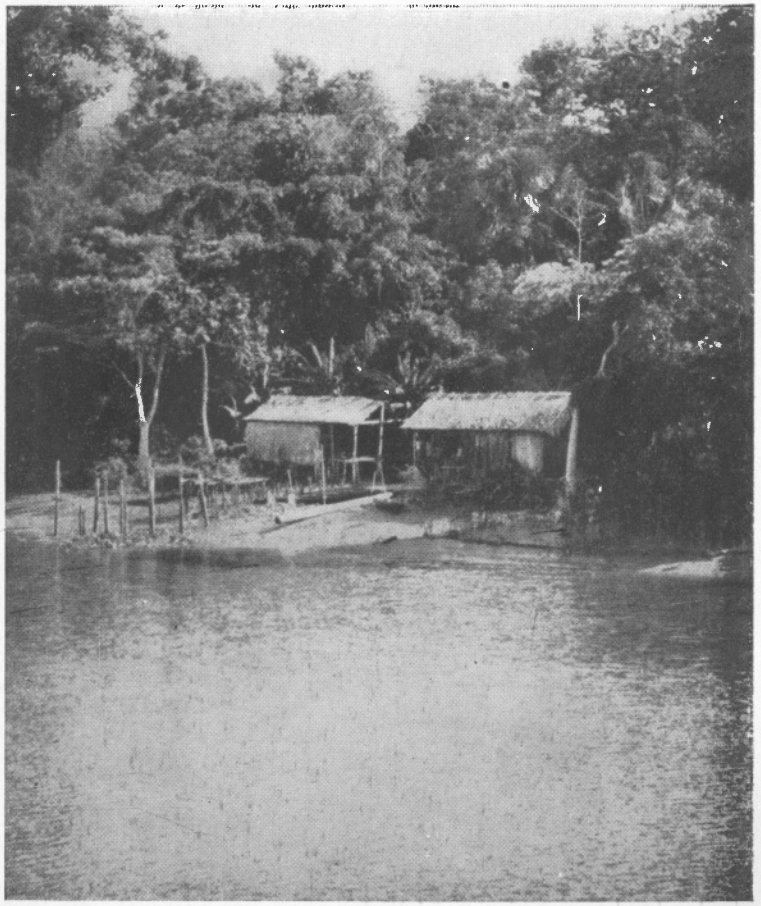
yo, teniéndome a distancia de esos anfibios, aunque se hallen agonizando, exclamaré con la debida modificación:

«De nada te sirve hallarte muriendo,
porque aun estando difunto, no he de acercarme a ti.»

Como nos habíamos entretenido con la caza, era ya noche completamente cerrada cuando saltamos al «Santísimo Rosario». Para ganar el tiempo perdido, bogaron los «barqueiros» vigorosamente hasta las diez de la noche; a partir de entonces, nos tendimos cada cual sobre una caja, un cuero de buey o hasta sobre la mismísima «carne secca», buscando solamente la mayor comodidad posible para dormir. Sólo Joâo quedó en pie, asido a la barra y encargado de nuestra seguridad hasta la una de la madrugada, en que iría a substituirle Manuel, quien, a su vez, llevaría el timón hasta la hora de abordar para la cotidiana misa.

Mientras dormíamos, el «Santísimo Rosario» fué descendiendo sin la menor sacudida, haciéndonos ganar un tiempo precioso.

Me desperté a las dos de la mañana. Cuando hube recobrado la conciencia de cuanto sucedía al exte-



17. — Cabañas de colonos a la orilla de un caudaloso río

18. — Una danza de los indios karajas. Es digno de notar el adorno que ostenta en el labio inferior el joven karaja que aparece a la izquierda y en primer término

rior, dióme la sensación de que nos hallábamos parados y de que el barco no avanzaba lo más mínimo. Para cerciorarme, llamé en voz baja al «barqueiro».

A la incierta luz de las estrellas vi proyectarse a derecha e izquierda la mancha sombría de las selvas que bordean el Araguaya, lo que me hizo creer que nos hallábamos hacia la mitad del cauce. Sin embargo, continuó pareciéndome que la embarcación no se movía. ¿Acaso era posible a un «batelão» deslizarse tan suavemente que no se percibiera la menor oscilación? Volví a llamar, siempre en voz baja para no despertar a sus compañeros, al «barqueiro» de guardia:

— ¡Joâo! ¡Joâo!

Ninguna respuesta. En el bosque y en el río imperaba el mayor silencio; en el barco, sin la respiración violenta del karaja y los ronquidos de algún «barqueiro», hubiérase dicho que todo había muerto. Levanté un poco el tono:

— ¡Joâo! ¡Joâo!

Esta vez me oyó el interpelado.

— ¿Qué desea, Padre?

— Me parece que el «Santísimo Rosario» no se mueve, y sin embargo, nos hallamos bastante lejos de ambas orillas.

Pronto se dió cuenta el muchacho de lo sucedido.

— ¡Ay, Padre, discúlpeme!... Me dormí, ¿sabe?

Y a una orden suya, echáronse todos al agua, consiguiendo volver a poner a flote la embarcación que, habiéndose apartado algo del centro de la corriente mientras Joâo dormía, fuése a embarrancar en la arena. Bajo la dirección del piloto y el impulso de los remeros, pronto volvimos a ser llevados por la propia fuerza del agua, terminándose la noche sin haber registrado ningún otro percance.

Hacia las cuatro de la mañana celebramos la Misa en la playa; permanecían adormecidos los mosquitos, e inmediatamente volvimos a embarcarnos.

Hacia las siete llegamos frente al «río das Mortes», afluente del Araguaya. Bien merece parangonarse con los más caudalosos de Europa, y sin embargo, a pesar de la cantidad de agua que lleva el Araguaya, no se observa engrandecimiento alguno en este último.

Por la tarde vimos de nuevo los karajas junto a la orilla, lo que nos dió a entender que habíamos pasado ya las tierras azotadas por los «chavantes». Desde entonces vimos diariamente sobre las playas familias de karajas, que conocían ya, y amaban, a nuestros Padres de Conceiçâo, por cuya razón se acercaban a nosotros para saludarnos... y para recibir nuestros regalos.

A las tres vimos un «ubá» que dejaba la orilla para acercarse a nosotros, lo que realizó en pocos momentos. Era el «capitâo» Irqué, venido con su esposa e hija para ofrecernos algunos presentes (?). Como no podíamos perder tiempo en parlamentar, atamos el «ubá» a nuestra embarcación y nuestros visitantes subieron al «Santísimo Rosario», que durante la entrevista no dejó de marchar. Para el «capitâo», acostumbrado a paletear constantemente, el hecho de remontar el río para volver a sus lares venía a ser como un juego de niños.

Aquellos karajas familiarizaron pronto con todos, y en especialidad conmigo, con el «Papai Grande» como ellos dicen. Sin andarse con chiquitas, hizo sentar a su esposa junto a mí, a la derecha, su hija a la izquierda, y él enfrente, pero tan próximo que nuestras rodillas se juntaban; con aire majestuoso depositó a mis pies un par de ananas y algunas «batatas doces», mientras pronunciaba la palabra sacramental: «Agrado». Con ella nos dijo que nos hacía donación de aquello.

Era un regalo del que no tardaría en pedirnos precio. Entre nosotros, la conversación no podía prolongarse mucho, ya que nada sabíamos de su lengua y apenas si conocía él unas cuantas palabras del portugués, aunque eran todas esenciales, ajustándose a lo más práctico.

Aun no habíamos acabado de hacer seña de aceptación, que ya vino su ancha mano a darme familiarmente un cachetito en el muslo, mientras decía:

— Papai Grande, fumo.

Aquello significaba que debíamos darle tabaco, lo mismo que a su mujer y a su hija. Para todas esas cosas no existe la comunidad entre los karajas, incluso en la familia, pues cada uno posee o adquiere por sí y para sí. Por lo tanto, dimos un buen trozo de tabaco, primero al «capitâo», y luego a su esposa e hija, sentadas a mi lado, cada vez más apretadas a mí como si quisieran privarme de movimiento, y sobre todo, que me fugase. El tabaco fué pronto, no hundido en los bolsillos (¿cómo?), sino puesto en el suelo, junto a sí, con el fin de dejar las manos en libertad para recibir todavía.

El «capitâo» Irqué nos miraba con beatitud, y dándome un segundo cachete en el muslo, me dijo:

— Papai Grande, rapadura.

Y hube de obsequiar a cada uno con una pastilla de rapadura.

Mas todavía no terminaron las peticiones, puesto que los karajas son chiquillos insaciables y aquella buena gente comenzó a encontrar sabroso el cacheteo. Así, pues, recibí una tercera «caricia» y las palabras siguientes:

— Papai Grande, camisa.

Ello significaba que debía darle una camisa, y, siempre en virtud de la no comunidad de bienes para tales cosas, además de la suya, otra a su mujer y una tercera a la hija.

Que nuestros lectores no se dejen engañar por la palabra. En el Brasil una camisa no representa lo mismo que en nuestra Patria, y los karajas pedían un trozo de tela o percal, no para confeccionarse aquella prenda interior que de poco o nada les hubiera servido — ya que no de estorbo —, sino para hacer con la tela unas bolsas donde llevan las provisiones en sus frecuentes y largas caminatas a través de las selvas.

No será muy difícil imaginarse el aprieto en que se halla un piel roja para guardarse cualquier cosa cuando sólo envuelven su cuerpo en un rayo de sol.

Dadle un poco de tabaco, una pulgarada de sal, una tableta de rapadura o uno de los espejitos de que son tan amantes, y veréis inutilizadas sus manos; en cambio, un saquito suspendido por una cinta al hombro o a la cintura, les evita esas dificultades, quedando libres para manejar a satisfacción, y en cualquier momento, el arco y las flechas. Además, aquel trozo de tejido les sirve para cubrirse la espalda durante ciertas noches de marcada frescura en las riberas del Araguaya.

Por tercera vez hube de acceder a la petición del «capitão» y le obsequié con el trozo de tela deseado, el cual fué inmediatamente a hacer compañía a los regalos anteriores. Apenas volvió a tener libres las manos, dióme un cuarto cachete en el muslo, diciéndome:

— Papai Grande...

¿Qué cuerno le quedaría por pedirme al individuo aquel? Un espejo, quizá, en el que pudiese admirar su belleza y la de su mujer; mas era el caso que nos quedaban muy contados cachivaches de aquellos, y habíamos de reservarlos para las grandes solemnidades. En vista de ello, corté su frase con un gesto tan familiar como el suyo, dándole a entender que había dado ya bastante. Resignóse fácilmente, y hasta satisfecho de tantos regalos, por lo que tras de habernos pedido noticias del «capitão» Capichão, de Leopoldina — hermano de su mujer —, volvió al «ubá» y acompañado por sus parientes volvióse río arriba con bastante ligereza.

Apenas había desaparecido en el horizonte, cuando nos vimos ya rodeados de nuevos «ubás», en los que sólo se veían mujeres y chiquillos. Quizá estaban los hombres de caza, y ellas, al distinguirnos, no quisieron desperdiciar la ocasión de venir a saludarnos y de paso — perdónesenos la expresión — a cachetearnos como acababa de hacerlo el «capitão» Irqué.

Como digo, apenas nos divisaron, embarcáronse en sus respectivos «ubás» y paleteando con iguales fuerza y destreza que los hombres, vinieron a situarse junto al «Santísimo Rosario», haciendo imposible nuestro avance, puesto que no era dable embarcar a tanta mujer y tanto chiquillo.

Cuando hubimos distribuído tabaco y sal incluso hasta a los pequeñuelos que, imbuídos por sus madres, nos tendían sus manitas, hicímosles saber que íbamos a repartir «camisas», o sea trozos de tela como ya se dijo, pero únicamente a los niños, para que pudieran guardar sus cuerpecitos del relente nocturno.

Hicimos la distribución empezando por los más alejados, a fin de que a medida que recibían el regalo abandonasen el lugar.

Rozando una de sus bandas con nuestro «Santísimo Rosario», hallábase un «ubá» más pequeño y ligero que los corrientes, en el cual iba una muchacha karaja con sus dos vástagos, los cuales podían contar hasta un par de años cuando más, pero que sabían ya mantenerse de pie sobre la embarcación sin hacerla volcar. Corté dos trozos de cretona y, plegándolos en sentido diagonal, púselos sobre los hombros de aquellos dos querubines.

Eran dos criaturas monísimas, cuyos cuerpecitos armoniosamente formados, aparecían todavía más bellos bajo su broncínea piel ahora en contraste con los vivos colores del tejido. La pobre madre, no cabía en sí de dicha; miraba a sus hijitos con indescriptible arrobamiento, ora apretándolos fuertemente contra su pecho, ora teniéndolos en pie ante ella y contemplándolos como en una especie de éxtasis de amor maternal. A buen seguro que nunca les vió tan hermosos.

De pronto, con esa movilidad fisonómica propia de los niños y de los pueblos jóvenes, la vi descender, desde el pináculo de su alegría, hasta el abismo del mayor abatimiento. Luego, prorrumpió en palabras y ademanes con increíble volubilidad, formando un discurso sumamente pintoresco, del que no pudimos recoger ni una palabra; sin embargo, en la repetición de «menino» y en sus gestos, comprendimos que aun pedía más cretona. Respondímosle que los «meninos» tenían ya la que necesitaban y no podíamos llevar más allá nuestra generosidad puesto que durante nuestro viaje y al fin del mismo, hallaríamos otros «meninos» tan necesitados como los suyos para los cuales debíamos reservar algo de la pequeña cantidad que llevábamos. Tal explicación, pareció no satisfacer a la joven, puesto que volvió a su peroración todavía con más energía que antes. El piloto, comenzaba ya a impacientarse.

— No podemos — le dijo —, eternizarnos aquí, mujer. Ya hemos hecho la distribución y no hay nada que nos obligue a perder más tiempo; conque, muchachos, manos a los remos y llevaos la «canoa».

A buen seguro que aquella madrecita no había comprendido ni una sola palabra, mas al ver el gesto hecho por los «barqueiros», que ya iniciaban la estropada, saltó prestamente, ágil y rápida como un felino, como el jaguar de aquellas selvas, a nuestra embarcación, situándose junto a nosotros antes de que los muchachos hubieran acabado su gesto y los remos se hundieran en el agua.

Y entonces se desarrolló una escena conmovedora, que voy a relatar con la misma sencillez que el Evangelio.

De pie entre el piloto y yo, aquella mujer desnuda, gritando y gesticulando como una pitonisa poseída por el diablo, no lograba hacernos comprender sus deseos. El caso iba haciéndose difícil por momentos; ¿qué hacer? Llevarnos aquella mujer en nuestra embarcación, hubiera sido un mal ejemplo, y tomarla por la fuerza para dejarla caer al río — desde donde ya se hubiera preocupado en volver al «ubá» —, si bien representaba un medio eficaz, nos pareció muy poco digno de caballeros, además de que la hembra era fuerte y ágil como una «onça do matto» y a buen seguro que sabría defenderse de los remeros cuando no arrastrar a alguno de ellos en su caída. ¿Qué hacer, pues? Mientras deliberábamos — ¡oh poder del amor maternal! — aquella mujer tuvo una ins-

ración. Con un gesto tan gracioso y casto como mostrativo de energía, puso la mano sobre su vientre, dándonos a entender que allí, oculto, había un tercer «menino» pronto a surgir a la luz del día, con lo que su cuerpecito quedaría expuesto al rigor del frío lo mismo que los otros dos, por cuya razón pedía un trozo de tejido. Con mano temblorosa por la emoción, corté un gran trozo de tela — sin medirla — y la pasé a aquella madre previsora. La cogió ella con avidez e inmediatamente fuése hacia el «ubá» en el cual desapareció pocos momentos después, no sin habernos dado las gracias desde lejos.

Si los bienhechores de las misiones, si aquellos cuya generosidad nos permitía ser espléndidos a nuestra vez hubieran estado presentes y hubieran podido ver la alegría inmensa de aquella madrecita ¡qué recompensa moral hubieran tenido todos sus sacrificios! El Espíritu Santo lo dice: «más dicha encierra el dar que el recibir». Aquello, es siempre una satisfacción espiritual, y sobre todo si la donación se hace a una madre que lo necesita para sus hijitos.

Aquella noche, bogaron los muchachos hasta las once, espontánea y alegremente, con el fin de ganar el tiempo perdido. A dicha hora, quedó Juliâo de guardia y los demás nos dormimos en seguida, mecidos por la satisfacción que da el deber cumplido.

A las tres de la mañana, me desperté sobresaltado. Un violento encontronazo nos hizo rodar — hombres y cosas — por el suelo, en tanto que el «Santísimo Rosario parecía bailar una danza caótica». Los «barqueiros», más avisados y con mayor experiencia que nosotros, pusiéronse inmediatamente en pie y echaron mano a los remos.

— ¿Qué pasa? — inquirí, nada tranquilo.

— No tema usted, Padre, que no hay peligro ninguno — respondióme el piloto, desde el timón.

Lo sucedido era que el vigía durmióse como un bendito, permitiendo que el «Santísimo Rosario» se desviara y acercase demasiado a la orilla, muy accidentada en aquellos parajes. Una vez allí había chocado contra un montón de espinos acumulados por la corriente contra un gigantesco tronco de árbol. Por suerte, la maleza había amortiguado el golpe y por ende, ahorrado un serio percance.

Poco después, abordamos en una de las más hermosas playas que jamás pude ver. Mientras preparábamos el altar cambié algunas palabras con el piloto, quien parecía no preocuparse poco ni mucho de que sus hombres se durmieran cada noche en vez de — cual se convino — velar para mantener la embarcación en buena vía, evitando así los escollos. Al hacer esta observación al bueno de Jerónimo, enardecióse el muchacho y confesó la escueta verdad.

— Ya lo vió usted, Padre; los muchachos se quedan al timón por cumplir solamente, ya que no es posible bogar de día y tras un fuerte suplemento por la noche, continuar despierto el resto de ella.

— ¿Luego entonces, lo hacen por obligación, por la fuerza, y no por espontánea voluntad?

— Sí, Padre.

— Entonces ¿vamos deslizándonos todas las noches a merced de las circunstancias, expuestos a cualquier accidente que quiera cortarnos el paso?

— Sí, Padre, pero no tema usted nada. La Virgen nos protege y estoy seguro de que nada malo puede pasarnos. Obramos así con todos los viajeros, ya que no nos es posible trabajar durante el día y velar por la noche; sin embargo, raramente nos ocurre algo grave. Esta vez, además, no es un vulgar pasajero que conducimos, sino todo un Padre misionero, un apóstol de la Santísima Virgen ¿qué podemos temer pues?

Aquella fe tan simple y verdadera, la piedad humilde y confiada de aquel hijo del «Sertâo», me avergonzaron, lo confieso, y hasta me reproché haber dudado un momento.

Al terminar la misa y el reparto de una doble ración de café, volvimos al «Santísimo Rosario» para correr, todavía más, hacia Conceiçâo do Araguaya.

Era el jueves, día 4 de mayo.

## CAPÍTULO XVI

LA SOLEMNE MISERIA DE LOS PIELES ROJAS. — EL «PAPAI GRANDE» ESCOGIDO COMO EMBAJADOR. — EL «CAPITAO» TAMANACO Y SU VÁSTAGO. — OBSEQUIO REAL POCO VULGAR; OFERTA DE UN CAMALEÓN PODRIDO, COMO PLATO EXQUISITO. — PESCADO A LA «KARAJA». — VISITA NOCTURNA POCO TRANQUILIZADORA. — EL «CAPITAO» ALFRED. — LAS PLAÑIDERAS KARAJAS. — HISTORIA VERDADERA DE UNA MUCHACHA BLANCA, PRISIONERA DE LOS KARAJAS, ESCRITA EN LA ARENA DE LAS PLAYAS. — LA CAZA DEL JAGUAR.

En aquella jornada tuvimos la mejor ocasión de conocer a los karajas, por lo que tentado estuve de llamarla «de los indios». A primeras horas de la madrugada, el río pareció animarse más que de costumbre, y vimos varias embarcaciones repletas de mujeres y niños, correr a toda marcha hacia lo que se nos dijo ser la «aldeia do capitâo Joâo». Sin embargo, todas ellas hicieron un pequeño rodeo para acercarse antes al «Santísimo Rosario» y pedirnos algunos regalos, en especialidad consistentes en harina de manioc y «rapada».

Supimos entonces las causas de aquel movimiento

inhabituado en el río, muy semejante a una emigración.

Un tal V..., indio de tribu enemiga de los karajas, pretendía vengar la muerte de su nieto, muerto de un tiro por un chiquillo karaja perteneciente a una familia aislada. Tal era la causa de la agitación en el campamento karaja.

Se nos dijo que el individuo aquel era persona inteligente, instruída, pero de maldad aun mayor que sus cualidades. Decíase civilizado, y en vez de envolver sus carnes en un rayo de sol, cubríase con un vestido completo de «sertanejo», habiendo reemplazado al arco y las flechas una buena carabina de largo alcance, bien provista de balas, de las que se servía con preferencia contra los pobres karajas y no contra las fieras del «matto». ¿Qué habría de cierto en aquella historia? Me repugna creer que el hecho, y otros semejantes, puedan prestar base a la demasiado famosa teoría de Juan Jacobo Rousseau, y que la civilización solamente hubiese logrado pervertir a aquel hombre.

¿No sería, sin embargo, la consecuencia de una educación basada en otros principios que los de la Santa Religión cristiana? Tuve ocasión de ver que el contacto con los europeos resulta pernicioso para los pobres indios, si aquellos no militan bajo el estandarte de la cristiandad, y llevan a éstos las enseñanzas de nuestra religión.

El primer cuidado de los atacados fué el de poner a salvo mujeres y niños, llevándolos a la «aldeia do capitão João», tras de lo cual se procurarían algunas armas de fuego y harían prevalecer su derecho, y demostrar que los karajas, reyes del bosque y del río, no se dejaban intimidar por nadie.

— Sin embargo — me dijeron —, sólo pedimos que nos dejen vivir en paz; usted que es el Papai Grande, podría decir a aquel malvado que se quede en su casa y no venga a asesinar nuestros hijos mientras estamos ausentes.

Acepté gustosamente aquella misión pacífica, de la que si bien no podía encargarme personalmente, me quedaba el recurso de transmitirla a nuestros Padres de Conceição, conocidos, respetados y queridos por todas partes. Debo añadir inmediatamente que los Padres consiguieron evitar la efusión de sangre y calmar los ánimos.

Lo que más me afectó al ver aquellos «ubás» cargados de mujeres y niños, fué la cruda miseria de aquellos pueblos. He aquí el ajuar de aquellas mujeres que emigraban llevándose cuanto poseían de más valor además de sus hijos: unas cuantas «batatas doces», una o dos ramas de plátano, dos medias calabazas para conservar o tomar agua, y paren ustedes de contar; era cuanto poseía la familia. Era digna de ver la forma en que miraban aquellas hijas de Eva nuestro saquito de harina de manioc. Acercábanse a nosotros y conteniendo la respiración para hacerse más delgadas (no crean ustedes que por vanidad, pues en aquellas tierras se opina todo lo contrario), ponían su mano sobre el estómago mientras decían:

— Ignoro.

Lo que significa en español *vientre pequeço*, vacío, de persona hambrienta. Dimos a cada una su ración de harina de manioc y un puñadito de sal, con lo que todas ellas se alejaron contentísimas, bendiciendo desde el fondo de su corazón al Papai Grande, y en él a todos los bienhechores de la misión.

Poco después acercáronse a nosotros una patrulla de guerreros — provistos de arco, flechas y mazas — tripulando un «ubá». Iban contra la corriente, pero, a juzgar por la velocidad, hubiérase dicho que los arrastraba el huracán. Seguramente querían lucir ante nosotros su fuerza y habilidad, a las que debo hacer justicia. Era el capitán Tamanaco, quien hablaba correctamente el portugués y era buen amigo de nuestros Padres, a los que acompañó varias veces y por quienes haría gustoso el sacrificio de su vida.

Obsequiámosle en proporción a su grado, su amistad y su abnegación: dímosles una buena porción de tabaco y una ración de harina de manioc, y a él, sobre todo lo demás, un rosario de grandes cuentas de vidrio: un buen regalo para su hijo. Este, que parecía tener como unos veinticinco años, vino de pie a popa del «ubá» como director de la maniobra. Mostrábase vanidosamente erguido, pero en realidad sería bastante difícil encontrar un tipo de hombre joven más bello que él. Hubiérase dicho que era la encarnación de Apolo del Belvedere. Fué verdaderamente sensible que al muchacho se le ocurriera pintarrajearse para asistir a la ceremonia, en vez de haber conservado su hermoso color de cobre. A Tamanaco le regalamos también un espejito y un cuchillo magnífico, un «cabo de arame», como dicen los indios, aquellos cuyas caras están envueltas en hilo de cobre, reluciente al sol.

El cacique, a su vez, iba a hacernos un regalo verdaderamente regio. A buen seguro que no se trataría del famoso cinto de Norodom, porque ¿se puede saber de qué nos hubiera servido en el Araguaya? En aquel país la parte esencialmente práctica, priva sobre todo lo demás. Pues bien, aquel regalo digno de un jefe como Tamanaco y de todo un Papai Grande, ¿no saben ustedes en qué consistía? Pues en un camaleón muerto dos días antes, que extrajo del fondo del «ubá». El animalito despedía un hedor insoportable, viéndose ya bajo su piel cómo iban germinando los gusanitos de la putrefacción. Por suerte había olfateado el piloto el tan cacareado regalo y advertídome a tiempo que se trataba de un manjar buscadísimo, con el que Tamanaco estaba seguro de causarnos un verdadero placer. Si no hubiéramos sido prevenidos, a buen seguro que retrocedemos asqueados y le proporcionamos tontamente al buen Tamanaco un disgusto mayúsculo.

Aceptamos, pues, el regalo con la mayor voluntad y dándole repetidamente las gracias. Entonces, el valiente jefe nos dió un apretón de manos capaz de triturarnos los huesos, y saltando ágilmente al «ubá» desapareció pronto de nuestro alcance.

Llegado el mediodía, vimos a los «barqueiros» —

no sin gran sorpresa — cómo despedazaban al camaleón, y tras de haber quitado someramente los gusanos, disponerse a cocerlo.

— ¿Entonces, Jerónimo, hablaba usted en serio al decirme que el camaleón es un plato muy apreciado?

— ¡Oh, sí, Padre!, y usted mismo va a comprobarlo. La carne del camaleón, y sobre todo cuando está como el que nos regalaron, con ese gustillo que ahora debe tener, gusta mucho más que la de un ciervo.

Confieso ingenuamente que a pesar de todas las protestas de Jerónimo, no quise aceptar la prueba. La sola idea de que era carne de un reptil y medio putrefacto por añadidura, con sus gusanillos y el olor pestilente que despedía, me causaba una repugnancia insuperable. Con ello ganaron los «barqueiros», que tuvieron una ración mayor, engullida con un entusiasmo loco.

El karaja, sintiéndose casi humillado por mi negativa, quiso tomar una revancha ofreciéndome otro plato al gusto indio. Fuése hacia el río, donde «flechó» un pescado hermoso que nos enseñó triunfalmente, cual si quisiera decirme: «Este, al menos, no despide mal olor y se lo podrá comer con entera confianza, sobre todo cuando vea cómo se lo preparo.» Después, y sin preámbulo ninguno, dejó caer el pez sobre las brasas, volviéndole metódicamente para que el asado fuera perfecto.

— ¡Pobre chico! — exclamé para mi fuero interno —; si te crees que voy a zamparme esa monada de pez que no vaciaste ni limpiaste y que paseas ahora por la ceniza, te equivocas de medio a medio.

Cuando el pobre muchacho juzgó que el pez estaba convenientemente asado — y, vale decirlo, exhalando un olorcillo muy apetitoso —, lo tomó por la cabeza con la mano izquierda y con destreza increíble, utilizando solamente el índice y el pulgar, separó de él dos magníficas tiras, que fué a depositar sobre unas hojas de plátano. El interior del pez había quedado en la mano del operador, y las escamas, removidas por la ceniza, pegadas a la hoja de plátano. Es decir, que se me ofrecieron dos magníficas tajadas de pescado, incomparablemente asado, y de tamaño suficiente para una buena comida, sin llegar a tocar la piel de ninguna de las dos. Creo que nunca volveré a comer nada tan exquisito como aquel plato que me prepararon a estilo «karaja» o indio, puesto que no es patrimonio exclusivo de éstos el prepararlo así.

Nuestras lectoras pueden poner en práctica la receta y dudo que con la habilidad culinaria propia de nuestras europeas, no consigan hacerlo tan bien o mejor que el muchacho karaja. He de advertir que se necesitan dos cosas para intentar el experimento con las máximas probabilidades de éxito: un pez recién pescado en el río o en el mar y que tenga cuando menos diez centímetros de espesor para que se obtengan buenas tajadas luego y una buena hoguera con brasas de haya o encina, duraderas y de buen arder.

A las cinco de la tarde, volvimos a la orilla con el fin de preparar la cena. Domingo nos aguardaba ya, fiel a su palabra, si bien acompañado por una docena de muchachos karajas llegados para saludarnos y... claro está, decididos a no marcharse con las manos vacías. ¿Cómo supieron nuestra llegada? Venían de lejos, y por lo tanto, no era admisible que Domingo hubiera podido prevenirles, pero sí haberles indicado el sitio aproximado en que atracaríamos.

Muy a menudo nos sorprendió la rapidez con que se propagaban las noticias en aquella región, a través del río, del bosque o del desierto, a pesar de no haber ni mandaderos ni correos, ni comunicaciones regularmente organizadas. A decir verdad, parece que existiera allí una estación telefónica inalámbrica, no como la conocemos en Europa, dotada de postes transmisores y receptores que la propia ciencia estableció a costa de grandes esfuerzos, sino de cierto modo de comunicación que pudiéramos llamar telefonía inter-alma.

Aquellos diez muchachos llevaban todos encima de la rodilla una a modo de liga hecha con finas cintas o por la corteza de algún árbol y anudadas adelante, cayendo los lazos graciosamente hasta media pierna. Era la señal de que todavía no cayeron en el matrimonio. Las muchachas llevan el mismo adorno hasta el día de su casamiento: si llegan a enviudar, vuelven a tomarlo en seguida, salvo el caso de que hallen antes otro marido. En Europa son las personas casadas quienes llevan un anillo en el dedo; allí son los muchachos y las muchachas quienes pasean ufanamente su libertad. ¿Cuál de ambos usos resulta preferible? Cada cual piense como le plazca. Yo me inclino por la costumbre karaja. Se ve más el atributo y resulta más bonito.

Durante la comida nos obsequiaron los muchachos con una representación de lucha karaja. A buen seguro que no recibieron lecciones de ningún profesional europeo o norteamericano, y sin embargo, su manera de proceder es análoga a la nuestra y observándose en ellos una táctica igual a la de nuestros luchadores de nombradía. Como en la clásica grecorromana, los dos hombros del vencido han de tocar simultáneamente en el suelo, siendo necesario verles en lid para darse cuenta de su agilidad, rapidez y fuerza. Cuando todo hace creer que unos hombros van a tocar ya, cuando el luchador se retuerce como una serpiente, resbala entre las manos de su adversario y vuelve a ponerse en pie, dispuesto a comenzar.

Son los karajas unos entusiastas de la lucha, en la que se ejercitan desde la más tierna infancia y luego practican diariamente en las horas en que no se hallan ocupados en cazar o pescar. Por eso tienen una habilidad y fuerza incomparables.

Como recompensa, dimos a cada uno de ellos un buen trozo de tabaco, algunas tabletas de «rapadura» y helos contentos a todos. Les ofrecemos tomar en nuestra compañía una «jícara» de café, y tal fué su entusiasmo por el convite, que derramaron la cafetera presentada por el pobre Patricio con manos no

muy seguras que digamos. La consecuencia de ello fué vernos precisados a rehacer el café.

Nos volvimos a embarcar cuando ya comenzaba a ser de noche, y los remeros bogaron hasta las diez. Después de los rezos acostumbredos, nos dormimos tranquilamente.

Hacia la media noche nos despertamos sobresaltados al oir un ruido siniestro muy semejante al graznido de un ave de presa. En la soledad, el silencio y las tinieblas, lo repitió el eco formando un coro impresionante. Apenas éste se hubo extinguido, volvimos a percibir el grito lúgubre, pero esta vez sin dejar lugar a dudas: partía de nuestra propia embarcación, en la que, sin embargo, nada anormal se registraba. Era el karaja quien lo había lanzado.

Algunos gritos precidos partieron de la playa, donde sólo vimos algunas sombras que se removían.

— Son karajas — me dijo el piloto —. Domingo los apercibió, los ha olfateado, mejor dicho, a través de las sombras, y vienen hacia nosotros en sus ligeros «ubás».

El bueno de Jerónimo había dicho esto sin aparentar concederle gran importancia, sin que sospechara la impresión que sus palabras me causaron.

Porque — debo confesarlo — aun poco familiarizado con los pieles rojas, llena la cabeza por la literatura circulada a propósito de ciertos viajes, me infundió aquello tan poca tranquilidad, como si se hallara sobre mí la célebre espada de Damocles, y muy gustosamente hubiera prescindido de tales visitas.

Encontrarse solo, perdido en la inmensidad y en medio de las más densas tinieblas, sobre un río de varios kilómetros de ancho y bien poblado de cocodrilos, viéndose frente a frente con treinta colosos — no bautizados —, pintados de rojo hasta parecer más diablos que humanos, la verdad, no resulta muy tranquilizador que digamos. A no dudar, nos hallábamos a merced de aquellos salvajes atraídos — ¿quién sabe? — por Domingo. Este, con los varios días que llevaba en compañía nuestra, sabía cuánto encerrábamos en la embarcación: tabaco, harina de manioc, arroz, sal, cuchillos, telas, espejos y magníficos rosarios de vidrio para utilizar como collares, cosas todas que a nuestro joven compañero y sus secuaces parecíales un tesoro fabuloso y capaz de tentar su ambición: algo más que la fortuna, era como un reino. ¿Quién hubiera podido, a tales horas de la noche, y en aquellas soledades, impedir a los karajas tirarnos por la borda para que sirviésemos de pasto a «piranhas» y «jacarés», y ellos apoderarse tranquilamente de cuanto llevábamos?

«¿Quién sabe lo que pasó?»

Más tarde, acaso, les interrogarían, pero ¿cómo saber nada de gentes desconocidas de las que se ignoraba hasta los primeros rudimentos de su lengua, y trashumantes como artistas de circo pueblerino? De todas maneras, aun pudiendo llegar a interrogarles, con responder que mientras viajábamos de noche nos sobrevino un accidente, habrían acabado. Nadie se preocuparía ya del asunto, como no fuera para criticar nuestra imprudencia y decir una vez más: Quien mucho corre, pronto para; requiescat in pace.

Para un cerebro europeo — aunque sea el de un eclesiástico — tal panorama no resulta ni pizca de agradable.

Todos los pensamientos negros que pueden suponer acudieron en tropel a mi cerebro, helándome el corazón.

Llegaron los «ubás» junto al «Santísimo Rosario», donde, para mejor vernos, tuvo Jerónimo la precaución de encender una bujía — un trozo de sebo, mejor dicho, cuyo débil resplandor sólo hubiera podido servir para hacer más visibles las tinieblas que nos rodeaban.

Saltaron los karajas a nuestra embarcación, atropelladamente, apretándose unos contra otros hasta casi impedirnos hacer el más ligero movimiento. Hablaban todos a la vez, haciendo imposible la asimililación de una sola de las muchísimas palabras dichas, pero en su fisonomía, en su franca risa, comprendimos que no había nada que temer, pues todos aquellos salvajes (?) eran buenos amigos de Papai Grande, hallándose dispuestos, si ello hubiera sido necesario, a constituirse en sus defensores.

Distribuímos tabaco y harina manioc entre ellos, obsequiando el «capitão», además, con un lindo espejito y un «facão» que dió satisfacción a todos.

Una curiosidad. Todos ellos vieron que aún restaba buena provisión de tabaco y de harina de manioc en el barco, puesto que los sacos estaban abiertos y bien a su alcance; por lo tanto, hubiera sido fácil, aprovechando el desorden en que se hallaba todo el «batelão», tomar algunos puñados más de ambas cosas, sin que nadie se apercibiese; pues bien, contentáronse con lo que se les dió y ninguno de ellos hizo el menor ademán de acercar una mano a los preciosos sacos.

¡Qué hombres aquellos! ¡Qué cristianos serán a medida que se les pueda evangelizar!

Habiendo sabido el jefe por boca de Domingo que si viajábamos de noche era con el fin de llegar antes a Conceição do Araguaya, ató el «ubá» a nuestra embarcación, y, mientras sus compañeros regresaban a la playa, instalóse a popa e hizo tomar los remos a seis de los más fornidos entre sus acompañantes, con lo que el «Santísimo Rosario» se dió una carrerita como nunca le creímos capaz; hubiérase dicho que se trataba de una moderna gasolinera.

Hacia las cuatro nos acercamos a la playa, cerca de la desembocadura del Tapirapé.

Asistieron los karajas al Oficio Divino, en pie, apoyados en su arco, igual que fieles soldados montando la guardia.

A las cinco volvieron los karajas a sus respectivos «ubás» para reintegrarse a su «aldeia». Con igual intensidad de miedo que les vi acercarse, pero convertida entonces en paternal amor, miré como se alejaban aquellos bravos, al tiempo que inscribía en mi carnet aquel versículo: «Trepidaverunt timore ubi non erat timor», lo que traducido al español, puesto

en singular y primera persona, dice: He temblado de miedo allí donde nada tenía que temer.

A mediodía llegamos a la «aldeia» del «capitâo» Alfred. Lo mismo que Tamanaco, este «capitâo» hablaba correctamente el portugués, y conocía y estimaba a nuestros Padres de Conceiçâo. A tal jefe era indispensable ofrecerle regalos dignos de él, y no nos anduvimos por las ramas. Tabaco, harina de manioc, sal, «rapadura»; íbamos a decir que hasta llenarle los bolsillos en detrimento del nuestro, mas ello hubiera sido una expresión perfectamente impropia, ya que el «capitâo», por muy «capitâo» que fuese, no llevaba ni más ni menos tela sobre sí que cualquiera de sus hombres, y a éstos, envolvíales cuidadosamente un rayo de sol.

Mientras conversábamos con él, percibimos algunos gritos desgarradores y llantos capaces de destrozar el corazón, todo proveniente de la «aldeia». A los lamentos y sollozos, que pudieron durar como medio minuto, sucedió una especie de fúnebre melopea de cantos rimados y quejumbrosos como los de una antigua plañidera; todo esto resonó por espacio de tres minutos, al cabo de los cuales volvió a reinar el silencio.

El «capitâo» Alfred nos explicó el caso: tratábase de una madre que había perdido su hijito, víctima inocente de una «arraya» que le mordió cuando la criatura estaba jugando en el mismo sitio que nosotros nos hallábamos. De salida a puesta de sol, aquella madre atribulada cantaría — con los mismos intervalos regulares — el dolor causado por la muerte de su hijo. El llanto acostumbra a prolongarse por espacio de seis, ocho meses o más quizá, y durante ese tiempo la madre no toma parte activa en la vida y alegría populares. Si, como sucedió con nosotros, llegaba alguna barca a aquellas riberas, todos corrían a saludar a los pasajeros y pedirles regalos; únicamente la madre debía mantenerse alejada, ocupándose de sus gritos y sus lamentos.

Nos pareció que en todo aquello había más convencionalismo y alarde que dolor verdadero, ya que si, por ejemplo, la abuela de la criatura se queda llorando, la madre no se privará de alguna correría inocente. Lo esencial es que llore alguien.

Recuerdo ahora que aludí a unos cánticos, y no me expresé correctamente. Aquello no tenía punto alguno de semejanza con una misa de Requiem de Mozart, ni con la Marcha fúnebre de Chopin. Era una horrenda melopea entonada por las mujeres en la que nunca, ni con la imaginación, les acompañaban los hombres.

— ¿Qué dice esa pobre madre? — pregunté al «capitâo».

Como las frases debían ser aproximadamente las mismas en todos los casos, sin escuchar aquella que a la sazón dejábase oir, me dijo:

«Pobre hijo mío, ya no cogerás los hermosos peces del río... Pobre hijo mío, ya no irás con tus hermanos de caza y al combate... Pobre hijo mío, no comerás ya los manjares preparados por tu madre...», etc.

La duración del luto no es siempre la misma, variando según las personas y las circunstancias y hallándose en proporción con el afecto que se profesaba al muerto. Generalmente las madres lloraban más tiempo a sus hijos. Para un padre, una madre o un esposo, el tiempo del luto era mucho más corto y hasta se sabía de mujeres que no lloraban más que un día la muerte de su marido, al que pronto buscaron un sucesor, quizá como lenitivo.

Sin haber leído a La Fontanine, pensaban que «Más vale un pillo en pie que un emperador enterrado.»

Al terminar la comida abandonamos la «aldeia» del «capitâo» Alfred. Al despedirse no dejó de recomendar a los «barqueiros» la mayor precaución posible, pues aquellos parajes hallábanse infestados de jaguares.

Nada hubiera podido parecerles más agradable a nuestros muchachos, que no pedían otra cosa sino hallarse frente a frente con aquellas fieras para demostrarnos que no les temían lo más mínimo, y de paso, realizar una cacería productiva, puesto que la piel de las mismas es una de las más hermosas que pueda imaginarse, por lo que se vende a muy altos precios incluso en el Brasil.

En la esperanza de hallar alguno de aquellos animales, dejaron los «barqueiros» de avanzar por el centro del río, yendo cada vez más cerca de la orilla. Con esto veíanse obligados a remar con más fuerza, pero era tal su amor a la caza, que sacrificaban gustosos aquella diferencia en el gasto de energía.

Avanzando de esta manera, costeamos una playa que, parece ser, tenía su historia real, no ficticia, si bien parecía más cosa de novela que un hecho histórico.

Me contaron que en aquellos parajes vivía como unos cuarenta años antes (hacia 1880), un famoso «capitâo karaja» llamado Cabararo-Oaman, «Corazón de cocodrilo», como si dijéramos. Su fama radicaba, principalmente, en la audacia de que alardeaba y en la crueldad que era su característica. Como siempre ocurre en tales casos, el decir de las gentes aumentaba todavía el valor real de sus hazañas, con lo cual llegó a inspirar miedo hasta a los más valientes y ninguno fué capaz de habérselas con él.

Un día, al apercibir una canoa que descendía el Araguaya cargada con toda una familia de blancos, reunió el «capitâo» a sus hombres y montados en rápidos «ubás», colocáronse al punto al lado de la canoa, cuyos pasajeros, sin desconfiar lo más mínimo, les permitieron acercarse. Cuando se apercibieron de las intenciones hostiles de los pieles rojas, era ya demasiado tarde, y cayeron atravesados por las flechas emponzoñadas de todos los arqueros.

Tan sólo pudo escapar con vida de aquel bárbaro ataque una muchachita como de veinte años, la que, seguramente, habría optado por sucumbir junto a sus padres, ya que el haber salvado la vida le acarreó la tortura incruenta de verse obligada a ser la esposa del bárbaro caudillo Corazón de Caimán.

A partir de aquella fecha, los escasos civilizados que atravesaron aquellos parajes leyeron en la arena de las

playas del Araguaya líneas enteras escritas por la muchacha blanca prisionera de los karajas y esposa del jefe de ellos. En términos conmovedores contaba su historia y los sufrimientos de su cristiano corazón, del fondo del cual pedía a nuestro Señor un final próximo a sus males.

Poco tiempo después el famoso caudillo fué muerto en combate contra otros indios. En cuanto a la pobre mártir, no se volvió a oir hablar nunca, y la arena de las playas dejó de contar su historia y revelar su presencia. ¿Habráse convertido en esposa de otro jefe indio que la llevara con él a otros lugares ignotos? ¿Acaso — burlando la vigilancia de los centinelas — había logrado escapar a través de la selva, donde algún jaguar la destrozase limpiamente, poniendo fin a su tormento? Imposible saberlo. De todas maneras, parece muy difícil que viviera todavía; por lo que descubierto, al igual que los demás tripulantes del «Santísimo Rosario», bendije el río y la selva, mientras rezaba un «De profundis» por el alma de la pobre muchacha. ¡Que Dios la haya recogido en su gloria!

A las tres de la tarde, cuando más fuertemente nos azotaba el sol y con mayor cuidado nos cobijábamos a la sombra de la «tolda», el piloto, cuyas miradas no dejaban de escudriñar el río, la playa y el bosque, habló por lo bajito a los «barqueiros», quienes, sin decir una palabra, empezaron a bogar con más fuerza que de costumbre.

— ¿Qué hay, muchacho? — le pregunté.

— Un «bicho», Padre. Haga el favor de callarse o hablar bajito...

Seguí con la mirada la dirección que me indicó el brazo del piloto, viendo, en efecto, la cabeza del animal que a duras penas emergía del agua y cuya especie, a tal distancia, resultaba imposible precisar.

El animal, cualquiera que fuese, nadaba perfectamente y la travesía de aquel inmenso brazo de agua no le infundía respeto. Iba desde la orilla derecha — es decir, desde la isla «do Bananal» — a la izquierda, donde crecían selvas vírgenes cuyo límite perdíase en el infinito.

Maniobró el piloto de manera que le cortásemos el paso, a fin de poder disparar sobre él desde cerca, pero el animal, adivinando quizá su perdición en aquella estratagema, dió media vuelta y volvióse hacia el punto de partida; entonces dió comienza a una carrera o concurso de velocidad para ver quién era el primero en llegar a la playa. Fracasaron en toda la línea los esfuerzos de los «barqueiros», pues el animal braceaba con extraordinaria fuerza, y pronto se vió que no solamente nos ganaba terreno, sino que todo cuanto hiciéramos en tal sentido resultaría inútil.

Entonces Jerónimo vino a rogarme que me encargase por un momento del timón, haciendo seguir al «batelão» en la misma dirección que llevaba, mientras él requería su Winchester, desponiéndose a arrostrar cualquier eventualidad.

Ya era tiempo.

En cuanto el animal hubo llegado a sitio donde pudo afianzar sus patas en la arena, dió un salto formidable, yendo a caer ya fuera del río.

— ¡Una «onça»! — (onza, jaguar) — exclamaron a la vez todos los «barqueiros».

El piloto disparó su arma y falló el tiro, por lo que dejó escapar una palabra gruesa que en nada modificó el error.

Volvióse el jaguar como para cerciorarse de dónde había partido la peligrosa detonación, y aquel movimiento de curiosidad, aquel segundo de vacilaciones, perdióle fatalmente, pues Jerónimo había sabido aprovecharlo para afinar la puntería y un segundo disparo fué a reventar los lomos del animalote, que inmediatamente rodó por el suelo. Cuando saltamos a tierra y nos acercamos al feroz rey de la selva, la vida había escapado de su cuerpo, mezclada con la sangre. Acercóse el karaja a la fiera, mostróle el puño, y espetóle un discurso sembrado de gritos y bruscos ademanes. ¿Qué podría decirle? No lo sé. Mientras tanto, el piloto, poniendo un pie sobre la cabeza del caído, díjome en tono enfático:

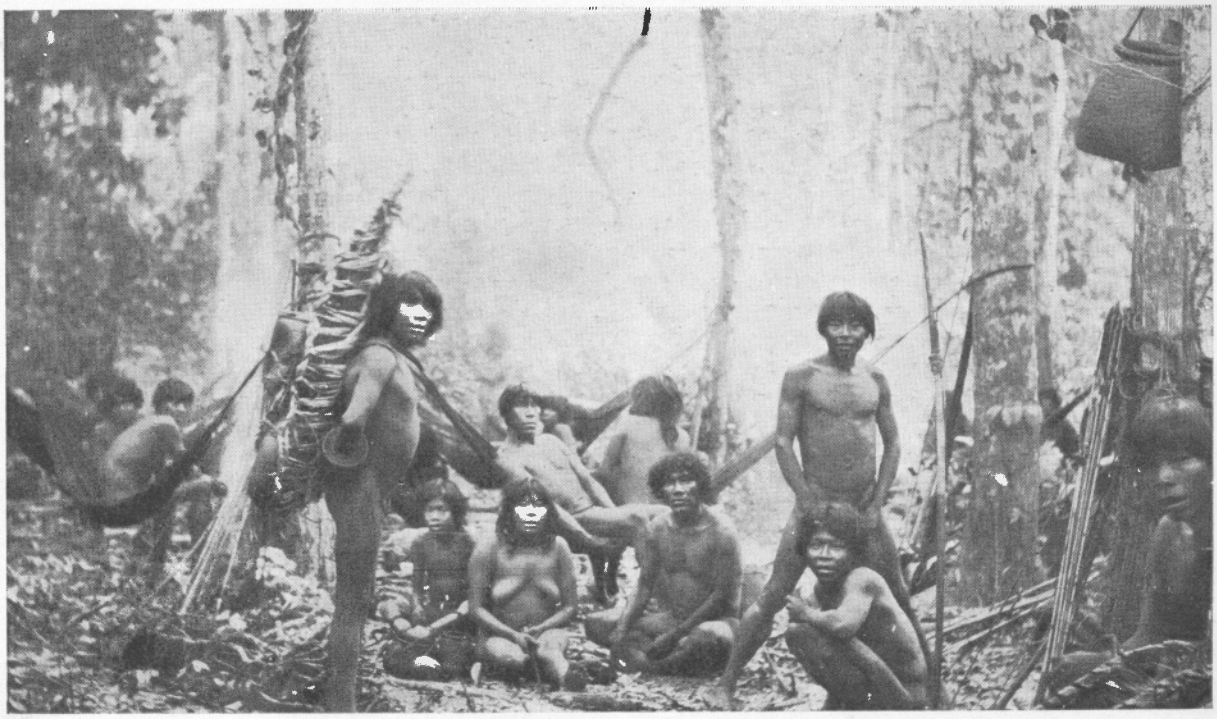
— ¿Lo ve usted, Padre? Con nuestras armas de largo alcance, a ninguno de los habitantes del bosque o del río tenemos miedo. Mis compañeros y yo queremos ofrecer a usted esta piel de jaguar, que le rogamos se lleve a su país como recuerdo de nosotros.

No cabía una amabilidad mayor, y acepté sin reservas el ofrecimiento de aquellos buenos muchachos, que, dicho en confianza, nada perdieron con mostrarse generosos.

Media hora bastó para tener separada la magnífica piel y puesta sobre la «tolda» del «Santísimo Rosario».

Al rodar de los días, vino conmigo a Europa, constituyendo el objeto de mi cuidado en todo aquel viaje de más de cinco mil kilómetros hecho a lomos de caballería y a través del «Sertão» y de los bosques. Uno de los mejores naturalistas de Tolosa trabajóla a conciencia y la tuvo expuesta por espacio de algún tiempo en sus escaparates. Los curiosos que la admiraban, ¡cuán lejos estuvieron de suponer que fué un misionero dominicano el que la trajo a Francia!

La misión brasileña ofrecióla al Rvdmo. P. Cormier, hijo de la provincia de Tolosa y superior de la Orden, en testimonio de gratitud. A estas fechas la famosa piel se halla depositada en el Colegio internacional del Angélico, en Roma.



23. — Los pieles rojas, dispuestos a pernoctar en la selva en su visita a los misioneros

24. — Un alto en la orilla de un río, en plena selva amazónica

## CAPÍTULO XVII

DÓNDE SE VE QUE LOS «BARQUEIROS» NO OPINABAN DE PERFECTO ACUERDO CON SANTO TOMÁS DE AQUINO. — LOS JAGUARES CONTESTAN A LOS NOCTURNOS LLAMAMIENTOS DE JOAO. — ENCUENTRO CON EL PADRE JOSÉ M.ª AUDRIN; SU CONOCIMIENTO DEL RÍO Y PRECIOSO CONSEJO. — «TRAVESSAO» Y REPRESA DE SANTA MARÍA VELHA. — NUESTRA LLEGADA A CONCEIÇAO.

La noche del viernes al sábado 6 de mayo transcurrió sin ningún accidente digno de mención.

A pesar del cansancio y las emociones de la jornada anterior, los «barqueiros» se empeñaron en bogar más tiempo que de costumbre, con el fin de recuperar el perdido en la «aldeia» del «capitâo» Alfred y en la captura del jaguar. Me desperté a las cinco, y mientras abordamos, echábamos pie a tierra y preparábamos el altar, dieron las seis, a cuya hora comencé la Santa Misa.

Empezaba ya a empurpurar el horizonte la luz del sol, y no pude substraerme al temor de ser atacado por... los mosquitos. Dichosamente, aquella playa se hallaba, por excepción, limpia de tan molestos insectos.

A mediodía, pasamos frente a la punta de la isla «do Bananal», donde los dos brazos del Araguaya volvían a unirse. Dichosas del encuentro, mezclábanse las aguas muy suavemente, como dos hermanas que tras de haber estado separadas mucho tiempo se abrazasen con efusión.

La orilla izquierda, junto a la cual habíamos navegado, estaba cortada por varios tributarios de bastante caudal; en la opuesta, si bien no con la misma importancia, sucedía otra cosa parecida, y sin embargo, el Araguaya no parecía más ancho o más profundo que junto a Santa Leopoldina.

A las tres, nos hallamos frente a una dificultad, o mejor dicho, incertidumbre, susceptible de hacernos perder varias horas. En el Araguaya, encontrábase muy a menudo lo que los indígenas llamaban un «estirâo», es decir, un colosal alargamiento del río, en el que en todo cuanto abarcaba la vista, no se divisaba un solo recodo, perdiéndose la mirada en la inmensidad del río, como en el océano. En tales casos, acostumbraba a suceder que las selvas que bordeaban las orillas, parecían allá lejos, muy lejos, obstruir con una línea de verdura, el curso de las aguas. En ciertas ocasiones, cuando éstas iniciaban el descenso, formábanse grandes islotes de arena sumamente peligrosos y que era necesario evitar si no queríamos perder un tiempo considerable. Era, pues, de absoluta necesidad conocer la parte apta para la navegación si no queríamos vernos encallados en la arena y obligados a volver atrás para bordear la isla por el lado opuesto.

Tal fué lo que nos ocurrió. El piloto, a pesar de su habilidad y conocimiento del río, dudaba en la elección, por lo cual pedía constantemente el consejo de sus compañeros, que menos conocedores del asunto que el pobre Jerónimo, esforzábanse en consultar el horizonte en busca de alguna señal reveladora.

Entonces preguntó el piloto a Domingo, el cual, cuando hubo comprendido de qué se trataba, cuando supo que se le había preguntado si a lo largo del río, muy lejos, la profundidad del agua sería bastante para dar paso al «Santísimo Rosario», el karaja trepó con agilidad simiesca a la «tolda» de la embarcación para echar una mirada a derecha e izquierda, no precisamente sobre el río, sino más pronto por las orillas y hecho lo cual, descendió de su atalaya para decirnos, mientras nos indicaba con la mano la altura de la rodilla:

— Agua por aquí, en allí abajo.

— Justito — exclamó Jerónimo —, pero ¿estás seguro, karaja? Mira que si te equivocas vas a salir perdiendo y karaja no tendrá harina de manioc ni tabaco ni...

Pero el indio le contuvo.

— ¡Ah! yo seguro muy. Tanta agua — y volvió a hacer el ademán de antes.

La experiencia nos demostró que el muchacho no se había equivocado ni de cinco centímetros y el «Santísimo Rosario» pudo pasar con relativa facilidad por aquellos sitios difíciles.

¿Que cómo supo ver Domingo la profundidad de las aguas? Pues en algo perfectamente inapreciable para otros ojos que no fuesen de alguien de su raza. Llámanse hijos del río y lo cierto es que el padre no les guarda secreto alguno.

La noche del sábado al domingo fué una de las más hermosas y agradables de todo el trayecto. A las nueve de la noche percibimos como un mugido de un toro, que provenía de la selva. Pregunté a los «barqueiros»:

— Es el rugido de los grandes jaguares. Por lo visto hay varios y se llaman entre sí por la noche. Ya verá usted cómo contestan — respondió Joâo.

Y tomando la «bozina» (un cuerno de toro) emitió un sonido muy similar al rugido del jaguar, que pronto fué contestado por todo un coro de animales. Volvió a repetir Joâo el experimento, y otra vez se percibieron los rugidos, pero mucho más cerca ahora que la anterior, al tiempo que se veían brillar en la playa dos puntos relucientes como carbunclos. Entonces el piloto empuñó su arma e hizo dos o tres disparos sin resultado, tras de lo cual todo volvió a quedar sumido en el silencio de la noche.

En la mañana del domingo, antes de salir el sol, pasamos cerca de la desembocadura del «Coco». El sitio era inmejorable para la celebración de la Misa.

Aquel afluente llevaba un respetable caudal de agua a través de espesísimos bosques de cocoteros y de ahí provenía su nombre. En aquellos momentos empezaba a despertarse la selva y varias legiones de monos, atraídos sin duda por el fruto de aquellos árboles, perseguíanse de rama en rama, bajaban, subían, volvían a bajar con saltos fantásticos como si se hubiesen hallado dotados de alas. En sus correrías dejaban escapar agudos chillidos, que nada tenían de musical. Millares de pájaros de brillante plumaje se asociaban a la chillería, y si bien era cierto que no tenían los arpegios de nuestros lindos canarios, en cambio compensaban con la belleza de sus plumajes lo que a sus trinos faltaba en perfección. En efecto, los pájaros del Brasil ofrecen la particularidad de hallarse cubiertos con plumas que hasta el pavo real o el ave del paraíso envidiarían. También ocurre lo propio en Europa, donde, generalmente, los pájaros de voz más melodiosa, no acostumbran a ser lo mejor vestidos, de lo que al parecer se quejan constantemente a Juno.

A pesar de toda la belleza panorámica, seguimos nuestro viaje sin detenernos para la celebración de los Divinos Oficios. El piloto nos advirtió que hacia las ocho llegaríamos a la altura de la «Barreira do Campo», donde había algunos brasileños que se considerarían muy felices al poder cumplir con sus deberes religiosos:

Tal y como Jerónimo había previsto, llegamos a las ocho a la «Barreira», donde ya nos aguardaban los católicos que habían distinguido nuestros blancos hábitos. En total, serían como una docena, contando mujeres y niños. Casi todos confesaron antes de la Misa; oída por todos con la mayor devoción y en la cual comulgaron los que todavía se encontraban en ayunas. Había que bendecir la unión de dos jóvenes, uno de los cuales hallábase ausente en aquellos momentos, obstáculo bastante difícil de superar si se tiene en cuenta que no se sabía su paradero. Pero, en fin, del mal el menos, y como «Barreira do Campo» no está muy lejos de Conceiçâo, los novios y su acompanamiento bajarían cualquier día en sus «ubás» para ir a hacer una visita a nuestros Padres, lo que significaba un anticipo del viaje de novios.

Transcurrió la jornada sin registrar incidente alguno. La noche fué tan hermosa como la anterior, si bien yo no me encontré tan a gusto como en aquélla. Mientras dormían los «barqueiros», el «Santísimo Rosario» fué a chocar contra un banco de arena, del que tras ímprobos trabajos pudimos sacarlo, haciéndole volver a la corriente. Algo más abajo tropezamos violentamente con algo cuya naturaleza no pude apreciar, pero que levantó una tromba de agua que al abatirse sobre los durmientes hízoles despertar sobresaltados y preguntándose qué había sucedido. No debió ser nada grave, por cuanto el «Santísimo Rosario» continuaba su marcha, permitiéndonos dormir casi inmediatamente.

A las cuatro apercibimos en lontananza la mancha sombría que formaba el río Kayapos, en su desembocadura, al entregar al Araguaya la riqueza de sus aguas y sus peces.

Entonces tuvo lugar la Misa, rezada, no a la orilla derecha, sino en la contraria, por parecernos más accesible. A las cinco bogábamos otra vez con rumbo a Conceiçâo.

A las siete dudó el piloto un instante. A lo lejos empezaba a dibujarse un colosal banco de arena que deberíamos forzosamente bordear, mas ¿por qué lado? Sin embargo, pronto desaparecieron las dudas del bravo Jerónimo, pues al parecer, el agua era suficiente en ambas partes. Al acaso, o quizá no, puesto que es una palabra banal que solamente justifica la vista miope de los humanos, optamos por la orilla izquierda, o sea, la que correspondía a Conceiçâo.

Antes de las nueve distinguimos a lo lejos como una diminuta vela blanca. Esto nos pareció un error de óptica, puesto que en el Araguaya todas las embarcaciones van a remo, sea éste en forma de tal, o de pala. Sin embargo, no cabía duda ya, puesto que el puntito blanco se iba aproximando a nosotros rápidamente; como quiera que nuestro avance no era lento ni mucho menos, la distancia disminuía a cada segundo. Unas cuantas estropadas más y pudimos ver que lo que primero nos pareció una pequeña vela, no era sino el blanco vestido de un hombre que se nos acercaba de pie sobre su embarcación y agitando incesantemente un pañuelo, y que al apercibirnos empezó a trompetear alegremente con su «bozina». Era el joven y valiente Padre José María Audrin, que había salido de Conceiçâo a nuestro encuentro.

Si en vez de costear por la izquierda del islote aquel, se nos ocurre hacerlo por la derecha, hubiésemos pasado unos junto a otros, sin apercibirnos de ello, y el pobre Padre habría continuado su viaje ascensional, en tanto que nosotros llegábamos a Conceiçâo do Araguaya.

¿Cómo pudieron saber nuestros queridos Padres de Conceiçâo el momento de nuestra llegada, que por falta de correos no pudimos anunciarles? Su corazón excelente les hizo adivinarla, porque «si el corazón tiene impulsos que el cerebro no comprende», también tiene rasgos de intuición que la cabeza es incapaz de explicar, pero que jamás le engañan.

Embarcado sobre una «montaria» movida por un solo remero y provista de un gran saco de goma bien repleto de víveres, el Padre Audrin fué enviado como explorador, con el encargo expreso de remontar el Araguaya hasta que nos hubiese encontrado.

Venía — como ya dije — sobre una «montaria» chiquitina como un cascarón de nuez y ligera como un esquife que apenas rozase el agua; mas, por la misma causa, era necesario mantenerse quieto como una estaca para no hacerla zozobrar y con ello darse un baño poco agradable quizá. Pero nuestros Padres de Conceiçâo no hilaban tan delgado, por hallarse ya habituados a los peligros naturales de la selva y del río, a los que despreciaban olímpicamente.

Por fin mi buen hermano de Orden saltó sobre el

«Santísimo Rosario», corriendo a mis brazos, ya abiertos para recibirle. Por un momento permanecimos estrechamente abrazados y sin pronunciar una sola palabra, encargándose las lágrimas de ambos de hablar con mayor elocuencia que hubiera permitido nuestro pobre léxico.

¡Qué dicha la de encontrarnos con un hombre como aquél y cerca ya de Conceiçâo, la tierra bendita, por haber sido mil veces regada con el sudor de nuestros misioneros y fecundada por sus constantes sacrificios, incluso el de sus vidas!

Aun en medio de su pobreza, aquellos Padres supieron enviarme cuanto pudiese ambicionar: plátanos de su cosecha — mucho mejores que los otros — y pastelillos de harina de manioc, en los cuales las santas Hermanas Dominicas de Conceiçâo, no solamente pusieron toda su habilidad, sino como una ilusión y una frase de aliento para el pobre misionero.

El Padre, como práctico, encargóse inmediatamente del mando del «Santísimo Rosario», es decir, sin asirse al timón, daba sus órdenes al piloto, marcaba las etapas y escogió el sitio para vivaquear entre aquellas riberas con las que ya se hallaba familiarizado.

A mediodía hicimos alto en la Barreira de Santa Ana, donde el recuerdo del pobre Padre Gil-Vilanova permanece latente en todos los pechos. El Padre Audrin distribuyó buen número de medallas a los niños, diciendo a cada uno de ellos algunas palabras afectuosas; al terminar la comida, encargóse de establecer el orden del día.

Antes de llegar a Conceiçâo debíamos encontrar en nuestro camino algunos pasos difíciles, «cachoeiras», o para decirlo bien, «travessôes», que en buena lengua cervantina significan bancos de roca dispuestos en forma tal que cerraban el paso, como lo hubiera hecho un dique por el hombre construído. Como se comprenderá, aquellas «travessôes» equivalían a desniveles tan considerables en ciertas ocasiones, que formábanse remolinos de agua capaces de absorber nuestra embarcación como si tal cosa.

Los principales son los llamados «Travessâo das Tres portas», «Travessâo (o) rebojo do Caldeirâo» y el «Travessâo de Santa María Velha».

Siguiendo las instrucciones del Padre, debía ingeniarse el piloto para llegar siempre con luz del día a las referidas «cachoeiras». Para conseguirlo dispusimos una parada en determinado lugar, volviendo a reemprender la marcha a las seis de la mañana, y luego de haber celebrado la Misa. De tal forma, llegaríamos hacia las nueve frente a Santa María Velha.

El piloto quedóse firme en su puesto, cuidando de que los remeros diesen al recién venido una alta idea del valor de los bogadores ribereños.

— Yo — agregó el Padre Audrin —, bogando toda la noche, y gracias a la rapidez de mi barca, llegaré de madrugada a Conceiçâo para anunciar a ustedes.

Dicho esto, saltó de nuevo sobre su «montaria» que, ligera y grácil como un ave, alejóse hasta desaparecer en el horizonte, mientras nosotros continuamos marchando poco a poco, a fin de seguir al pie de la letra todas las instrucciones de aquel perfecto conocedor del terreno.

Pero unos cuantos embates del viento y algunos nubarrones, impidiéronnos continuar nuestro plan y hasta nos expusieron a ser devorados por dos caimanes enormes.

Hacia las once de la noche, comenzó a soplar el viento, si bien con fuerza no extraordinaria, con la suficiente para hacer que el «Santísimo Rosario» no obedeciese al timón. Los «barqueiros», ya cansados, viéronse obligados a tomar los remos, y por si esto fuese poco, momentos después quedaban ocultas las estrellas por un espeso nublado que dejándonos en la más completa obscuridad y expuestos de seguir navegando a tropezar con algún serio peligro.

De prisa y corriendo, atracamos en una playa descubierta, y atamos concienzudamente nuestra embarcación a una gruesa rama profundamente clavada en el suelo. Eran las once y media de una noche obscura como boca de lobo, en la que resultaban perfectamente inútiles cuantos esfuerzos se hicieran para distinguir aunque sólo fuesen los dedos de la mano; al parecer, la selva se hallaba a una distancia bastante regular y como sólo debíamos aguardar una o dos horas nos pareció que muy bien podíamos acampar en aquella playa sin miedo a una visita «feroche». Dicho y hecho: en cuanto hubimos rezado, caímos profundamente dormidos.

Me desperté a las dos, cuando ya el viento había cesado, y con él, los ruidos que producían los árboles de la selva; únicamente pude percibir el fuerte resoplido de los «barqueiros» y del karaja. Las nubes, habían desaparecido para dar paso a la claridad de las estrellas, en tanto que la luna comenzaba a platear con sus rayos las aguas del río y las arenas de la playa.

Muy cerca de donde nos hallábamos, dejóse oir un leve chapoteo, como si el agua chocara dulcemente contra nuestra embarcación, pero ¡cosa rara! ni había oleaje en el Araguaya ni el ruido se producía en la banda del «batelâo» más próxima a nosotros, sino en la opuesta.

Sin darme cuenta exacta de nada, me levanté frotándome los ojos, todavía demasiado turbios por el sueño. Cuando estuve en disposición de mirar, sorprendí — ¡Horresco referens!... — dos cocodrilos enormes que se nos echaban encima con la mayor naturalidad, hasta colocarse a pocos metros de Joâo y Patricio. Unos cuantos segundos, bastaban para que aquellos desgraciados despertasen bajo el dolor de la mutilación causada por las quijadas de los saurios, a quienes hubiera ya sido imposible arrancar su presa.

Dar el grito de alarma para que todo el mundo despertase, y correr a cual mejor hacia la embarcación en busca de las armas, fué todo una misma cosa; por suerte, aquel instante sirvió a los cocodrilos para desaparecer bajo el agua, donde nuestros disparos fueron a perderse en vez de hacerles pagar cara su audacia.

Fué entonces cuando nos apercibimos, para nuestro mal, de que engañados por la obscuridad de la noche, habíamos atracado en un remanso en que anidaba una

legión de cocodrilos. El dormirnos en la playa sin fuego, sin armas y hasta sin la menor precaución, nos puso, naturalmente, a merced de aquellos monstruos. Lo extraño del caso es que no se hubieran dado cuenta de nuestra presencia hasta entonces, gracias a lo cual pudimos escapar con la piel intacta.

Después de un aviso de tal naturaleza, era inútil revolcarse en busca del sueño. En vista de ello, fuí preparando el altar para la celebración de la Misa, y a las seis de la mañana estábamos otra vez bogando río abajo (cuando no nos dejábamos llevar por la corriente para que los remeros no se cansaran demasiado).

No tardamos mucho en percibir, a lo lejos, el ruido del «Travessâo das tres Portas», allá donde las aguas del río iban a estrellarse contra los acantilados del «travessâo», produciendo un ruido ensordecedor.

Nuestros lectores no pondrán en duda el que yo afirme haber oído ruidos producidos por más o menos importantes caudales de agua al precipitarse desde una eminencia. Pues bien, ni aun la catarata de Gavarnie, en la que el agua cae desde más de cuatrocientos metros de altura contra las rocas del fondo de una sima, parecióme comparable al estruendo que promueven las del Araguaya. El ruido de cien truenos, el estampido simultáneo de cien cañones quedaría perfectamente eclipsado por la voz del río, que a medida que avanzamos, fué haciéndose más intenso y siniestro hasta adquirir proporciones capaces de impresionar al más temerario; al propio tiempo, notamos que la corriente se hacía más rápida, señal inequívoca de que nos aproximábamos a la caída.

Un kilómetro antes de llegar al «travessâo» torció el piloto hacia la derecha para llegar a la playa con el fin de dar un punto de reposo a los «barqueiros» mientras fumaban un cigarrillo, en tanto que él se dedicaba a examinar el timón, los remos y correspondientes soportes. Cuando hubo pasado minuciosa revista de popa a proa, dió sus últimas instrucciones a los muchachos para el momento supremo en que su voz quedase totalmente apagada por el tumulto del agua. Luego, dióles una buena ración de café y un vasito de «cachaça» para fortalecerles el corazón y los nervios de los que pronto necesitarían el máximo rendimiento, ya que se trataba de imprimir a nuestra pesada embarcación la velocidad de una flecha, pues de ella sola dependía nuestra vida.

El «travessâo» — ya lo dijimos —, era una reunión de acantilados que se oponían al avance de las aguas como un dique, produciendo unas corrientes peligrosísimas. Antes de su caída, se precipitaban con un ímpetu irresistible, formando remolinos capaces de tragarse cualquier embarcación.

Por lo tanto, el piloto debía extremar su celo en todos los sentidos, observándolo todo, vigilando con la máxima atención, y escogiendo el buen camino sin precipitaciones. pero con la prontitud y decisión oportunas para eliminar el peligro que representaría la más ligera duda.

A distancia, y antes de ser arrastrado por la corriente, debía calcular la altura alcanzada por las aguas encima del dique, precisamente en el sitio por donde había decidido hacernos pasar, ya que una vez lanzado, era imposible volverse atrás o modificar la maniobra. Si por desgracia sufría una equivocación y el pico de una de las rocas daba un pérfido beso a la embarcación, apenas si tendríamos tiempo de encomendar al Señor nuestras almas.

El complemento de la maniobra, eran las más vigorosas estropadas de los «barqueiros» a fin de imprimir a la embarcación una velocidad mayor que la de la corriente, solo medio de que el timón hiciera sentir sus efectos y la barca fuese por el sitio escogido, presentando la proa al «travessâo» en forma de saltar al vacío, en las mejores condiciones. Pasada esta peligrosísima acrobacia, sólo quedaba otro peligro: el de sumirnos en aquellos trágicos remolinos formados por las aguas que giraban en constante espiral. También allí el piloto debía realizar un verdadero prodigio de táctica y los remeros de fuerza, para sacar — o mejor dicho — llevar en volandas la embarcación sobre aquellas bocas abiertas en constante busca de nuevas presas.

Durante los momentos de reposo que precedieron a tales maniobras, despojáronse de sus respectivas camisetas — piloto y remeros —, con el fin de dejar más libre el torso y los brazos, quedando únicamente vestidos con su pantalón ajustado a la cintura. Terminado aquello, me hizo sentar el piloto en el fondo de la embarcación, recomendándome insistentemente que me sentara y permaneciese fuertemente agarrado a las traviesas interiores para evitar serios coscorrones o salir bruscamente por la borda.

Por espacio de algunos segundos bogaron los «barqueiros» con bastante moderación, hasta que de pronto, a una indicación del piloto, hicieron la señal de la cruz y luego de humedecer sus manos con saliva, cogiéronse fuertemente a los remos con ambas manos, bogando con toda la fuerza de sus hercúleos brazos; a cada estropada gemía la barca como protesta del esfuerzo, pero aumentando su velocidad progresivamente. A cien metros del «travessâo» fuimos arrastrados ya por la corriente, y a partir de aquel momento, piloto y remeros doblaron su esfuerzo mental o físico, animándose con los gritos de «rapaziada» familiares a los «barqueiros», que traducidos al español dirían: «¡Duro, valiente! ¡Animo y fuerza, valientes!»

Por lo que a mí respecta, aun confiando en la pericia de los muchachos, en tanto que me aferraba con una mano a la traviesa de la barca, sostenía en la otra el rosario que iba pasando con todo fervor; pero no pude acabar, pues los «barqueiros» soltaron los remos gritando a coro:

— ¡Viva a nossa Senhora da Conceiçâo! ¡Viva el «Santísimo Rosario!»

Ello significaba que el peligro había quedado atrás y que el Araguaya volvía a su majestad y calma de costumbre.

Desde que empezamos a deslizarnos arrastrados por la corriente hasta que nos hallamos libres de ella transcurrieron exactamente doce segundos, durante los cua-

les estuvimos a punto de estrellarnos contra las rocas o ser engullidos por los remolinos veinte veces por lo menos.

— Padre — me habló Jerónimo —, todo salió como le había pronosticado. Con una embarcación como el «Santísimo Rosario» y unos muchachos como nosotros, no había que temer a nada. En menos de dos horas nos plantaremos en Conceiçâo do Araguaya, tras de un viaje que duró catorce días incompletos, lo que constituye una proeza digna de figurar en los anales del Araguaya.

Poco después comenzamos a divisar las casitas blancas de Porto Franco, pequeña aldea enclavada en el estado de Goyaz, cuyas fortuna y razón de vivir provienen de Conceiçâo; sin embargo, el descubrimiento no nos causó ninguna sensación, ya que nuestro corazón estaba en otra parte.

Algo más abajo distinguimos, no ya — fuerza es decirlo — coquetonas casitas blancas, sino bajas casuchas de sombrío color, y sin embargo, fueron éstas las que nos hicieron estremecer de emoción. Pertenecían a Conceiçâo do Araguaya y aquella era para nosotros la Tierra de Promisión, salva la diferencia de no hallarse regada por ríos de leche y miel, como la ofrecida a los israelitas; pero ¿qué nos importaba? «Trahit sua quemque voluptas».

A los judíos prometióles el Señor los bienes terrenales; a los hijos de Santo Domingo, sus apóstoles en aquellas dilatadas regiones salvajes, ofrecíales una vida cruel y penosa y un puñado de almas para salvar. Mucho más de lo que ellos necesitaron para correr hacia las privaciones, los peligros y la muerte.

Llegamos a las once frente a la playa, donde nos aguardaban ya los religiosos y el pueblo, dispensándonos las mayores demostraciones de alegría, respeto y afecto, hasta el punto de traducirse en lágrimas nuestra emoción.

Mientras alegres salvas de «foguetes» repiqueteaban en el espacio, fuíme a la iglesia, donde recé para dar las gracias a nuestro Señor, y rezar un «Magnificat».

Cuatro paredes de ladrillos resquebrajados y puestos de cualquier manera, un mal tejadillo, por cuyas rendijas atravesaban el sol y la lluvia y un suelo arenoso y desigual, eran todo lo que Dios tenía en Conceiçâo do Araguaya. Imposible hallar una pobreza como aquella sino en la mísera cabaña de Belén; pero en ésta, como en aquel templo, el misticismo y el fervor se hallaban en proporciones iguales a la pobreza y abnegación. En parte alguna he visto al pueblo que rezase con tantísima fe.

La segunda visita que hice fué para las pobres Hermanas Dominicas, aquellas abnegadas mujeres que no vacilaron en hacer el sacrificio de su vida para ir a aquellas lejanas playas a compartir los peligros, las fatigas, y también los méritos y gloria de sus hermanos de Santo Domingo.

Cuando se las vió partir hacia aquellas tierras ignotas, donde nada hay seguro más que toda clase de privaciones y peligros, a las que el acceso resulta peligrosísimo y difícil, haciendo muy dudosa la llegada, pero evidente la imposibilidad de salir, y en las que en caso de peligro ningún auxilio podía prestárseles, a no ser los que del cielo bajasen, los prudentes y los sabios gritaron al unísono: ¡locura!

Sí, hablando humanamente, era una verdadera locura el desafío de aquellas santas mujeres a la cadena de peligros, el más leve de los cuales era la muerte. Era una locura, sí, mas una locura de religión.

Por la tarde, luego de haberse arreglado un poquito, vinieron los «barqueiros» a despedirse de nosotros. Según la costumbre, pidiéronme perdón por cuantas deficiencias hubiera podido notar en su servicio, pero ¿de qué podría yo perdonarles, si empezaba por no apreciar ninguna falta? ¿Qué podría imputarse al trabajo, vigilancia, denuedo y atenciones de aquellos valerosos muchachos? Diles una vez más las gracias y luego de haber recibido mi bendición y algunas medallas para sus parientes y amigos, les abracé una vez más con profunda emoción.

Embarcáronse en el rápido «ubá» del piloto, alejándose con rapidez increíble en dirección opuesta a la corriente. Pronto llegarían a Santa Leopoldina, donde podrían contar sus hazañas y dar rienda suelta a su alegría por haber prestado tan buen servicio a los Padres, al tiempo que ganaban algunos centenares de milreis.

Yo quedé un mes en Conceiçâo de Araguaya estudiando aquella tierra e imponiéndome de las maravillas que encierra, mientras ligaba estrecha amistad con los pieles rojas.

## CAPÍTULO XVIII

PROYECTO DE VISITA A LOS PIELES ROJAS. — SENSACIONAL NOTICIA TRAÍDA POR DOS KAYAPOS. — LA SEGURIDAD DE SOR DIONISIA. — PREPARATIVOS DE MARCHA. — LA PRIMERA ETAPA. — HALLAZGO DE UN RÍO. — EL «PASSADOR». — TRAVESÍA ACCIDENTADA. — CAMPAMENTO NOCTURNO EN PLENA SELVA.

En cuanto llegué a Conceiçâo empezaron los Padres a sonsacarme para que realizase una excursión a su hacienda de Santa Rosa, donde tenían guardado un rebaño de grandes animales, cuya carne y cueros constituían los únicos ingresos de los pobres misioneros.

Por el camino debía detenerme en una aldea de indios kayapos, a fin de testimoniarles interés de paso que estudiaba sus costumbres y me percataba del probable porvenir de aquella obra.

Una circunstancia imprevista precipitó la ejecución del proyecto.

Cierta mañana, una joven kayapo llegó, en unión de su marido, a la residencia de las Hermanas para presentar a éstas a la hija de ambos, toda recubierta de costritas purulentas como si estuviera infecta de viruela.

El hombre instalóse en el convento de los Padres, y la mujer en el de las monjas, con el deliberado propósito de permanecer allí hasta la completa curación de su pequeña. Al decir que este matrimonio se instaló, no me quise expresar en el íntegro sentido de la palabra, sino que iban a comer lo que les cedían los religiosos, entreteniendo sus ocios en el bosque o el río en constante éxtasis contemplativo. En cuanto a ocuparse en un trabajo manual por ligero que fuese, ni pensarlo siquiera. Los indios, todavía bajo el paganismo, no son capaces de aceptar el yugo que sólo nuestra religión hace agradable al tiempo que modifica sus instintos salvajes.

Su «aldeia» se encontraba a medio camino de Conceiçâo a Santa Rosa, y por ellos supimos lo que sucedía en la «fazenda» de los Padres.

Nos hallábamos en el mes de mayo, en el cual se cumplían algunos desde la realización del primer matrimonio católico celebrado, en medio de grandes fiestas, entre kayapos convertidos.

Un muchacho, Katuru — antiguo alumnos de nuestros Padres —, habíase unido a Karieti — joven india iniciada en nuestra religión por las Hermanas de Conceiçâo —; los Padres echaron el resto, y el festín que siguió a la ceremonia recordó al de las bodas de Camacho. Hasta se llegó a temer que a todos los jóvenes amigos de los desposados les acometiesen tentaciones de casarse (o volver a hacerlo según los cánones de nuestra religión), por el solo gusto de beneficiarse lo mismo que aquéllos.

Además, los misioneros llegaron hasta a dotarles con alguna ropa y una casita. Todo ello tuvo sin igual resonancia en todo el país, y aun los menos optimistas creyeron ver el comienzo de una nueva era.

Pues bien, los dos kayapos llegados a Conceiçâo explicaron a sor Dionisia, sola persona que entendía — o mejor dicho, creía entender — la lengua de los indios, que la joven casada de Santa Rosa había dado a luz un hermoso infante.

Corriendo vino la excelente mujer a participarnos el feliz acontecimiento, hablando ya de bautismo y de la canastilla del nuevo ángel... cosa que, dicho sea de paso, nos pareció hijo de un arrebato de su imaginación.

— ¿Está usted segura de haber entendido bien?

— ¡Oh, sí! Estoy segurísima de cuanto he oído y no creo que tengan razones para no dar crédito a mis palabras — dijo la religiosa un tanto contrariada por nuestra duda.

En seguida metióse en pormenores, llegando a aconsejarnos que puesto que se trataba de una niña, debíamos llamarla Rosa de Lima, nombre que — a su juicio — debía traerla mucha suerte. ¿Quién sabía si acaso la niña de entonces, al correr del tiempo vendría a ser la primera santa de los pieles rojas del Araguaya, como Santa Rosa de Lima lo fué en el Nuevo Mundo?

Hubimos de rendirnos a la evidencia, conviniendo que dos días más tarde partiríamos para Santa Rosa, con el fin de bautizar a la hijita de Katuru. Yo era el encargado de realizar tal ceremonia, lo que significaba un alto honor y un dulce consuelo.

De prisa y corriendo, prepararon las hermanas la canastilla de la recién nacida, a la que todas aportaron entusiásticamente su granito de arena ¡y había que ver con la prontitud que se escapaban de sus manos habilidosas una pieza tras otra, hasta completar en pocas horas todo un equipo!

Pañales y faldones, gorras y fajitas en los más hermosos tejidos de que se disponía; y descollando entre todas las piezas, una hermosa capa blanca.

La recuerdo como si ahora estuviese viéndola: era una verdadera obra maestra por el arte y el buen gusto que encerraba. Llevaba un magnífico bordado de realce en acertadísimos colores amarillo y rosa, todo alrededor del vuelo, y una guirnalda que encuadraba el capuchón haciendo juego con los demás adornos. De ésta, surgían caprichosamente las tres rosas simbólicas del Rosario, cayendo al desgaire hacia delante como para contemplar el rostro del angelito y mirarse en sus ojos.

Al confiarme aquellos tesoros, haciéronme mil recomendaciones respecto a la forma de llevarlos para que no se arrugasen respecto a la forma de llevarlos para que no se arrugasen ni sufrieran deterioro, porque «ustedes los hombres — añadieron tímidamente — tie-

nen demasiado fuertes las manos para manejar convenientemente estos objetos delicados».

Prometíles hacer cuanto mejor supiera, yendo luego a presenciar los preparativos hechos por los otros Padres, a fin de hacer nuestro viaje lo menos duro. Sin embargo, no era cosa ni larga ni complicada, puesto que era poca la duración del viaje y no se precisaban muchos requisitos.

El que luego fué obispo — entonces mero Superior de Conceiçâo, R. P. Domingo Carrerot — y el joven Padre José María Audrin, encargáronse de acompañarme para hacerme los honores de la «fazenda», completando el grupo un muchacho de veinte años, llamado Eloy, excelente cocinero y mejor jinete, y además, fiel amigo de nuestros Padres.

Cada uno de nosotros llevábamos nuestra hamaca y la correspondiente manta ligadas al arzón, llevando un mulo de carga únicamente para transportar la capilla, el equipo de la futura Rosita y los regalos que pensábamos ofrecer a los kayapos. Para no dejarme nada, también diré que no nos olvidamos de una somera batería de cocina para preparar el café y hervir el arroz y la «carne secca», un mulo de repuesto para caso de accidente, y nada más.

El lunes día 15 de mayo, a las siete de la mañana, dijimos adiós a Conceiçâo, y ya nos tienen ustedes corriendo a buena marcha con dirección a Santa Rosa, los Padres Carrerot y Audrin, Eloy y yo.

Montaba el autor una mula de todas cualidades, y ambiciosa por justificar su nombre de «Duqueza». Joven todavía y muy sensible a las espuelas, encabritábase o lanzaba una serie de pares de coces en cuanto la más leve cosa rozaba su pellejo.

Un poco desacostumbrado ya a la equitación a causa del largo viaje fluvial que había realizado, no podía substraerme al impulso de agarrarme a la silla tan fuerte como podía, en cuanto mi montura iniciaba la menor cabriola, cosa que en más de una ocasión hizo esbozar una sonrisa a mis compañeros, perfectos jinetes todos ellos. Afortunadamente, mis temores se disiparon y pronto volví a mantenerme correctamente en silla, así como a conocer los resabios de mi mula; con ello pude ya permitirme cabalgar bastante de prisa, y aun en ciertas ocasiones dejar atrás a mis compañeros, pues «Duqueza» tenía eso de malo o de bueno: cuando se le metía en la cabeza marchar delante de todo el mundo, manejaba las patas que era un contento, y si acaso no le bastaba con ellas, utilizaba hasta los dientes para mantener su preeminencia.

Nuestra primera etapa se llevó a cabo en las mejores condiciones. Llenos todos de entusiasmo, cabalgamos por espacio de más de cinco horas, favorecidos por un tiempo magnífico.

A las doce hicimos alto en la marcha cerca de un riachuelo, para comer un pollo asado y condimentado por las hermanas, quienes nos regalaron además con plátanos, naranjas y pastelillos de manioc.

Hacia las cuatro llegamos frente al Arrayas, uno de los afluentes del Araguaya. Era aquel un río majestuoso — digno de compararse al Ródano o al Danubio —, que se deslizaba mansamente bordeado de enormes árboles añosos.

En el sitio por donde fuimos a desembarcar se hallaba ordinariamente un «passador» que transbordaba a los pasajeros mediante una retribución escasa. Pero los turistas rarísima vez pasaban por allí, con lo que el pobre «passador» aguardaba meses y meses sin percibir más voces que las de los araras y los macacos de la selva. Dedicábase particularmente a la pesca o la caza, y las exigencias de aquella doble ocupación reteníanle muy a menudo lejos de su morada.

Por eso nos hallamos frustrados en aquella ocasión. El «passador» no aparecía por ninguna parte y solamente la barca, al otro lado del río, demostraba su existencia. ¿Llegaría antes del ocaso, o nos veríamos precisados a esperar hasta la mañana siguiente?

Al unísono, y poniendo a contribución toda la fuerza de nuestros pulmones, gritamos:

— ¡Pasador! ¡Pasadoooor!

Tan sólo nos respondió el eco allá en el bosque. Por espacio de una hora seguimos gritando a cada instante:

— ¡Pasadoooor! ¡Pasadooooooor!

No contentos con ello, hicimos varios disparos al aire, mas todo fué perfectamente inútil.

Empezábamos ya a desesperarnos, cuando vimos como surgía del bosque nuestro hombre, llevando su escopeta en la mano. Sin apresurarse desamarró la embarcación y vímosle cómo venía en línea recta, a pesar de la fuerza de la corriente.

Cuando estuvo junto a nosotros, observamos que en la barca, demasiado pequeña, sólo cabían el barquero y otra persona, lo que representaba hacer tantos viajes como individuos éramos. En cuanto a los mulos, aun libres de toda carga y atadura, nos pareció demasiado expuesto dejarlos en libertad de acción, ya que, siendo el río demasiado ancho, lo más probable era que se les agotasen las fuerzas y la corriente se los llevase. Por lo tanto, cada uno debió cuidar de su montura y aprovechando las excelentes condiciones natatorias de los animales, comunicarles un poco de valor sosteniéndoles la cabeza por medio de las riendas, a fin y efecto de que no obsorbieran agua.

Mis compañeros, ya familiarizados con esta clase de maniobras, no experimentaron ni embarazo ni temor, e incluso el Padre Carrerot ofrecióse voluntariamente a hacer dos veces la travesía para llevar su montura y mi «Duqueza».

Un sentimiento de exagerado amor propio impidióme aceptar su ofrecimiento, porque ¿de qué me hubiera servido una travesía tan difícil como la realizada sobre el Araguaya? Estaba convencido de salir airoso también de la maniobra; mas poco faltó para que pagase cara mi audacia.

Debiendo sentarse a popa el «passador», hube yo de colocarme a proa, bien quieto y vigilando mi montura por si se presentaba la oportunidad de tenerle que alzar la cabeza sobre el nivel del agua, pero de manera que el animal quedase convenientemente apartado de la embarcación para no hacernos perder el equilibrio.

Todo fué bien hasta la mitad del río. Mi pequeña

«Duqueza» parecía tan hábil para nadar como para el trote, más, de pronto, pareció irse al fondo y dando un resoplido comenzó a tragar agua.

— Levántele la cabeza — me aconsejó el «passador».

Lo intenté, poniendo en ello todos mis sentidos, pero falto de práctica, flaquearon en seguida mi voluntad y mi energía.

Guiada por su instinto, la mula hizo ademán de acercarse a la barca para poner sobre ella su cabeza, lo que significaba irnos derechitos al fondo. Me vi perdido y realicé un último esfuerzo de ingenio y entereza, sin que por eso llegara a impedir que el animal continuara avanzando. Un par de segundos y ya estaríamos perdidos... Cierto era que no nos hallábamos demasiado lejos de la orilla, con lo que podría quizá conseguirla por los propios medios o con ayuda ajena, pero...

Por suerte vino el «passador» en mi ayuda y con un paletazo dado a tiempo obligó a la «Duqueza» a batirse en retirada. Hizo entonces el inteligente animal un generoso esfuerzo, y pocos momentos después llegamos a la orilla todos sanos y salvos. Ninguno de mis compañeros llegó a percatarse del aprieto en que nos puso mi ineptitud y el «passador» tuvo la discreción suficiente para no decir nada.

Pero la lección fué más que suficiente para que me prometiese mayor comedimiento en lo sucesivo y ser más previsor en todo momento.

La travesía del Arrayas nos distrajo mucho tiempo, y cuando todos nos encontramos en la orilla opuesta empezaba ya a ocultarse el sol, por lo que fué necesario apresurarnos para llegar al sitio donde habíamos de pernoctar.

Reensillamos con la mayor prontitud, poniéndonos en camino inmediatamente; mas, a pesar de todo, como en aquellas regiones próximas al Ecuador, sucede la noche al día sin previo crepúsculo, y por otra parte, la travesía a nado cansó extraordinariamente a los animales, nos encontramos envueltos en las tinieblas cuando todavía estábamos bastante lejos del campamento.

Por esta razón, desorientáronse el Padre Domingo y el joven Eloy. El Padre Audrin, más conocedor del camino, por haber hecho varias veces el viaje a Santa Rosa, escaló una eminencia, desde donde creyó más fácil dar con el camino; en vano, sólo conseguimos alejarnos mutuamente y complicar todavía más la situación. Nos llamamos para tratar de reunirnos otra vez, pero de noche, y entre aquellos bosques, no resultaba empresa fácil.

Los árboles que constantemente se oponían a nuestro avance y las malezas que cortaban el paso a las caballerías, nos obligaban a hacer constantes idas y venidas con las cuales únicamente conseguíamos apartarnos más y más.

Al fin, tras una hora de vueltas y revueltas, nos encontramos en un pequeño calvero, donde, por unanimidad, acordamos pasar la noche.

A tientas, descargamos a los animales, quitámosles los arreos, y luego de haberles trabado las patas, los dejamos en libertad.

De buena gana hubiéramos tomado nosotros — a falta de cena — una tacita de café, mas ¿dónde encontrar agua? En vista de ello, hubimos de renunciar.

Cuando se trató de hacer los preparativos para dormir, notamos la falta de una hamaca y la manta de alguno de nosotros, quedadas, probablemente, en cualquiera de las ramas con las que habíamos tropezado en los anteriores paseos. Pero los misioneros no se apuran por tan poca cosa, y juntándose fraternalmente unos con otros, hicimos que el restante material bastase a preservarnos del frío y de la humedad de la noche.

Rezamos y nos dispusimos a dormir. Cuando ya empezábamos a notar pesados los párpados, dejóse oir un leve ruido por el lado del bosque, algo así como el crujido de hojas y ramas que cediesen bajo el peso de alguien, ¿hombre o fiera?

Por suerte, nuestras dudas no tardaron en disiparse.

— ¡No teman nada! — gritó una voz familiar —. Soy yo, Eloy, que vengo con agua bastante para que podamos hacer el café.

Era que el pobre muchacho, incapaz de resignarse a vernos pasar la noche sin haber comido ni bebido, expúsose a todos los peligros de la selva para traernos un poco de agua.

Su olfato de indio habíale puesto sobre la pista de una charca, en la que ayudándose con una hoja de árbol, tomó la cantidad de líquido suficiente para nuestras necesidades. No dudo que con ella vinieran al estómago incalculable número de microbios de toda especie, pero en las tinieblas de la noche nada de esto podía verse, sin contar con que la ebullición todo lo purifica; el caso es que nunca sorbí un moka tan delicioso como aquel. Poco después de ingerida la infusión nos dormimos tranquilamente.

25. — Muchachas de la tribu de los indios kayapos, educadas por la Misión dominicana

26. — Indios tapirapés, llevando nuestros bagajes

## CAPÍTULO XIX

EL PASO DEL GRO-TAO. — LLEGADA A SANTA ROSA. — CONDICIONES CULINARIAS Y OTRAS MENUDENCIAS DE LA EXCELENTE JUNO. — DECEPCIÓN ENORME: SOR DIONISIA TOMÓ EL «FUTURO» POR EL «PRETÉRITO»

Por la mañana erigimos el altar al pie de un árbol gigantesco, celebrando las tres misas antes de que el día se hiciera por completo.

Mientras tanto, Eloy corrió en busca de las caballerías, volviendo a las ocho y sólo con cinco de ellas; la otra no pareció por ninguna parte, y era nada menos que la encargada de llevar la capilla, nuestra batería de cocina y los objetos de regalo para los kayapos. Acaso humillado y dolorido en todos los sentidos de la palabra por verse obligado a cargar con tales fardos, empezó ya la víspera a dar pruebas inequívocas de protesta; ¿quién nos diría que antes de soportar el bis no había optado por meterse en cualquier escondrijo?

A buen seguro que en aquellos momentos estaría en su parapeto, tiesas las orejas y ojo avizor, en tanto que su cerebro de «burro» no comprendiese que el peligro había pasado ya. Tal es la estratagema corrientemente empleada por los ladinos animales para substraerse a un trabajo que les desagrada.

Desde luego, sentimos tener que abandonar de tal forma un animal como el extraviado; mas el tiempo corría y hubimos de resolvernos a partir. Para consolarnos, dijo Eloy que tales incidentes acostumbraban a registrarse con bastante frecuencia, terminando siempre con el hallazgo del animal perdido, a menos que el jaguar lo hubiese devorado o cayera bajo las mandíbulas de un cocodrilo.

— No sé por qué me da la corazonada de que nuestro mulo — siguió diciendo Eloy — es bastante inteligente para permitir que nos alejemos, y entonces, recobrar su entera libertad, en cuyo caso, no dudo que se dirigirá hacia el río, donde lo encontrará el «passador» y a la vuelta podremos rescatarlo.

No se equivocó el muchacho.

Pusímonos en camino, marchando a buen trote hacia el sitio donde según nos dijeron los kayapos llegados a Conceiçâo, debían hallarse entonces acampados sus compatriotas. Nuestro proyecto era hacer alto en su «aldeia», y pasar con ellos cuando menos la jornada. Según los cálculos de los compañeros, deberíamos encontrarlos alrededor de las diez; mas ¡ay!, que toda la mañana estuvimos cabalgando sobre huellas inequívocas de los indios, sin que diésemos con ninguno de ellos.

A las once cortó nuestro paso un brazo de agua no ancho, mas profundo y sumamente fuerte, que nos obligó a descargar los animales para que pudieran atravesarlo a nado, en tanto que nosotros utilizábamos lo que los indios llaman «uma boa ponte» (un buen puente), o sea, un árbol puesto de lado a lado. A pesar de sus condiciones de movilidad y resbaladizas, mejor era aquello que nada, si bien se requería ser un perfecto equilibrista para no romperse la cabeza en medio del camino. Para salvar las dificultades en todo lo posible, nos descalzamos completamente y avanzamos con las mayores precauciones hasta conseguir la orilla opuesta. Una vez allí, hubimos de correr detrás de los mulos, que solamente buscaban la huída, y ensillarlos de nuevo.

Con todas estas dieron las doce y ni siquiera se vislumbraba un kayapo ni por medicina. Sin duda nos habíamos extraviado, por lo que juzgamos preferible dirigirnos a Santa Rosa, confiando hallar algunos indios por el camino, a los cuales encargaríamos de invitar a todos los de su tribu para que viniesen a visitarnos y recibir nuestros regalos, argumento al que sabíamos no eran capaces de resistirse aquellos espíritus primitivos. Así lo hicimos.

Pero ¿dónde nos hallábamos exactamente? ¿Cuáles eran los «campos» que se extendían delante de nosotros? ¿Qué dirección habíamos de tomar?

El Padre Domingo destacóse como explorador. Unas cuantas horas después volvía a todo galope.

— Vamos por buen camino — dijo —. He visto a lo lejos la línea de grandes árboles que bordean el Gro-Tao, al que tenemos que llegar antes de que se nos haga de noche.

El Gro-Tao era uno de aquellos grandes ríos brasileños que, secos o poco menos durante el estío, arrastraba un considerable caudal de agua al final de la estación de lluvias, muy copiosa y tardía en aquel año, por lo que el Gro-Tao, a la sazón, medía sus treinta y cinco metros de ancho y descendía pletórico entre sus escarpadas riberas.

La solución del paso radicaría en «uma boa ponte», en el clásico tronco de árbol tendido de una orilla a la otra; mas, por desgracia, en aquel vacío considerable, cedía el «ponte» hasta casi rozar, en la parte inferior del arco descrito. el nivel del agua. Por aquella pendiente rápida y resbaladiza, era sumamente difícil guardar el equilibrio, y comprendiendo el apuro que significaba para mí el tener que bajarla (como era forzoso) de carrerilla, confesé no verme capaz de llevar a cabo semejante proeza.

Para darme el ejemplo, el Padre Domingo — excelente nadador y consumado equilibrista — atravesó el primero, invitándome a seguirle. Pero cuanto más me fijaba en el abismo, mayor era la atracción que éste ejercía sobre mí, comprendiendo que antes de haber dado tres pasos, me encontraría ya sumergido en el

agua. El Padre José era también de mi opinión, y vacilaba en aventurarse.

Mas la necesidad aguza el ingenio, y en vez de imitar al Padre Domingo, nos pusimos a caballo sobre el tronco de árbol, que apretamos fuertemente entre las piernas, y ayudándonos con las manos fuimos avanzando poco a poco, gateando como chicos a la caza de nidos. Nuestros pantalones de caballista eran lo bastante sólidos para soportar una prueba de tal índole, y a la postre nos pareció más conveniente un posible agujero en la tela que en la epidermis o una simple zambullida en el torrente.

Cuando nos hallábamos a mitad del camino, empezó a oscilar el árbol a causa de los movimientos que yo le imprimía. Oyéronse algunos chasquidos siniestros, acompañados de la caída de varios trozos de corteza, lo que nos hizo temer un final desastroso. Afortunadamente, fueron vanos todos nuestros temores, y el Padre Audrin y yo llegamos a la orilla opuesta sin el menor deterioro.

Pasó después Eloy, cantando y riendo, mientras acarreaba monturas y equipajes al hombro, y con la particularidad de atravesar de pie, lo mismo que hubiera podido hacerlo un alambrista. Los animales atravesaron el Gro-Tao nadando...

Al anochecer llegamos a la «fazenda» de Rufino. Era una explotación próspera, en la que se criaban centenares de vacas, todas en libertad, corriendo de la ceca a la meca por aquellos «campos» de Dios. Esta fué la causa de que no pudiéramos tomar un miserable vaso de leche.

Para la cena nos obsequió el granjero con un par de pollos muertos de un escopetazo, cuando ya estaban acurrucados en las ramas de un árbol. Pidieron los Padres el favor de que se preparasen, no a la brasileña (medio cocidos, medio asados y nadando en una salsa «sui-generis»), sino bien asaditos a la francesa; mas careciendo de asador, hubimos de traspasarlos con una rama verde, y por lo tanto, incombustible.

Terminó la comida, y seguimos charlando de cuanto podía interesar a aquel buen hombre: becerros, vacas, toros, caballerías, etc... Como rara vez se le presentaba la ocasión de despacharse a su gusto, no dudo que nos hubiera tenido toda la noche de conversación, y nosotros hubiéramos escuchado gustosos a no tener que marcharnos a primera hora de la mañana siguiente. Por eso dimos fin a la conferencia alrededor de las diez, y a partir de aquel momento guardóse el mayor silencio por todas partes, exceptuando, claro está, los gallos, que a media noche tuvieron la humorada de promover un alboroto infernal.

A las cuatro estábamos ya rezando nuestras misas, y una hora después caminábamos, precedidos por el buen «vaqueiro», que se ofreció a evitarnos los malos pasos o cuando menos a ayudarnos a salvarlos con las máximas seguridades.

Entre las seis y las siete, nos vimos detenidos por un arroyo no muy ancho, pero de considerable profundidad, en el que se nos presentaba nueva ocasión de utilizar «uma boa ponte», formada a la sazón por el fino tronco de un árbol, en el que apenas encontrábase anchura suficiente para colocar los pies. Por nuestra suerte, el ramaje que se tendía de una a otra orilla nos sirvió de pasamano, permitiéndonos guardar el equilibrio.

A primera vista, el «cipo» que empleamos, viejo, seco y descascarillado, no nos inspiró sino muy escasa confianza, y hasta me permití hacer la observación a mis compañeros de que posiblemente fuera mejor cambiarlo por otro algo más sólido. Entonces nos hizo saber el «vaqueiro» que fué él mismo quien lo puso hacía un año, sabiendo por experiencia que ofrecía un buen punto de apoyo, agregando:

—Respondo de él. Fíjense — y uniendo la acción a la palabra, atravesó el primero.

Familiarizado con aquellas pasarelas primitivas, a buen seguro que ninguna necesidad hubiera tenido de apoyarse en el pasamano vegetal, mas para demostrarnos prácticamente la seguridad de ambas cosas, dejóse caer hacia un lado, manteniéndose agarrado a las ramas, que, no pudiendo resistir tanto peso, cedieron bonitamente y ¡patapum!, nuestro hombre dió el salto más limpio y elegante que jamás presencié. Con la mayor naturalidad volvió a la superficie y con unas cuantas brazadas ganó la orilla, riéndose a mandíbula batiente de su hazaña. Por suerte la cosa no tuvo consecuencias ulteriores y el sol brasileño encargóse de secar sus vestidos en un santiamén.

Pero quedaba rota la especie de barandilla que formaron las ramas, y él, amablemente, avanzó hasta el sitio de la rotura, volviendo a unirlas con una atadura de juncos, permitiéndonos así el paso con las máximas garantías.

Seguimos caminando, y poco después llegábamos a un paso por demás peligroso. Era un «atoleiro», especie de cenagal sin fondo, muy temido por los viajeros indígenas, por ser punto menos que imposible distinguirlo de un simple terreno pantanoso.

Cuando a un metro de profundidad puede colocarse la planta sobre un terreno firme y sólido, no cabe temor alguno y los mulos avanzan tranquilamente. Cierto es que se presta ello a frecuentes resbalones, pero de todas formas, los animales vuelven fácilmente a su posición normal sin haber experimentado daño alguno, y sin que el jinete haya de hacer otra cosa que mantenerse firme en los estribos, sin la más leve preocupación.

En cambio, al tratarse de un auténtico «atoleiro», el pobre «burro» se hunde poco a poco, sin que todos los esfuerzos que haga sirvan de otra cosa que para acercar la catástrofe, a la que ninguno de los jinetes imprevisores que por tales terrenos se aventuran, puede substraerse.

Hay algunos animales que adivinan o descubren instintivamente los fatales «atoleiros», y cuando llegan a la orilla, se detienen, olfatean el barro como un perro de caza que siguiera el rastro de una pieza, y cuando se percatan de lo que tienen ante sí, niéganse a avanzar, aunque se les martirice para conseguirlo; encabrítanse, tiran coces, hacen corvetas, pero no ade-

lantan un paso y, como la borriquilla de Balaam, salvan a su jinete aun contra la voluntad del mismo.

El Padre Domingo, buen conocedor del terreno, y en particular del cenagal que teníamos delante, detúvose un momento para ponerse al frente de nuestro pequeño grupo y asumir la dirección del mismo.

— ¡Cuidado! — nos dijo —. Hace dos años que por poco me quedo yo, con cabalgadura y todo, en este dichoso terreno. Pero hay una estrecha tira en la que se puede avanzar confiadamente, siempre que no nos apartemos de ella. Me acuerdo que dejé algunas señales para conocerla, y espero que poco he de tardar en hallarlas. Voy, pues, a adelantarme como explorador; ustedes limítense a marchar sobre mis pasos cuidando siempre de no desviarse en ningún sentido.

Cuando nos hubo dado aquellas instrucciones, picó espuelas a su cabalgadura, que se hundió en pocos segundos hasta la cruz, volviendo pronto a poner pie en tierra firme.

«Duqueza» tuvo el capricho de ponerse junto a su compañero, y empezó a chapotear a más y mejor salpicando de barro por todas partes. Los otros burros echaron a andar detrás de los nuestros, y de tal guisa fuimos todos a parar a la tierra firme que nos anunció el guía, si bien íbamos en un estado lastimoso, cubiertos de barro de los pies a la cabeza.

Cuando conseguimos reunirnos otra vez para cambiar impresiones, cayó sobre nosotros — por si era poco lo pasado — una lluvia de barro mal oliente, que nos azotaba el rostro como impelida por un vendaval, metiéndose por las orejas, narices, ojos y hasta por la boca. Lo sucedido era simplemente que durante la travesía del pantano, la cola de los «burros» fué arrastrándose por el fango, quedando empapada en materia pestilente. Luego, al verse libres y como signo de victoria — o acaso para limpiarla —, los pobres animales tuvieron la mala ocurrencia de sacudirla en todas direcciones, chapuzándonos con aquel barro, cuyo perfume no era el de las rosas precisamente.

Finalmente divisamos a lo lejos el pueblo de Santa Rosa, y a las doce descabalgábamos en el corral de la granja, donde, como nadie nos esperaba tan pronto, nada se había preparado para nuestra llegada, cosa que no sabían los «vaqueiros» cómo perdonarse.

Mientras descargaban a nuestras caballerías y las conducían al abrevadero, el Padre Domingo entabló conversación con un kayapo, encontrado allí por casualidad. Esforzóse el misionero por hacerle comprender nuestro deseo de entrar en relación con las demás gentes de su «aldeia», y que les habíamos estado buscando sin conseguir encontrarlos por ninguna parte.

— Tú que sabes todos los caminos — añadió —, ve en busca y diles que vengan, pues tenemos deseos de agasajarlos. Mira, si vienen, mataremos un buey y tendréis todos tabaco y sal; además, tú, por el trabajo de avisarlos, tendrás un espejo.

Y al propio tiempo, mostróle uno de los que en Europa se venden por algunos céntimos.

El pobre indio estuvo a punto de volverse loco de contento. A la sola vista de la recompensa, brillaron sus ojos con anticipada alegría, considerándose ya en posesión de aquel objeto en el que luego le sería dable mirarse de la aurora al crepúsculo.

Tendiendo la mano al horizonte, diónos a entender que antes de la puesta del sol, conseguiría llegar a la «aldeia», y luego espetó un discurso para decirnos acaso: «Mañana por la mañana vendrán aquí todos los kayapos de mi tribu para ver a ustedes, porque todos son muy amantes de Papai Grande, que les obsequia con fiestas, carne y tabaco.»

Dicho todo aquello, tiróse a la espalda arco y flechas, partiendo a toda marcha con dirección a la «aldeia».

Tranquilos ya sobre aquel punto, nos pusimos a la mesa bajo la «varanda» abierta, donde estaban colgados los arreos de los « burros», los aperos de los «vaqueiros», pieles de buey u otros animales, etc.

A pesar de aquella decoración poco elegante y menos agradable al olfato, la «varanda» tenía que servirnos de comedor, sala de recepciones y alcoba.

Apenas me hube sentado, apercibí a cincuenta centímetros de mi cabeza, y junto a la argolla donde quedó suspendida mi hamaca, un nido de «maribondos» (avispas gigantescas). Con formidable zumbido iban y venían de sus alvéolos a los despojos de los animales muertos recientemente, arrancando trocitos de carne con sus fuertes quijadas.

Mis asustados ojos no cesaron de seguir su constante desfile. Dijéronme de permanecer tranquilo, sin realizar ningún movimiento brusco susceptible de enfadarlas, y aun me aconsejaron que no me preocupase en absoluto de ellas. En el mucho tiempo que hacía estaban allí, jamás causaron daño a nadie.

Pero todas aquellas afirmaciones no acababan de convencerme. Ya comprendía yo perfectamente la razón de cuanto se me dijo, pero ¿lo entenderían también las avispas? ¿Quién me aseguraba que, en su evidente ignorancia de tales cosas no tomasen mi calva por el revés de una piel de toro? Diéronse al fin cuenta de mis reparos, y uno de los «vaqueiros», armándose de un paño, apoderóse del nido y avispas, yendo a quemarlo todo al centro del corral.

Mientras tanto, diré que la encargada de la casa nos preparó una cenita bastante aceptable: arroz, «feijao» bien revuelto con «carne secca», un buen trozo de «veado» (venado), patatas, plátanos, naranjas y un café exquisito. ¿Qué más podía pedirse?

La mujer del primer «vaqueiro» mostrábase contenta al esmerarse en los agasajos y también al ver cómo apreciábamos sus méritos culinarios. La pobre mujer, queriendo llevar al límite sus atenciones, ofreció prepararnos para el día siguiente un plato de su invención, bien cargado de pimentón, del que — nos dijo — guardaríamos eterno recuerdo.

Iba y venía de un lado para otro, multiplicándose constantemente para proveer a todas las obligaciones de un ama de casa que tuviera celoso empeño en mostrarse solícita. Su acierto no la impedía prepararlo todo bastante ligera y servir la mesa con oportunidad.

Era una buena mujer de su casa en toda la extensión de la palabra. Llamábanla Juno, quizá por iniciativa

de algún mal intencionado. De todas formas, si en algo se parecía a la esposa de Júpiter, no era presisamente en su orgullo ni en su genio violento y celoso. Toda su dicha radicaba en tener contentos y bien atendidos a todos.

Al terminar la comida solicitamos nos presentaran a la madre y la criatura que debíamos bautizar. No cabía ya en nosotros el ansia de conocer el angelito que premió el primer matrimonio entre kayapos conversos, de mostrar a los asombrados ojos de la emocionada madre todas las riquezas que traíamos de Conceiçâo por mandato de las religiosas...

Como se recordará, la excelente Sor Dionisia enteróse por medio de los indios llegados a la misión católica de que sus compatriotas, el valiente Katuru y la joven Karieti, convertidos ambos a nuestra religión y casados solemnemente en Santa Rosa en el mes de agosto anterior, vieron como el Señor de los Patriarcas bendijo su matrimonio concediéndoles un hijito, al que debía conferirse cuanto antes el sacramento del bautismo, y que por esta causa habíamos precipitado nuestra marcha.

Mientras fueron en busca de Katuru y su esposa, nos dedicamos a abrir la cesta del equipo, sacando con el mayor cuidado, una por una, todas las piezas que lo componían, hasta dar con la hermosa cesta de magníficos bordados. Con la satisfacción que es de suponer, constatamos que ningún deterioro perjudicó la delicada ropita, y nos hicimos un cúmulo de ilusiones con respecto a la emoción de la madre al verse de tal manera obsequiada.

Como Katuru se hallaba de caza, fué Karieti (Estrellita) la que vino a nuestro encuentro. Era una muchachita que no rebasaría de los quince años, chiquitina, regordeta, con tipo más de china que de india, como la gran mayoría de sus congéneres.

Todos fuimos presa de la mayor extrañeza al verla comparecer sin su hijo.

Entramos en conversación, a decir verdad, con bastante trabajo, mas al fin, con el poquito de portugués que sabía la muchacha y las miajas de Kayapo que sabían los Padres Domingo y José, llegamos a entendernos.

— ¿Dónde has dejado a tu niño? Ve a buscarlo, mujer, pues ardemos en deseos de conocerlo, bendecirlo y darle cuanto para él traemos. ¡Anda!

Pareció que la muchacha no había comprendido, a juzgar por su inmovilidad. Volvimos, pues, a repetir lo dicho, hablando muy despacio, mascullando las palabras y acompañándolas con gestos tan expresivos que hasta hubiera podido ahorrarlas.

Entonces sí que comprendió Estrellita. Sus ojos abriéronse desmesuradamente como prueba del asombro que le causaron nuestras palabras, permaneciendo quieta en su sitio, sin atreverse a contestar.

Extrañados a la vez por nuestra parte, la miramos de pies a cabeza y fué entonces cuando todo se explicó. El caso era que el niño todavía no estaba en el mundo, y la bonísima de Sor Dionisia, creyendo saber bien el dialecto kayapo invirtió los términos en el sentido de creer que la criatura nació ya, cuando sólo anunciaron que estaba próxima a nacer.

Indescriptible fué nuestra decepción al ver fracasados todos nuestros proyectos de hacer grandes fiestas que atrajesen hacia nosotros las almas de aquellos indígenas. ¡Adiós la emoción de los regalos!

El Padre Domingo, interrogó a la muchacha.

— ¿Hay para mucho tiempo? Porque, supongo que sabrás decirnos para cuando nacerá tu hijito, ¿verdad?

Comprendió perfectamente la muchacha, pero tropezamos con la dificultad de que no sabía contar por meses o días como nosotros. La numeración de los kayapos — como ya explicaré — es de cuanto más primitivo existe.

Reconcentróse Karieti un momento, y luego, extendiendo lentamente su brazo, para mostrarnos el sitio del horizonte en que el cielo parecía confundirse con la tierra, dijo sonriendo:

— Si Dios quiere, cuando la luna se encuentre allí.

Traduciéndolo en mejores palabras: cuando la luna salga por aquel punto del horizonte, o a la luna nueva.

Faltaba, por lo menos, medio mes, y obvio es decir que no podíamos permanecer en Santa Rosa por tan largo tiempo, visto lo cual, optamos por obsequiar a Estrellita con el equipo del futuro ser.

— Toma — le dije —, esto es para tu nene, al que los Padres ya vendrán a bautizar, o, si lo prefieres, lo llevarás a Conceiçâo a presentárselo, ¿comprendes? Allí harán gran fiesta. Mientras tanto, podrás alojarte en la residencia de las Hermanas, y comer de todo lo que te guste.

## CAPÍTULO XX

LLEGADA DE LOS KAYAPOS. — VISITA DE LOS DIVERSOS GRUPOS. — ARMAS DE PIELES ROJAS. — ADEREZOS FEMENINOS. — MÉTODO RÁPIDO Y SEGURO PARA EXTERMINAR LOS PARÁSITOS DEL CABELLO. — INDISCIPLINA DE LAS MUJERES Y SITUACIÓN EQUÍVOCA DEL REPARTIDOR DE REGALOS. — DE CÓMO LOS PIELES ROJAS ESCAMOTEABAN EL TABACO Y LOS CIGARRILLOS SIN UTILIZAR PARA ELLO NI PIES NI MANOS.

Pasamos la tarde del día 17 de mayo charlando con los «vaqueiros», cuyas opiniones hacían creer que Santa Rosa era la mejor de las «fazendas» del Norte. Antes de cerrar la noche, tuvimos buen cuidado de suspender nuestras hamacas bajo los árboles, y todos nos dispusimos a tomarnos unas horas de perfecto reposo, mientras llegaban los esperados kayapos.

Me desperté, alrededor de las cuatro, y, levantando mi desplazado solideo, percibí, a la vaga claridad de las estrellas, como unas treinta sombras que rodaban silenciosamente cerca de mí.

Cuando me vieron rebullir, acercáronse cuanto les fué posible, llegando alguna de ellas a inclinarse sobre mí como para ver mejor lo que hacía. Parecióme aquello un sueño, una alucinación que hizo presa en mi cerebro, y hube de frotarme los ojos para convencerme de no estar durmiendo todavía.

Entonces, comenzaron todas las sombras a moverse, lanzando una serie de agudos chillidos, mientras bailaban una horrible zarabanda en mi derredor. Eran las avanzadas de los kayapos, que, luego de caminar toda la noche, forzaron el paso a fin de llegar los primeros a saludarnos, pero, llegados en plena obscuridad, optaron por guardar silencio para no interrumpir nuestro sueño. Entonces, cuando vieron que nada les debía contener, diéronse a las más ruidosas manifestaciones de alegría.

Me levanté, calzándome en un santiamén mis altas botas de montar, y heme ya en medio de aquel grupo chillón. Los Padres Domingo y José María hicieron comprender a aquellos chicos-grandes que toda la jornada sería para ellos, pero que, mientras celebraba la misa, permanecieran bien tranquilos y correctos.

Desde la víspera se encontraban ya preparados dos altares, en casa de los «vaqueiros», por lo que inmediatamente pudimos recibir al grueso de la caravana india, la cual empezó a hacer acto de presencia alrededor de las ocho, surgiendo del bosque por diversos lados y grupos, todos alegres, saltarines y gritando hasta desgañitarse.

Mis dos colegas, que desde hacía ya mucho tiempo habitaban en Conceiçâo, conocían a la mayor parte de los recién llegados, a los que fueron dirigiendo cariñosas palabras de salutación, al tiempo que repartían sendos apretones de mano y familiares golpecitos en los hombros.

Luego, me presentaron a los indios, diciéndoles que yo era un señor llegado de muy lejos, muy lejos, por el otro lado del río y la selva, únicamente para llevarles muchos regalos. Mi nombre fué pronto conocido por todos, y, claro es, que adaptado a su idioma o sus gustos, por lo que de Hilario, pasé a llamarme «el Padre Hirary».

Pronto hice amistad con ellos, viéndome rodeado por los principales jefes, que me observaban llenos de curiosidad, en tanto que los chiquillos trepaban por piernas y brazos hasta los hombros, o me introducían bonitamente las manos en los bolsillos; hasta las mujeres se enardecieron, llegando a tirarme descaradamente de la barba, cuya blancura contrastaba con el color de la de mis compañeros. todavía negra como la endrina.

Desde el comienzo de mi viaje por el Araguaya, entré en contacto directo con los indios, pero nunca, hasta aquel día, me encontré rodeado por una multitud de ellos. Toda la «aldeia» de kayapos habíase congregado allí, produciéndome un efecto indescriptible el conjunto de tantos seres humanos «vestidos» de aquella manera. Fué una de aquellas impresiones que el léxico humano es incapaz de reflejar.

Mientras tanto, el Padre Carretot, creador de la «fazenda», había ordenado a los «vaqueiros» de ir al campo y traernos cierto número de vacas y bueyes, entre los cuales pudieran escogerse los destinados al festín de los indios.

La verdad es que no resultó muy facilillo apoderarse de un animalito perfecta y respetablemente dotado de cuernos, y acostumbrado a la vida salvaje en la inmensidad de aquellos «campos». En la «fazenda» existían algunos centenares de reses, pero la más próxima encontrábase a varios kilómetros de la habitación, por lo que el primer cuidado era el de saberlas encontrar.

Partieron los comisionados a toda marcha de sus excelentes caballos, bien provistos de pullas, como las utilizadas por los picadores en la fiesta brava. Pasaron de largo frente a los primeros grupos de reses que pastaban en los cercanos collados o rumiaban filosóficamente a la sombra de los árboles.

Cuando juzgaron suficiente la cantidad de ganado que dejaron tras de sí, pararon en seco y dando media vuelta, comenzaron a gritar con toda la fuerza de sus pulmones, y, distribuyendo pródigamente golpes a derecha e izquierda, obligaron a avanzar a todo el rebaño en dirección a la «fazenda». Todo esto, aparentemente, no encerraba gran dificultad, como así es en efecto, pero no así la segunda parte de la maniobra, es decir, la forma de traerlos, ya que si a los bovinos

se les concedía un instante de tregua, dispersábanse inmediatamente y volvían a internarse en el bosque, lo que significaría verse precisado a recomenzar en otro punto de la «fazenda» y con muchas menos probabilidades de éxito, puesto que los caballos, cansados del primer galope, no podrían dar el rendimiento apetecido.

En cuanto los kayapos vieron a los «vaqueiros» echar pie al estribo, prorrumpieron en una serie de hurras anticipados al banquete que sabían les aguardaba al regreso de aquellos muchachos. Mientras aguardaban el regreso de los caballistas, permanecieron muy comedidos, confiando en que los misioneros harían las cosas bien y de que el banquete en perspectiva no tendría nada que envidiar al de las bodas de Katuru, cuyo recuerdo permanecía fielmente grabado en su memoria.

Nosotros aprovechamos aquellos momentos de tranquilidad para entrar más en contacto espiritual con ellos, para lo que me acerqué a uno de los grupos de jóvenes que a la sazón se distraía disparando flechas. Halagados por mi atención, forzáronse todos en autosuperarse.

Vi entonces cómo estaban construídas aquellas armas: una flexible rama de árbol, y en vez de cuerda, finos junquillos trenzados primorosamente. Las flechas eran simples cañas gruesas como el dedo meñique de un hombre; en uno de los extremos llevaban una pluma para asegurar la dirección, y en el otro, había sujeto bien un hueso afilado como la hoja de un puñal, bien una espina de pescado. Hueso o espina se hallaban concienzudamente recortados en forma triangular, de manera que al penetrar en la carne fuera imposible arrancarlas sin producir una herida incurable.

Las terribles puntas quedaban sujetas a la caña por finas ataduras, recubiertas de una composición aglutinante, cuyo secreto de preparación guardan cuidadosamente los indios, y que pudiéramos llamar «cola de hierro», en virtud de su increíble resistencia. Me consta por haberlo probado, como ya verán mis lectores al seguir esta narración.

¿Envenenaban las kayapos sus flechas? Lo cierto es que las empleadas para la caza y pesca no lo estaban; sin embargo, creo que lo más prudente es tocarlas con toda clase de precauciones, ya que las heridas que llegan a producir, aunque sólo consistan en un simple arañazo, resultan siempre muy peligrosas.

Desde su más tierna infancia, dedícanse los kayapos al ejercicio de las armas, lo que, sumado a sus disposiciones naturales, hace presto de ellos unos excelentes arqueros. Un chiquillo de doce años, de corpulencia y fuerza corrientes, consigue doblar un arco al que un europeo no llegó a imprimir la más leve flexión, y un tirador de aquellos es capaz de herir mortalmente a una persona o bestia a más de sesenta metros de distancia. Cuando el enemigo se halla más lejos, la flecha se convierte en el «telum imbelle sine ictu» del poeta. Por eso, cuando los indios han de luchar contra un animalucho de la selva, se acercan a él hasta quedar a unos diez metros y entonces le envían una flecha que deshace el corazón o lo atraviesa de parte a parte, cortando en seco su arranque, y todo con la misma seguridad que pudiese hacerlo una bala de Mauser.

Además del arco y flechas, los indios iban armados de una lanza y un mazo. La primera, no es sino un mero bambú y en ciertas ocasiones, una rama de árbol como de dos metros y medio de largo, en uno de cuyos extremos va fijo un hueso muy afilado y largo, de diez a quince centímetros, o en su defecto, una de aquellas espinas terribles, duras como el acero. Las lanzas de los jefes y de los guerreros más valientes, van adornadas con vistosas plumas, constituyendo un arma en verdad temible si la manejan manos hábiles y fuertes.

El mazo es un sencillo palo de un metro y medio de largo, aproximadamente, que de cierta delgadez en la empuñadura, va engrosando progresivamente hacia el extremo opuesto, que es el destinado a aporrear. Algunos llevan incrustados pequeños trozos de pedernal, formando un relieve, que los hace más sólidos y temibles. Un solo golpe con estos artefactos basta para deshacer la cabeza de una persona y hacerle saltar los sesos a unos cuantos metros de distancia.

Los muchachos — y vuelvo a mi relación — prestáronse gustosos a repetir sus ejercicios de caza y de guerra.

Entre ellos, figuraba uno, como de veinte años, muy culto, para lo que pudiera esperarse en un kayapo, y sin otro vestido que una vistosa cinta roja al cuello. Su historia no era de las comunes.

Muy pequeño todavía, fué confiado a nuestros Padres, quienes lo educaron como a los demás niños de Conceiçâo. Dotado de excelentes cualidades de asimilación, aprendió en seguida a leer y escribir, así como la Doctrina sagrada, mostrando un fervor y virtud ejemplares. Fué bautizado y comulgado, y cuando luego se le asoció a las excursiones apostólicas de los misioneros, cumplió siempre como los mejores. Cuando todo marchaba viento en popa y mis colegas pensaron en darle carrera, sintió repentinamente la nostalgia de la selva y de la libertad. Fueron inútiles cuantas recomendaciones se le hicieron, hasta que una mañana, solamente se encontraron en su hamaca la chaqueta y el pantalón que le cubrían. Quiso dejar aquellas prendas, símbolo de la esclavitud para los indios, antes de reunirse con sus hermanos de raza; luego, había ido varias veces a Conceiçâo, conservando las mejores relaciones con nuestros Padres.

Allí estaba, delante de nosotros, y el Padre Audrin aprovechó la coyuntura para explicarle cómo debía observar los preceptos de nuestra religión, hasta en su propia «aldeia», y dar a todos un buen ejemplo.

Del grupo de muchachos, pasé al de los hombres hechos y derechos, a quienes hallé sentados en el suelo, con los codos apoyados en las rodillas, en actitud de meditar, mas ¿en qué? Me parece sumamente difícil precisarlo; en nada, probablemente.

Las mujeres iban de un lado para otro, presurosas, cuidando de preparar todo lo necesario para el festín, como leña — que fueron a buscar sabe Dios a dónde —, agua, traída en las grandes calabazas prestadas por el mayoral, y otras que, en fin, se dedicaban

rajas fueron a saludarle. Recibióles con afabilidad y puso a disposición de los mismos su arroz, la «carne secca» y tabaco ordinario, reservándose para él un paquete de cigarros comprado en Río de Janeiro, mas no sin haber cometido la imprudencia de mostrarlo a los indígenas. Cuando se hubo servido, puso el paquete en la arena de la playa, junto a su mano, y los indios, sin que él se apercibiera, lleváronse uno a uno hasta dar cuenta del mazo, pero todo sin que su dueño lo notara.

Cuando pudo apercibirse, todos estaban ya demasiado lejos, y llevando disimulado en los repliegues de la piel, cuantas muestras pudieron tomar. Ello sirvió para estimular la previsión del rico «fazendeiro».

Terminó la distribución de tabaco y los «vaqueiros» no daban señales de vida, en vista de lo cual, empezaron a impacientarse los kayapos, en especialidad los niños, quienes no supieron resistir a la tentación de encaramarse a los árboles para mejor observar la lejanía.

Unas cuantas mujeres coláronse de rondón en la cocina de la pobre Juno:

— ¡Vientre chico! ¡Vientre chico! — decían, al tiempo que llevaban sus manos al estómago, como queriendo decir: «Tenemos hambre, dadnos de comer alguna cosa.»

La pobre mujer empezó a lamentarse al ver invadido su reino por aquella patulea, contraria a la seguridad de los platos, ya preparados para los Padres.

Haciendo ir atrás sus cabellos con un brusco movimiento de cabeza, dispúsose a hacer frente a las invasoras, al tiempo que dejaba ocultos detrás de sus anchas espaldas los cuatro hermosos pollos, que iban asándose sobre las brasas del fogaril. Mas, como ya dije, el corazón de la pobre Juno era excelente, y en el fondo de su alma brilló pronto una chispa de conmiseración, que la obligó a obsequiar a los presentes con harina de manioc y «rapadura», teniendo, eso sí, buena cuenta de recomendarlas silencio, a fin de que no se les ocurriese a todas las demás pedir una parte igual.

## CAPÍTULO XXI

REGRESO DE LOS «VAQUEIROS». — LOS TOROS Y LOS BUEYES EN EL «CORRAL». — DIFICULTADES PARA LA ELECCIÓN DE LAS VÍCTIMAS. — DISTRIBUCIÓN Y COCHURA DE LA CARNE. — BANQUETE PANTAGRUÉLICO. — BAILE NOCTURNO DE LOS INDIOS. — REGALOS DE DESPEDIDA.

Por fin, dejóse oir un alegre clamor a lo lejos: el grito de los «vaqueiros», que regresaban ya; seguidamente, percibióse un ruido como el que produjera un escuadrón lanzado al galope, y, por un recodo, fueron llegando vacas, bueyes y toros, empujados por los gritos y las pullas de los «vaqueiros».

Contiguo a la granja, existía un inmenso «corral» (parque vallado), bien guardado por gruesos troncos de árbol sólidamente hundidos en el suelo. Las puertas mostrábanse abiertas, a la sazón, es decir, que los dos leños que unían los extremos de la estacada, fueron levantados para que el ganado se instalase en la cerca, operación que, a la verdad, no resultó muy fácil.

Los kayapos, a quienes juzgué más valientes, mostráronse más que respetuosos ante los cuernos de los animales y como por arte de encantamiento fueron desapareciendo en el interior de la «casa» o por las ramas de los árboles.

En cambio los «vaqueiros», bravos y experimentados, bastáronse para hacer entrar al grupo de astados en el «corral», poner los maderos transversales y aislarlos por completo, imposibilitando cualquier accidente. Sólo quedaba, pues, elegir aquellos que debieran sacrificarse, lo que ya verán nuestros lectores la dificultad que supuso.

En cuanto los salvajes cuadrúpedos quedaron encerrados en el «corral», salieron los kayapos de la casa o, decididos a no andarse más por las ramas, bajaron de ellas para ir a sentarse en la alta empalizada del «corral», desde donde podían contemplar las bestias a su gusto y sin el menor peligro.

Los chicos adolescentes, enardeciéronse ante aquel espectáculo, y, primero con furiosos chillidos y ademanes, y luego con piedras que les fueron arrojando, consiguieron enfurecer a los toros que, ciegos de ira, lanzáronse contra la empalizada, para descargar allí una lluvia de potentes cornadas. Con ello hízose indispensable la intervención de los «vaqueiros», ya que cada uno de los golpes de aquellos animales ponía en evidente peligro el vallado, lo que constituiría un verdadero desastre, desde todos los puntos de vista, ya que los toros, antes de escapar a la pradera, dejarían recuerdo de su paso en los cuerpos de algunos de sus agresores.

Teníamos hecha promesa a los kayapos de sacrificar un buey para distribuirlo, mas presentáronse en tal número, que un solo buey habría resultado muy poca cosa para tanta gente y tales apetitos.

El Padre Domingo determinó, en vista de ello, que fueran sacrificados un par de bueyes y un torillo, cosa no muy difícil de proponer, mas no así de eje-

cutar, pues los obstáculos presentáronse desde el momento de la elección.

Aquel santo varón que fué Superior de los Padres de Conceiçâo, amaba a los kayapos como a hijos suyos, creyéndose obligado a cualquier acción o sacrificio con tal de atraerse todas aquellas almas, aunque fuese con el último suspiro de su pecho. Por esta razón esforzábase en serles agradable, y como vehículo principal, imaginó aquel banquete, si bien, por otra parte, se hallaba con que, siendo él quien había creado y fomentado la «fazenda», resultábale penoso desprenderse de tantos animales, cuyo valor ascendía a tanto dinero y que tantos dolores de cabeza le ocasionaron.

Conocía — por así decirlo — a todos los individuos de la manada, los vió nacer y desarrollarse bajo sus cuidados, y, naturalmente, resultaba penoso para un alma como la suya, sentenciar a muerte cualquiera de las hermosas bestias.

Este resulta necesario para dar la señal de marcha cuando conviene cambiar de sitio en ocasión de las lluvias o de la «secca». El otro es un animal dotado de tan claro instinto como el perro de un pastor... conoce los límites de la «fazenda» y retiene en ella a sus compañeros. Aquel, con sus ojos vivarachos y su piel blanquísima... da pena matarlo. De los toros no digamos nada, puesto que si el uno es útil, más lo es el otro. Uno, era el mejor reproductor de una especie que costó mil trabajos aclimatar. El de más allá tiene tan soberbios cuernos, que su sola presencia basta para que las fieras no se atrevan a acercarse. Y así, uno tras otro, hasta que el pobre Padre no supo a qué carta quedarse, y hubo de confiar la elección a los «vaqueiros», quienes, poco susceptibles a las consideraciones sentimentales, entraron inmediatamente en faena con dos bueyes colosales y un torito. Luego de haberles cogido a lazo, sacáronles del «corral», y en un santiamén estuvieron muertos y distribuídos entre los diversos grupos de indígenas.

La preparación fué sencilla en extremo, sobre todo contando con hogueras encendidas de antemano. Los enormes trozos de carne, cayeron directamente sobre el fuego, donde quedaron asándose por procedimiento directo. Claro es que algún sabor de ceniza tendrían luego, mas ello constituía, precisamente, su aderezo.

No sé por qué razón la cabeza fué lo que más atrajo a los indios, quienes se la disputaban tercamente, mas como, por desgracia, eran tres solamente, sólo tres pudieron ser los contentados, claro está que entre los jefes.

He aquí la forma en que se preparan los asados por aquellas tierras. Cuando se hizo un hoyo, se enciende en él una gran pira, en la que se dejan caer piedras — grandes y pequeñas —, que pronto adquieren una temperatura elevada. Cuando aquel horno de nuevo tipo llega a estar bien caliente, retíranse del mismo las brasas, los carbones y las piedras, substituyendo el todo por el trozo de carne que se quiere asar, teniendo la precaución de envolverlo cuidadosamente en unas hojas de plátano. Entonces colócanse encima las piedras y carbones, y ya tenemos la carne en el asador. Al cabo de cierto tiempo, variable según la intensidad del fuego y espesor de la carne, se saca ésta del agujero y los comensales caen sobre ella, tomándola con ambas manos para deshacerla a dentelladas.

Además de la carne, recibió cada grupo un buen puñado de harina de manioc, y pronto vimos, con verdadero contento, como se movían a destajo todas las mandíbulas, en tanto que se percibía el chasquido de los huesos bajo la presión de los recios y blancos dientes.

A pesar de la cantidad de carne que los tres animales produjeron, no sucedió como en el Evangelio, que luego de comer hasta la hartura la multitud, pudieron recoger los apóstoles hasta doce canastos de sobras. Allí no hubo nada superfluo, sino que fué consumido todo hasta la más mínima partícula; por lo demás, rarísima vez llega a suceder que en un festín de indios quede ni una sola migaja.

— Ya lo has visto, Padre — me dijeron los de Conceição al terminar el banquete —. Se tragaron tres bueyes ¿verdad?, pues con toda seguridad que les daríamos otros tantos y a la noche habrían hecho ya limpieza total de todo.

Ni siquiera debía cruzar por su mente la idea de guardar alguna cosa. Por lo visto, no preguntaban con el poeta,

«¿de qué se compondrá el mañana?»

«Mañana» se proveerá a sí mismo y lo tomarían tal cual viniera. Con ayunar si las cosas no se presentaban bien, ya estaba todo zanjado, pero en cuanto a volverse previsores o razonables, ni una palabra.

Terminada la comida, tendiéronse los indios a dormir, al sol o a la sombra, según los gustos, y así permanecieron hasta la noche.

Pero en cuanto llegó la noche y la luna hizo su aparición en el firmamento, levantáronse todos y vinieron a anunciarme que deseaban organizar, para obsequiarme, una gran fiesta, en la que los bravos de la «aldeia» ejecutarían el baile nacional.

Confieso que me produjo una rara sensación aquel anuncio, y sobre todo, al fijarme en el grupo de los ejecutantes. No era ya un rayo de sol, sino de pálida luna, lo que constituía su vestido, y por cierto que aquel resplandor plateado comunicaba a sus cuerpos bronceados y pintarrajeados en bermellón, un aspecto rarísimo y siniestro. ¿Qué aspecto será el de todas estas sombras, enlazadas y lanzadas en frenético torbellino?, me dije. Mas no, caro lector, no hubo por que asustarse, y todas aquellas quimeras desaparecieron al ver el orden y corrección que presidía tales danzas, mucho más morales que las de última novedad en París. A buen seguro que los indios pudieran dar excelentes lecciones a los y las tanguistas practicantes de otros ejercicios coreográficos «último rebuzno de la moda».

El baile de los kayapos era absolutamente inofensivo, ya que ni los propios danzantes llegaban a tocarse jamás, ni aun la punta de los dedos. Hombres y mujeres, alternados, colocábanse en fila india, mediando entre unos y otros como un par o tres de palmos, y, describiendo una circunferencia, más o menos grande, según el número de parejas, dieron comienzo al baile. A un movimiento acompasado de los codos y el antebrazo junto a los flancos, sucedía una fuerte patada cadenciosa.

En cuanto a música, cero; ni siquiera un pobre tam-tam. Cada bailarín es su propio músico y todos a coro forman un cántico, por cierto, nada armonioso, puesto que no pasa de ser algunos gemidos quejumbrosos.

A la primitiva lentitud de movimiento va sucediendo una velocidad progresiva, hasta convertirse en carrera infernal, vertiginosa, de la que las mujeres, en especial, pareciéronme más apasionadas. Había alguna de ellas que tomaba parte en la danza llevando a su hijo a horcajadas en la cadera y sosteniéndolo con un brazo.

Recuerdo que una de ellas, que por lo visto conocía alguna que otra palabra portuguesa, volvíase cada vez que pasaba frente a mí para decirme:

— Bonito, muy bonito...

A lo que yo me vi forzado a responder:

— Bonito, muy bonito...

Pero la verdad es que hubiera preferido poder hacer lo propio que mis colegas, los cuales, desde primeras horas de la noche, habíanse retirado a la casa de Raymundo, en la que se hallaban colgadas sus hamacas. Yo, en cambio, para no cometer una incorrección que pudiera molestar a aquellas buenas gentes, hube de quedarme. Además, «nobleza obliga...», y siendo en mi honor todos aquellos agasajos, no era lo más natural que les plantase bonitamente y me despidiera a la francesa.

Finalmente, no pude resistir ya más, y vencido por el vértigo que causaba el incesante girar de las sombras, y por el cansancio y el sueño, hice mutis por el foro, para ir a tenderme sobre mi hamaca, donde no tardé en conciliar el sueño, a pesar de los ruidos infernales del exterior.

¿Cuánto tiempo duró aquella zarabanda infernal? No podría decirlo...

Me desperté al día siguiente, cuando ya estaba el sol a regular altura, y buena parte de los kayapos habían marchado ya hacia su «aldeia». Los otros, quizá más intrépidos para el canto y baile, estuvieron en continuo movimiento hasta caer extenuados, y permanecían a la sazón dormitando aquí y allá, tendidos por el suelo de cualquier manera, si bien, a pesar del cansancio enorme que debía pesar en ellos, tuvieron buen cuidado de recubrir el suelo con hojas de plátano. Porque ha de saberse que los kayapos jamás se acuestan sobre la misma tierra, cosa que, dicen despectivamente, «sólo hacen los perros».

Para dirigirme hasta el sitio donde había de celebrar la Misa hube de abrirme paso entre los durmientes, pues no era cosa fácil pasar sobre aquellos cuerpos que yacían en las más extrañas posiciones.

«El miedo a un mal menor, no echa a otro peor.»

Queriendo evitar un pisotón de mis recias botas a cualquier pie o mano, fuí a tropezar con las cabezas; pero no fué este sólo el daño causado, sino que, tropezando con algo que no recuerdo, perdí el equilibrio y me fuí de narices sobre los durmientes, los cuales, abriendo un ojo para ver qué sucedía y percatándose de que tan sólo era un Padre que se había dado un porrazo, volvieron a cerrarlo para continuar con sus ronquidos.

Al terminar la misa, la señora Juno vino a traerme un gran recipiente bien lleno de aquel incomparable moka brasileño, que todavía parece más exquisito en la selva.

Aun no habían caído unas cuantas gotas en la taza, cuando hube de presenciar un espectáculo curioso: los kayapos, que un segundo antes permanecían durmiendo en el santo suelo sin que, aparentemente, hubiese nada capaz de despertarlos, levantáronse todos con rápido movimiento, y sin vacilación alguna vinieron a colocarse en fila junto a la «varanda», comiéndose la cafetera con los ojos.

Lo extraño del caso era que nada anormal había sucedido; ningún ruido se percibió y nadie habíase cuidado de despertarles. Pero la infusión preparada por la señora Juno había invadido con su perfume delicioso la pradera, y bastó ello para despertar a los indios lo mismo que la diana a los soldados. El olfato, la vista y el oído de los indios, tienen una capacidad de percepción extraordinaria.

Con esto quiero decir que se hizo preciso dar a cada uno de ellos su ración de café, cosa que la buena de Juno hizo gustosamente, y yo rematé con algunos obsequios, entre ellos, el que sabía más atractivo para mujeres y niños: ¡un espejo!... uno de esos espejitos redondos que en los bazares europeos se venden por diez céntimos.

Fué digno de verse como todos se miraban luego, sacando la lengua y haciendo mil contorsiones, quizá encontrándose bellísimos y admirándose sin reservas. Algunos hicieron como los gatitos, que al mirarse en un espejo se creen hallar enfrente otro de sus congéneres, y tienden la patita para no encontrar más que el vacío.

Pero el colmo de satisfacción para los indios, fué el instante en que rodeé sus cuellos con un bonito rosario de cristal en cuentas blancas y rojas.

Luego, echándose al hombro arco y flechas, partiéronse con paso ágil, no sin haberme prometido hacernos una visita en Conceiçâo.

## CAPÍTULO XXII

VARIOS DETALLES SOBRE LOS KAYAPOS. — VESTIDOS. — ARMAS. — IDIOMA. — NUMERACIÓN. — MEDICINA. — MORALIDAD. — RELIGIÓN. — CURIOSA LEYENDA. — LA VIRGEN MADRE.

Mientras que les dejamos regresar contentos (creo yo) a su «aldeia», conoceremos algunos detalles interesantes sobre aquellas gentes primitivas.

He tratado mucho tiempo con los karajas del Araguaya y los kayapos de la llanura y los bosques; he hablado mucho con aquellos Padres, que desde muchos años antes familiarizaron con ellos, y, sin embargo, me resulta muy difícil dar una idea exacta de muchas cosas que conciernen a los pieles rojas. Para no incurrir en equivocaciones, me abstendré de hablar con la firmeza de los novelistas o exploradores que, estoy seguro, nunca vieron cerca de sí a un indio.

La mayoría de las cosas que pude comprobar, en nada se parecen a cuanto leí de reputados autores. Quiero advertir inmediatamente que no está en mí la intención de erigirme en censor, pero sí la de explicar cuanto vieron mis ojos o aprendí por experiencia.

Como vestidos, ya dije que aquellas gentes no llevan cosa que lo parezca siquiera. Unicamente las mujeres karajas utilizan algo que pudiera parecérsele. Los kayapos ni eso siquiera, y, no obstante, la moralidad es perfecta por doquier. Nunca pude sorprender una mirada o un gesto que significare falta de modestia. La virtud está más segura en medio de aquellas tribus salvajes que entre el lujo indecente y provocador de nuestras grandes Babilonias.

La epidermis de todos los indígenas — kayapos y karajas — es, a la vez, curtida y bronceada por el sol, más, como ya dije, se perecen por pintarla de rojo con el «urucu».

Igual que los karajas, los kayapos tienen la costumbre de perforarse el labio inferior para introducir un pedazo de madera como de unos tres centímetros de ancho por ocho o diez de largo, pero estos últimos no llevan al lado de los párpados inferiores los dos pequeños círculos marcados con fuego que son el distintivo de los karajas.

Sus cabellos, largos y finos, van cortados a rape o afeitados por delante de la cabeza, mientras que los otros caen por la espalda y los hombros. Todos son imberbes y no llevan ni un ápice de vello en sus cuerpos.

Las mujeres y muchachas, llevan junto a la rodilla una especie de liga. que desciende hasta media pierna, como signo de su estado de soltería al tiempo que adorno.

Lo que más me llamó la atención desde el principio, es el gran número de kayapos adultos a quienes faltaba un ojo. Y caso raro: tal circunstancia no proviene de ningún accidente ni muchísimo menos por nacimiento. Los kayapos, niños o adolescentes, se hallan dotados, por regla general, de hermosos ojos brillantes y expresivos. Llegados que son a la mayoría de edad, uno de ellos, el derecho generalmente, empieza a blanquear, sin causa aparente, perdiendo la vista poco a poco, hasta su completa desaparición. ¿Qué motiva esta dolencia? No sé. Me limito a exponerla para que los sabios la estudien y puedan combatirla como es necesario.

Kayapos y karajas tienen educados los dedos de los pies y nunca se les ve inclinarse a recoger nada, sino que lo toman con los pies para llevarlo a la mano. Sin embargo, la conformación de sus extremidades inferiores es idéntica a la nuestra en cuanto a su anatomía, y lo mismo sucede con respecto al desarrollo. Todo es cuestión de hábito, de adiestramiento.

No tienen todos los kayapos una uniformidad de tipo. Buen número de ellos, sin embargo, tienen una semejanza extraordinaria con los japoneses. Particularmente los niños, vestidos con una pelliza y gorrito de marinero, dan la sensación de pequeños mongoles, nacidos en el archipiélago del Sol Naciente.

Ello sirve de base y argumento a los que sostienen la tesis de que en pasadas épocas, lo que nosotros llamamos el Nuevo Mundo, fué poblado por familias chinas o japonesas, que una tempestad hizo ir a parar allí a través del estrecho de Bering, y menos afortunadas que Robinson, no pudieron salvar de la catástrofe con que poder construirse nuevas embarcaciones, y así permanecieron aisladas del mundo hasta la formidable hazaña de Cristóbal Colón. De tal guisa, los pobladores del extremo Oriente resultan ser los padres de estos pieles rojas brasileños.

¿El valor y exactitud de la tesis? Quede al lector juzgarlos de acuerdo con su criterio.

Y pasemos a hablar del idioma de aquellos indígenas; cuando se dirige la palabra a karajas o kayapos, queda uno expuesto, aun poniendo todas las precauciones y la mejor voluntad del mundo, a ser engañado o engañarse lastimosamente. Los Padres me contaron cosas muy curiosas en este respecto. Hace usted una pregunta, y ve asombrado que su interlocutor, muy serio, sale por peteneras, como vulgarmente se dice. Otras veces el interrogador es el que interpreta mal las palabras o las confunde con una ingenuidad maravillosa.

Ello tiene por causa el hecho de ser inadaptables a

nuestro alfabeto una infinidad de sonidos karajas y kayapos, que impiden saber dónde termina una palabra y da comienzo la siguiente, hasta parecer que toda una frase la constituye sólo una palabra. Además, basta una leve diferencia fonética para cambiar el sentido de las mismas.

El dialecto varía, no ya según las tribus, sino hasta en una misma, difiere según las «aldeias» y hasta según los grupos de una misma «aldeia», escalonados a lo largo del río. Tales diferencias regístranse particularmente entre las mujeres karajas, cuyo hablar es muy diferente del de los hombres, pues acostumbran a poner delante de cada diptongo, y aun en medio de ciertas palabras, una letra equivalente a nuestra «k», si bien para nosotros cambia totalmente de sonido.

Durante los últimos años, dos sabios franceses que estuvieron en contacto con los misioneros de Conceiçâo, trataron de representar con nuestro alfabeto los sonidos o términos karajas, que significaban ciertos objetos corrientes.

El primero fué M. Coudreau, ingeniero francés, que había recibido del Estado de Pará la misión de remontar el Tocantíns y el Araguaya hasta Tapiré. El segundo, cuyo verdadero nombre continúa en el misterio, hacíase llamar Paul Berthelot y era un muchacho distinguidísimo, excelente profesor con buen número de condecoraciones académicas, muy versado en el «esperanto», pero agriado y maleado por sus teorías.

Anarquista de acción, hallábase comprometido en las revueltas de Montevideo y Buenos Aires, hasta que al fin, iluminado por la gracia de Dios, murió en las mejores disposiciones espirituales en el convento de Conceiçâo, donde su desgracia fué acogida con los brazos abiertos.

Ambos hombres de ciencia procedieron a la composición de sus trabajos con el orden más absoluto, método e inteligencia, pero los resultados están muy lejos de corresponder al esfuerzo, lo cual no me sorprende lo más mínimo.

Mis colegas de Conceiçâo proceden de manera menos científica, sí, pero mucho más práctica: educan a los chiquillos en sus escuelas, enseñándoles a hablar en portugués, y de esta manera cuentan con excelentes intérpretes. Además, cuentan las hermanas con dos muchachas kayapos que hablan correctamente el portugués, al tiempo que están al corriente del idioma y costumbres de su tribu.

Por ellas y por los niños pudiera creerse que nuestros Padres consiguen enterarse de cuanto sucede en las «aldeias». Pues bien, no es así, ya que por regla general «nuestros» salvajes no son propicios a explicar lo que sucede entre ellos, y, cuando en el transcurso de una conversación se llega a hacerles alguna pregunta sobre el particular, cabe muy bien dudar sobre la veracidad de la respuesta. El fingimiento es uno de los defectos capitales de aquellas gentes.

Lo que sí tiene ciertos visos de verosimilitud, es que tanto karajas como kayapos, carecen de palabras para expresar todo lo que no sea cosa sensible. Las ideas universales permanecen todavía en ellos en el estado más rudimentario.

Para la numeración, por ejemplo, no alcanzan más que hasta veinte los karajas y aun ayudándose con los dedos de las manos y de los pies. Cuando se trata de cantidad mayor, cesan los números y viene la palabra: ¡mucho!, tanto si es para denominar treinta, como cincuenta, como diez mil. Y aun para ir contando hasta donde saben, ¡con cuántas dificultades llegan a tropezar! En Conceiçâo tuve conocimiento de las notas tomadas por M. Paul Berthelot, y las transcribí fielmente a mi carnet en lo que se refiere a la numeración. Cuando escribo esto, tengo sobre la mesa, junto a mí, la misma numeración, pero tomada por M. Coudreau y veo entre ambas una diferencia tal, que me causa estupefacción: hasta cuatro, son las mismas palabras, aproximadamente; mas a partir de ahí, ni siquiera guardan parecido. Por ejemplo, para expresar el número seis, dice el señor Berthelot en karaja: «debosoodi», en tanto que en los escritos de Coudreau se lee: «leirouoma».

En punto a números, todavía cuentan menos los kayapos que los karajas, ya que no tienen palabras sino hasta siete. El R. P. Domingo tuvo la amabilidad de darme por escrito aquella numeración primitiva, que hallé de absoluto acuerdo con lo escrito por el señor Coudreau, según sus observaciones personales y de las de Couto de Magalhaes.

Aunque la numeración, como digo, alcanza hasta siete, los kayapos no utilizan palabras diferentes para cada uno de los siete números; en realidad, sólo tienen tres palabras que, repetidas con una ligera adición, significan varios números, y como creo que al lector le agradará conocerlos, a continuación los detallo:

| | |
|---|---|
| uno | «pudi» |
| dos | «Amaicrut» |
| tres | «Amaicrut ikicket» |
| cuatro | «Amaicrut Amaicrut» |
| cinco | «Amaicrut amaicrut kickret» |
| seis | «Amaic-amaic-amaic» |
| siete | «Amaic-amaic-amaic ikiet» |
| mucho | «Atchué curet, atchué crampti» |

Sobrepasando los diez, los ciento y el millar, se emplea siempre la frase: «atchué curet, atchué crampti».

No debe colegirse por esto que los kayapos se hallen desprovistos de inteligencia o sean unos degenerados. ¡Nada más equivocado! Sucede que como nadie les enseñó, ignoran lo que son números. Un sordo de nacimiento, es, generalmente, mudo, no porque le falten los órganos de la palabra, sino porque no le es dable aprender y desarrollarlos con el uso.

Lo que demuestra que los indios no carecen de inteligencia, es el hecho comprobado de que los niños educados en Conceiçâo aprenden rápidamente lo mismo que cualquier europeo de su edad; los mismos, abandonados en su «aldeia», morirían contando sólo hasta siete.

La ciencia médica de los kayapos corre parejas con la de sus matemáticas, y cuando se sienten abrasados por la fiebre, no se les ocurre nada mejor que zambullirse en el río. Esto no quiere decir que en la hora presente, habiendo apreciado los efectos de la quinina en tales casos, no corran a pedirnos la que necesitan.

Su moralidad no es la que pudiera suponerse en tal ambiente. Como ya dije, nunca sorprendí nada que pudiese faltar a la mayor corrección. Generalmente los hombres no tienen más que una mujer, que — cierto es — cambian algunas veces, pero con eso y todo, los divorcios son muchísimo menos frecuentes entre los kayapos que en cualquiera de las grandes ciudades europeas.

En cuanto hay una criatura como consecuencia de la unión de dos personas, ya está formada la familia, en la cual rarísima vez sobreviene una ruptura, y cuando tal cosa llega a ocurrir, es ordinariamente porque la mamá de la esposa tiene la mala ocurrencia de meterse en camisa de once varas.

Otro de los defectos de aquellas gentes, lo constituye su carácter vengativo. Es imposible que vivan en paz por mucho tiempo, si bien el estado de guerra entre ellos no es común, mas ¡ay del kayapo que caiga en las manos de un karaja o viceversa!

Además, adolecen de lo que la moda calificó de «cleptomanía», y que en términos vulgares quiere decir hallarse animado de los más sutiles instintos de Caco, si bien es cierto que sólo en determinadas ocasiones llegan a permitirse el latrocinio.

Si, por ejemplo, llega un misionero con una caja llena de tabaco o de pastelillos de harina de manioc, puede acostarse tranquilamente, pues nadie llegará ni a olfatear sus bienes; pero si se le ocurre abrirla y disponer de una parte del contenido, ya puede prepararse a utilizarla como almohada, porque, de lo contrario, los kayapos darán cuenta de ella sin el menor miramiento, quizá seguros de hacer una obra meritoria al impedir que se derrame o se estropee.

¿Qué religión profesan los indios? A decir verdad, me parece que ninguna, puesto que jamás pude verlos en oración. Además, concurre la coincidencia de que el Padre Vilanova, que fué su primer misionero, y puede reputarse como uno de los mejores doctores en sagrada teología, me dijo que, a su vez, nada vió nunca en tal sentido.

Sin embargo, no quiero decir que este argumento pueda servir de sólida base, puesto que si nosotros nada vimos, no puede por ello decirse que nada exista. A propósito de ello, como de sus usos y costumbres, los pieles rojas guardan las mayores reservas, y no queriendo ser interrogados, no puede prestarse mucho crédito a sus respuestas cuando llegan a darlas.

He visto, en algunas «aldeias», lo que llamaban la «casa do bicho» (la casa de la fiera o del malo), y ello me hizo creer en alguna superstición.

Lo evidente es que la evangelización de los pieles rojas brasileños resulta bastante fácil, ya que no se hace necesario, como en otros países, derribarlo todo para construir de nuevo. Cuando se trata de convertir a un árabe o chino, es preciso demostrar primeramente al catecúmeno la falsedad de los dogmas en los cuales creyó desde su infancia, para conseguir que su espíritu quede vacío de tales teorías, cosa que, ciertamente, no es nada fácil. Allá, en el Brasil, ese trabajo preliminar no es necesario y el misionero puede comenzar inmediatamente las enseñanzas de nuestra Verdad tal y como lo hacemos con los niños europeos.

¿Encuéntranse, en aquellos pueblos, cuando menos, algunos vestigios de la gran revelación primitiva y las tradiciones que recordasen el origen de la humanidad?

El Padre Gallais, que como su colega el Rdo. Vilanova, era una inteligencia selecta y un teólogo de primera fuerza, repuso a esta pregunta diciendo que no se pueden recoger apreciables datos entre los indios de Conceiçâo. Añade que, sin embargo, no sucede lo propio con todas las tribus, en las que se hallan, según los relatos de antiguos misioneros, leyendas indias sumamente curiosas; entre ellas la que voy a contar sin quitarle ni ponerle nada.

Hace ya muchos años vivía en el seno de una tribu salvaje una muchacha notable por su inocencia y su virtud, más que por su belleza, y era mucha. Cuando estuvo en la edad de contraer matrimonio, escogiéronle como esposo al más bello joven de la tribu, más diestro en la caza y más valiente en la guerra. Pero, ante la general estupefacción, declaró que sus deseos eran permanecer virgen por toda la vida, en vista de lo cual, los indios, sustentando el mismo criterio que los judíos antiguos, vieron en el celibato un estado contra «natura», por lo que se obstinaron en proponerle el matrimonio con cualquiera de ellos si el propuesto no encuadraba su ideal. Continuó ella negándose, y, cansados al fin, optaron por dejarla en paz.

Transcurrieron los días, y la muchacha presentó ciertos síntomas de embarazo que produjeron el escándalo consiguiente. Invitáronla los jefes a explicarse, y entonces dijo la muchacha cómo había concebido en forma diferente de las otras mujeres, algo que al poco tiempo debía ser la salvación de su patria.

De momento, no supieron si conceder valor o no a su palabra, optando luego por dejar seguir las cosas por sus cauces normales.

Algunos meses después la doncella dió a luz un muchacho que, llegado a la mayoría de edad, poseyó en grado superlativo las mejores cualidades intelectuales y morales.

Durante aquellos años sufrieron los indios toda clase de desgracias: hambre, guerras, epidemias... Uno de los jefes publicó una orden aconsejando la muerte del muchacho venido al mundo en tales circunstancias, al cual era forzoso atribuir los males que azotaban al país. Mostrándose todos de la misma opinión, hicieron comparecer al hijo de la virgen para

comunicarle su sentencia, orden que recibió el muchacho sin inmutarse. Aplicáronle los más crueles tormentos, y una vez hubo dejado de existir diéronlo a la madre para que lo enterrase.

Al cabo de unos cuantos meses vieron crecer sobre la tumba del mártir una planta desconocida, que tuvo la particularidad de llamar la atención de los jefes, los cuales hicieron comparecer a la madre:

— ¿Qué simiente has enterrado? — le preguntaron.

— Nada — contestó ella —. La tumba no encierra sino los restos de vuestra víctima, pero id esperando, que ya encontraréis la explicación del misterio.

Cuando la planta hubo alcanzado su completo desarrollo, abrióse la tumba y en vez del cadáver encontraron un tubérculo blanco como la nieve: el manioc. Entonces, dirigiéndose a los hombres de la tribu, díjoles la virgen-madre:

— He aquí vuestro alimento para lo sucesivo. Si en el porvenir padecéis de hambre, a vosotros únicamente deberéis achacaros las causas, ya que esta planta podréis multiplicarla sin trabajo alguno, y ella os dará un alimento sano y substancioso que os comunicará fuerza y vigor para combatir a vuestros enemigos.

¿No podría verse en esta leyenda algún vago reflejo de la Encarnación, de la Redención y de la Eucaristía?

En fin, habiendo marchado ya los kayapos hacia su «aldeia», ninguna otra cosa debía yo hacer que volverme a Conceiçâo do Araguaya, y luego desde allí, por Uberaba, a Río de Janeiro.

De mi regreso, bien provisto de peripecias que posiblemente me atreva un día a explicar, no me es dable decir nada en este libro.

«Claudite jam rivos pueri, sat prata biberunt.»

Sólo diré que tras la última etapa, a caballo naturalmente, cuando llegué a la estación de Araguary y sonó el momento de alejarme de las bestias, noté que mi corazón se oprimía.

En la infinidad del desierto y el misterio de aquellas selvas vírgenes, se establece entre el hombre y los mulos de su caravana cierta camaradería que no sé si llamar intimidad. Abandonados a sí mismos, los pobres mulos no tardarían en caer víctimas de las fieras o de las serpientes, en tanto que el hombre, sin ellos, no podría escapar a las garras de la Parca. Por consiguiente, hay, entre el hombre y los animales, una solidaridad de la que el primero sabe sacar ventajas y los segundos apreciar los beneficios.

Acaso fuera una elucubración de mi cerebro mortificado por las sensaciones del regreso, pero creo que mi mula, mi fiel «Africana», comprendía como yo que nuestra separación iba a ser «per in æternum», y cabizbaja, triste como jamás la vi, despreciando las caricias, aguardó hasta ver como el tren que me conducía se apartaba de ella hasta casi desaparecer; entonces percibí un prolongado y fortísimo relincho: ¿de queja?, ¿de adiós? Lo ignoro.

En fin, caro lector, que puedan estas «hojas de diario» darte a conocer y estimular tu cariño por aquella gran obra misional que allí subsiste, al norte del Brasil.

FIN

# CAPITULOS DE LA OBRA


Páginas

Al lector . . . . . 3

I. — Compra de mulos. — Formación de la caravana . . . . . 5

II. — La marcha. — Desbandada. — Las primeras desdichas. . . . . 7

III. — Una «Casa» en el «Sertâo». — El Paso del Paranahyba. — Los gallos de José Colorado. 11

IV. — Detalles inéditos. — El puente sobre el Corumba. — Asalto nocturno del «palhol» por los jabalíes. — Llegada a Bella Vista . . 14

V. — La hospitalidad de los Padres Redentoristas. — Maravillosa receta de vino de Málaga. — Serpientes de cascabel. — Llegada a Goyaz. — Historia de la viña y del reloj de los Padres. — El «ananghero» y la florecilla de los campos . . . . . 17

VI. — Vías de comunicación entre Goyaz y Conceiçâo. — Vías terrestres y vía fluvial. — Sus ventajas e inconvenientes. — Esperanzas y decepciones. — Las provisiones a hacer. — «Carne secca» y principios de teología escolástica. 20

VII. — La fiesta del «Divino». — El Emperador y la «Folia». — Promesas y votos que pudieran parecer singulares. — La palabra de honor de L... — La «botafora» o marcha. — Carrapatinhos en vez de pescados. — La inundación; lección bien merecida . . . . . 24

VIII. — La ciudad de Santa Leopoldina en el Araguaya. — Impedimentos de matrimonio en el «Sertâo» y arras de una mujer del pueblo del Mediodía de Francia. — Misa accidentada. — Matrimonios y bautizos . . . . 29

IX. — Fiesta familiar. — Bendición del «Santísimo Rosario». — Paseo de prueba por el Araguaya. — Un huésped del que gustosamente prescindiríamos. — Visita de Capichâo y su familia . . . . . 33

X. — Las varias embarcaciones usadas en el Araguaya: «Ubá», «Montaria», «Igarite», «Batelâo» y «Bote». — Presentación del «Santísimo Rosario» y de su tripulación. — El adiós a Santa Leopoldina y a la aldea de Capichâo. — Primera comida sobre el Araguaya.— Fe y amor de un Patriarca . . . . . 37

Páginas

XI. — Las dos estaciones del Brasil: lluvias de verano y sequía de invierno. — El fuego, único medio de desembarazarnos de los «bichos» y hacer reverdecer el «Sertâo». — Lo que debe ser la playa para un buen campamento de noche. — Huracán y bautismo del río. — Por qué el agua es caliente después de las tempestades. — Historia de dos generales sorprendidos por la tormenta . . . . . 41

XII. — Altar de misionero. — Olvido e imprevisión. — Poesía y prosa del Araguaya. — Grandes... flamantes rosas. — Nidos de tortuga y de cocodrilo. — Nubes de mosquitos. — Suplicio de Tántalo, imposibilidad de tomar ni un baño de pies en el río. — Dos enemigos terribles: los «pyranhas» y las «arrayas» . . . . 46

XIII. — Distracciones y cacerías durante los descansos. — La serpiente «jararacuçu». — Un hermoso tiro a lo Tartarín. — Aparición de los karajas. — Su vestido nacional. — Contrato de un joven karaja; su forma de pescar. — Toaletas de piel roja y de gran señora . . 51

XIV. — Distintivos y ornamentos de los karajas. — Diversas apreciaciones. — Nubes de mosquitos. — Precauciones de los «barqueiros». — Temor a los pieles rojas desconocidos y antropófagos. — Razonamientos del piloto, simplemente prudente . . . . . 56

XV. — Una decisión importante, con sus ventajas e inconvenientes. — Homérica batalla contra un cocodrilo, e increíble audacia de Joâo y del karaja. — El muerto resucita y nos enseña los dientes. — El «Santísimo Rosario» embarrancado. — El «capitâo» Irqué, su esposa y su familia; cómo trataba a sus amigos. — Distribución de telas a los niños. — Previsión y amor maternal en una muchacha. — Sigue a la deriva el «Santísimo Rosario». — Donde se explica que si los vigías duermen, es para descansar mejor . . . . . 62

XVI. — La solemne miseria de los pieles rojas. — El «Papai Grande» escogido como embajador. — El «capitâo» Tamanaco y su vástago. — Obsequio real poco vulgar; oferta de un camaleón podrido, como plato exquisito. — Pescado a la «karaja». — Visita nocturna poco tranquilizadora. — El «capitâo» Alfred. — Las plañideras

Páginas

karajas. — Historia verdadera de una muchacha blanca, prisionera de los karajas, escrita en la arena de las playas. — La caza del jaguar 67

XVII. — Donde se ve que los «barqueiros» no opinaban de perfecto acuerdo con Santo Tomás de Aquino. — Los jaguares contestan a los nocturnos llamamientos de Joâo. — Encuentro con el Padre José María Audrín; su conocimiento del río y precioso consejo. — «Travessâo y represa de Santa María Velha. — Nuestra llegada a Conceiçâo . . . . . 73

XVIII. — Proyecto de visita a los pieles rojas. — Sensacional noticia traída por dos kayapos. — La seguridad de Sor Dionisia. — Preparativos de marcha. — La primera etapa. — Hallazgo de un río. — El «passador». — Travesía accidentada. — Campamento nocturno en plena selva. 78

XIX. — El paso del Gro-Tao. — Llegada a Santa Rosa. — Condiciones culinarias y otras menudencias de la excelente Juno. — Decepción

Páginas

enorme: Sor Dionisia tomó el «futuro» por el «pretérito» . . . . . 81

XX. — Llegada de los kayapos. — Visita de los diversos grupos. — Armas de pieles rojas. — Aderezos femeninos. — Método rápido y seguro para exterminar los parásitos del cabello. — Indisciplina de las mujeres y situación equívoca del repartidor de regalos. — De cómo los pieles rojas escamoteaban el tabaco y los cigarrillos sin utilizar para ello ni pies ni manos . . . . . 85

XXI. — Regreso de los «vaqueiros». — Los toros y los bueyes en el «corral». — Dificultades para la elección de las víctimas. — Distribución y cochura de la carne. — Banquete pantagruélico. — Baile nocturno de los indios. — Regalos de despedida . . . . . 88

XXII. — Varios detalles sobre los kayapos. — Vestidos. — Armas. — Idioma. — Numeración. — Medicina. — Moralidad. — Religión. — Curiosa leyenda. — La virgen madre . . .

# En las selvas vírgenes del Brasil